Julio Ramón Ribeyro

La palabra del mudo

(antología)

Lectulandia

Los cuentos de Julio Ramón Ribeyro, a pesar de su versatilidad, configuran un mundo narrativo orgánico, personalísimo, en el que se alían el contenido profundamente humano de sus temas con una depurada técnica y un estilo diáfano y conciso.

Circunscritos en sus comienzos a la pequeña clase media y a los marginados del medio urbano limeño, sus relatos fueron cobrando amplitud y universalidad, para abarcar en definitiva al hombre de nuestra época, concretamente a cierto tipo de humanidad, producto de la urbe o del poblado, confrontada a situaciones límite y que, incapaz de discernir entre lo real y lo ilusorio, entre lo posible o lo imposible, se ve condenada a un combate solitario y perdido de antemano.

El tono por lo general sombrío y desencantado del mundo ribeyriano es atemperado, sin embargo, por el toque de fantasía y de humor que impregna muchos de sus relatos y le da ese carácter inconfundible, ambivalente, mezcla de tragedia y comedia, como es en realidad la vida.

Lectulandia

Julio Ramón Ribeyro

La palabra del mudo

Antología

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

Julio Ramón Ribeyro, 1952-1992
Arte de cubierta: Herman Braun-Vega (pintor peruano, n. 1933)

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

Autocrítica

Al escribir mis cuentos en la pobreza o en la bonanza, en unas horas o en años de correcciones, en mi país o fuera de él, sólo he querido que ellos entretengan, enseñen o conmuevan. Y he querido, también, proporcionarme un placer: pues escribir, después de todo, no es otra cosa que inventar un autor a la medida de nuestro gusto.

Por otro lado, no advierto entre mis primeros y últimos relatos alguna evolución apreciable. Ello no me inquieta. Podría citar el caso de numerosos artistas que han hecho, aproximadamente, durante toda su vida la misma cosa. Veinte años en la vida de un autor puede ser mucho, pero en la historia de un género no es nada. Sé que hay y que habrá muchas formas diferentes de escribir cuentos. Yo trabajo alegre y concienzudamente dentro de mis medios y posibilidades. Nunca he tenido las pretensiones de ser un pionero o un innovador. Yo recojo las enseñanzas de los viejos; y creo en los límites de lo que va desapareciendo. Vanguardia y retaguardia no tienen para mí ningún sentido. Lo importante es ser fiel a mis impulsos y transmitir, simplemente, el rumor de la vida.

Por último, mi obra cuentística está agrupada bajo el rubro de *La palabra del mudo*. ¿Por qué este título? Porque en la mayoría de mis cuentos se expresan aquellos que en la vida están privados de la palabra. Los marginados, los olvidados, los condenados a una existencia sin sintonía y sin voz. Yo les he restituido este hálito negado y les he permitido modular sus anhelos, sus arrebatos y sus angustias.

JULIO RAMÓN RIBEYRO[1]

Introducción

El cuento es un género literario que siempre me ha cautivado. Desde niño, para ser exacto. Nunca olvidaré la impresión que me causó la lectura de *Garduño,* de Anatole France, cuando tenía once o doce años: al llegar al final sentí una especie de sofocación o de vértigo por lo inesperado del desenlace. Más tarde otros cuentos me sedujeron, pero por razones diferentes: *Los ojos de Judas* de Valdelomar, por su tono nostálgico y melancólico; *La botija* de Pirandello, por lo divertido de la situación; *La carta robada* de Poe, por lo ingenioso de su intriga; *Bola de sebo* de Maupassant, por la sublevante crueldad de la historia; *Matías* de Eça de Queirós, por su delicada ironía, o *Una historia simple* de Flaubert, por la concisión de su estilo. Y más tarde aún, al leer cuentos de Kafka, Joyce, James, Hemingway y Borges, por citar algunos autores, descubrí nuevas probabilidades y goces en el relato breve; la lógica del absurdo, la habilidad técnica, el arte de lo no dicho, la eficacia del diálogo, y la sapiencia y fantasía puestas al servicio de paradojas y parábolas intelectuales.

En tanto que cuentista, yo soy hechura de estas lecturas y de muchas otras que sería largo citar. Uno está nutrido de los autores que ama, de los que algo o mucho toma y aprende, pero sobre todo está nutrido de su propia experiencia. Y la mía, por tiempo, lugar y accidentes, es diferente a la de los autores que admiro, de modo que mal podría escribir como ellos. Mis cuentos, al menos así lo creo, son el espejo de mi propia vida, la de un escritor limeño de la segunda mitad de nuestro siglo, educado en un ambiente de la burguesía ilustrada, que vivió muchos años en Europa, que desempeñó más por necesidad que por gusto diversos trabajos, que alternó periodos de disipación con periodos de reclusión y que retornó a su país cargado de recuerdos y vivencias, pero con muy pocas certezas y la sensación de haber perdido demasiado tiempo, salvo quizás el empleado en escribir algunos libros, particularmente de cuentos.

Cuentos, espejo de mi vida, pero también reflejo del mundo que me tocó vivir, en especial el de mi infancia y juventud, que intenté captar y representar en lo que a mi juicio, y de acuerdo a mi propia sensibilidad, lo merecía: oscuros habitantes limeños y sus ilusiones frustradas, escenas de la vida familiar, Miraflores[2], el mar y los arenales, combates perdidos, militares, borrachines, escritores, hacendados, matones y maleantes, locos, putas, profesores, burócratas, Tarma y Huamanga, pero también Europa y mis pensiones y viajes y algunas historias salidas solamente de mi fantasía,

a eso se reducen mis cuentos, al menos por sus temas o personajes. Que ellos —mis cuentos— tan variados y dispares, fragmentos de mi vida y del mundo como lo vi, puedan sumados adquirir cierta unidad y proponer una visión orgánica, coherente, personal de la realidad, es algo que no podría afirmar. Y que tampoco me preocupa demasiado. Así como tampoco me preocupa que mis cuentos no reflejen las mutaciones sufridas por el Perú en los últimos veinte años. Escribir sobre lo actual, sobre lo inmediato, es importante pero no indispensable. Para ello hay además entre nosotros muchos jóvenes y excelentes cuentistas. Aunque es bueno recordarles, parafraseando a Borges, que la actualidad es a menudo anacrónica.

Para concluir este breve preámbulo diré que me hubiera gustado aprovechar la ocasión para desarrollar mi concepción del cuento o si se quiere mi poética del cuento, a la luz de mis cuarenta o más años de experiencia en este género. Pero me pareció ocioso o redundante, pues dicha poética se encuentra formulada implícitamente en mis relatos, al menos para el lector atento. Me limitaré en consecuencia a enunciar al azar algunos preceptos:

1.— El cuento debe contar una historia. No hay cuento sin historia. El cuento se ha hecho para que el lector a su vez pueda contarlo.

2.— La historia del cuento puede ser real o inventada. Si es real debe parecer inventada y si es inventada real.

3.— El cuento debe ser de preferencia breve, de modo que pueda leerse de un tirón.

4.— La historia contada por el cuento debe entretener, conmover, intrigar o sorprender, si todo ello junto mejor. Si no logra ninguno de estos efectos no existe como cuento.

5.— El estilo del cuento debe ser directo, sencillo, sin ornamentos ni digresiones. Dejemos eso para la poesía o la novela.

6.— El cuento sólo debe mostrar, no enseñar. De otro modo sería una moraleja.

7.— El cuento admite todas las técnicas: diálogo, monólogo, narración pura y simple, epístola, informe, *collage* de textos ajenos, etc., siempre y cuando la historia no se diluya y pueda el lector reducirla a su expresión oral.

8.— El cuento debe partir de situaciones en las que el o los personajes viven un conflicto que los obliga a tomar una decisión que pone en juego su destino.

9.— En el cuento no deben haber tiempos muertos ni sobrar nada. Cada palabra es absolutamente imprescindible.

10.— El cuento debe conducir necesaria, inexorablemente a un solo desenlace, por sorpresivo que sea. Si el lector no acepta el desenlace es que el cuento ha fallado.

La observación de este decálogo, como es de suponer, no garantiza la escritura de un buen cuento. Lo más aconsejable es transgredirlo regularmente, como yo mismo lo he hecho. O aún algo mejor: inventar un nuevo decálogo.

JULIO RAMÓN RIBEYRO

Barranco, 1994[3]

Los gallinazos sin plumas
(1955)

Los gallinazos sin plumas

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas.

A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a berrear:

—¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos legañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado y en su fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse ágiles infusorios. Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelca entre los desperdicios.

—¡Todavía te falta un poco, marrano! Pero aguarda nomás, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desemboca en el malecón.

Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces sólo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la

miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos sólo les interesa los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el acto. Enrique, en cambio, tiene suerte para las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez.

Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho porque el enemigo siempre está al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas y tienen que huir dejando regado su botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja Policía el que aparece y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

Don Santos los esperaba con el café preparado.

—A ver, ¿qué cosa me han traído?

Husmeaba entre las latas y si la provisión estaba buena hacía siempre el mismo comentario:

—Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

—¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardientes de los pescozones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

—¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engríen como yo. ¡Habrá que zurrarlos para que aprendan!

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo

insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios. Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

—Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco. Los carros de la Baja Policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedras. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. Un perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pies se les hundían en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos y sus gritos resonaban en el desfiladero y hacían desprenderse guijarros que rodaban hacia el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

—¡Bravo! —exclamó don Santos—. Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.

Desde entonces, los miércoles y los domingos, Efraín y Enrique hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándoles a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero don Santos no se percató de ello, pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

—Dentro de veinte o treinta días vendré por acá —decía el hombre—. Para esa fecha creo que podrá estar a punto.

Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don Santos despertó a sus nietos, Efraín no se pudo levantar.

—Tiene una herida en el pie —explicó Enrique—. Ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

—¡Ésas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un

trapo.

—¡Pero si le duele! —intervino Enrique—. No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero llegaban los gruñidos de Pascual.

—¿Y a mí? —preguntó dándose un palmazo en la pierna de palo—. ¿Acaso no me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo… ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyado en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos casi vacíos.

—¡No podía más! —dijo Enrique al abuelo—. Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus dos nietos como si meditara una sentencia.

—Bien, bien —dijo rascándose la barba rala y cogiendo a Efraín del pescuezo lo arreó hacia el cuarto—. ¡Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón! Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!

Cerca de mediodía Enrique regresó con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

—Lo encontré en el muladar —explicó Enrique— y me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

—¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

—¡No le hagas nada, abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó, hundiendo su pierna de palo en el lodo.

—¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

—Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovechó para insistir:

—No come casi nada…, mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura.

Don Santos reflexionó, mirando el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada, soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

—¡Pascual, Pascual… Pascualito! —cantaba el abuelo.

—Tú te llamarás Pedro —dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado, como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

—Te he traído este regalo, mira —dijo mostrando al perro—. Se llama Pedro, es

para ti, para que te acompañe… Cuando yo me vaya al muladar te lo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.

—¿Y el abuelo? —preguntó Efraín extendiendo su mano hacia el animal.

—El abuelo no dice nada —suspiró Enrique.

Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba:

—¡Pascual, Pascual… Pascualito!

Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondando por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al emparrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, echaba una mirada a su interior y, al ver a sus nietos silenciosos, lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

—¡Mugre, nada más que mugre! —repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado. El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable: Enrique no se pudo levantar. Había tosido toda la noche y la mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

—¿Tú también? —preguntó el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

—¡Está muy mal engañarme de esta manera! —plañía—. Abusan de mí porque no puedo caminar. Saben bien que soy viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandaría al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

—¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán cómo les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí, hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado. Sin la ligereza de sus nietos el carro de la Baja Policía lo había ganado. Los perros, además, habían querido morderlo.

—¡Pedazos de mugre! ¡Ya saben, se quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trató de repetir la operación pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada

paso que daba era como un lanzazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

—¡Si se muere de hambre —gritaba— será por culpa de ustedes!

Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua, Enrique tosía. Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca, que depositaba en las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo, que devoraba en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito creyendo así hacer más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar a los ojos del abuelo creía desconocerlo, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino. Por último reingresaba en su cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvían locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió al corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla. Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido:

—¡Arriba, arriba, arriba! —Los golpes comenzaron a llover—. ¡A levantarse, haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡De pie!…

Efraín se echó a llorar, Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

—¡A Efraín no! ¡Él no tiene la culpa! ¡Déjame a mí solo, yo saldré, yo iré al muladar!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

—Ahora mismo… al muladar… lleva los dos cubos, cuatro cubos…

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carrera. La fatiga del hambre y de la convalecencia lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

—Tú no. Quédate aquí cuidando a Efraín.

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de mascar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo: volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo más entre los gallinazos. Cuando los cubos estuvieron rebosantes emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas descalzos, todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enrique, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos, en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí, en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse. El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. Parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido pero el abuelo no se movió.

—¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto. Efraín, apenas lo vio, comenzó a gemir:

—Pedro… Pedro…

—¿Qué pasa?

—Pedro ha mordido al abuelo… el abuelo cogió la vara… después lo sentí aullar.

Enrique salió del cuarto.

—¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás, Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento. De un salto se acercó al viejo.

—¿Dónde está Pedro?

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

—¡No! —gritó Enrique tapándose los ojos—. ¡No, no! —Y a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Éste la rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo, prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último, impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo que, erguido como un

gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

—¡Voltea! —gritó—. ¡Voltea!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

—¡Toma! —chilló Enrique y levantó nuevamente la mano. Pero súbitamente se detuvo, temeroso de lo que estaba haciendo y, lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, retrocedió un paso, su pierna de palo tocó tierra húmeda, resbaló, y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo quebrada, estaba de espaldas en el fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente el lodo. Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

—¡A mí, Enrique, a mí!…

—¡Pronto! —exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano—. ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¡Debemos irnos de acá!

—¿Adónde? —preguntó Efraín.

—¡Adonde sea, al muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

—¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

(París, 1954)

Interior «L»

El colchonero con su larga pértiga de membrillo sobre el hombro y el rostro recubierto de polvo y de pelusas atravesó el corredor de la casa de vecindad, limpiándose el sudor con el dorso de la mano.

—¡Paulina, el té! —exclamó al entrar a su habitación dirigiéndose a una muchacha que, inclinada sobre un cajón, escribía en un cuaderno. Luego se desplomó en su catre. Se hallaba extenuado.

Toda la mañana estuvo sacudiendo con la vara un cerro de lana sucia para rehacer los colchones de la familia Enríquez. A mediodía, en la chingana de la esquina, comió su cebiche y su plato de frejoles y prosiguió por la tarde su tarea. Nunca, como ese día, se había agotado tanto. Antes del atardecer suspendió su trabajo y emprendió el regreso a su casa, vagamente preocupado y descontento, pensando casi con necesidad en su catre destartalado y en su taza de té.

—Acá lo tienes —dijo su hija, alcanzándole un pequeño jarro de metal—. Está bien caliente. —Y regresó al cajón donde prosiguió su escritura. El colchonero bebió un sorbo mientras observaba las trenzas negras de Paulina y su espalda tenazmente curvada. Un sentimiento de ternura y de tristeza lo conmovió. Paulina era lo único que le quedaba de su breve familia. Su mujer hacía más de un año que muriera víctima de la tuberculosis. Esta enfermedad parecía ser una tara familiar, pues su hijo que trabajaba de albañil, falleció de lo mismo algún tiempo después.

—¡Le ha caído un ladrillo en la espalda! ¡Ha sido sólo un ladrillo! —Recordó que argumentaba ante el dueño del callejón, quien había acudido muy alarmado a su propiedad al enterarse que en ella había un tísico.

—¿Y esa tos?, ¿y ese color?

—¡Le juro que ha sido sólo un ladrillo! Ya todo pasará.

No hubo de esperar mucho tiempo. A la semana el pequeño albañil se ahogaba en su propia sangre.

—Debió ser un ladrillo muy grande —comentó el propietario cuando se enteró del fallecimiento.

—Paulina, ¿me sirves otro poco?

Paulina se volvió. Era una cholita de quince años, baja para su edad, redonda, prieta, con los ojos rasgados y vivos y la nariz aplastada. No se parecía en nada a su madre, la cual era más bien delgada como un palo de tejer.

—Paulina, estoy cansado. Hoy he cosido dos colchones —suspiró el colchonero, dejando el jarro en el suelo para extenderse a lo largo de todo el catre. Y como Paulina no contestara y dejara tan sólo escuchar el rasgueo de la pluma sobre el papel, no insistió. Su mirada fue deslizándose por el techo de madera hasta descubrir un tragaluz donde faltaba un vidrio. «Sería necesario comprar uno», pensó y súbitamente se acordó de Domingo. Se extrañó que este recuerdo no le produjera tanta indignación. ¡También había tenido que sucederle eso a él!

—Paulina, ¿cómo apellidaba Domingo?

Esta vez su hija se volvió con presteza y quedó mirándolo fijamente.

—Allende —replicó y volvió a curvarse sobre su tarea.

—¿Allende? —Se preguntó el colchonero. Todo empezó cuando una tarde se encontró con el profesor de Paulina en la avenida. Apenas lo divisó corrió hacia él para preguntarle por los estudios de su hija. El profesor quedó mirándolo sorprendido, balanceó su enorme cabeza calva y apuntándole con el índice le hizo una revelación enorme:

—Hace dos meses que no va al colegio. ¿Es que está enferma acaso?

Sin dar crédito a lo que escuchaba regresó en el acto a su casa. Eran las tres de la tarde, hora eminentemente escolar. Lo primero que divisó fue el mandil de Paulina colgado en el mango de la puerta y luego, al ingresar, a Paulina que dormía a pierna suelta sobre el catre.

—¿Qué haces aquí?

Ella despertó sobresaltada.

—¿No has ido al colegio?

Paulina prorrumpió a llorar mientras trataba de cubrir sus piernas y su vientre impúdicamente al aire. Él, entonces, al verla tuvo una sospecha feroz.

—Estás muy barrigona —dijo acercándose—. ¡Déjame mirarte! —Y a pesar de la resistencia que le ofreció logró descubrirla.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Estás embarazada! ¡No lo voy a saber yo que he preñado por dos veces a mi mujer!

—Allende, ¿no? —preguntó el colchonero incorporándose ligeramente—. Yo creía que era Ayala.

—No, Allende —replicó Paulina sin volverse.

El colchonero volvió a recostar su cabeza en la almohada. La fatiga le inflaba rítmicamente el pecho.

—Sí, Allende —repitió—. Domingo Allende.

Después de los reproches y de los golpes ella lo había confesado. Domingo Allende era el maestro de obras de una construcción vecina, un zambo fornido y bembón, hábil para decir un piropo, para patear una pelota y para darle un mal corte a quien se cruzara en su camino.

—Pero ¿de quién ha sido la culpa? —habíale preguntado tirándola de las trenzas.

—¡De él! —replicó ella—. Una tarde que yo dormía se metió al cuarto, me tapó

la boca con una toalla y…

—¡Sí, claro, de él! ¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Tenía vergüenza!

Y luego qué rabia, qué indignación, qué angustia la suya. Había pregonado a voz en cuello su desgracia por todo el callejón, confiando en que la solidaridad de los vecinos le trajera algún consuelo.

—Vaya usted donde el comisario —le dijo el gasfitero del cuarto próximo.

—Estas cosas se entienden con el juez —le sugirió un repartidor de pan.

Y su compadre, que trabajaba en carpintería, le insinuó cogiendo su serrucho.

—Yo que tú… ¡zas! —Y describió una expresiva parábola con su herramienta.

Esta última actitud le pareció la más digna, a pesar de no ser la más prudente, y armado solamente de coraje se dirigió a la construcción donde trabajaba Domingo.

Todavía recordaba la maciza figura de Domingo asomando desde un alto andamio.

—¿Quién me busca?

—Aquí un señor pregunta por ti.

Se escuchó un ruido de tablones cimbrándose y pronto tuvo delante suyo a un gigante con las manos manchadas de cal, el rostro salpicado de yeso y la enorme pasa zamba emergiendo bajo un gorro de papel. No sólo decayeron sus intenciones belicosas, sino que fue convencido por una lógica —que provenía más de los músculos que de las palabras— que Paulina era la culpable de todo.

—¿Qué tengo que ver yo? ¡Ella me buscaba! Pregunte nomás en el callejón. Me citó para su cuarto. «Mi papá no está por las tardes», dijo. ¡Y lo demás ya lo sabe usted!…

Sí, lo demás ya lo sabía. No era necesario que se lo recordaran. Bastaba en aquella época ver el vientre de Paulina, cada vez más hinchado, para darse cuenta que el mal estaba hecho y que era irreparable. En su desesperación no le quedó más remedio que acudir donde la señora Enríquez, vieja mujer obesa a quien cada cierto tiempo rehacía el colchón.

—No sea usted tonto —lo increpó la señora—. ¡Cómo se queda así tan tranquilo! Mi marido es abogado. Pregúntele a él.

Por la noche lo recibió el abogado. Estaba cenando, por lo cual lo hizo sentar a un extremo de la mesa y le invitó un café.

—¿Su hija tiene sólo catorce años? Entonces hay presunción de violencia. Eso tiene pena de cárcel. Yo me encargaré del asunto. Le cobraré, naturalmente, un precio módico.

—Paulina, ¿no te dan miedo los juicios? —preguntó el colchonero con la mirada fija en el vidrio roto, por el cual asomaba una estrella.

—No sé —replicó ella, distraídamente.

Él sí lo tenía. Ya una vez había sido demandado por desahucio. Recordaba, como una pesadilla, sus diarios vagares por el Palacio de Justicia, sus discusiones con los

escribanos, sus humillaciones ante los porteros. ¡Qué asco! Por eso la posibilidad de embarcarse en un juicio contra Domingo lo aterró.

—Voy a pensarlo —dijo al abogado.

Y lo hubiera seguido pensando indefinidamente si no fuera por aquel encuentro que tuvo con el zambo Allende, un sábado por la tarde, mientras bebía cerveza. Envalentonado por el licor se atrevió a amenazarlo.

—¡Te vas a fregar! Ya fui donde mi abogado. ¡Te vamos a meter a la cárcel por abusar de menores! ¡Ya verás!

Esta vez el zambo no hizo bravatas. Dejó su botella sobre el mostrador y quedó mirándolo perplejo. Al percatarse de esta reacción, él arremetió.

—¡Sí, no vamos a parar hasta verte metido entre cuatro paredes! La ley me protege.

Domingo pagó su cerveza y sin decir palabra abandonó la taberna. Tan asustado estaba que se olvidó de recoger su vuelto.

—Paulina, esa noche te mandé a comprar cerveza.

Paulina se volvió.

—¿Cuál?

—La noche de Domingo y del ingeniero.

—Ah, sí.

—Anda ahora, toma esto y cómprame una botella. ¡Que esté bien helada! Hace mucho calor.

Paulina se levantó, metió las puntas de su blusa entre su falda y salió de la habitación.

El mismo sábado del encuentro en la taberna, hacia el atardecer, Domingo apareció con el ingeniero. Entraron al cuarto silenciosos y quedaron mirándolo. Él se asombró mucho de la expresión de sus visitantes. Parecían haber tramado algo desconocido.

—Paulina, anda a comprar cerveza —dijo él, y la muchacha salió disparada.

Cuando quedaron los tres hombres solos hicieron el acuerdo. El ingeniero era un hombre muy elegante. Recordó que mientras estuvo hablando, él no cesó de mirarle estúpidamente los dos puños blancos de su camisa donde relucían gemelos de oro.

—El juicio no conduce a nada —decía, paseando su mirada por la habitación con cierto involuntario fruncimiento de nariz—. Estará usted peleando durante dos o tres años en el curso de los cuales no recibirá un cobre y mientras tanto la chica puede necesitar algo. De modo que lo mejor es que usted acepte esto… —Y se llevó la mano a la cartera.

Su dignidad de padre ofendido hizo explosión entonces. Algunas frases sueltas repicaron en sus oídos. «¿Cómo cree que voy a hacer eso?», «¡Lárguese con su dinero!», «¡… el juez se entenderá con ustedes!». ¿Para qué tanto ruido si al final de todo iba a aceptar?

—Ya sabe usted —advirtió el ingeniero antes de retirarse—. Aquí queda el

dinero, pero no meta al juez en el asunto.

Paulina entró con la cerveza.

—Destápala —ordenó él.

Aquella vez Paulina también llegó con la cerveza pero, cosa extraña, hubo de servirles al ingeniero y a su violador. Ella también bebió un dedito y los cuatro brindaron por «el acuerdo».

—¿No quieres un poco? —preguntó el colchonero.

Paulina se sirvió en silencio y entregó la botella a su padre.

Por el hueco del vidrio seguía brillando la estrella. Entonces, también brillaba la estrella, pero sobre la mesa, ahora desolada, había un alto de billetes.

—¡Cuánto dinero! —había exclamado Paulina cayendo sobre el colchón.

Mucho dinero había sido, en efecto, ¡mucho dinero! Lo primero que hizo fue ponerle vidrios al tragaluz. Después adquirió una lámpara de kerosene. También se dieron el lujo de admitir un perrito.

—Paulina, ¿te acuerdas de Bobi? ¡El pobre!

Y así como el perrito desapareció sin dejar rastros —se sospechó siempre del carnicero— el cristal fue destrozado de un pelotazo. Sólo quedaba el lamparín de kerosene. Y el recuerdo de aquellos días de fortuna. ¡El recuerdo!

—¡Qué días esos, Paulina!

Durante más de quince días estuvo sin trabajar. En sus ociosas mañanas y en sus noches de juerga encontraba el delicioso sabor de una revancha. Del dinero que recibiera iba extrayendo, en febriles sorbos, todas las experiencias y los placeres que antes le estuvieron negados. Su vida se plagó de anécdotas, se hizo amable y llevadera.

—¡Maestro Padrón! —le gritaba el gasfitero todas las tardes—. ¿Nos vamos a tomar nuestro caldito? —Y juntos se iban a la chingana de don Eduardo.

—¡Maestro Padrón! ¿Conoce usted el hipódromo? —Recordaba un vasto escenario verde lleno de chinos, de boletos rotos y naturalmente de caballos. Recordaba, también, que perdió dinero.

—¡Maestro Padrón! ¿Ha ido usted a la feria?…

—¡Sería necesario poner un nuevo vidrio! —exclamó el colchonero con cierta excitación—. Puede entrar la lluvia en el invierno.

Paulina observó el tragaluz.

—Está bien así —replicó—. Hace fresco.

—¡Hay que pensar en el futuro!

Entonces no pensaba en el futuro. Cuando el gasfitero le dijo: «¡Maestro Padrón! ¿Damos una vuelta por La Victoria?», él aceptó sin considerar que Paulina tenía ocho meses de embarazo y que podía dar a luz de un momento a otro. Al regresar a las tres de la mañana, abrazado del gasfitero, encontró su habitación llena de gente: Paulina había abortado. En un rincón, envuelto en una sábana, había un bulto sanguinolento. Paulina yacía extendida sobre una jerga con el rostro verde como un limón.

—¡Dios mío, murió Paulicha! —fue lo único que atinó a exclamar antes de ser amonestado por la comadrona y de recibir en su rostro congestionado por el licor un jarro de agua helada.

Por el tragaluz se colaba el viento haciendo oscilar la llama del lamparín. La estrella se caía de sueño.

—¡Habrá que poner un vidrio! —suspiró el colchonero y como Paulina no contestara insistió—: ¡Qué bien nos sirvió el de la vez pasada! No costó mucho, ¿verdad?

Paulina se levantó, cerrando su cuaderno.

—No me acuerdo —dijo y se acercó a la cocina. Recogiendo su falda para no ensuciarla puso las rodillas en tierra y comenzó a ordenar los carbones.

—¿Cuánto costaría? —Pensó él—. Tal vez un día de trabajo. —Y observó las anchas caderas de su hija. Muchos días hubieron de pasar para que recuperara su color y su peso. Los restos de su pequeño capital se fueron en remedios. Cuando por las noches el farmacéutico le envolvía los grandes paquetes de medicinas él no dejaba de inquietarse por el tamaño de la cuenta.

—Pero no ponga esa cara —reía el boticario—. Se diría que le estoy dando veneno.

El día que Paulina pudo levantarse él ya no tenía un céntimo.

Hubo, entonces, de coger su vara de membrillo, sus temibles agujas, su rollo de pita y reiniciar su trabajo con aquellas manos que el descanso había entorpecido.

—Está usted muy pesado —le decía la señora Enríquez al verlo resoplar mientras sacudía la lana.

—Sí, he engordado un poco.

Hacía de esto ya algunos meses. Desde entonces iba haciendo su vida así, penosamente, en un mundo de polvo y de pelusas. Ese día había sido igual a muchos otros, pero singularmente distinto. Al regresar a su casa, mientras raspaba el pavimento con la varilla, le había parecido que las cosas perdían sentido y que algo de excesivo, de deplorable y de injusto había en su condición, en el tamaño de las casas, en el color del poniente. Si pudiera por lo menos pasar un tiempo así, bebiendo sin apremios su té cotidiano, escogiendo del pasado sólo lo agradable y observando por el vidrio roto el paso de las estrellas y de las horas. Y si ese tiempo pudiera repetirse… ¿era imposible acaso?

Paulina inclinada sobre la cocina soplaba en los carbones hasta ponerlos rojos. Un calor y un chisporroteo agradables invadieron la pieza. El colchonero observó la trenza partida de su hija, su espalda amorosamente curvada, sus caderas anchas. La maternidad le había asentado. Se la veía más redonda, más apetecible. De pronto una especie de resplandor cruzó por su mente. Se incorporó hasta sentarse en el borde del catre:

—Paulina, estoy cansado, estoy muy cansado… necesito reposar… ¿por qué no buscas otra vez a Domingo? Mañana no estaré por la tarde.

Paulina se volvió a él bruscamente, con las mejillas abrasadas por el calor de los carbones y lo miró un instante con fijeza. Luego regresó la vista hacia la cocina, sopló hasta avivar la llama y replicó pausadamente:

—Lo pensaré.

(Madrid, 1953)

Mar afuera

Desde que zarpara la barca, Janampa había pronunciado sólo dos o tres palabras, siempre oscuras, cargadas de reserva, como si se hubiera obstinado en crear un clima de misterio. Sentado frente a Dionisio, hacía una hora que remaba infatigablemente. Ya las fogatas de la orilla habían desaparecido y las barcas de los otros pescadores apenas se divisaban en lontananza, pálidamente iluminadas por sus faroles de aceite. Dionisio trataba en vano de estudiar las facciones de su compañero. Ocupado en desaguar el bote con la pequeña lata, observaba a hurtadillas su rostro que, recibiendo en plena nuca la luz cruda del farol, sólo mostraba una silueta negra e impenetrable. A veces, al ladear ligeramente el semblante, la luz se le escurría por los pómulos sudorosos o por el cuello desnudo y se podía adivinar una faz hosca, decidida, cruelmente poseída de una extraña resolución.

—¿Faltará mucho para amanecer?

Janampa lanzó sólo un gruñido, como si dicho acontecimiento le importara poco y siguió clavando con frenesí los remos en la mar negra.

Dionisio cruzó los brazos y se puso a tiritar. Ya una vez le había pedido los remos pero el otro rehusó con una blasfemia. Aún no acertaba a explicarse, además, por qué lo había escogido a él, precisamente a él, para que lo acompañara esa madrugada. Es cierto que el *mocho* estaba borracho pero había otros pescadores disponibles con quienes Janampa tenía más amistad. Su tono, por otra parte, había sido imperioso. Cogiéndolo del brazo le había dicho:

—Nos hacemos a la mar juntos esta madrugada. —Y fue imposible negarse. Apenas pudo apretar la cintura de la *prieta* y darle un beso entre los dos pechos.

—¡No tardes mucho! —había gritado ella, en la puerta de la barraca, agitando la sartén del pescado.

Fueron los últimos en zarpar. Sin embargo, la ventaja fue pronto recuperada y al cuarto de hora habían sobrepasado a sus compañeros.

—Eres buen remador —dijo Dionisio.

—Cuando me lo propongo —replicó Janampa, disparando una risa sorda.

Más tarde habló otra vez:

—Por acá tengo un banco de arenques. —Tiró al mar un salivazo—. Pero ahora no me interesa. —Y siguió remando mar afuera.

Fue entonces cuando Dionisio empezó a recelar. El mar, además, estaba un poco

picado. Las olas venían encrespadas y cada vez que embestían el bote, la proa se elevaba al cielo y Dionisio veía a Janampa y el farol suspendidos contra la Cruz del Sur.

—Yo creo que está bien acá —se había atrevido a sugerir.

—¡Tú no sabes! —replicó Janampa, casi colérico.

Desde entonces, ya tampoco él abrió la boca. Se limitó a desaguar cada vez que era necesario pero observando siempre con recelo al pescador. A veces escrutaba el cielo, con el vivo deseo de verlo desteñirse o lanzaba furtivas miradas hacia atrás, esperando ver el reflejo de alguna barca vecina.

—Bajo esa tabla hay una botella de pisco —dijo de pronto Janampa—. Échate un trago y pásamela.

Dionisio buscó la botella. Estaba a medio consumir y casi con alivio vació gruesos borbotones en su garganta salada.

Janampa soltó por primera vez los remos, con un sonoro suspiro, y se apoderó de la botella. Luego de consumirla la tiró al mar. Dionisio esperó que al fin fuera a desarrollarse una conversación pero Janampa se limitó a cruzar los brazos y quedó silencioso. La barca, con sus remos abandonados, quedó a merced de las olas. Viró ligeramente hacia la costa, luego con la resaca se incrustó mar afuera. Hubo un momento en que recibió de flanco una ola espumosa que la inclinó casi hasta el naufragio, pero Janampa no hizo un ademán ni dijo una palabra. Nerviosamente buscó Dionisio en su pantalón un cigarrillo y en el momento de encenderlo aprovechó para mirar a Janampa. Un segundo de luz sobre su cara le mostró unas facciones cerradas, amarradas sobre la boca y dos cavernas oblicuas incendiadas de fiebre en su interior.

Cogió nuevamente la lata y siguió desaguando, pero ahora el pulso le temblaba. Mientras tenía la cabeza hundida entre los brazos, le pareció que Janampa reía con sorna. Luego escuchó el paleteo de los remos y la barca siguió virando hacia alta mar.

Dionisio tuvo entonces la certeza de que las intenciones de Janampa no eran precisamente pescar. Trató de reconstruir la historia de su amistad con él. Se conocieron hacía dos años en una construcción de la cual fueron albañiles. Janampa era un tipo alegre, que trabajaba con gusto pues su fortaleza física hacía divertido lo que para sus compañeros era penoso. Pasaba el día cantando, haciendo bromas o aventándose de los andamios para enamorar a las sirvientas, para quienes era una especie de tarzán o de bestia o de demonio o de semental. Los sábados después de cobrar sus jornales, se subían al techo de la construcción y se jugaban a los dados todo lo que habían ganado.

—Ahora recuerdo. —Pensó Dionisio—. Una tarde le gané al póquer todo su salario.

El cigarrillo se le cayó de las manos, de puro estremecimiento. ¿Se acordaría? Sin embargo, eso no tenía mucha importancia. Él también perdió algunas veces. El tiempo, además, había corrido. Para cerciorarse, aventuró una pregunta.

—¿Sigues jugando a los dados?

Janampa escupió al mar, como cada vez que tenía que dar una respuesta.

—No —dijo y volvió a hundirse en su mutismo. Pero después añadió—: Siempre me ganaban.

Dionisio aspiró fuertemente el aire marino. La respuesta de su compañero lo tranquilizó en parte a pesar de que abría una nueva veta de temores. Además, sobre la línea de la costa, se veía un reflejo rosado. Amanecía, indudablemente.

—¡Bueno! —exclamó Janampa, de repente—. ¡Aquí estamos bien! —Y clavó los remos en la barca. Luego apagó el farol y se movió en su asiento como si buscara algo. Por último se recostó en la proa y comenzó a silbar.

—Echaré la red —sugirió Dionisio, tratando de incorporarse.

—No —replicó Janampa—. No voy a pescar. Ahora quiero descansar. Quiero silbar también… —Y sus silbidos viajaban hacia la costa, detrás de los patillos que comenzaban a desfilar graznando—. ¿Te acuerdas de esto? —preguntó, interrumpiéndose.

Dionisio tarareó mentalmente la melodía que su compañero insinuaba. Trató de asociarla con algo. Janampa, como si quisiera ayudarlo, prosiguió sus silbos, comunicándole vibraciones inauditas, sacudido todo él de música, como la cuerda de una guitarra. Vio, entonces, un corralón inundado de botellas y de valses. Era un cambio de aros. No podía olvidarlo pues en aquella ocasión conoció a la *prieta*. La fiesta duró hasta la madrugada. Después de tomar el caldo se retiró hacia el acantilado, abrazando a la *prieta* por la cintura. Hacía más de un año. Esa melodía, como el sabor de la sidra, le recordaba siempre aquella noche.

—¿Tú fuiste? —preguntó, como si hubiera estado pensando en viva voz.

—Estuve toda la noche —replicó Janampa.

Dionisio trató de ubicarlo. ¡Había tanta gente! Además, ¿qué importancia tendría recordarlo?

—Luego caminé hasta el acantilado —añadió Janampa y rió, rió para adentro, como si se hubiera tragado algunas palabras picantes y se gozara en su secreto.

Dionisio miró hacia ambos lados. No, no se avecinaba ninguna barca. Un repentino desasosiego lo invadió. Recién lo asaltaba la sospecha. Aquella noche de la fiesta Janampa también conoció a la *prieta*. Vio claramente al pescador cuando le oprimía la mano bajo el cordón de sábanas flotantes.

—Me llamo Janampa —dijo (estaba un poco mareado)—. Pero en todo el barrio me conocen por «el buenmozo zambo Janampa». Trabajo de pescador y soy soltero.

Él, minutos antes, le había dicho también a la *prieta*:

—Me gustas. ¿Es la primera vez que vienes aquí? No te había visto antes.

La *prieta* era una mujer corrida, maliciosa y con buen ojo para los rufianes. Vio detrás de todo el aparato de Janampa a un donjuán de barriada vanidoso y violento.

—¿Soltero? —le replicó—. ¡Por allí andan diciendo que tiene usted tres mujeres! —Y tirando del brazo de Dionisio, se lanzaron a cabalgar una polca.

—Te has acordado, ¿verdad? —exclamó Janampa—. ¡Aquella noche me emborraché! ¡Me emborraché como un caballo! No pude tomar el caldo… Pero al amanecer caminé hasta el acantilado.

Dionisio se limpió con el antebrazo un sudor frío. Hubiera querido aclarar las cosas. Decirle para qué lo había seguido aquella vez y qué cosa era lo que ahora pretendía. Pero tenía en la cabeza un nudo. Recordó atropelladamente otras cosas. Recordó, por ejemplo, que cuando se instaló en la playa para trabajar en la barca de Pascual, se encontró con Janampa, que hacía algunos meses que se dedicaba a la pesca.

—¡Nos volveremos a encontrar! —había dicho el pescador y, mirando a la *prieta* con los ojos oblicuos, añadió—: Tal vez juguemos de nuevo como en la construcción. Puedo recuperar lo perdido.

Él, entonces, no comprendió. Creyó que hablaba del póquer. Recién ahora parecía coger todo el sentido de la frase que, viniendo desde atrás, lo golpeó como una pedrada.

—¿Qué cosa me querías decir con eso del póquer? —preguntó animándose de un súbito coraje—. ¿Acaso te referías a ella?

—No sé lo que dices —replicó Janampa y, al ver que Dionisio se agitaba de impaciencia, preguntó—: ¿Estás nervioso?

Dionisio sintió una opresión en la garganta. Tal vez era el frío o el hambre. La mañana se había abierto como un abanico. La *prieta* le había preguntado una noche, después que se cobijaron en la orilla:

—¿Conoces tú a Janampa? Vigílalo bien. A veces me da miedo. Me mira de una manera rara.

—¿Estás nervioso? —repitió Janampa—. ¿Por qué? Yo sólo he querido dar un paseo. He querido hacer un poco de ejercicio. De vez en cuando cae bien. Se toma el fresco…

La costa estaba aún muy lejos y era imposible llegar a nado. Dionisio pensó que no valía la pena echarse al agua. Además, ¿para qué? Janampa —ya caían gotas de mañana en su cara— estaba quieto, con las manos aferradas a los remos inmóviles.

—¿Lo has visto? —volvió a preguntar la *prieta* una noche—. Siempre ronda por acá cuando nos acostamos.

—¡Son ideas tuyas! —Entonces estaba ciego—. Lo conozco hace tiempo. Es charlatán pero tranquilo.

—Ustedes se acostaban temprano… —empezó Janampa—, y no apagaban el farol hasta la medianoche.

—Cuando se duerme con una mujer como la *prieta*… —replicó Dionisio y se dio cuenta que estaban hollando el terreno temido y que ya sería inútil andar con subterfugios.

—A veces las apariencias engañan —continuó Janampa— y las monedas son falsas.

—Pues te juro que la mía es de buena ley.

—¡De buena ley! —exclamó Janampa y lanzó una risotada.

Luego cogió la red por un extremo y de reojo observó a Dionisio, que miraba hacia atrás.

—No busques a los otros botes —dijo—. Han quedado muy lejos. ¡Janampa los ha dejado botados! —Y sacando un cuchillo, comenzó a cortar unas cuerdas que colgaban de la red.

—¿Y sigue rondando? —preguntó tiempo después a la *prieta*.

—No —dijo ella—. Ahora anda tras la sobrina de Pascual.

A él, sin embargo, no le pareció esto más que una treta para disimular. De noche sentía rodar piedras cerca de la barraca y al aguaitar a través de la cortina, vio a Janampa varias veces caminando por la orilla.

—¿Acaso buscabas erizos por la noche? —preguntó Dionisio.

Janampa cortó el último nudo y miró hacia la costa.

—¡Amanece! —dijo señalando el cielo. Luego de una pausa, añadió—: No; no buscaba nada. Tenía malos pensamientos, eso es todo. Pasé muchas noches sin dormir, pensando… Ya, sin embargo, todo se ha arreglado…

Dionisio lo miró a los ojos. Al fin podía verlos, cavados simétricamente sobre los pómulos duros. Parecían ojos de pescado o de lobo. «Janampa tiene ojos de máscara», había dicho una vez la *prieta*. Esa mañana, antes de embarcarse, también los había visto. Cuando forcejeaba con la *prieta* a la orilla de la barraca, algo lo había molestado. Mirando a su alrededor, sin soltar las adorables trenzas, divisó a Janampa apoyado en su barca, con los brazos cruzados sobre el pecho y la peluca rebelde salpicada de espuma. La fogata vecina le esparcía brochazos de luz amarilla y los ojos oblicuos lo miraban desde lejos con una mirada fastidiosa que era casi como una mano tercamente apoyada en él.

—Janampa nos mira —dijo entonces a la *prieta*.

—¡Qué importa! —replicó ella, golpeándole los lomos—. ¡Que mire todo lo que quiera! —Y prendiéndose de su cuello, lo hizo rodar sobre las piedras. En medio de la amorosa lucha, vio aún los ojos de Janampa y los vio aproximarse decididamente.

Cuando lo tomó del brazo y le dijo: «Nos hacemos a la mar esta madrugada», él no pudo rehusar. Apenas tuvo tiempo de besar a la *prieta* entre los dos pechos.

—¡No tardes mucho! —había gritado ella, agitando la sartén del pescado.

¿Había temblado su voz? Recién ahora parecía notarlo. Su grito fue como una advertencia. ¿Por qué no se acogió a ella? Sin embargo, tal vez se podía hacer algo. Podría ponerse de rodillas, por ejemplo. Podría pactar una tregua. Podría, en todo caso, luchar… Elevando la cara, donde el miedo y la fatiga habían clavado ya sus zarpas, se encontró con el rostro curtido, inmutable, luminoso de Janampa. El sol naciente le ponía en la melena como una aureola de luz. Dionisio vio en ese detalle una coronación anticipada, una señal de triunfo. Bajando la cabeza, pensó que el azar lo había traicionado, que ya todo estaba perdido. Cuando sobre la construcción, a la

hora del juego, le tocaba una mala mano, se retiraba sin protestar, diciendo: «Paso, no hay nada que hacer»…

—Ya me tienes aquí… —murmuró y quiso añadir algo más, hacer alguna broma cruel que le permitiera vivir esos momentos con alguna dignidad. Pero sólo balbuceó —: No hay nada que hacer…

Janampa se incorporó. Sucio de sudor y de sal, parecía un monstruo marino.

—Ahora echarás la red desde la popa —dijo y se la alcanzó.

Dionisio la tomó y, dándole la espalda a su rival, se echó sobre la popa. La red se fue extendiendo pesadamente en el mar. El trabajo era lento y penoso. Dionisio, recostado sobre el borde, pensaba en la costa que se hallaba muy lejos, en las barracas, en las fogatas, en las mujeres que se desperezaban, en la *prieta* que rehacía sus trenzas… Todo aquello se hallaba lejos, muy lejos; era imposible llegar a nado…

—¿Ya está bien? —preguntó sin volverse, extendiendo más la red.

—Todavía no —replicó Janampa a sus espaldas.

Dionisio hundió los brazos en el mar hasta los codos y sin apartar la mirada de la costa brumosa, dominado por una tristeza anónima que diríase no le pertenecía, quedó esperando resignadamente la hora de la puñalada.

(París, 1954)

Cuentos de circunstancias
(1958)

La insignia

Hasta ahora recuerdo aquella tarde en que al pasar por el malecón divisé en un pequeño basural un objeto brillante. Con una curiosidad muy explicable en mi temperamento de coleccionista, me agaché y después de recogerlo lo froté contra la manga de mi saco. Así pude observar que se trataba de una menuda insignia de plata, atravesada por unos signos que en ese momento me parecieron incomprensibles. Me la eché al bolsillo y, sin darle mayor importancia al asunto, regresé a mi casa. No puedo precisar cuánto tiempo estuvo guardada en aquel traje, que por lo demás era un traje que usaba poco. Sólo recuerdo que en una oportunidad lo mandé lavar y, con gran sorpresa mía, cuando el dependiente me lo devolvió limpio, me entregó una cajita, diciéndome: «Esto debe ser suyo, pues lo he encontrado en su bolsillo».

Era, naturalmente, la insignia y este rescate inesperado me conmovió a tal extremo que decidí usarla.

Aquí empieza verdaderamente el encadenamiento de sucesos extraños que me acontecieron. Lo primero fue un incidente que tuve en una librería de viejo. Me hallaba repasando añejas encuadernaciones, cuando el patrón, que desde hacía rato me observaba desde el ángulo más oscuro de su librería, se me acercó y, con un tono de complicidad, entre guiños y muecas convencionales, me dijo: «Aquí tenemos algunos libros de Feifer». Yo lo quedé mirando intrigado porque no había preguntado por dicho autor, el cual, por lo demás, aunque mis conocimientos de literatura no son muy amplios, me era enteramente desconocido. Y acto seguido añadió: «Feifer estuvo en Pilsen». Como yo no saliera de mi estupor, el librero terminó con un tono de revelación, de confidencia definitiva: «Debe usted saber que lo mataron. Sí, lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga». Y dicho esto se retiró hacia el ángulo de donde había surgido y permaneció en el más profundo silencio. Yo seguí revisando algunos volúmenes maquinalmente pero mi pensamiento se hallaba preocupado en las palabras enigmáticas del librero. Después de comprar un librito de mecánica salí, desconcertado, del negocio.

Durante algún tiempo estuve razonando sobre el significado de dicho incidente pero como no pude solucionarlo, acabé por olvidarme de él. Mas, pronto, un nuevo acontecimiento me alarmó sobremanera. Caminaba por una plaza de los suburbios, cuando un hombre menudo, de faz hepática y angulosa, me abordó intempestivamente y antes de que yo pudiera reaccionar, me dejó una tarjeta entre las

manos, desapareciendo sin pronunciar palabra. La tarjeta, en cartulina blanca, sólo tenía una dirección y una cita que rezaba: SEGUNDA SESIÓN: MARTES 4. Como es de suponer, el martes 4 me dirigí a la numeración indicada. Ya por los alrededores me encontré con varios sujetos extraños, que merodeaban, y que, por una coincidencia que me sorprendió, tenían una insignia igual a la mía. Me introduje en el círculo y noté que todos me estrechaban la mano con gran familiaridad. Enseguida ingresamos a la casa señalada y en una habitación grande tomamos asiento. Un señor de aspecto grave emergió tras un cortinaje y, desde un estrado, después de saludarnos, empezó a hablar interminablemente. No sé precisamente sobre qué versó la conferencia ni si aquello era efectivamente una conferencia. Los recuerdos de niñez anduvieron hilvanados con las más agudas especulaciones filosóficas, y a unas digresiones sobre el cultivo de la remolacha fue aplicado el mismo método expositivo que a la organización del Estado. Recuerdo que finalizó pintando unas rayas rojas en una pizarra, con una tiza que extrajo de su bolsillo.

Cuando hubo terminado, todos se levantaron y comenzaron a retirarse, comentando entusiasmados el buen éxito de la charla. Yo, por condescendencia, sumé mis elogios a los suyos, mas, en el momento en que me disponía a cruzar el umbral, el disertante me pasó la voz con una interjección, y al volverme me hizo una seña para que me acercara.

—Es usted nuevo, ¿verdad? —me interrogó, un poco desconfiado.

—Sí —respondí, después de vacilar un rato, pues me sorprendió que hubiera podido identificarme entre tanta concurrencia—. Tengo poco tiempo.

—¿Y quién lo introdujo?

Me acordé de la librería, con gran suerte de mi parte.

—Estaba en la librería de la calle Amargura, cuando el…

—¿Quién? ¿Martín?

—Sí, Martín.

—¡Ah, es un gran colaborador nuestro!

—Yo soy un viejo cliente suyo.

—¿Y de qué hablaron?

—Bueno… de Feifer.

—¿Qué le dijo?

—Que había estado en Pilsen. En verdad… yo no lo sabía.

—¿No lo sabía?

—No —repliqué con la mayor tranquilidad.

—¿Y no sabía tampoco que lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga?

—Eso también me lo dijo.

—¡Ah, fue una cosa espantosa para nosotros!

—En efecto —confirmé—. Fue una pérdida irreparable.

Mantuvimos luego una charla ambigua y ocasional, llena de confidencias imprevistas y de alusiones superficiales, como la que sostienen dos personas extrañas

que viajan accidentalmente en el mismo asiento de un ómnibus. Recuerdo que mientras yo me afanaba en describirle mi operación de las amígdalas, él, con grandes gestos, proclamaba la belleza de los paisajes nórdicos. Por fin, antes de retirarme, me dio un encargo que no dejó de llamarme la atención.

—Tráigame en la próxima semana —dijo— una lista de todos los teléfonos que empiecen con 38.

Prometí cumplir lo ordenado y, antes del plazo concedido, concurrí con la lista.

—¡Admirable! —exclamó—. Trabaja usted con rapidez ejemplar.

Desde aquel día cumplí una serie de encargos semejantes, de lo más extraños. Así, por ejemplo, tuve que conseguir una docena de papagayos a los que ni más volví a ver. Más tarde fui enviado a una ciudad de provincia a levantar un croquis del edificio municipal. Recuerdo que también me ocupé de arrojar cáscaras de plátano en la puerta de algunas residencias escrupulosamente señaladas, de escribir un artículo sobre los cuerpos celestes, que nunca vi publicado, de adiestrar a un mono en gestos parlamentarios, y aun de cumplir ciertas misiones confidenciales, como llevar cartas que jamás leí o espiar a mujeres exóticas que generalmente desaparecían sin dejar rastros.

De este modo, poco a poco, fui ganando cierta consideración. Al cabo de un año, en una ceremonia emocionante, fui elevado de rango. «Ha ascendido usted un grado», me dijo el superior de nuestro círculo, abrazándome efusivamente. Tuve, entonces, que pronunciar una breve alocución, en la que me referí en términos vagos a nuestra tarea común, no obstante lo cual, fui aclamado con estrépito.

En mi casa, sin embargo, la situación era confusa. No comprendían mis desapariciones imprevistas, mis actos rodeados de misterio, y las veces que me interrogaron evadí las respuestas porque, en realidad, no encontraba una satisfactoria. Algunos parientes me recomendaron, incluso, que me hiciera revisar por un alienista, pues mi conducta no era precisamente la de un hombre sensato. Sobre todo, recuerdo haberlos intrigado mucho un día que me sorprendieron fabricando una gruesa de bigotes postizos pues había recibido dicho encargo de mi jefe.

Esta beligerancia doméstica no impidió que yo siguiera dedicándome, con una energía que ni yo mismo podía explicarme, a las labores de nuestra sociedad. Pronto fui relator, tesorero, adjunto de conferencias, asesor administrativo, y conforme me iba sumiendo en el seno de la organización, aumentaba mi desconcierto, no sabiendo si me hallaba en una secta religiosa o en una agrupación de fabricantes de paños.

A los tres años me enviaron al extranjero. Fue un viaje de lo más intrigante. No tenía yo un céntimo; sin embargo, los barcos me brindaban sus camarotes, en los puertos había siempre alguien que me recibía y me prodigaba atenciones, y los hoteles me obsequiaban sus comodidades sin exigirme nada. Así me vinculé con otros cofrades, aprendí lenguas foráneas, pronuncié conferencias, inauguré filiales a nuestra agrupación y vi cómo extendía la insignia de plata por todos los confines del continente. Cuando regresé, después de un año de intensa experiencia humana, estaba

tan desconcertado como cuando ingresé a la librería de Martín.

Han pasado diez años. Por mis propios méritos he sido designado presidente. Uso una toga orlada de púrpura con la que aparezco en los grandes ceremoniales. Los afiliados me tratan de vuecencia. Tengo una renta de cinco mil dólares, casas en los balnearios, sirvientes con librea que me respetan y me temen, y hasta una mujer encantadora que viene a mí por las noches sin que yo la llame. Y a pesar de todo esto, ahora, como el primer día y como siempre, vivo en la más absoluta ignorancia, y si alguien me preguntara cuál es el sentido de nuestra organización, yo no sabría qué responderle. A lo más, me limitaría a pintar rayas rojas en una pizarra negra, esperando confiado los resultados que produce en la mente humana toda explicación que se funda inexorablemente en la cábala.

(Lima, 1952)

El banquete

Con dos meses de anticipación, don Fernando Pasamano había preparado los pormenores de este magno suceso. En primer término, su residencia hubo de sufrir una transformación general. Como se trataba de un caserón antiguo, fue necesario echar abajo algunos muros, agrandar las ventanas, cambiar la madera de los pisos y pintar de nuevo todas las paredes. Esta reforma trajo consigo otras y —como esas personas que cuando se compran un par de zapatos juzgan que es necesario estrenarlos con calcetines nuevos y luego con una camisa nueva y luego con un terno nuevo y así sucesivamente hasta llegar al calzoncillo nuevo— don Fernando se vio obligado a renovar todo el mobiliario, desde las consolas del salón hasta el último banco de la repostería. Luego vinieron las alfombras, las lámparas, las cortinas y los cuadros para cubrir esas paredes que desde que estaban limpias parecían más grandes. Finalmente, como dentro del programa estaba previsto un concierto en el jardín, fue necesario construir un jardín. En quince días, una cuadrilla de jardineros japoneses edificaron, en lo que antes era una especie de huerta salvaje, un maravilloso jardín rococó donde había cipreses tallados, caminitos sin salida, laguna de peces rojos, una gruta para las divinidades y un puente rústico de madera, que cruzaba sobre un torrente imaginario.

Lo más grave, sin embargo, fue la confección del menú. Don Fernando y su mujer, como la mayoría de la gente proveniente del interior, sólo habían asistido en su vida a comilonas provinciales en las cuales se mezcla la chicha con el whisky y se termina devorando los cuyes con la mano. Por esta razón sus ideas acerca de lo que debía servirse en un banquete al presidente eran confusas. La parentela, convocada a un consejo especial, no hizo sino aumentar el desconcierto. Al fin, don Fernando decidió hacer una encuesta en los principales hoteles y restaurantes de la ciudad y así pudo enterarse que existían manjares presidenciales y vinos preciosos que fue necesario encargar por avión a las viñas del Mediodía.

Cuando todos estos detalles quedaron ultimados, don Fernando constató con cierta angustia que en ese banquete, al cual asistirían ciento cincuenta personas, cuarenta mozos de servicio, dos orquestas, un cuerpo de ballet y un operador de cine, había invertido toda su fortuna. Pero, al fin de cuentas, todo dispendio le parecía pequeño para los enormes beneficios que obtendría de esta recepción.

—Con una embajada en Europa y un ferrocarril a mis tierras de la montaña

rehacemos nuestra fortuna en menos de lo que canta un gallo —decía a su mujer—. Yo no pido más. Soy un hombre modesto.

—Falta saber si el presidente vendrá —replicaba su mujer.

En efecto, había omitido hasta el momento hacer efectiva su invitación.

Le bastaba saber que era pariente del presidente —con uno de esos parentescos serranos tan vagos como indemostrables y que, por lo general, nunca se esclarecen por el temor de encontrarles un origen adulterino— para estar plenamente seguro que aceptaría. Sin embargo, para mayor seguridad, aprovechó su primera visita a palacio para conducir al presidente a un rincón y comunicarle humildemente su proyecto.

—Encantado —le contestó el presidente—. Me parece una magnífica idea. Pero por el momento me encuentro muy ocupado. Le confirmaré por escrito mi aceptación.

Don Fernando se puso a esperar la confirmación. Para combatir su impaciencia, ordenó algunas reformas complementarias que le dieron a su mansión un aspecto de un palacio afectado para alguna solemne mascarada. Su última idea fue ordenar la ejecución de un retrato del presidente —que un pintor copió de una fotografía— y que él hizo colocar en la parte más visible de su salón.

Al cabo de cuatro semanas, la confirmación llegó. Don Fernando, quien empezaba a inquietarse por la tardanza, tuvo la más grande alegría de su vida. Aquél fue un día de fiesta, salió con su mujer al balcón para contemplar su jardín iluminado y cerrar con un sueño bucólico esa memorable jornada. El paisaje, sin embargo, parecía haber perdido sus propiedades sensibles pues dondequiera que pusiera los ojos, don Fernando se veía a sí mismo, se veía en chaqué, en tarro, fumando puros, con una decoración de fondo donde —como en ciertos afiches turísticos— se confundían los monumentos de las cuatro ciudades más importantes de Europa. Más lejos, en un ángulo de su quimera, veía un ferrocarril regresando de la floresta con sus vagones cargados de oro. Y por todo sitio, movediza y transparente como una alegoría de la sensualidad, veía una figura femenina que tenía las piernas de una *cocotte*, el sombrero de una marquesa, los ojos de una tahitiana y absolutamente nada de su mujer.

El día del banquete, los primeros en llegar fueron los soplones. Desde las cinco de la tarde estaban apostados en la esquina, esforzándose por guardar un incógnito que traicionaban sus sombreros, sus modales exageradamente distraídos y sobre todo ese terrible aire de delincuencia que adquieren a menudo los investigadores, los agentes secretos y en general todos los que desempeñan oficios clandestinos.

Luego fueron llegando los automóviles. De su interior descendían ministros, parlamentarios, diplomáticos, hombres de negocios, hombres inteligentes. Un portero les abría la verja, un ujier los anunciaba, un valet recibía sus prendas y don Fernando, en medio del vestíbulo, les estrechaba la mano, murmurando frases corteses y

conmovidas.

Cuando todos los burgueses del vecindario se habían arremolinado delante de la mansión y la gente de los conventillos se hacía a una fiesta de fasto tan inesperado, llegó el presidente. Escoltado por sus edecanes, penetró en la casa y don Fernando, olvidándose de las reglas de la etiqueta, movido por un impulso de compadre, se le echó en los brazos con tanta simpatía que le dañó una de sus charreteras.

Repartidos por los salones, los pasillos, la terraza y el jardín, los invitados se bebieron discretamente, entre chistes y epigramas, los cuarenta cajones de whisky. Luego se acomodaron en las mesas que les estaban reservadas —la más grande, decorada con orquídeas, fue ocupada por el presidente y los hombres ejemplares— y se comenzó a comer y a charlar ruidosamente mientras la orquesta, en un ángulo del salón, trataba de imponer inútilmente un aire vienés.

A mitad del banquete, cuando los vinos blancos del Rhin habían sido honrados y los tintos del Mediterráneo comenzaban a llenar las copas, se inició la ronda de discursos. La llegada del faisán los interrumpió y sólo al final, servido el champán, regresó la elocuencia y los panegíricos se prolongaron hasta el café, para ahogarse definitivamente en las copas del coñac.

Don Fernando, mientras tanto, veía con inquietud que el banquete, pleno de salud ya, seguía sus propias leyes, sin que él hubiera tenido ocasión de hacerle al presidente sus confidencias. A pesar de haberse sentado, contra las reglas del protocolo, a la izquierda del agasajado, no encontraba el instante propicio para hacer un aparte. Para colmo, terminado el servicio, los comensales se levantaron para formar grupos amodorrados y digestónicos y él, en su papel de anfitrión, se vio obligado a correr de grupos en grupo para reanimarlos con copas de mentas, palmaditas, puros y paradojas.

Al fin, cerca de medianoche, cuando ya el ministro de gobierno, ebrio, se había visto forzado a una aparatosa retirada, don Fernando logró conducir al presidente a la salita de música y allí, sentados en uno de esos canapés, que en la corte de Versalles servían para declararse a una princesa o para desbaratar una coalición, le deslizó al oído su modesta demanda.

—Pero no faltaba más —replicó el presidente—. Justamente queda vacante en estos días la embajada de Roma. Mañana, en consejo de ministros, propondré su nombramiento, es decir, lo impondré. Y en lo que se refiere al ferrocarril sé que hay en diputados una comisión que hace meses discute ese proyecto. Pasado mañana citaré a mi despacho a todos sus miembros y a usted también, para que resuelvan el asunto en la forma que más convenga.

Una hora después el presidente se retiraba, luego de haber reiterado sus promesas. Lo siguieron sus ministros, el congreso, etc., en el orden preestablecido por los usos y costumbres. A las dos de la mañana quedaban todavía merodeando por el bar algunos cortesanos que no ostentaban ningún título y que esperaban aún el descorchamiento de alguna botella o la ocasión de llevarse a hurtadillas un cenicero de plata.

Solamente a las tres de la mañana quedaron solos don Fernando y su mujer. Cambiando impresiones, haciendo auspiciosos proyectos, permanecieron hasta el alba entre los despojos de su inmenso festín. Por último se fueron a dormir con el convencimiento de que nunca caballero limeño había tirado con más gloria su casa por la ventana ni arriesgado su fortuna con tanta sagacidad.

A las doce del día, don Fernando fue despertado por los gritos de su mujer. Al abrir los ojos, la vio penetrar en el dormitorio con un periódico abierto entre las manos. Arrebatándoselo, leyó los titulares y, sin proferir una exclamación, se desvaneció sobre la cama. En la madrugada, aprovechándose de la recepción, un ministro había dado un golpe de Estado y el presidente había sido obligado a dimitir.

(Lima, 1958)

Doblaje

En aquella época vivía en un pequeño hotel cerca de Charing Cross y pasaba los días pintando y leyendo libros de ocultismo. En realidad, siempre he sido aficionado a las ciencias ocultas, quizás porque mi padre estuvo muchos años en la India y trajo de las orillas del Ganges, aparte de un paludismo feroz, una colección completa de tratados de esoterismo. En uno de estos libros leí una vez una frase que despertó mi curiosidad. No sé si sería un proverbio o un aforismo, pero de todos modos era una fórmula cerrada que no he podido olvidar: «Todos tenemos un doble que vive en las antípodas. Pero encontrarlo es muy difícil porque los dobles tienden siempre a efectuar el movimiento contrario».

Si la frase me interesó fue porque siempre había vivido atormentado por la idea del doble. Al respecto había tenido solamente una experiencia y fue cuando al subir a un ómnibus tuve la desgracia de sentarme frente a un individuo extremadamente parecido a mí. Durante un rato permanecimos mirándonos con curiosidad hasta que al fin me sentí incómodo y tuve que bajarme varios paraderos antes de mi lugar de destino. Si bien este encuentro no volvió a repetirse, en mi espíritu se abrió un misterioso registro y el tema del doble se convirtió en una de mis especulaciones favoritas.

Pensaba, en efecto, que dado los millones de seres que pueblan el globo, no sería raro que por un simple cálculo de probabilidades algunos rasgos tuvieran que repetirse. Después de todo, con una nariz, una boca, un par de ojos y algunos otros detalles complementarios no se puede hacer un número infinito de combinaciones. El caso de los «sosías» venía, en cierta forma, a corroborar mi teoría. En esa época estaba de moda que los hombres de Estado o los artistas de cine contrataran a personas parecidas a ellas para hacerlas correr todos los riesgos de la celebridad. Este caso, sin embargo, no me dejaba enteramente satisfecho. La idea que yo tenía de los dobles era más ambiciosa; yo pensaba que a la identidad de los rasgos debería corresponder identidad de temperamento y a la identidad de temperamento —¿por qué no?— identidad de destino. Los pocos «sosías» que tuve la oportunidad de ver unían a una vaga semejanza física —complementada muchas veces con la ayuda del maquillaje— una ausencia absoluta de correspondencia espiritual. Por lo general, los «sosías» de los grandes financistas eran hombres humildes que siempre habían sido aplazados en matemáticas. Decididamente, el doble constituía para mí un fenómeno

más completo, más apasionante. La lectura del texto que vengo de citar contribuyó no solamente a confirmar mi idea sino a enriquecer mis conjeturas. A veces, pensaba que en otro país, en otro continente, en las antípodas, en suma, había un ser exactamente igual a mí, que cumplía mis actos, tenía mis defectos, mis pasiones, mis sueños, mis manías, y esta idea me entretenía al mismo tiempo que me irritaba.

Con el tiempo la idea del doble se me hizo obsesiva. Durante muchas semanas no pude trabajar y no hacía otra cosa que repetirme esa extraña fórmula esperando quizás que, por algún sortilegio, mi doble fuera a surgir del seno de la tierra. Pronto me di cuenta que me atormentaba inútilmente, que si bien esas líneas planteaban un enigma, proponían también la solución: viajar a las antípodas.

Al comienzo rechacé la idea del viaje. En aquella época tenía muchos trabajos pendientes. Acababa de empezar una madona y había recibido, además, una propuesta para decorar un teatro. No obstante, al pasar un día por una tienda de Soho, vi un hermoso hemisferio exhibiéndose en una vitrina. En el acto lo compré y esa misma noche lo estudié minuciosamente. Para gran sorpresa mía, comprobé que en las antípodas de Londres estaba la ciudad australiana de Sidney. El hecho que esta ciudad perteneciera al Commonwealth me pareció un magnífico augurio. Recordé, asimismo, que tenía una tía lejana en Melbourne, a quien aprovecharía para visitar. Muchas otras razones igualmente descabelladas fueron surgiendo —una insólita pasión por las cabras australianas— pero lo cierto es que a los tres días, sin decirle nada a mi hotelero, para evitar sus preguntas indiscretas, tomé el avión con destino a Sidney.

No bien había aterrizado cuando me di cuenta de lo absurda que había sido mi determinación. En el trayecto había vuelto a la realidad, sentía la vergüenza de mis quimeras y estuve tentado a tomar el mismo avión de regreso. Para colmo, me enteré que mi tía de Melbourne hacía años que había muerto. Luego de un largo debate decidí que al cabo de un viaje tan fatigoso bien valía la pena de quedarse unos días a reposar. Estuve en realidad siete semanas.

Para empezar, diré que la ciudad era bastante grande, mucho más de lo que había previsto, de modo que en el acto renuncié a ponerme en la persecución de mi supuesto doble. Además ¿cómo haría para encontrarlo? Era en verdad ridículo detener a cada transeúnte en la calle a preguntarle si conocía a una persona igual a mí. Me tomarían por loco. A pesar de esto, confieso que cada vez que me enfrentaba a una multitud, fuera a la salida de un teatro o en un parque público, no dejaba de sentir cierta inquietud y contra mi voluntad examinaba cuidadosamente los rostros. En una ocasión, estuve siguiendo durante una hora, presa de una angustia feroz, a un sujeto de mi estatura y mi manera de caminar. Lo que me desesperaba era la obstinación con que se negaba a volver el semblante. Al fin, no pude más y le pasé la voz. Al volverse me enseñó una fisonomía pálida, inofensiva, salpicada de pecas que, ¿por qué no decirlo?, me devolvió la tranquilidad. Si permanecí en Sidney el monstruoso tiempo de siete semanas no fue seguramente por llevar adelante estas pesquisas, sino por

otras razones: porque me enamoré. Cosa rara en un hombre que ha pasado los treinta años, sobre todo en un inglés que se dedica al ocultismo.

Mi enamoramiento fue fulminante. La chica se llamaba Winnie y trabajaba en un restaurante. Sin lugar a dudas, ésta fue mi experiencia más interesante en Sidney. Ella también pareció sentir por mí una atracción casi instantánea, lo que me extrañó, desde que yo he tenido siempre poca fortuna con las mujeres. Desde un comienzo aceptó mis galanterías y a los pocos días salíamos a pasear juntos por la ciudad. Inútil describir a Winnie; sólo diré que su carácter era un poco excéntrico. A veces me trataba con enorme familiaridad; otras, en cambio, se desconcertaba ante alguno de mis gestos o de mis palabras, cosa que lejos de enojarme me encantaba. Decidido a cultivar esta relación con mayor comodidad, resolví abandonar el hotel, y, hablando por teléfono con una agencia, conseguí una casita amoblada en las afueras de la ciudad.

No puedo evitar un poderoso movimiento de romanticismo al evocar esta pequeña villa. Su tranquilidad, el gusto con que estaba decorada, me cautivaron desde el primer momento. Me sentía como en mi propio hogar. Las paredes estaban decoradas con una maravillosa colección de mariposas amarillas, por las que yo cobré una repentina afición. Pasaba los días pensando en Winnie y persiguiendo por el jardín a los bellísimos lepidópteros. Hubo un momento en que decidí instalarme allí en forma definitiva y ya estaba dispuesto a adquirir mis materiales de pintura, cuando ocurrió un accidente singular, quizá explicable, pero al cual yo me obstiné en darle una significación exagerada.

Fue un sábado en que Winnie, luego de ofrecerme una tenaz resistencia, resolvió pasar el fin de semana en mi casa. La tarde transcurrió animadamente, con sus habituales remansos de ternura. Hacia el anochecer, algo en la conducta de Winnie comenzó a inquietarme. Al principio yo no supe qué era y en vano estudié su fisonomía, tratando de descubrir alguna mudanza que explicara mi malestar. Pronto, sin embargo, me di cuenta que lo que me incomodaba era la familiaridad con que Winnie se desplazaba por la casa. En varias ocasiones se había dirigido sin vacilar hacia el conmutador de la luz. ¿Serían celos? Al principio fue una especie de cólera sombría. Yo sentía verdadera afección por Winnie, y si nunca le había preguntado por su pasado fue porque ya me había forjado algunos planes para su porvenir. La posibilidad que hubiera estado con otro hombre no me lastimaba tanto como que aquello hubiera ocurrido en mi propia casa. Presa de angustia, decidí comprobar esta sospecha. Yo recordaba que curioseando un día por el desván, había descubierto una vieja lámpara de petróleo. De inmediato pretexté un paseo por el jardín.

—Pero no tenemos con qué alumbrarnos —murmuré.

Winnie se levantó y quedó un momento indecisa en medio de la habitación. Luego la vi dirigirse hacia la escalera y subir resueltamente sus peldaños. Cinco minutos después apareció con la lámpara encendida.

La escena siguiente fue tan violenta, tan penosa, que me resulta difícil revivirla.

Lo cierto es que monté en cólera, perdí mi sangre fría y me conduje de una manera brutal. De un golpe derribé la lámpara, con riesgo de provocar un incendio, y precipitándome sobre Winnie, traté de arrancarle a viva fuerza una imaginaria confesión. Torciéndole las muñecas, le pregunté con quién y cuándo había estado en otra ocasión en esa casa. Sólo recuerdo su rostro increíblemente pálido, sus ojos desorbitados, mirándome como a un enloquecido. Su turbación le impedía pronunciar palabra, lo que no hacía sino redoblar mi furor. Al final, terminé insultándola y ordenándole que se retirara del lugar. Winnie recogió su abrigo y atravesó a la carrera el umbral.

Durante toda la noche no hice otra cosa que recriminarme mi conducta. Nunca creí que fuera tan fácilmente excitable y en parte atribuía esto a mi poca experiencia con las mujeres. Los actos que en Winnie me habían sublevado me parecían a la luz de la reflexión completamente normales. Todas esas casas de campo se parecen unas a otras y lo más natural era que en una casa de campo hubiera una lámpara y que esta lámpara se encontrara en el desván. Mi explosión había sido infundada, peor aún, de mal gusto. Buscar a Winnie y presentarle mis excusas me pareció la única solución decente. Fue inútil: jamás pude entrevistarme con ella. Se había ausentado del restaurante y cuando fui a buscarla a su casa, se negó a recibirme. A fuerza de insistir salió un día su madre y me dijo de mala manera que Winnie no quería saber absolutamente nada con locos.

¿Con locos? No hay nada que aterrorice más a un inglés que el apóstrofe de loco. Estuve tres días en la casa de campo tratando de ordenar mis sentimientos. Luego de una paciente reflexión, comencé a darme cuenta que toda esa historia era trivial, ridícula, despreciable. El origen mismo de mi viaje a Sidney era disparatado. ¿Un doble? ¡Qué insensatez! ¿Qué hacía yo ahí, perdido, angustiado, pensando en una mujer excéntrica a la que quizá no amaba, dilapidando mi tiempo, coleccionando mariposas amarillas? ¿Cómo podía haber abandonado mis pinceles, mi té, mi pipa, mis paseos por Hyde Park, mi adorable bruma del Támesis? Mi cordura renació; en un abrir y cerrar de ojos hice mi equipaje, y al día siguiente estaba retornando a Londres.

Llegué entrada la noche y del aeródromo fui directamente a mi hotel. Estaba realmente fatigado, con unos enormes deseos de dormir y de recuperar energías para mis trabajos pendientes. ¡Qué alegría sentirme nuevamente en mi habitación! Por momentos me parecía que nunca me había movido de allí. Largo rato permanecí apoltronado en mi sillón, saboreando el placer de encontrarme nuevamente entre mis cosas. Mi mirada recorría cada uno de mis objetos familiares y los acariciaba con gratitud. Partir es una gran cosa, me decía, pero lo maravilloso es regresar.

¿Qué fue lo que de pronto me llamó la atención? Todo estaba en orden, tal como lo dejara. Sin embargo, comencé a sentir una viva molestia. En vano traté de indagar la causa. Levantándome, inspeccioné los cuatro rincones de mi habitación. No había nada extraño pero se sentía, se olfateaba una presencia, un rastro a punto de

desvanecerse…

Unos golpes sonaron en la puerta. Al entreabrirla, el botones asomó la cabeza.

—Lo han llamado del Mandrake Club. Dicen que ayer ha olvidado usted su paraguas en el bar. ¿Quiere que se lo envíen o pasará a recogerlo?

—Que lo envíen —respondí maquinalmente.

En el acto me di cuenta de lo absurdo de mi respuesta. El día anterior yo estaba volando probablemente sobre Singapur. Al mirar mis pinceles sentí un estremecimiento: estaban frescos de pintura. Precipitándome hacia el caballete, desgarré la funda: la madona que dejara en bosquejo estaba terminada con la destreza de un maestro y su rostro, cosa extraña, su rostro era de Winnie.

Abatido caí en mi sillón. Alrededor de la lámpara revoloteaba una mariposa amarilla.

(París, 1955)

La molicie

Mi compañero y yo luchábamos sistemáticamente contra la molicie. Sabíamos muy bien que ella era poderosa y que se adueñaba fácilmente de los espíritus de la casa. Habíamos observado cómo, agazapada en las comidas fuertes, en los muelles sillones y hasta en las melodías lánguidas de los boleros, aprovechaba cualquier instante de flaqueza para tender sobre nosotros sus brazos tentadores y sutiles y envolvernos suavemente, como la emanación de un pebetero.

Había, pues, que estar en guardia contra sus asechanzas; había que estar a la expectativa de nuestras debilidades. Nuestra habitación estaba prevenida, diríase exorcizada contra ella. Habíamos atiborrado los estantes de libros, libros raros y preciosos que constantemente despertaban nuestra curiosidad y nos disponían al estudio. Habíamos coloreado las paredes con extraños dibujos que día a día renovábamos para tener siempre alguna novedad o, por lo menos, la ilusión de una perpetua mudanza. Yo pintaba espectros y animales prehistóricos, y mi compañero trazaba con el pincel transparentes y arbitrarias alegorías que constituían para mí un enigma indescifrable. Teníamos, por último, una pequeña radiola en la cual en momentos de sumo peligro poníamos cantigas gregorianas, sonatas clásicas o alguna fustigante pieza de jazz que comunicara a todo lo inerte una vibración de ballet.

A pesar de todas esas medidas no nos considerábamos enteramente seguros. Era a la hora de despertarnos, cuando las golondrinas (¿eran las golondrinas o las alondras?) nos marcaban el tiempo desde los tejados, el momento en que se iniciaba nuestra lucha. Nos provocaba correr la persiana, amortiguar la luz y quedarnos tendidos sobre las duras camas, dulcemente mecidos por el vaivén de las horas. Pero estimulándonos recíprocamente con gritos y consejos, saltábamos semidormidos de nuestros lechos y corríamos a través del corredor caldeado hasta la ducha, bajo cuya agua helada recibíamos la primera cura de emergencia. Ella nos permitía pasar la mañana con ciertas reservas, metidos entre nuestros libros y nuestras pinturas. A veces, cuando el calor no era muy intenso salíamos a dar un paseo entre las arboledas; viendo a la gente arrastrarse penosamente por las calzadas, huyendo también de la molicie, como nosotros. Después del almuerzo, sin embargo, sobrevenían las horas más difíciles y en las cuales la mayoría de nuestros compañeros sucumbían. Del comedor pasábamos al salón y embotados por la cuantiosa comida caíamos en los sillones. Allí pedíamos café, antes que los ojos se nos cerraran, y

gracias a su gusto amargo y tostado, febrilmente sorbido, podíamos pensar lo elemental para mantenernos vivos. Repetíamos el café, fumábamos, hojeábamos por centésima vez los diarios, hasta que la molicie hacía su ingreso por las tres grandes ventanas asoleadas. Poco a poco disminuía el ritmo de los coloquios; las partidas de ajedrez se suspendían, el humo iba desvaneciéndose, el radio sonaba perezosamente y muchos quedaban inmóviles en los sillones, un alfil en la mano, los ojos entrecerrados, la respiración sofocada, la sangre viciada por un terrible veneno. Entonces, mi compañero y yo huíamos torpemente por las escaleras y llegábamos exhaustos a nuestro cuarto, donde la cama nos recibía con los brazos abiertos y nos hacía brevemente suyos.

A esta hora, tal vez, fuimos en alguna oportunidad presas de la molicie. Recuerdo especialmente un día en que estuve tumbado hasta la hora de la merienda sin poder moverme, y más aún, hasta la hora de la cena, hora en que pude levantarme y arrastrarme hasta el comedor como un sonámbulo. Pero esto no volvió a repetirse por el momento. Aún éramos fuertes. Aún éramos capaces de rechazar todos los asaltos y llenar la tarde de lecturas comunes; de glosas y de disputas, muchas veces bizantinas, pero que tenían la virtud de mantener nuestra inteligencia alerta.

A veces, hartos de razonar, nos aproximábamos a la ventana que se abría sobre un gran patio, al cual los edificios volvían la intimidad de sus espaldas. Veíamos, entonces, que la molicie retozaba en el patio, bajo el resplandor del sol y, reptando por las paredes, hacía suyos los departamentos y las cosas. Por las ventanas abiertas veíamos hombres y mujeres desnudos, indolentemente estirados sobre los lechos blancos, abanicándose con periódico. A veces alguno de ellos se aproximaba a su ventana y miraba el patio y nos veía a nosotros. Luego de hacernos un gesto vago, que podía interpretarse como un signo de complicidad en el sufrimiento, regresaba a su lecho, bebía lentos jarros de agua y, envuelto en sus sábanas como en su sudario, proseguía su descomposición. Este cuadro al principio nos fortalecía porque revelaba en nosotros cierta superioridad. Mas, pronto aprendimos a ver en cada ventana como el reflejo anticipado de nuestro propio destino y huíamos de ese espectáculo como de un mal presagio. Habíamos visto sucumbir, uno por uno, a todos los desconocidos habitantes de aquellos pisos, sucumbir insensiblemente, casi con dulzura, o más bien, con voluptuosidad. Aun aquellos que ofrecieron resistencia —aquel, por ejemplo, que jugaba solitarios o aquel otro que tocaba la flauta— habían perecido estrepitosamente.

La poca gente que disponía de recursos —nosotros no estábamos en esa situación — se libraban de la molicie abandonando la ciudad. Cuando se produjeron los primeros casos improvisaron equipajes y huyeron hacia las sierras nevadas o hacia las playas frescas, latitudes en las cuales no podía sobrevivir el mal. Nosotros en cambio, teníamos que afrontar el peligro, esperando la llegada del otoño para que extendiera su alfombra de hojas secas sobre los maleficios del estío. A veces, sin embargo, el otoño se retrasaba mucho, y cuando llegaban los primeros cierzos, la mayoría de

nosotros estábamos incurablemente enfermos, completamente corrompidos para toda la vida.

Las siete de la noche era la hora más benigna. Diríase que la molicie hacía una tregua y abandonando provisoriamente la ciudad, reunía fuerzas en la pradera, preparándose para el asalto final. Éste se producía después de la cena, a las once de la noche, cuando la brisa crepuscular había cesado y en el cielo brillaban estrellas implacablemente lúcidas. A esta hora eran también, sin embargo, múltiples las posibilidades de evasión. Los adinerados emigraban hacia los salones de fiesta en busca de las mujerzuelas para hallar, en el delirio, un remedio a su cansancio. Otros se hartaban de vino y regresaban ebrios en la madrugada, completamente insensibles a las sutilezas de la molicie. La mayoría, en cambio se refugiaba en los cinematógrafos del barrio, después de intoxicarse de café. Los preparativos para la incursión al cine eran siempre precedidos de una gran tensión, como si se tratara de una medida sanitaria. Se repasaban los listines, se discutían las películas y pronto salía la gran caravana cortando el aire espeso de la noche. Muchos, sin embargo, no tenían dinero ni para eso y mendigaban plañideramente una invitación, o la exigían con amenazas a las que eran conducidos fácilmente por el peligro en que se hallaban. En las incómodas butacas veíamos tres o cuatro cintas consecutivas, con un interés excesivo, y que en otras circunstancias no tendría explicación. Nos reíamos de los malos chistes, estábamos a punto de llorar en las escenas melodramáticas, nos apasionábamos con héroes imaginarios y había en el fondo de todo ello como una cruel necesidad y una común hipocresía. A la salida frecuentábamos paseos solitarios, aromados por perfumes fuertes, y esperábamos en peripatéticas charlas que el alba plantara su estandarte de luz en el oriente, signo indudable de que la molicie se declaraba vencida en aquella jornada.

Al promediar la estación la lucha se hizo insostenible. Sobrevinieron unos días opacos, con un cielo gris cerrado sobre nosotros como una campana neumática. No corría un aliento de aire y el tiempo detenido husmeaba sórdidamente entre las cosas. En estos días, mi compañero y yo, comprendimos la vanidad de todos nuestros esfuerzos. De nada nos valían ya los libros, ni las pinturas, ni los silogismos, porque ellos a su vez estaban contaminados. Comprendimos que la molicie era como una enfermedad cósmica que atacaba hasta a los seres inorgánicos, que se infiltraba hasta en las entidades abstractas, dándoles una blanda apariencia de cosas vivas e inútiles.

La residencia, piso por piso, había ido cediendo sus posiciones. La planta inferior, ocupada por la despensa y la carbonería, fue la primera en suspender la lucha. Las materias corruptibles que guardaba —pilas de carbón vegetal, víveres malolientes— fueron presas fáciles del mal. Luego el mal fue subiendo, inflexiblemente, como una densa marea que sepultara ciudades y suspendiera cadáveres. Nosotros, que ocupábamos el último piso, organizamos una encarnizada resistencia. Nuestro reducto fue un pequeño y anónimo cantar de gesta. Abriendo los grifos dejamos correr el agua por los pasillos e infiltrarse en las habitaciones. En una heroica salida

regresamos cargados de frutas tropicales y de palmas, para morder la pulpa jugosa o abanicarnos con las hojas verdes. Pero pronto el agua se recalentó, las palmas se secaron y de las frutas sólo quedaron los corazones oxidados. Entonces, desplomándonos en nuestras camas, oyendo cómo nuestro sudor rebotaba sobre las baldosas, decidimos nuestra capitulación. Al principio llevamos la cuenta de las horas (un campanario repicaba cansadamente muy cerca nuestro, ¿quién lo tañería?), la cuenta de los días, pero pronto perdimos toda noción del tiempo. Vivíamos en un estado de somnolencia torpe, de embrutecimiento progresivo. No podíamos proferir una sola palabra. Nos era imposible hilvanar un pensamiento. Éramos fardos de materia viva, desposeídos de toda humanidad.

¿Cuánto tiempo duraría aquel estado? No lo sé, no podría decirlo. Sólo recuerdo aquella mañana en que fuimos removidos de nuestros lechos por un gigantesco estampido que conmovió a toda la ciudad. Nuestra sensibilidad, agudizada por aquel impacto, quedó un instante alerta. Entonces sobrevino un gran silencio, luego una ráfaga de aire fresco abrió de par en par las ventanas y unas gotas de agua motearon los cristales. La atmósfera de toda la habitación se renovó en un momento y un saludable olor de tierra humedecida nos arrastró hacia la ventana. Entonces vimos que llovía copiosa, consoladoramente. También vimos que los árboles habían amarilleado y que la primera hoja dorada se desprendía y después de un breve vals tocaba la tierra. A este contacto —un dedo en llaga gigantesca— la tierra despertó con un estertor de inmenso y contagioso júbilo, como un animal después de un largo sueño, y nosotros mismos nos sentimos partícipes de aquel renacimiento y nos abrazamos alegremente sobre el dintel de la ventana, recibiendo en el rostro las húmedas gotas del otoño.

(Madrid, 1953)

La botella de chicha

En una ocasión tuve necesidad de una pequeña suma de dinero y como me era imposible procurármela por las vías ordinarias, decidí hacer una pesquisa por la despensa de mi casa, con la esperanza de encontrar algún objeto vendible o pignorable. Luego de remover una serie de trastos viejos, divisé, acostada en un almohadón, como una criatura en su cuna, una vieja botella de chicha. Se trataba de una chicha que hacía más de quince años recibiéramos de una hacienda del norte y que mis padres guardaban celosamente para utilizarla en un importante suceso familiar. Mi padre me había dicho que la abriría cuando yo «me recibiera de bachiller». Mi madre, por otra parte, había hecho la misma promesa a mi hermana, para el día «que se casara». Pero ni mi hermana se había casado ni yo había elegido aún qué profesión iba a estudiar, por lo cual la chicha continuaba durmiendo el sueño de los justos y cobrando aquel inapreciable valor que dan a este género de bebidas los descansos prolongados.

Sin vacilar, cogí la botella del pico y la conduje a mi habitación. Luego de un paciente trabajo logré cortar el alambre y extraer el corcho, que salió despedido como por el ánima de una escopeta. Bebí un dedito para probar su sabor y me hubiera acabado toda la botella si es que no la necesitara para un negocio mejor. Luego de verter su contenido en una pequeña pipa de barro, me dirigí a la calle con la pipa bajo el brazo. Pero a mitad del camino un escrúpulo me asaltó. Había dejado la botella vacía abandonada sobre la mesa y lo menos que podía hacer era restituirla a su antiguo lugar para disimular en parte las trazas de mi delito. Regresé a casa y para tranquilizar aún más mi conciencia, llené la botella vacía con una buena medida de vinagre, la alambré, la encorché y la acosté en su almohadón.

Con la pipa de barro, me dirigí a la chichería de don Eduardo.

—Fíjate lo que tengo —dije mostrándole el recipiente—. Una chicha de jora de veinte años. Sólo quiero por ella treinta soles. Está regalada.

Don Eduardo se echó a reír.

—¡A mí!, ¡a mí! —exclamó señalándose el pecho—. ¡A mí con ese cuento! Todos los días vienen a ofrecerme chicha y no sólo de veinte años atrás. ¡No me fío de esas historias! ¡Como si las fuera a creer!

—Pero yo no te voy a engañar. Pruébala y verás.

—¿Probarla? ¿Para qué? Si probara todo lo que traen a vender terminaría el día

borracho, y lo que es peor, mal emborrachado. ¡Anda, vete de aquí! Puede ser que en otro lado tengas más suerte.

Durante media hora recorrí todas las chicherías y bares de la cuadra. En muchos de ellos ni siquiera me dejaron hablar. Mi última decisión fue ofrecer mi producto en las casas particulares pero mis ofertas, por lo general, no pasaron de la servidumbre. El único señor que se avino a recibirme me preguntó si yo era el mismo que el mes pasado le vendiera un viejo burdeos y como yo, cándidamente, le replicara que sí, fui cubierto de insultos y de amenazas e invitado a desaparecer en la forma menos cordial.

Humillado por este incidente, resolví regresar a mi casa. En el camino pensé que la única recompensa, luego de empresa tan vana, sería beberme la botella de chicha. Pero luego consideré que mi conducta sería egoísta, que no podía privar a mi familia de su pequeño tesoro solamente por satisfacer un capricho pasajero, y que lo más cuerdo sería verter la chicha en su botella y esperar, para beberla, a que mi hermana se casara o que a mí pudieran llamarme bachiller.

Cuando llegué a casa había oscurecido y me sorprendió ver algunos carros en la puerta y muchas luces en las ventanas. No bien había ingresado a la cocina cuando sentí una voz que me interpelaba en la penumbra. Apenas tuve tiempo de ocultar la pipa de barro tras una pila de periódicos.

—¿Eres tú el que anda por allí? —preguntó mi madre, encendiendo la luz—. ¡Esperándote como locos! ¡Ha llegado Raúl! ¿Te das cuenta? ¡Anda a saludarlo! ¡Tantos años que no ves a tu hermano! ¡Corre!, que ha preguntado por ti.

Cuando ingresé a la sala quedé horrorizado. Sobre la mesa central estaba la botella de chicha aún sin descorchar. Apenas pude abrazar a mi hermano y observar que le había brotado un ridículo mostacho. «Cuando tu hermano regrese», era otra de las circunstancias esperadas. Y mi hermano estaba allí y estaban también otras personas y la botella y minúsculas copas pues una bebida tan valiosa necesitaba administrarse como una medicina.

—Ahora que todos estamos reunidos —habló mi padre—, vamos al fin a poder brindar con la vieja chicha. —Y agració a los invitados con una larga historia acerca de la botella, exagerando, como era de esperar, su antigüedad. A mitad de su discurso, los circunstantes se relamían los labios.

La botella se descorchó, las copas se llenaron, se lanzó una que otra improvisación y llegado el momento del brindis observé que las copas se dirigían a los labios rectamente, inocentemente, y regresaban vacías a la mesa, entre grandes exclamaciones de placer.

—¡Excelente bebida!

—¡Nunca he tomado algo semejante!

—¿Cómo me dijo? ¿Treinta años guardada?

—¡Es digna de un cardenal!

—¡Yo que soy experto en bebidas, le aseguro, don Bonifacio, que como ésta

ninguna!

Y mi hermano, conmovido por tan grande homenaje, añadió:

—Yo les agradezco, mis queridos padres, por haberme reservado esta sorpresa con ocasión de mi llegada.

El único que, naturalmente, no bebió una gota, fui yo. Luego de acercármela a las narices y aspirar su nauseabundo olor a vinagre, la arrojé con disimulo en un florero.

Pero los concurrentes estaban excitados. Muchos de ellos dijeron que se habían quedado con la miel en los labios y no faltó uno más osado que insinuara a mi padre si no tenía por allí otra botellita escondida.

—¡Oh, no! —replicó—. ¡De estas cosas sólo una! Es mucho pedir.

Noté, entonces, una consternación tan sincera en los invitados, que me creí en la obligación de intervenir.

—Yo tengo por allí una pipa con chicha.

—¿Tú? —preguntó mi padre, sorprendido.

—Sí, una pipa pequeña. Un hombre vino a venderla… Dijo que era muy antigua.

—¡Bah! ¡Cuentos!

—Y yo se la compré por cinco soles.

—¿Por cinco soles? ¡No has debido pagar ni una peseta!

—A ver, la probaremos —dijo mi hermano—. Así veremos la diferencia.

—Sí, ¡que la traiga! —pidieron los invitados.

Mi padre, al ver tal expectativa, no tuvo más remedio que aceptar y yo me precipité hacia la cocina. Luego de extraer la pipa bajo el montón de periódicos, regresé a la sala con mi trofeo entre las manos.

—¡Aquí está! —exclamé, entregándosela a mi padre.

—¡Hum! —dijo él, observando la pipa con desconfianza—. Estas pipas son de última fabricación. Si no me equivoco, yo compré una parecida hace poco. —Y acercó la nariz al recipiente—. ¡Qué olor! ¡No! ¡Esto es una broma! ¿Dónde has comprado esto, muchacho? ¡Te han engañado! ¡Qué tontería! Debías haber consultado. —Y para justificar su actitud hizo circular la botija entre los concurrentes, quienes ordenadamente la olían y después de hacer una mueca de repugnancia, la pasaban a su vecino.

—¡Vinagre!

—¡Me descompone el estómago!

—Pero ¿es que esto se puede tomar?

—¡Es para morirse!

Y como las expresiones aumentaban de tono, mi padre sintió renacer en sí su función moralizadora de jefe de familia y, tomando la pipa con una mano y a mí de una oreja con la otra, se dirigió a la puerta de calle.

—Ya te lo decía. ¡Te has dejado engañar como un bellaco! ¡Verás lo que se hace con esto!

Abrió la puerta y, con gran impulso, arrojó la pipa a la calle, por encima del muro.

Un ruido de botija rota estalló en un segundo. Recibiendo un coscorrón en la cabeza, fui enviado a dar una vuelta por el jardín y mientras mi padre se frotaba las manos, satisfecho de su proceder, observé que en la acera pública, nuestra chicha, nuestra magnífica chicha norteña, guardada con tanto esmero durante quince años, respetada en tantos pequeños y tentadores compromisos, yacía extendida en una roja y dolorosa mancha. Un automóvil la pisó alargándola en dos huellas; una hoja de otoño naufragó en su superficie; un perro se acercó, la olió y la meó.

(París, 1955)

Explicaciones a un cabo de servicio

Yo tomaba un pisco donde *el gordo* mientras le daba vueltas en la cabeza a un proyecto. Le diré la verdad: tenía en el bolsillo cincuenta soles… Mi mujer no me los quiso dar, pero usted sabe, al fin los aflojó, la muy tonta… Yo le dije: «Virginia, esta noche no vuelvo sin haber encontrado trabajo». Así fue como salí: para buscar un trabajo… pero no cualquier trabajo… eso, no… ¿Usted cree que un hombre de mi condición puede aceptar cualquier trabajo?… Yo tengo cuarenticinco años, amigo, y he corrido mundo… Sé inglés, conozco la mecánica, puedo administrar una hacienda, he fabricado calentadores para baños, ¿comprende? En fin, tengo experiencia… Yo no entro en vainas: nada de jefes, nada de horarios, nada de estar sentado en un escritorio, eso no va conmigo… Un trabajo independiente para mí, donde yo haga y deshaga, un trabajo con iniciativa, ¿se da cuenta? Pues eso salí a buscar esta mañana, como salí ayer, como salgo todos los días, desde hace cinco meses… ¿Usted sabe cómo se busca un trabajo? No, señor; no hace falta coger un periódico y leer avisos… allí sólo ofrecen menudencias, puestos para ayudantes de zapatero, para sastres, para tenedores de libros… ¡bah! Para buscar un trabajo hay que echarse a caminar por la ciudad, entrar en los bares, conversar con la gente, acercarse a las construcciones, leer los carteles pegados en las puertas… Ése es mi sistema, pero sobre todo tener mucho olfato; uno nunca sabe; quizás allí, a la vuelta de una esquina… pero ¿de qué se ríe? ¡Si fue así precisamente! A la vuelta de una esquina me tropecé con Simón Barriga… Fue en la avenida Arenales, cerca de la bodega Lescano, donde venden pan con jamón y chilcanos… ¿Se figura usted? Hacía veinte años que no nos veíamos; treinta, quizás; desde el colegio; hemos mataperreado juntos… Muchos abrazos, mucha alegría, fuimos a la bodega a festejar el encuentro… ¿Pero qué? ¿Adónde vamos? Bueno, lo sigo a usted, pero con una condición: siempre y cuando quiera escucharme… Así fue, tomamos cuatro copetines… ¡Ah! Usted no conoce a Simón, un tipo macanudo, de la vieja escuela, con una inteligencia… En el colegio era un burro y lo dejaban siempre los sábados con la cara a la pared… pero uno después evoluciona… yo también nunca he sabido muy bien mi cartilla… Pero vamos al grano… Simón andaba también en busca de un trabajo, es decir, ya lo tenía entre manos; le faltaban sólo unos detalles, un hombre de confianza…

Hablamos largo y tendido y ¡qué coincidencia! Imagínese usted: la idea de Simón coincidía con la mía… Como se lo dije en ese momento, nuestro encuentro tenía algo

de providencial… Yo no voy a misa ni me gustan las sotanas, pero creo ciegamente en los azares… Ésa es la palabra: ¡providencial!… Figúrese usted: yo había pensado —y esto se lo digo confidencialmente— que un magnífico negocio sería importar camionetas para la repartición de leche y… ¿sabe usted cuál era el proyecto de Simón? ¡Importar material para puentes y caminos!… Usted dirá, claro, entre una y otra cosa no hay relación… Sería mejor que importara vacas. ¡Vaya un chiste! Pero no, hay relación; le digo que la hay… ¿Por dónde rueda una camioneta? Por un camino. ¿Por dónde se atraviesa un río? Por un puente. Nada más claro, eso no necesita demostración. De este modo comprenderá por qué Simón y yo decidimos hacernos socios… Un momento, ¿dónde estamos? ¿Ésta no es la avenida Abancay? ¡Magnífico!… Bueno, como le decía, ¡socios! Pero socios de a verdad… Fue entonces cuando nos dirigimos a Lince, a la picantería de que le hablé. Era necesario planear bien el negocio, en todos sus detalles, ¿eh? Nada mejor para eso que una buena enramada, que unos tamales, que unas botellitas de vino Tacama… Ah, ¡si viera usted el plano que le hice de la oficina! Lo dibujé sobre una servilleta… pero eso fue después… Lo cierto es que Simón y yo llegamos a la conclusión de que necesitábamos un millón de soles… ¿Qué? ¿Le parece mucho? No haga usted muecas… Para mí, para Simón, un millón de soles es una bicoca… Claro, en ese momento ni él ni yo los teníamos. Nadie tiene, dígame usted, un millón de soles en la cartera como quien tiene un programa de cine… Pero cuando se tiene ideas, proyectos y buena voluntad, conseguirlos es fácil… sobre todo ideas. Como le dije a Simón: «Con ideas todo es posible. Ése es nuestro verdadero capital»… Verá usted: por lo pronto Simón ofreció comprometer a un general retirado, de su conocencia y así, de un sopetón, teníamos ya cien mil soles seguros… Luego a su tío Fernando, el hacendado, hombre muy conocido… Yo, por mi parte, resolví hablar con el boticario de mi barrio que la semana pasada ganó una lotería… Además yo iba a poner una máquina de escribir Remington, modelo universal… ¿Estamos por el mercado? Eso es, deme el brazo, entre tanta gente podemos extraviarnos… En una palabra, cuando terminamos de almorzar teníamos ya reunido el capital. Amigo: cosa difícil es formar una sociedad. No se lo recomiendo… Nos faltaban aún dos cosas importantes: el local y la razón social. Para local, mi casa… no se trata de una residencia, todo lo contrario: una casita en el jirón Ica, cuatro piezas solamente… Pero mi mujer y mis cinco hijos irían a dormir al fondo… De la sala haría la oficina y del comedor que tiene ventana a la calle la sala de exhibiciones… Todo era provisional, naturalmente; pero para comenzar, magnífico, créalo usted; Simón estaba encantado… Pero a todo esto ya no estábamos en la picantería. Pagué, recuerdo… Pagué el almuerzo y las cuatro botellas de vino. Simón me trajo al Patio a tomar café. Pagué el taxi. Simón me invitó un puro… ¿Fue de allí que llamé?… Sí, fue de allí. Llamé a Virginia y le dije: «Mujer, acabó la mala época. Acabo de formar una sociedad con Simón Barriga. Tenemos ya un millón de soles. No me esperes a comer que Simón me invitará a su casa»… Luego del café, los piscos; Simón invitaba e invitaba, estupendo… Entonces

vino una cuestión delicada: el nombre de la sociedad… ¡Ah!, no crea usted que es una cosa fácil; yo también lo creía… Pero mirándolo bien, todos los buenos nombres están ya tomados… Primero pensamos que El Porvenir, fíjese usted, es un bonito nombre, pero hay un barrio que se llama El Porvenir, un cine que se llama El Porvenir, una Compañía de Seguros que se llama El Porvenir y hasta un caballo, creo, que se llama El Porvenir… ¡Ah!, es cosa de mucho pensar… ¿Sabe usted qué nombre le pusimos? ¡A que no adivina!… Fue idea mía, se lo aseguro… Ya había anochecido, claro. Le pusimos Fructífera, S. A. ¿Se da usted cuenta del efecto? Yo encuentro que es un nombre formidablemente comercial… Pero ¡no me jale usted!, no vaya tan rápido, ¿estamos en el jirón Cuzco?… Vea usted; después de los piscos, una copa de menta, otra copa de menta… Pero entonces, ya no organizábamos el negocio: nos repartíamos las ganancias, Simón dijo: «Yo me compro un carro de carrera». ¿Para qué? —me pregunto yo. Ésos son lujos inútiles… Yo pensé inmediatamente en un chalet con su jardincito, con una cocina eléctrica, con su refrigeradora, con su bar para invitar a los amigos… Ah, pensé también en el colegio de mis hijos… ¿Sabe usted? Me los han devuelto porque hace tres meses que no pago… Pero no hablemos de esto… Tomábamos menta, una y otra copa; Simón estaba generoso… De pronto se me ocurrió la gran idea… ¿usted ha visto? Allí en los portales del Patio hay un hombre que imprime tarjetas, un impresor ambulante… Yo me dije: «Sería una bonita sorpresa para Simón que yo salga y mande hacer cien tarjetas con el nombre y dirección de nuestra sociedad»… ¡Qué gusto se va a llevar! Estupendo, así lo hice… Pagué las tarjetas con mis últimos veinte soles y entré al bar… El hombre las traería a nuestra mesa cuando estuvieran listas… «He estado tomando el aire», le dije a Simón; el muy tonto se lo creyó… Bueno, me hice el disimulado, seguimos hablando… Para esto, el negocio había crecido, ah, ¡naturalmente! Ya las camionetas para leche, los caminos, eran pequeñeces… Ahora hablábamos de una fábrica de cerveza, de unos cines de actualidades, inversiones de primer orden… otra copita de menta… Pero ¿qué es esto? ¿La plaza Francisco Pizarro?… Bueno, el hombre de las tarjetas vino. ¡Si viera usted a Simón! Se puso a bailar de alegría; le juro que me abrazó y me besó… Él cogió cincuenta tarjetas y yo cincuenta. Fumamos el último puro. Yo le dije: «Me he quedado sin un cobre pero quería darme este gusto». Simón se levantó y se fue a llamar por teléfono… Avisaría a su mujer que íbamos a comer… Quedé solo en el bar. ¿Usted sabe lo que es quedarse solo en un bar luego de haber estado horas conversando? Todo cambia, todo parece distinto; uno se da cuenta que hay mozos, que hay paredes, que hay parroquianos, que la otra gente también habla… es muy raro… Unos hombres con patillas hablaban de toros, otros eran artistas, creo, porque decían cosas que yo no entendía… y los mozos pasaban y repasaban por la mesa… Le juro, sus caras no me gustaban… Pero ¿y Simón?, me dirá usted… ¡Pues Simón no venía! Esperé diez minutos, luego veinte; la gente del Teatro Segura comenzó a llegar… Fui a buscarlo al baño… Cuando una persona se pierde en un bar hay que ir a buscarlo primero al baño… Luego fui al teléfono, di vueltas por el café,

salí a los portales… ¡Nada!… En ese momento el mozo se me acercó con la cuenta… ¡Demonios!, se debía 47 soles… ¿en qué?, me digo yo. Pero allí estaba escrito… Yo dije: «Estoy esperando a mi amigo». Pero el mozo no me hizo caso y llamó al *maître*… Hablé con el *maître*, que es una especie de notario con una servilleta en la mano… Imposible entenderse… Le enseñé mis tarjetas… ¡nada! Le dije: «¡Yo soy Pablo Saldaña!». ¡Ni caso! Le ofrecí asociarlo a nuestra empresa, darle parte de las utilidades… el tipo no daba su brazo a torcer… En eso pasó usted, ¿recuerda? ¡Fue verdaderamente una suerte! Con las autoridades es fácil entenderse; claro, usted es un hombre instruido, un oficial, sin duda; yo admiro nuestras instituciones, yo voy a los desfiles para aplaudir a la policía… Usted me ha comprendido, naturalmente; usted se ha dado cuenta que yo no soy una piltrafa, que yo soy un hombre importante, ¿eh?… Pero ¿qué es esto?, ¿dónde estamos?, ¿ésta no es la comisaría?, ¿qué quieren estos hombres uniformados? ¡Suélteme, déjeme el brazo le he dicho! ¿Qué se ha creído usted? ¡Aquí están mis tarjetas! Yo soy Pablo Saldaña, el gerente, el formador de la Sociedad, yo soy un hombre, ¿entiende?, ¡un hombre!

(Amberes, 1957)

Los merengues

Apenas su mamá cerró la puerta, Perico saltó del colchón y escuchó, con el oído pegado a la madera, los pasos que se iban alejando por el largo corredor. Cuando se hubieron definitivamente perdido, se abalanzó hacia la cocina de kerosene y hurgó en una de las hornillas malogradas. ¡Allí estaba! Extrayendo la bolsita de cuero, contó una por una las monedas —había aprendido a contar jugando a las bolitas— y constató, asombrado, que había cuarenta soles. Se echó veinte al bolsillo y guardó el resto en su lugar. No en vano, por la noche, había simulado dormir para espiar a su mamá. Ahora tenía lo suficiente para realizar su hermoso proyecto. Después no faltaría una excusa. En esos callejones de Santa Cruz, las puertas siempre están entreabiertas y los vecinos tienen caras de sospechosos. Ajustándose los zapatos, salió desalado hacia la calle.

En el camino fue pensando si invertiría todo su capital o sólo parte de él. Y el recuerdo de los merengues —blancos, puros, vaporosos— lo decidieron por el gasto total. ¿Cuánto tiempo hacía que los observaba por la vidriera hasta sentir una salivación amarga en la garganta? Hacía ya varios meses que concurría a la pastelería de la esquina y sólo se contentaba con mirar. El dependiente ya lo conocía y siempre que lo veía entrar, lo consentía un momento para darle luego un coscorrón y decirle:

—¡Quita de acá, muchacho, que molestas a los clientes!

Y los clientes, que eran hombres gordos con tirantes o mujeres viejas con bolsas, lo aplastaban, lo pisaban y desmantelaban bulliciosamente la tienda.

Él recordaba, sin embargo, algunas escenas amables. Un señor, al percatarse un día de la ansiedad de su mirada, le preguntó su nombre, su edad, si estaba en el colegio, si tenía papá y por último le obsequió una rosquita. Él hubiera preferido un merengue pero intuía que en los favores estaba prohibido elegir. También, un día, la hija del pastelero le regaló un pan de yema que estaba un poco duro.

—¡Empara! —dijo, aventándolo por encima del mostrador. Él tuvo que hacer un gran esfuerzo a pesar de lo cual cayó el pan al suelo y, al recogerlo, se acordó súbitamente de su perrito, a quien él tiraba carnes masticadas divirtiéndose cuando de un salto las emparaba en sus colmillos.

Pero no era el pan de yema ni los alfajores ni los piononos lo que le atraía: él sólo amaba los merengues. A pesar de no haberlos probado nunca, conservaba viva la imagen de varios chicos que se los llevaban a la boca, como si fueran copos de nieve,

ensuciándose los corbatines. Desde aquel día, los merengues constituían su obsesión.

Cuando llegó a la pastelería, había muchos clientes, ocupando todo el mostrador. Esperó que se despejara un poco el escenario pero no pudiendo resistir más, comenzó a empujar. Ahora no sentía vergüenza alguna y el dinero que empuñaba lo revestía de cierta autoridad y le daba derecho a codearse con los hombres de tirantes. Después de mucho esfuerzo, su cabeza apareció en primer plano, ante el asombro del dependiente.

—¿Ya estás aquí? ¡Vamos saliendo de la tienda!

Perico, lejos de obedecer, se irguió y con una expresión de triunfo reclamó: ¡veinte soles de merengues! Su voz estridente dominó en el bullicio de la pastelería y se hizo un silencio curioso. Algunos lo miraban, intrigados, pues era hasta cierto punto sorprendente ver a un rapaz de esa calaña comprar tan empalagosa golosina en tamaña proporción. El dependiente no le hizo caso y pronto el barullo se reinició. Perico quedó algo desconcertado, pero estimulado por un sentimiento de poder repitió, en tono imperativo:

—¡Veinte soles de merengues!

El dependiente lo observó esta vez con cierta perplejidad pero continuó despachando a los otros parroquianos.

—¿No ha oído? —insistió Perico excitándose—. ¡Quiero veinte soles de merengues!

El empleado se acercó esta vez y lo tiró de la oreja.

—¿Estás bromeando, palomilla?

Perico se agazapó.

—¡A ver, enséñame la plata!

Sin poder disimular su orgullo, echó sobre el mostrador el puñado de monedas. El dependiente contó el dinero.

—¿Y quieres que te dé todo esto en merengues?

—Sí —replicó Perico con una convicción que despertó la risa de algunos circunstantes.

—Buen empacho te vas a dar —comentó alguien.

Perico se volvió. Al notar que era observado con cierta benevolencia un poco lastimosa, se sintió abochornado. Como el pastelero lo olvidaba, repitió:

—Deme los merengues. —Pero esta vez su voz había perdido vitalidad y Perico comprendió que, por razones que no alcanzaba a explicarse, estaba pidiendo casi un favor.

—¿Vas a salir o no? —lo increpó el dependiente.

—Despácheme antes.

—¿Quién te ha encargado que compres esto?

—Mi mamá.

—Debes haber oído mal. ¿Veinte soles? Anda a preguntarle de nuevo o que te lo escriba en un papelito.

Perico quedó un momento pensativo. Extendió la mano hacia el dinero y lo fue retirando lentamente. Pero al ver los merengues a través de la vidriería, renació su deseo, y ya no exigió sino que rogó con una voz quejumbrosa:

—¡Deme, pues, veinte soles de merengues!

Al ver que el dependiente se acercaba airado, pronto a expulsarlo, repitió conmovedoramente:

—¡Aunque sea diez soles, nada más!

El empleado, entonces, se inclinó por encima del mostrador y le dio el cocacho acostumbrado pero a Perico le pareció que esta vez llevaba una fuerza definitiva.

—¡Quita de acá! ¿Estás loco? ¡Anda a hacer bromas a otro lugar!

Perico salió furioso de la pastelería. Con el dinero apretado entre los dedos y los ojos húmedos, vagabundeó por los alrededores.

Pronto llegó a los barrancos. Sentándose en lo alto del acantilado, contempló la playa. Le pareció en ese momento difícil restituir el dinero sin ser descubierto y maquinalmente fue arrojando las monedas una a una, haciéndolas tintinear sobre las piedras. Al hacerlo, iba pensando que esas monedas nada valían en sus manos, y en ese día cercano en que, grande ya y terrible, cortaría la cabeza de todos esos hombres, de todos los mucamos de las pastelerías y hasta de los pelícanos que graznaban indiferentes a su alrededor.

(Lima, 1952)

El tonel de aceite

En la semioscuridad de la cocina, iluminada tan sólo por los carbones rojos que ardían bajo las parrillas, la vieja Dorotea y su sobrino Pascual se miraban silenciosamente. Ella permanecía en pie, las crenchas canosas dominadas por el pañolón negro y el semblante cobrizo torcido en una mueca inexpresiva y vegetal. Su sobrino, sentado en cuclillas, elevaba hacia ella sus ojos despavoridos, mientras sus dedos, apoyados en el suelo, rascaban nerviosamente la tierra. La mirada de la tía, cayéndole oblicuamente, lo tenía atrapado e inmóvil. Hacía un cuarto de hora que estaban así, como hechizados, sin pronunciar palabra.

—Así que fue con el hacha de Eleuterio —murmuró ella.

El muchacho no replicó. Se limitó a bajar la cabeza en son de asentimiento, mientras su pecho se rajaba en débiles sollozos.

—¡Hijo de mala perra! —bramó la tía, agitando un brazo huesudo surcado de venas negras—. ¡Y después te vienes a refugiar en mi casa! ¿Por qué no has huido para las sierras? ¡Hubieras podido coger una mula de donde el aguazal y arrear para las montañas! Valor tienes para subirte al terrado a robarme las semillas, pero no para marcharte solo por los peñascales.

El muchacho, con la cabeza cada vez más caída, gemía convulsivamente, dejando al descubierto una nuca sucia y desnutrida. Dorotea lo observó con una expresión de infinito desprecio en sus ojos acerados. Había vuelto a cruzar los brazos y su boca trazaba un surco abyecto.

—¿Y todo fue por la Antoña? —interrogó nuevamente.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Todo por la Antoña, una chica piojosa que aún no puede ser madre —masculló la tía, recuperando luego su antiguo hieratismo.

Pascual elevó un ojo furtivo hacia ella y lo bajó sin replicar. El silencio fue invadiendo nuevamente la cocina. De cuando en cuando se escuchaba la crepitación de una chispa en la parrilla o el balido de un carnero en el galpón. La noche se iba cerrando en el descampado.

Pascual, de pronto, levantó la faz lívida manchada de lágrimas sucias, y abriendo los labios, dejó escapar un gruñido.

—¡Tengo miedo, tía Dorotea! —exclamó—. ¡Los guardias ya deben de conocer todo! ¡Esteban tenía un tío cabo! ¡Me perseguirán!

—¡Calla, deslenguado! —interrumpió la vieja—. ¡Pueden oírte en el rancho de Pedro Limayta! —y bajando la voz, hasta hacerla sibilante, añadió—: Y ¿dónde quieres que te esconda, pedazo de mugre? Ya sabes que si te encuentran aquí, la que va a pagar todo soy yo. Recuerda lo que le pasó a la tía Domitila por esconder en su lugar al bribón de Domingo, que se había robado dos vacas. ¡Y sólo por dos vacas! —La tía Dorotea dio un paso hacia él, un paso mecánico, como el de un muñeco de madera—. ¡Debes irte de aquí! ¡No debes dejar una sola huella! Entiéndetelas tú, y si te pescan, cuidado con decir que anduviste rondando por acá. Te daré una barra de pan, y date por bien servido. ¡Anda, levántate! La noche se ha vencido.

El sobrino no replicó. Tenía el cuello estirado hacia adelante en una incómoda posición, y un dedo ligeramente erecto. Parecía estar a punto de caerse de bruces; sin embargo, se mantenía en equilibrio como por arte de magia.

—¿Qué? —preguntó la vieja, doblándose hacia él.

—¡Psht! —susurró Pascual, mientras su rostro, primitivamente tenso, se iba transfigurando por el terror.

Claramente se escuchó el trotar de unas cabalgaduras.

—¡Allí están! —bramó, y, levantándose de un brinco, se arrojó de espaldas contra la pared, quedando allí con los ojos muy abiertos.

La tía Dorotea se aproximó a la ventana. Empujando el postigo oteó hacia el campo. En el rancho de Pedro Limayta habían desmontado dos guardias. Los vio conversar con el viejo labriego, y luego volver a montar sus caballos rurales.

La tía se aproximó a su sobrino, que continuaba pegado a la pared, como si lo hubieran cosido con alfileres. Cruzó su rostro repetidas veces con su mano huesuda, hasta que le partió los labios.

—¿Y ahora? —exclamó—. ¿Ves en el lío que me has metido? ¿Qué les voy a decir? ¡Salta por la ventana, huye a campo traviesa, despéñate por los riscos!…

Los cascos de los caballos resonaron en las piedras del galpón. Algunos carneros balaron, asustados.

—¡Ya es tarde! —maldijo la tía Dorotea, y recorrió con sus ojos vivaces las cuatro paredes de la cocina.

Junto a la puerta divisó el tonel de aceite, que en la noche anterior lo habían llenado.

—¡Mira! —dijo al sobrino, tirándolo del brazo con sus garras—. ¡Métete allí dentro, rápido! Cuando abran la puerta, hundes la cabeza. Yo te avisaré con un golpe cuando se hayan ido. ¡Cuidadito nomás con chistar! ¡Anda! —añadió, al ver que Pascual permanecía sin aliento.

Cuando los guardias entraron divisaron a la tía Dorotea, sentada al lado de la cocina, con la mirada perdida en las llamitas azules.

—¡Levántese! —ordenó uno de ellos, mientras el otro, con su fusil preparado, husmeaba por los ángulos oscuros. La tía Dorotea no se movió.

—¿Dónde está su sobrino?

—Yo no tengo sobrinos —replicó ella, sin dejar de mirar los carbones.

—¿Y Pascual Molina?

—No lo conozco.

Uno de los guardias la cogió por la espalda y la levantó de un zamacón.

—¡Usted nos engaña! ¡Pedro Limayta me dijo que lo vio entrar antes del anochecer!

—¡No me toque! —rugió la vieja, con un tono tan feroz que el guardia retrocedió —. ¡No me vuelva a tocar! —añadió, y por su boca brotó un espumarajo de saliva turbia—. Si creen que está aquí, búsquenlo. ¡Pero yo no lo conozco!

Uno de los guardias encendió un cabo de vela en la cocina y salió por los alrededores. El otro quedó junto a Dorotea, mirando a todo sitio con desconfianza.

—¿Adónde da esa ventana? —preguntó.

—Al rancho de Limayta —replicó la vieja.

—¿Y ese tragaluz?

—Al terrado.

El guardia divisó el tonel de aceite.

—¿Qué cosa hay allí? —preguntó aproximándose.

—Aceite.

El guardia se inclinó sobre el borde y observó su superficie lisa.

—¿Está bueno? —preguntó metiendo el dedo, y como observara que en el rostro de la vieja no se movía una arruga, añadió para congraciarse—: Ya vendré por aquí para que me regale un poquito.

En ese momento apareció el otro guardia.

—No hay nadie —dijo, echándose la carabina a la espalda—. Ese viejo de Limayta, con los tragos que se echa, está viendo siempre fantasmas.

Los dos guardias miraron a la tía Dorotea, esperando tal vez unas palabras de ella. Pero la vieja seguía impasible, con los brazos tenazmente cruzados, como si se amarrara con su propia carne.

—Bueno —dijo un guardia, levantando el ala de su sombrero—. Está visto que aquí no hay nada.

—Buenas noches —añadió el otro, abriendo la puerta.

—Se ha librado usted de una buena —añadió el primero, cruzando el umbral.

La tía Dorotea no replicó nada. Cuando cerraron la puerta, tampoco se movió. Esperó con el oído atento a que subieran a sus caballos. Cuando el ruido de los cascos repicó y fue lentamente debilitándose, el surco de sus labios se distendió brotando de ellos una sonrisa primitiva, ácida, como arrancada a bofetones. Cogiendo un mazo se aproximó al tonel, y dio con él un golpe en su armadura.

—¡Ya puedes salir! —gritó—. ¡Ya se fueron!

La superficie del aceite vibró un rato al influjo del golpe y fue quedando luego definitivamente quieta.

(Madrid, 1953)

Las botellas y los hombres
(1964)

Las botellas y los hombres

—Lo buscan —dijo el portero—. Un hombre lo espera en la puerta.

Luciano alcanzó a dar una recia volea que hizo encogerse a su adversario y dejando su raqueta sobre la banca tomó el caminillo de tierra. Primero vio una cabeza calva, luego un vientre mal fajado pero sólo cuando la distancia le permitió distinguir la tosca cara de máscara javanesa, sintió que las piernas se le doblaban. Como antes de llegar a la puerta de salida había una cantina, se arrastró hacia ella y pidió una cerveza.

Luego de echarse el primer sorbo, sobre esa boca quemada por la vergüenza, miró hacia el alambrado. El hombre seguía allí parado, lanzando de cuando en cuando una mirada tímida al interior del club. A veces observaba sus manos con esa atención ingenua que prestan a las cosas más insignificantes las personas que esperan.

Luciano secó su cerveza y avanzó resueltamente hacia la puerta. El hombre, al verlo aparecer, quedó rígido, mirándolo con estupefacción. Pero pronto se repuso y sacando una sucia mano del bolsillo la extendió hacia adelante.

—Dame unas chauchas —dijo—. Necesito ir al Callao.

Luciano no respondió: hacía ocho años que no veía a su padre. Sus ojos no abandonaban esos rasgos que conociera de niño y que ahora le regresaban completamente usados y refractados por el tiempo.

—¿No has oído? —repitió—. Necesito que me des unas chauchas.

—Ésa no es manera de saludar —dijo Luciano—. Sígueme.

Mientras caminaba, sintió unos pasos precipitados y luego una mano que lo cogía por el brazo.

—¡Disculpa, ñato!, pero estoy fregado, sin plata, sin trabajo… Hace dos días que llegué de Arequipa.

Luciano continuó su camino.

—¿Y todos estos años?

—He estado en Chile, en Argentina…

—¿Te ha ido bien?

—¡Como el ajiaco! He pasado la gran vida.

Cuando llegaron a la cantina, Luciano pidió dos cervezas.

—¡Nada de cerveza! Yo soy viejo pisquero. Un soldeíca para mí… Pregunté por ti, me dijeron que seguías en el club.

Hacía calor. En la gran explanada se escuchaba apenas el ruido de las pelotas rebotando en las cuerdas. Luciano miró hacia la cancha, donde su compañero lo aguardaba aburrido, manoseando la red. Pensó que podría acercarse a la cantina, que podría crearse una situación embarazosa.

—¿Estabas jugando? —preguntó el viejo—. Puedes seguir nomás. ¡Yo seco esto y me voy! No he venido para hacer tertulia. Pero eso sí, déjame para el tranvía. Tengo que ir al muelle para buscar un trabajo.

—Tengo tiempo de sobra —replicó Luciano regresando la mirada hacia el mostrador. Su padre se llevaba a los labios el primer sorbo y enseguida se secó la boca con la mano, repitiendo ese gesto que se ve en las pulperías, entre los bebedores de barrio. Ambos permanecieron callados, cercanas las cabezas pero irremediablemente alejados por los años de ausencia. El viejo dirigió la mirada hacia las instalaciones del club, hacia el hermoso edificio perdido tras la arboleda.

—Todo esto es nuevo, ¡yo no lo conocía! Me acuerdo cuando era guardián y vivíamos allí, en esa caseta. Tú has progresado, ya no recoges bolas. Ahora te mezclas con la *cremita*…

—Hace años que no recojo bolas.

—¡Ahora juegas! —suspiró el viejo.

Luciano comenzó a sentirse incómodo. El empleado de la cantina no quitaba la vista de ese extraño visitante con la camisa sebosa y la barba mal afeitada. Hombres de esa catadura sólo entraban al club por la puerta falsa, cuando había un caño por desatorar.

—¡Allí viene tu rival! —dijo su padre, apurando su copa—. Me voy. Dame lo que te he pedido.

Luciano vio que su compañero de juego se acercaba a pasos elásticos, dando de raquetazos a invisibles pelotas. Metiendo la mano al bolsillo buscó ansiosamente unas monedas, las cerró entre sus dedos, las mantuvo un momento prisioneras pero terminó por abandonarlas.

—Bebe tranquilo —dijo—. A mí nadie me apura.

Su amigo se detuvo frente a la cantina.

—¿Vas a venir o no? Se me está enfriando el cuerpo.

—Te presento a mi padre —dijo Luciano.

—¿Tu padre?

Ambos se estrecharon la mano. Mientras cambiaban los primeros saludos, Luciano trataba de explicarse por qué su amigo había puesto esa entonación en su pregunta. Sin poderlo evitar, observó con más atención el aspecto de su padre. Sus codos raídos, la basta deshilachada del pantalón, adquirieron en ese momento a sus ojos una significación moral: se daba cuenta que en Lima no se podía ser pobre, que la pobreza era aquí una espantosa mancha, la prueba plena de una mala reputación.

—Hacía tiempo que no lo veía —añadió sin saber por qué—. Ha estado de viaje.

—He estado en el Sur —confirmó el viejo—. Una gran turné de negocios por

Santiago, por Buenos Aires… Yo me dedico a los negocios, un negocio de vinos, también de ferretería, pero ahora, con los impuestos, con las divisas, las cosas andan…

Súbitamente se calló. El joven lo miraba atónito. Luciano se dio cuenta que comenzaban a sudarle las manos.

—¿No se toman una copita? —añadió el viejo—. Ahora invito yo.

—Lo dejaremos para más tarde —intervino Luciano, impaciente—. Tenemos que terminar la partida. ¿Dónde nos vemos?

—Donde tú quieras. Ya te he dicho que voy para el Callao.

—Te acompaño a la puerta.

Ambos se encaminaron hacia la salida. Marchaban silenciosos.

—No has debido hacerme entrar aquí —balbuceó el viejo—. ¿Qué dirán tus amigos?

—¿Qué van a decir?

—En fin, aquí viene gente elegante. Hay que venir muy palé, con pantalón tubo, ¿eh?

—Si pasas por la casa, te puedo dar unas camisas.

El viejo lo miró irritado.

—¡No me vas a vestir ahora a mí: a mí, que te he comprado tus primeros chuzos!

Luciano trató de recordar a qué chuzos se refería su padre. Todos sus recuerdos de infancia le venían descalzos desde la puerta de un callejón. A pesar de ello, cuando llegaron al alambrado, extrajo todo el dinero que tenía en el bolsillo.

—A las seis en el jardín Santa Rosa —murmuró extendiendo la mano.

Cuando el viejo terminó de contar el dinero levantó la cara pero ya Luciano se encontraba lejos, como si hubiera querido ahorrarle una de esas embarazosas escenas de gratitud.

Poco después de las seis, Luciano llegaba al jardín Santa Rosa. Obedeciendo a un impulso de vanidad, se había puesto su mejor terno, sus mejores zapatos, un prendedor de oro en la corbata, como si se propusiera demostrarle a su padre con esos detalles que su ausencia del hogar no había tenido ninguna importancia, que había sido —por el contrario— una de las razones de su prosperidad.

Esto no era exacto, sin embargo, y nadie sabía mejor que Luciano qué cantidad de humillaciones había sufrido su madre para permitirle terminar el colegio. Nadie sabía mejor que él, igualmente, que esa prosperidad que parecía leerse en su vestimenta, en sus relaciones de club —donde servía de pareja a los socios viejos y se emborrachaba con sus hijos— era una prosperidad provisional, amenazada, mantenida gracias a negocios oscuros. Si el club lo toleraba no era ciertamente por razones sociales sino porque Luciano, aparte de ser el infatigable *sparring*, conocía las debilidades de los socios y era algo así como el agente secreto de sus vicios, el órgano de enlace entre el

hampa y el salón.

Lo primero que vio al cruzar el umbral fue a su padre, bajo el emparrado, bebiendo aguardiente y conversando con dos hombres. Deteniéndose, quedó un momento contemplándolo. Tenía el aspecto de estar sentado allí muchas horas, quizás desde que se despidieron en el club. Se había desanudado la corbata y gesticulaba mucho, ayudándose con las manos. Sus interlocutores lo escuchaban, divertidos. Clientes de otras mesas estiraban la oreja para escuchar fragmentos de su charla.

Su llegada debió producirle cierta inquietud porque esbozó con la mano un gesto inacabado, como ante un proyectil que vemos venir hacia nosotros y esfumarse en el camino. Enseguida se levantó, derribando aparatosamente una silla.

—¡Ya está acá! —exclamó dando unos pasos, los brazos extendidos—. ¿Qué les decía yo? ¡Ha llegado mi ñato!

Luciano lo vio venir y a pesar suyo se encontró aferrado contra su pecho. Durante un tiempo, que le pareció interminable, sufrió la violencia de su abrazo. A sus narices penetraba un tufo de licor barato, de cebolla de picantería. Este detalle lo conmovió y sus manos, que al principio vacilaban, se crisparon con fuerza sobre la espalda de su padre. Luego de tantos años, bien valía la pena de un abrazo.

—Vamos a sentarnos —dijo el viejo—. Aquí te presento unos amigos, todos chicos muy simpáticos. Trabajan en la banca. Acabo de conocerlos.

Luciano tomó asiento y por complacer a su padre se sirvió un pisco. Los empleados lo observaban con perplejidad. El prendedor de su corbata, pero sobre todo el rubí de su anular, parecía dejarlos cavilosos. No veían verdaderamente relación entre ese viejo seboso y charlatán y esa especie de mestizo con aires de dandi.

—El chico es ingeniero —mintió el viejo—. Ha estudiado en La Molina. Siempre sacó las mejores notas. Yo también, cuando estaba en la Facultad… ¿te acuerdas, Luciano?

Luciano permanecía silencioso y dejaba hablar a su padre. Al acudir a esa cita, su intención primera había sido acosarlo a preguntas, irlo acorralando hasta llegar a esa época de abandono en la cual todos los reproches eran posibles. Pero la presencia de los empleados y esa primera copa de pisco lo habían disuadido. Comenzaba a olvidarse de su ropa, de sus rencores, y a penetrar en ese mundo ficticio que crean los hombres cuando se sientan alrededor de una botella abierta. La mirada perdida en el fondo del jardín, veía a un grupo de parroquianos jugar a las bochas. De vez en cuando su padre le pedía confirmar un embuste y él repetía maquinalmente: «Es verdad». El rumor de su voz, además, irrigaba zonas muertas de su memoria. Había un partido de fútbol al cual su padre lo condujera de niño, algunas monedas de plata que le dieron acceso al paraíso de los turrones.

—¡Vamos a jugarnos un sapo! —exclamó el viejo—. ¡A ver tú, caballerazo, pásame la dolorosa!

El mozo se acercó. Luciano se vio conducido por su padre a un rincón.

—Eh, ¿tienes allí algunos morlacos libres? Este par de bancarios está chupando a mis costillas. Pero, espérate, en el sapo nos desquitaremos.

Luciano quedó arreglándose con el mozo mientras su padre avanzaba con los empleados hacia el juego del sapo. En el camino iba hablando en voz alta, palmeaba a los camareros, hacía chistes con los demás parroquianos, intervenía en todas las disputas. Su aspecto ambiguo de mercachifle y de reclutador de feria, su ronca voz de guarapero, lo habían hecho rápidamente popular y parecía, por momentos, el más antiguo de todos los clientes.

—¿Por dónde está el gerente? —gritaba—. ¡Díganle que aquí está don Francisco, presidente del club Huaracino, para invitarle un huaracazo!

Luciano apuró el paso y lo alcanzó. Había experimentado la necesidad de estar a su lado, de hacer ostensible su vinculación con ese hombre que dominaba un jardín de recreo. Cogiéndolo resueltamente del brazo, caminó silencioso a su vera.

El viejo le habló al oído:

—He apostado con los empleados una docena de Cristal.

—¡Pero si yo no sé jugar!

—¡Déjalo por mi cuenta!

Las fichas comenzaron a volar hacia la boca del sapo. Los empleados, que estaban un poco borrachos, las arrojaban como piedras y descascaraban la pared del fondo. Su padre, en cambio, medía sus tiros y efectuaba los lanzamientos con un estilo impecable. Luciano no se cansaba de observarlo, creía descubrir en él una elegancia escondida que una vida miserable había recubierto de gestos vulgares sin llegar por completo a destruir. Pensó cómo sería su padre con un buen chaleco y se dijo que bien valía la pena obsequiarle el más lujoso que encontrara.

Mientras tanto, las botellas de Cristal se vaciaban. A cada trago, el viejo parecía rejuvenecer, alcanzar una talla legendaria. Su desbordante euforia contagió a Luciano, quien se dijo que tenían una noche por delante y que sería necesario hacer algo con ella. Los empleados estorbaban. Uno de ellos había caído vomitando bajo la enramada y el otro trataba de levantarlo.

—¡Vámonos! ¡Éstos ya enterraron el pico!

—¡Todavía no! —protestó el viejo y Luciano hubo de seguirlo a través de todos los apartados, mezclarse en sus conversaciones, verlo, por último, jugarse una partida de bochas, en mangas de camisa, tronando como un titán y aniquilando a sus adversarios.

—¡Así juegan los porteños! —vociferaba, mientras los palitroques volaban por los aires.

Al fin Luciano logró convencerlo que debían irse de allí.

—¿Habrá juerga? —indagó el viejo.

—¡Iremos al Once Amigos Bolognesi, a La Victoria, donde mis verdaderos patines!

Ambos abandonaron el jardín Santa Rosa y abrazados, cantando, se lanzaron por

las calles de Magdalena a la caza de un taxi.

En el club —un garaje deshabitado, al cual se penetraba por un postigo— había una docena de personas de catadura dudosa, jugando al *craft*, a las damas, fumando, bebiendo cerveza. El estrépito que hizo Luciano al entrar obligó a todos a volver la cabeza.

—¡Señores! —gritó cuando llegó al centro de la pieza—. ¡Les presento a mi padre!

Todos quedaron callados mirando a ese extraño hombre gordo que, la corbata desanudada, el pelo revuelto alrededor del pelado occipital, se apoyaba en el mostrador para no caer. Luciano avanzó hacia las mesas y echó por tierra los tableros y los cubiletes.

—¡Se acabó el juego! Ahora todo el mundo chupa con nosotros. Un padre como éste no se ve todos los días. Nos encontramos en la calle. Hacía ocho años que no lo veía.

Algunos amigos protestaron, otros trataron de reconstruir las partidas disputándose sobre la posición de las fichas, pero cuando escucharon que Luciano enviaba al cantinero por algunas botellas de champán, se resignaron a hacerle los honores al recién llegado.

—¡Pero si tiene tu misma quijada! —dijo uno, acercándose al viejo para estrecharle la mano. Otros se levantaron y lo abrazaron. Se hicieron los primeros brindis.

—¡A puerta cerrada! —dijo Luciano tirando el postigo—. ¡Aquí no entran ni los tombos!

Las mesas fueron arrimadas unas contra otras hasta formar una superficie descomunal. El primer trago sacó al viejo de su torpor y luego de lanzar algunos carajos para aclararse la voz, se dispuso a mostrarse digno de aquella acogida. Primero con réplicas, luego con anécdotas, fue apoderándose de la conversación. Cuando el cantinero llegó con el champán, él era el único que hablaba. Sus historias, contadas en la sabrosa jerga criolla, inventadas en su mayoría, interrumpidas, retomadas, vueltas a contar de una manera diferente, adobadas con groseros refranes de su cosecha, con invocaciones a valses populares, provocaban estallidos de risa.

En un rincón, Luciano asistía mudo a esta escena. Sus ojos animados, en lugar de posarse en su padre, viajaban por los rostros de sus amigos. La atención que en ellos leía, el regocijo, la sorpresa, eran los signos de la existencia paterna: en ellos terminaba su orfandad. Ese hombre de gran quijada lampiña, que él había durante tantos años odiado y olvidado, adquiría ahora tan opulenta realidad, que él se consideraba como una pobre excrecencia suya, como una dádiva de su naturaleza. ¿Cómo podría recompensarlo? Regalarle dinero, retenerlo en Lima, meterlo en sus negocios, todo le parecía poco. Maquinalmente se levantó y se fue aproximando a él,

con precaución. Cuando estuvo detrás suyo, lo cogió de los hombros y lo besó violentamente en la boca.

El viejo, interrumpido, hizo un movimiento de esquive sobre la silla. Los amigos rieron. Luciano quedó desconcertado. Abriendo los brazos a manera de excusa, regresó a su silla. Su padre prosiguió, luego de limpiarse los labios con la manga.

Se hablaba de mujeres. Luciano se sintió de súbito triste. En su copa de champán quedaba un concho espumoso. Con un palillo de fósforo perforó sus burbujas mientras se acordaba de su madre, a quien visitaba de cuando en cuando en el callejón, llevándole frutas o pañuelos. Su atención se dispersaba. Alguien hablaba de ir a las calles alegres de La Victoria. Siempre era así: en las reuniones de hombres, por más numerosas que fueran, siempre llegaba un momento en que todos se sentían profundamente solos.

Pero eso no era lo que lo preocupaba. Era la voz de su padre. Ella se aproximaba, hacía fintas sobre una zona peligrosa. Luciano sintió la tentación de hundir la frente entre las manos, de taparse los oídos. Era ya tarde.

—¿Y cómo está la vieja?

La pregunta llegó desde el otro extremo de la mesa, a través de todas las botellas. Se había hecho un silencio. Luciano miró a su padre y trató de sonreír.

—Está bien —contestó y volvió a hundir su mirada en la copa vacía—. Tampoco le has hecho falta. Nunca ha preguntado por ti.

—Hace ocho o diez años que no le veo ni el bulto —prosiguió el viejo, dirigiéndose a los amigos—. ¡Cómo corre el tiempo! Nos hacemos viejos… ¿No queda más champán para mí?… Vivíamos en un callejón, vivíamos como cerdos, ¿no es verdad, Luciano? Yo no podía aguantar eso… un hombre como yo, en fin, sin libertad… viendo siempre la misma cara, el mismo olor a mujer, qué mierda, había que conocer mundo y me fui… Sí, señores, ¡me fui!

Luciano apretó la copa deseando que reventara entre sus dedos. El cristal resistió.

—Además… —continuó el viejo, sonriendo con sorna—, yo, yo… ella, con el perdón de Luciano, pero la verdad es que ella, ustedes comprenden, ella…

—¡Calla! —gritó Luciano, poniéndose de pie.

—¡… ella se acostaba con todo el mundo!

Las carcajadas de los amigos estallaron. En un instante Luciano se encontró al lado de su padre. Cuando los amigos terminaron de reír vieron que el viejo tenía sangre en los labios. Luciano lo tenía aferrado por la corbata y su ágil cabeza volvía a golpear la gran cara pastosa.

—¡Agárrenlo, agárrenlo! —gritaba el viejo.

Entre cuatro cogieron a Luciano y lo arrastraron a un rincón. Su pequeño cuerpo se revolvía, de su boca salía un resuello rabioso.

—¡Si se quieren pegar que salgan a la calle! —exclamó uno—. ¡Aquí van a romper los confortables!

Luego de un forcejeo en el cual intervinieron todos los amigos —no se sabía si

para contenerlos o para expulsarlos—, Luciano y su padre se encontraron en la calle.

—Al jirón Humboldt —dijo Luciano y se echó a caminar decididamente mientras se acomodaba la corbata y se alisaba el cabello con las manos. Su padre lo seguía a pasos cortos y precipitados.

—¡Espera! ¿Por qué tan lejos?

Cuando lo alcanzó, anduvo a su lado, borracho aún, hablando en voz alta, llenándolo de injurias.

—¿No lo sabías tú, acaso? ¡Con todo el mundo! ¿Quién daba para el diario, entonces?

Al llegar al jirón Humboldt comenzaron a recorrerlo, buscando una transversal oscura. Luciano se sentía fatigado, pensaba en las cien formas de enfrentarse a un rival corpulento y pesado: evitar el cuerpo a cuerpo, fintear provocando la fatiga, tierra en los ojos o una piedra metida con disimulo en el bolsillo de su saco.

—Acá —dijo el viejo, señalando una bocacalle penumbrosa en medio de la cual pendía un foco amarillo. En el tapabarro de un colectivo abandonado dejaron sus sacos. Luego se remangaron la camisa. Luciano metió la basta de su pantalón bajo la liga de sus medias. Cuadrándose, tomaron distancia.

Luciano vio que su padre tenía la guardia abierta y que su gran vientre se le ofrecía como un blanco infalible. A pesar de ello, retrocedió unos pasos. El viejo se aproximó. Luciano volvió a retroceder. El viejo continuó avanzando.

—¿Me vas a dar pelea? ¡Aguárdate, que te calzo!

Luciano llegó a tocar la pared con la espalda e impulsándose con las manos arremetió hacia adelante. De un salto salvó la distancia y ya iba a descargar su puño cuando advirtió un gesto, tan sólo un gesto de desconcierto —de pavor— en el rostro de su padre, y su puño quedó suspendido en el aire. El viejo estaba inmóvil. Ambos se miraban a los ojos como si estuvieran prontos a lanzar un grito. Aún tuvo tiempo de pensar Luciano: «Parece que me miro en un espejo», cuando sintió la pesada mano que le hendía el esternón y la otra que se alargaba rozando sus narices. Recobrándose, tomó distancia y recibió a la forma que avanzaba con un puntapié en el vientre. El viejo cayó de espaldas.

Luciano cruzó velozmente por encima de él y recogiendo su saco corrió hacia la esquina. Al llegar al jirón Humboldt se detuvo en seco. El cuerpo continuaba allí —se le veía como un animal atropellado— en medio de la pista. Con prudencia se fue acercando. Al inclinarse, vio que el viejo dormía, la garganta llena de ronquidos. Tirándolo de las piernas lo arrastró hasta la vereda. Luego volvió a inclinarse para mirar por última vez esa mandíbula recia, esa ilusión de padre que jamás volvería a repetirse. Arrancando su anillo del anular, lo colocó en el meñique del vencido, con el rubí hacia la palma. Después encendió un cigarrillo y se retiró, pensativo, hacia los bares de La Victoria.

(Berlín, 1958)

Por las azoteas

A los diez años yo era el monarca de las azoteas y gobernaba pacíficamente mi reino de objetos destruidos.

Las azoteas eran los recintos aéreos donde las personas mayores enviaban las cosas que no servían para nada: se encontraban allí sillas cojas, colchones despanzurrados, maceteros rajados, cocinas de carbón, muchos otros objetos que llevaban una vida purgativa, a medio camino entre el uso póstumo y el olvido. Entre todos estos trastos yo erraba omnipotente, ejerciendo la potestad que me fue negada en los bajos. Podía ahora pintar bigotes en el retrato del abuelo, calzar las viejas botas paternales o blandir como una jabalina la escoba que perdió su paja. Nada me estaba vedado: podía construir y destruir y con la misma libertad con que insuflaba vida a las pelotas de jebe reventadas, presidía la ejecución capital de los maniquíes.

Mi reino, al principio, se limitaba al techo de mi casa, pero poco a poco, gracias a valerosas conquistas, fui extendiendo sus fronteras por las azoteas vecinas. De estas largas campañas, que no iban sin peligros —pues había que salvar vallas o saltar corredores abismales— regresaba siempre enriquecido con algún objeto que se añadía a mi tesoro o con algún rasguño que acrecentaba mi heroísmo. La presencia esporádica de alguna sirvienta que tendía ropa o de algún obrero que reparaba una chimenea no me causaba ninguna inquietud pues yo estaba afincado soberanamente en una tierra en la cual ellos eran sólo nómades o poblaciones trashumantes.

En los linderos de mi gobierno, sin embargo, había una zona inexplorada que siempre despertó mi codicia. Varias veces había llegado hasta sus inmediaciones pero una alta empalizada de tablas puntiagudas me impedía seguir adelante. Yo no podía resignarme a que este accidente natural pusiera un límite a mis planes de expansión.

A comienzos del verano decidí lanzarme al asalto de la tierra desconocida. Arrastrando de techo en techo un velador desquiciado y un perchero vetusto, llegué al borde de la empalizada y construí una alta torre. Encaramándome en ella, logré pasar la cabeza. Al principio sólo distinguí una azotea cuadrangular, partida al medio por una larga farola. Pero cuando me disponía a saltar en esa tierra nueva, divisé a un hombre sentado en una perezosa. El hombre parecía dormir. Su cabeza caía sobre su hombro y sus ojos, sombreados por un amplio sombrero de paja, estaban cerrados. Su rostro mostraba una barba descuidada, crecida casi por distracción, como la barba de los náufragos.

Probablemente hice algún ruido pues el hombre enderezó la cabeza y quedó mirándome perplejo. El gesto que hizo con la mano lo interpreté como un signo de desalojo, y dando un salto me alejé a la carrera.

Durante los días siguientes pasé el tiempo en mi azotea fortificando sus defensas, poniendo a buen recaudo mis tesoros, preparándome para lo que yo imaginaba que sería una guerra sangrienta. Me veía ya invadido por el hombre barbudo; saqueado, expulsado al atroz mundo de los bajos, donde todo era obediencia, manteles blancos, tías escrutadoras y despiadadas cortinas. Pero en los techos reinaba la calma más grande y en vano pasé horas atrincherado, vigilando la lenta ronda de los gatos o, de vez en cuando, el derrumbe de alguna cometa de papel.

En vista de ello decidí efectuar una salida para cerciorarme con qué clase de enemigo tenía que vérmelas, si se trataba realmente de un usurpador o de algún fugitivo que pedía tan sólo derecho de asilo. Armado hasta los dientes, me aventuré fuera de mi fortín y poco a poco fui avanzando hacia la empalizada. En lugar de escalar la torre, contorneé la valla de maderas buscando un agujero. Por entre la juntura de dos tablas apliqué el ojo y observé: el hombre seguía en la perezosa, contemplando sus largas manos transparentes o lanzando de cuando en cuando una mirada hacia el cielo, para seguir el paso de las nubes viajeras.

Yo hubiera pasado toda la mañana allí, entregado con delicia al espionaje, si es que el hombre, después de girar la cabeza no quedara mirando fijamente el agujero.

—Pasa —dijo haciéndome una seña con la mano—. Ya sé que estás allí. Vamos a conversar.

Esta invitación, si no equivalía a una rendición incondicional, revelaba al menos el deseo de parlamentar. Asegurando bien mis armamentos, trepé por el perchero y salté al otro lado de la empalizada. El hombre me miraba sonriente. Sacando un pañuelo blanco del bolsillo —¿era un signo de paz?— se enjugó la frente.

—Hace rato que estás allí —dijo—. Tengo un oído muy fino. Nada se me escapa… ¡Este calor!

—¿Quién eres tú? —le pregunté.

—Yo soy el rey de la azotea —me respondió.

—¡No puede ser! —protesté—. El rey de la azotea soy yo. Todos los techos son míos. Desde que empezaron las vacaciones paso todo el tiempo en ellos. Si no vine antes por aquí fue porque estaba muy ocupado por otro sitio.

—No importa —dijo—. Tú serás el rey durante el día y yo durante la noche.

—No —respondí—. Yo también reinaré durante la noche. Tengo una linterna. Cuando todos estén dormidos, caminaré por los techos.

—Está bien —me dijo—. ¡Reinarás también por la noche! Te regalo las azoteas pero déjame al menos ser el rey de los gatos.

Su propuesta me pareció aceptable. Mentalmente lo convertía ya en una especie de pastor o domador de mis rebaños salvajes.

—Bueno, te dejo los gatos. Y las gallinas de la casa de al lado, si quieres. Pero

todo lo demás es mío.

—Acordado —me dijo—. Acércate ahora. Te voy a contar un cuento. Tú tienes cara de persona que le gustan los cuentos. ¿No es verdad? Escucha, pues: «Había una vez un hombre que sabía algo. Por esta razón lo colocaron en un púlpito. Después lo metieron en una cárcel. Después lo internaron en un manicomio. Después lo encerraron en un hospital. Después lo pusieron en un altar. Después quisieron colgarlo de una horca. Cansado, el hombre dijo que no sabía nada. Y sólo entonces lo dejaron en paz».

Al decir esto, se echó a reír con una risa tan fuerte que terminó por ahogarse. Al ver que yo lo miraba sin inmutarme, se puso serio.

—No te ha gustado mi cuento —dijo—. Te voy a contar otro, otro mucho más fácil: «Había una vez un famoso imitador de circo que se llamaba Max. Con unas alas falsas y un pico de cartón, salía al ruedo y comenzaba a dar de saltos y a piar. ¡El avestruz!, decía la gente, señalándolo, y se moría de risa. Su imitación del avestruz lo hizo famoso en todo el mundo. Durante años repitió su número, haciendo gozar a los niños y a los ancianos. Pero a medida que pasaba el tiempo, Max se iba volviendo más triste y en el momento de morir llamó a sus amigos a su cabecera y les dijo: “Voy a revelarles un secreto. Nunca he querido imitar al avestruz, siempre he querido imitar al canario”».

Esta vez el hombre no rió sino que quedó pensativo, mirándome con sus ojos indagadores.

—¿Quién eres tú? —le volví a preguntar—. ¿No me habrás engañado? ¿Por qué estás todo el día sentado aquí? ¿Por qué llevas barba? ¿Tú no trabajas? ¿Eres un vago?

—¡Demasiadas preguntas! —me respondió, alargando un brazo, con la palma vuelta hacia mí—. Otro día te responderé. Ahora vete, vete por favor. ¿Por qué no regresas mañana? Mira el sol, es como un ojo… ¿lo ves? Como un ojo irritado. El ojo del infierno.

Yo miré hacia lo alto y vi sólo un disco furioso que me encegueció. Caminé, vacilando, hasta la empalizada y cuando la salvaba, distinguí al hombre que se inclinaba sobre sus rodillas y se cubría la cara con su sombrero de paja.

Al día siguiente regresé.

—Te estaba esperando —me dijo el hombre—. Me aburro, he leído ya todos mis libros y no tengo nada que hacer.

En lugar de acercarme a él, que extendía una mano amigable, lancé una mirada codiciosa hacia un amontonamiento de objetos que se distinguía al otro lado de la farola. Vi una cama desarmada, una pila de botellas vacías.

—Ah, ya sé —dijo el hombre—. Tú vienes solamente por los trastos. Puedes llevarte lo que quieras. Lo que hay en la azotea —añadió con amargura— no sirve para nada.

—No vengo por los trastos —le respondí—. Tengo bastantes, tengo más que todo

el mundo.

—Entonces escucha lo que te voy a decir: el verano es un dios que no me quiere. A mí me gustan las ciudades frías, las que tienen allá arriba una compuerta y dejan caer sus aguas. Pero en Lima nunca llueve o cae tan pequeño rocío que apenas mata el polvo. ¿Por qué no inventamos algo para protegernos del sol?

—Una sombrilla —le dije—, una sombrilla enorme que tape toda la ciudad.

—Eso es, una sombrilla que tenga un gran mástil, como el de la carpa de un circo y que pueda desplegarse desde el suelo, con una soga, como se iza una bandera. Así estaríamos todos para siempre en la sombra. Y no sufriríamos.

Cuando dijo esto me di cuenta que estaba todo mojado, que la transpiración corría por sus barbas y humedecía sus manos.

—¿Sabes por qué estaban tan contentos los portapliegos de la oficina? —me preguntó de pronto—. Porque les habían dado un uniforme nuevo, con galones. Ellos creían haber cambiado de destino, cuando sólo se habían mudado de traje.

—¿La construiremos de tela o de papel? —le pregunté.

El hombre quedó mirándome sin entenderme.

—¡Ah, la sombrilla! —exclamó—. La haremos mejor de piel, ¿qué te parece? De piel humana. Cada cual dará una oreja o un dedo. Y al que no quiera dárnoslo, se lo arrancaremos con una tenaza.

Yo me eché a reír. El hombre me imitó. Yo me reía de su risa y no tanto de lo que había imaginado —que le arrancaba a mi profesora la oreja con un alicate— cuando el hombre se contuvo.

—Es bueno reír —dijo—, pero siempre sin olvidar algunas cosas: por ejemplo, que hasta las bocas de los niños se llenarán de larvas y que la casa del maestro será convertida en cabaret por sus discípulos.

A partir de entonces iba a visitar todas las mañanas al hombre de la perezosa. Abandonando mi reserva, comencé a abrumarlo con toda clase de mentiras e invenciones. Él me escuchaba con atención, me interrumpía sólo para darme crédito y alentaba con pasión todas mis fantasías. La sombrilla había dejado de preocuparnos y ahora ideábamos unos zapatos para andar sobre el mar, unos patines para aligerar la fatiga de las tortugas.

A pesar de nuestras largas conversaciones, sin embargo, yo sabía poco o nada de él. Cada vez que lo interrogaba sobre su persona, me daba respuestas disparatadas u oscuras:

—Ya te lo he dicho: yo soy el rey de los gatos. ¿Nunca has subido de noche? Si vienes alguna vez verás cómo me crece un rabo, cómo se afilan mis uñas, cómo se encienden mis ojos y cómo todos los gatos de los alrededores vienen en procesión para hacerme reverencias.

O decía:

—Yo soy eso, sencillamente, eso y nada más, nunca lo olvides: un trasto.

Otro día me dijo:

—Yo soy como ese hombre que después de diez años de muerto resucitó y regresó a su casa envuelto en su mortaja. Al principio, sus familiares se asustaron y huyeron de él. Luego se hicieron los que no lo reconocían. Luego lo admitieron pero haciéndole ver que ya no tenía sitio en la mesa ni lecho donde dormir. Luego lo expulsaron al jardín, después al camino, después al otro lado de la ciudad. Pero como el hombre siempre tendía a regresar, todos se pusieron de acuerdo y lo asesinaron.

A mediados del verano, el calor se hizo insoportable. El sol derretía el asfalto de las pistas, donde los saltamontes quedaban atrapados. Por todo sitio se respiraba brutalidad y pereza. Yo iba por las mañanas a la playa en los tranvías atestados, llegaba a casa arenoso y famélico y después de almorzar subía a la azotea para visitar al hombre de la perezosa.

Éste había instalado un parasol al lado de su sillona y se abanicaba con una hoja de periódico. Sus mejillas se habían ahuecado y, sin su locuacidad de antes, permanecía silencioso, agrio, lanzando miradas coléricas al cielo.

—¡El sol, el sol! —repetía—. Pasará él o pasaré yo. ¡Si pudiéramos derribarlo con una escopeta de corcho!

Una de esas tardes me recibió muy inquieto. A un lado de su sillona tenía una caja de cartón. Apenas me vio, extrajo de ella una bolsa con fruta y una botella de limonada.

—Hoy es mi santo —dijo—. Vamos a festejarlo. ¿Sabes lo que es tener treinta y tres años? Conocer de las cosas el nombre, de los países el mapa. Y todo por algo infinitamente pequeño, tan pequeño que la uña de mi dedo meñique sería un mundo a su lado. Pero ¿no decía un escritor famoso que las cosas más pequeñas son las que más nos atormentan, como, por ejemplo, los botones de la camisa?

Ese día me estuvo hablando hasta tarde, hasta que el sol de brujas encendió los cristales de las farolas y crecieron largas sombras detrás de cada ventana teatina.

Cuando me retiraba, el hombre me dijo:

—Pronto terminarán las vacaciones. Entonces, ya no vendrás a verme. Pero no importa, porque ya habrán llegado las primeras lloviznas.

En efecto, las vacaciones terminaban. Los muchachos vivíamos ávidamente esos últimos días calurosos, sintiendo ya en lontananza un olor a tinta, a maestro, a cuadernos nuevos. Yo andaba oprimido por las azoteas, inspeccionando tanto espacio conquistado en vano, sabiendo que se iba a pique mi verano, mi nave de oro cargada de riquezas.

El hombre de la perezosa parecía consumirse. Bajo su parasol, lo veía cobrizo, mudo, observando con ansiedad el último asalto del calor, que hacía arder la torta de los techos.

—¡Todavía dura! —decía señalando el cielo—. ¿No te parece una maldad? Ah, las ciudades frías, las ventosas. Canícula, palabra fea, palabra que recuerda a un arma, a un cuchillo.

Al día siguiente me entregó un libro:

—Lo leerás cuando no puedas subir. Así te acordarás de tu amigo… de este largo verano.

Era un libro con grabados azules, donde había un personaje que se llamaba Rogelio. Mi madre lo descubrió en el velador. Yo le dije que me lo había regalado «el hombre de la perezosa». Ella indagó, averiguó y cogiendo el libro con un papel, fue corriendo a arrojarlo a la basura.

—¿Por qué no me habías dicho que hablabas con ese hombre? ¡Ya verás esta noche cuando venga tu papá! Nunca más subirás a la azotea.

Esa noche mi papá me dijo:

—Ese hombre está marcado. Te prohíbo que vuelvas a verlo. Nunca más subirás a la azotea.

Mi mamá comenzó a vigilar la escalera que llevaba a los techos. Yo andaba asustado por los corredores de mi casa, por las atroces alcobas, me dejaba caer en las sillas, miraba hasta la extenuación el empapelado del comedor —una manzana, un plátano, repetidos hasta el infinito— u hojeaba los álbumes llenos de parientes muertos. Pero mi oído sólo estaba atento a los rumores del techo, donde los últimos días dorados me aguardaban. Y mi amigo en ellos, solitario entre los trastos.

Se abrieron las clases en días aún ardientes. Las ocupaciones del colegio me distrajeron. Pasaba mañanas interminables en mi pupitre, aprendiendo los nombres de los catorce incas y dibujando el mapa del Perú con mis lápices de cera. Me parecían lejanas las vacaciones, ajenas a mí, como leídas en un almanaque viejo.

Una tarde, el patio de recreo se ensombreció, una brisa fría barrió el aire caldeado y pronto la garúa comenzó a resonar sobre las palmeras. Era la primera lluvia de otoño. De inmediato me acordé de mi amigo, lo vi, lo vi jubiloso recibiendo con las manos abiertas esa agua caída del cielo que lavaría su piel, su corazón.

Al llegar a casa estaba resuelto a hacerle una visita. Burlando la vigilancia materna, subí a los techos. A esa hora, bajo ese tiempo gris, todo parecía distinto. En los cordeles, la ropa olvidada se mecía y respiraba en la penumbra, y contra las farolas los maniquíes parecían cuerpos mutilados. Yo atravesé, angustiado, mis dominios y a través de barandas y tragaluces llegué a la empalizada. Encaramándome en el perchero, me asomé al otro lado.

Sólo vi un cuadrilátero de tierra humedecida. La sillona, desarmada, reposaba contra el somier oxidado de un catre. Caminé un rato por ese reducto frío, tratando de encontrar una pista, un indicio de su antigua palpitación. Cerca de la sillona había una escupidera de loza. Por la larga farola, en cambio, subía la luz, el rumor de la vida. Asomándome a sus cristales vi el interior de la casa de mi amigo, un corredor de losetas por donde hombres vestidos de luto circulaban pensativos.

Entonces comprendí que la lluvia había llegado demasiado tarde.

(Berlín, 1958)

Dirección equivocada

Ramón abandonó la oficina con el expediente bajo el brazo y se dirigió a la avenida Abancay. Mientras esperaba el ómnibus que lo conduciría a Lince, se entretuvo contemplando la demolición de las viejas casas de Lima. No pasaba un día sin que cayera un solar de la colonia, un balcón de madera tallada o simplemente una de esas apacibles quintas republicanas, donde antaño se fraguó más de una revolución. Por todo sitio se levantaban altivos edificios impersonales, iguales a los que había en cien ciudades del mundo. Lima, la adorable Lima de adobe y de madera, se iba convirtiendo en una especie de cuartel de concreto armado. La poca poesía que quedaba se había refugiado en las plazoletas abandonadas, en una que otra iglesia y en la veintena de casonas principescas, donde viejas familias languidecían entre pergaminos y amarillentos daguerrotipos.

Estas reflexiones no tenían nada que ver evidentemente con el oficio de Ramón: detector de deudores contumaces. Su jefe, esa misma mañana, le había ordenado hacer una pesquisa minuciosa por Lince para encontrar a Fausto López, cliente nefasto que debía a la firma cuatro mil soles en tinta y papel de imprenta.

Cuando el ómnibus lo desembarcó en Lince, Ramón se sintió deprimido, como cada vez que recorría esos barrios populares sin historia, nacidos hace veinte años por el arte de alguna especulación, muertos luego de haber llenado algunos bolsillos ministeriales, pobremente enterrados entre la gran urbe y los lujosos balnearios del Sur. Se veían chatas casitas de un piso, calzadas de tierra, pistas polvorientas, rectas calles brumosas donde no crecía un árbol, una yerba. La vida en esos barrios palpitaba un poco en las esquinas, en el interior de las pulperías, traficadas por caseros y borrachines.

Consultando su expediente, Ramón se dirigió a una casa de vecindad y recorrió su largo corredor perforado de puertas y ventanas, hasta una de las últimas viviendas. Varios minutos estuvo aporreando la puerta. Por fin se abrió y un hombre somnoliento, con una camiseta agujereada, asomó el torso.

—¿Aquí vive el señor Fausto López?

—No. Aquí vivo yo, Juan Limayta, gasfitero.

—En estas facturas figura esta dirección —alegó Ramón, alargando su expediente.

—¿Y a mí qué? Aquí vivo yo. Pregunte por otro lado. —Y tiró la puerta.

Ramón salió a la calle. Recorrió aún otras casas, preguntando al azar. Nadie parecía conocer a Fausto López. Tanta ignorancia hacía pensar a Ramón en una vasta conspiración distrital destinada a ocultar a uno de sus vecinos. Tan sólo un hombre pareció recurrir a su memoria.

—¿Fausto López? Vivía por aquí pero hace tiempo que no lo veo. Me parece que se ha muerto.

Desalentado, Ramón penetró en una pulpería para beber un refresco. Acodado en el mostrador, cerca del pestilente urinario, tomó despaciosamente una coca-cola. Cuando se disponía a regresar derrotado a la oficina, vio entrar en la pulpería a un chiquillo que tenía en la mano unos programas de cine. La asociación fue instantánea. En el acto lo abordó.

—¿De dónde has sacado esos programas?

—De mi casa, ¿de dónde va a ser?

—¿Tu papá tiene una imprenta?

—Sí.

—¿Cómo se llama tu papá?

—Fausto López.

Ramón suspiró aliviado.

—Vamos allí. Necesito hablar con él.

En el camino conversaron. Ramón se enteró que Fausto López tenía una imprenta de mano, que se había mudado hacía unos meses a pocas calles de distancia y que vivía de imprimir programas para los cines del barrio.

—¿Te pagan algo por repartir los programas?

—¿Mi papá? ¡Ni un taco! Los dueños de los cines me dejan entrar gratis a las seriales.

En los barrios pobres también hay categorías. Ramón tuvo la evidencia de estar hollando el suburbio de un suburbio. Ya los pequeños ranchos habían desaparecido. Sólo se veían callejones, altos muros de corralón con su gran puerta de madera. Menguaron los postes del alumbrado y surgieron las primeras acequias, plagadas de inmundicias.

Cerca de los rieles el muchacho se detuvo.

—Aquí es —dijo, señalando un pasaje sombrío—. La tercera puerta. Yo me voy porque tengo que repartir todo esto por la avenida Arenales.

Ramón dejó partir al muchacho y quedó un momento indeciso. Algunos chicos se divertían tirando piedras en la acequia. Un hombre salió, silbando, del pasaje y echó en sus aguas el contenido dudoso de una bacinica.

Ramón penetró hasta la tercera puerta y la golpeó varias veces con los puños. Mientras esperaba, recordó las recomendaciones de su jefe: nada de amenazas, cortesía señorial, espíritu de conciliación, confianza contagiosa. Todo esto para no intimidar al deudor, regresar con la dirección exacta y poder iniciar el juicio y el embargo.

La puerta no se abrió pero, en cambio, una ventana de madera, pequeña como el marco de un retrato, dejó al descubierto un rostro de mujer. Ramón, desprevenido, se vio tan súbitamente frente a esta aparición, que apenas tuvo tiempo de ocultar el expediente a sus espaldas.

—¿Qué cosa quiere? ¿Qué hay? —preguntaba insistentemente la mujer.

Ramón no desprendió los ojos de aquel rostro. Algo lo fascinaba en él. Quizá el hecho de estar enmarcado en la ventanilla, como si se tratara de la cabeza de una guillotina.

—¿Qué quiere usted? —proseguía la mujer—. ¿A quién busca?

Ramón titubeó. Los ojos de la mujer no lo abandonaban. Estaba tan cerca de los suyos que Ramón, por primera vez, se vio introducido en el mundo secreto de una persona extraña, contra su voluntad, como si por negligencia hubiera abierto una carta dirigida a otra persona.

—¡Mi marido no está! —insistía la mujer—. Se ha ido de viaje, regrese otro día, se lo ruego…

Los ojos seguían clavados en los ojos. Ramón seguía explorando ese mundo inespacial, presa de una súbita curiosidad pero no como quien contempla los objetos que están detrás de una vidriera sino como quien trata de reconstruir la leyenda que se oculta detrás de una fecha. Solamente cuando la mujer continuó sus protestas, con voz cada vez más desfalleciente, Ramón se dio cuenta que ese mundo estaba desierto, que no guardaba otra cosa que una duración dolorosa, una historia marcada por el terror.

—Soy vendedor de radios —dijo rápidamente—. ¿No quiere comprar uno? Los dejamos muy baratos, a plazos.

—¡No, no, radios no, ya tenemos, nada de radios! —suspiró la mujer y, casi asfixiada, tiró violentamente el postigo.

Ramón quedó un momento delante de la puerta. Sentía un insoportable dolor de cabeza. Colocando su expediente bajo el brazo, abandonó el pasaje y se echó a caminar por Lince, buscando un taxi. Cuando llegó a una esquina, cogió el cartapacio, lo contempló un momento y debajo del nombre de Fausto López escribió: «Dirección equivocada». Al hacerlo, sin embargo, tuvo la sospecha de que no procedía así por justicia, ni siquiera por esa virtud sospechosa que se llama caridad, sino simplemente porque aquella mujer era un poco bonita.

(Amberes, 1957)

El profesor suplente

Hacia el atardecer, cuando Matías y su mujer sorbían un triste té y se quejaban de la miseria de la clase media, de la necesidad de tener que andar siempre con la camisa limpia, del precio de los transportes, de los aumentos de ley, en fin, de lo que hablan a la hora del crepúsculo los matrimonios pobres, se escucharon en la puerta unos golpes estrepitosos y cuando la abrieron irrumpió el doctor Valencia, bastón en mano, sofocado por el cuello duro.

—¡Mi querido Matías! ¡Vengo a darte una gran noticia! De ahora en adelante serás profesor. No me digas que no… ¡espera! Como tengo que ausentarme unos meses del país, he decidido dejarte mis clases de historia en el colegio. No se trata de un gran puesto y los emolumentos no son grandiosos pero es una magnífica ocasión para iniciarte en la enseñanza. Con el tiempo podrás conseguir otras horas de clases, se te abrirán las puertas de otros colegios, quién sabe si podrás llegar a la Universidad… eso depende de ti. Yo siempre te he tenido una gran confianza. Es injusto que un hombre de tu calidad, un hombre ilustrado, que ha cursado estudios superiores, tenga que ganarse la vida como cobrador… No señor, eso no está bien, soy el primero en reconocerlo. Tu puesto está en el magisterio… No lo pienses dos veces. En el acto llamo al director para decirle que ya he encontrado un reemplazo. No hay tiempo que perder, un taxi me espera en la puerta… ¡Y abrázame, Matías, dime que soy tu amigo!

Antes de que Matías tuviera tiempo de emitir su opinión, el doctor Valencia había llamado al colegio, había hablado con el director, había abrazado por cuarta vez a su amigo y había partido como un celaje, sin quitarse siquiera el sombrero.

Durante unos minutos, Matías quedó pensativo, acariciando esa bella calva que hacía la delicia de los niños y el terror de las amas de casa. Con un gesto enérgico, impidió que su mujer intercalara un comentario y, silenciosamente, se acercó al aparador, se sirvió del oporto reservado a las visitas y lo paladeó sin prisa, luego de haberlo observado contra la luz de la farola.

—Todo esto no me sorprende —dijo al fin—. Un hombre de mi calidad no podía quedar sepultado en el olvido.

Después de la cena se encerró en el comedor, se hizo llevar una cafetera, desempolvó sus viejos textos de estudio y ordenó a su mujer que nadie lo interrumpiera, ni siquiera Baltazar y Luciano, sus colegas de trabajo, con quienes

acostumbraba reunirse por las noches para jugar a las cartas y hacer chistes procaces contra sus patrones de la oficina.

A las diez de la mañana, Matías abandonaba su departamento, la lección inaugural bien aprendida, rechazando con un poco de impaciencia la solicitud de su mujer, quien lo perseguía por el corredor de la quinta, quitándole las últimas pelusillas de su terno de ceremonia.

—No te olvides de poner la tarjeta en la puerta —recomendó Matías antes de partir—. Que se lea bien: *Matías Palomino, profesor de historia*.

En el camino se entretuvo repasando mentalmente los párrafos de su lección. Durante la noche anterior no había podido evitar un temblorcito de gozo cuando, para designar a Luis XVI, había descubierto el epíteto de Hidra. El epíteto pertenecía al siglo XIX y había caído un poco en desuso pero Matías, por su porte y sus lecturas, seguía perteneciendo al siglo XIX y su inteligencia, por donde se la mirara, era una inteligencia en desuso. Desde hacía doce años, cuando por dos veces consecutivas fue aplazado en el examen de bachillerato, no había vuelto a hojear un solo libro de estudios ni a someter una sola cogitación al apetito un poco lánguido de su espíritu. Él siempre achacó sus fracasos académicos a la malevolencia del jurado y a esa especie de amnesia repentina que lo asaltaba sin remisión cada vez que tenía que poner en evidencia sus conocimientos. Pero si no había podido optar al título de abogado, había elegido la prosa y el corbatín del notario: si no por ciencia, al menos por apariencia, quedaba siempre dentro de los límites de la profesión.

Cuando llegó ante la fachada del colegio, se sobreparó en seco y quedó un poco perplejo. El gran reloj del frontis le indicó que llevaba un adelanto de diez minutos. Ser demasiado puntual le pareció poco elegante y resolvió que bien valía la pena caminar hasta la esquina. Al cruzar delante de la verja escolar, divisó un portero de semblante hosco, que vigilaba la calzada, las manos cruzadas a la espalda.

En la esquina del parque se detuvo, sacó un pañuelo y se enjugó la frente. Hacía un poco de calor. Un pino y una palmera, confundiendo sus sombras, le recordaron un verso, cuyo autor trató en vano de identificar. Se disponía a regresar —el reloj del Municipio acababa de dar las once— cuando detrás de la vidriera de una tienda de discos distinguió a un hombre pálido que lo espiaba. Con sorpresa constató que ese hombre no era otra cosa que su propio reflejo. Observándose con disimulo, hizo un guiño, como para disipar esa expresión un poco lóbrega que la mala noche de estudio y de café había grabado en sus facciones. Pero la expresión, lejos de desaparecer, desplegó nuevos signos y Matías comprobó que su calva convalecía tristemente entre los mechones de las sienes y que su bigote caía sobre sus labios con un gesto de absoluto vencimiento.

Un poco mortificado por la observación, se retiró con ímpetu de la vidriera. Una sofocación de mañana estival hizo que aflojara su corbatín de raso. Pero cuando llegó ante la fachada del colegio, sin que en apariencia nada la provocara, una duda tremenda lo asaltó: en ese momento no podía precisar si la Hidra era un animal

marino, un monstruo mitológico o una invención de ese doctor Valencia, quien empleaba figuras semejantes para demoler a sus enemigos del Parlamento. Confundido, abrió su maletín para revisar sus apuntes, cuando se percató que el portero no le quitaba el ojo de encima. Esta mirada, viniendo de un hombre uniformado, despertó en su conciencia de pequeño contribuyente tenebrosas asociaciones y, sin poder evitarlo, prosiguió su marcha hasta la esquina opuesta.

Allí se detuvo resollando. Ya el problema de la Hidra no le interesaba: esta duda había arrastrado otras muchísimo más urgentes. Ahora en su cabeza todo se confundía. Hacía de Colbert un ministro inglés, la joroba de Marat la colocaba sobre los hombros de Robespierre y por un artificio de su imaginación, los finos alejandrinos de Chénier iban a parar a los labios del verdugo Sansón. Aterrado por tal deslizamiento de ideas, giró los ojos locamente en busca de una pulpería. Una sed impostergable lo abrasaba.

Durante un cuarto de hora recorrió inútilmente las calles adyacentes. En ese barrio residencial sólo se encontraban salones de peinado. Luego de infinitas vueltas, se dio de bruces con la tienda de discos y su imagen volvió a surgir del fondo de la vidriera. Esta vez Matías la examinó: alrededor de los ojos habían aparecido dos anillos negros que describían sutilmente un círculo que no podía ser otro que el círculo del terror.

Desconcertado, se volvió y quedó contemplando el panorama del parque. El corazón le cabeceaba como un pájaro enjaulado. A pesar de que las agujas del reloj continuaban girando, Matías se mantuvo rígido, testarudamente ocupado en cosas insignificantes, como en contar las ramas de un árbol, y luego en descifrar las letras de un aviso comercial perdido en el follaje.

Un campanazo parroquial lo hizo volver en sí. Matías se dio cuenta de que aún estaba en la hora. Echando mano a todas sus virtudes, incluso a aquellas virtudes equívocas como la terquedad, logró componer algo que podría ser una convicción y, ofuscado por tanto tiempo perdido, se lanzó al colegio. Con el movimiento aumentó su coraje. Al divisar la verja asumió el aire profundo y atareado de un hombre de negocios. Se disponía a cruzarla cuando, al levantar la vista, distinguió al lado del portero a un cónclave de hombres canosos y ensotanados que lo espiaban, inquietos. Esta inesperada composición —que le recordó a los jurados de su infancia— fue suficiente para desatar una profusión de reflejos de defensa y, virando con rapidez, se escapó hacia la avenida.

A los veinte pasos se dio cuenta de que alguien lo seguía. Una voz sonaba a sus espaldas. Era el portero.

—Por favor —decía—. ¿No es usted el señor Palomino, el nuevo profesor de historia? Los hermanos lo están esperando.

Matías se volvió, rojo de ira.

—¡Yo soy cobrador! —contestó brutalmente, como si hubiera sido víctima de alguna vergonzosa confusión.

El portero le pidió excusas y se retiró. Matías prosiguió su camino, llegó a la avenida, torció hacia el parque, anduvo sin rumbo entre la gente que iba de compras, se resbaló en un sardinel, estuvo a punto de derribar a un ciego y cayó finalmente en una banca, abochornado, entorpecido, como si tuviera un queso por cerebro.

Cuando los niños que salían del colegio comenzaron a retozar a su alrededor, despertó de su letargo. Confundido aún, bajo la impresión de haber sido objeto de una humillante estafa, se incorporó y tomó el camino de su casa. Inconscientemente eligió una ruta llena de meandros. Se distraía. La realidad se le escapaba por todas las fisuras de su imaginación. Pensaba que algún día sería millonario por un golpe de azar. Solamente cuando llegó a la quinta y vio que su mujer lo esperaba en la puerta del departamento, con el delantal amarrado a la cintura, tomó conciencia de su enorme frustración. No obstante se repuso, tentó una sonrisa y se aprestó a recibir a su mujer, que ya corría por el pasillo con los brazos abiertos.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Dictaste tu clase? ¿Qué han dicho los alumnos?

—¡Magnífico!… ¡Todo ha sido magnífico! —balbuceó Matías—. ¡Me aplaudieron! —Pero al sentir los brazos de su mujer que lo enlazaban del cuello y al ver en sus ojos, por primera vez, una llama de invencible orgullo, inclinó con violencia la cabeza y se echó desoladamente a llorar.

(Amberes, 1957)

El jefe

El directorio de la casa Ferrolux, S. A. daba esa noche una fiesta a sus empleados, con motivo de inaugurarse su nuevo club social. En el cuarto piso de un edificio moderno, situado en el centro de Lima, la firma había alquilado cinco piezas que fueron convertidas en sala de baile, bar, biblioteca, billares y guardarropa. En la pared más importante —porque hasta las paredes tienen categorías— se había colocado una fotografía del fundador de la firma y otra del gerente en ejercicio. El resto de la decoración lo constituían pequeños carteles que contenían frases alusivas al trabajo, a la puntualidad, tales como «Piense, luego responda» o «No calcule, verifique», las que formaban un recetario destinado a cuadricular, hasta en sus horas de recreo, el cráneo de los pobres empleados.

Desde las siete de la noche, los empleados comenzaron a llegar. La mayoría venía directamente de la oficina, luego de haber hecho una estación en algún bar del camino para beberse un trago y «ponerse a tono». Otros, los que pertenecían a la raza de inventores de protocolos, habían dado el trote hasta su casa para ponerse el terno azul, la corbata de mariposa, y llegaron tarde, naturalmente, oliendo a brillantina.

Eusebio Zapatero, ayudante de contador, fue uno de los que prefirió «ponerse a tono» antes de llegar al club. En la fiesta se esmeró en no dejar pasar una bandeja sin estirar el brazo con prontitud para apoderarse de un vaso de ron con hielo y limón. Gracias a esto se achispó un poco y pudo realizar algunas observaciones interesantes: por ejemplo, lo raro que le resultaba ver en un marco diferente del de la oficina a muchos de sus compañeros de trabajo. En la oficina, casi todos se quitaban el saco, se ponían «manguitos» para no ensuciarse los puños de la camisa y se subían los anteojos sobre la frente. Todo esto les daba cierto aire de intimidad, de viejo compañerismo. Aquí, en cambio, bien compuestos y pulidos, un poco tiesos delante de tantos jefes que circulaban brindando, parecían acartonados y desplegaban todos los ademanes de la inhibición. Algunos se metían constantemente el dedo entre el cuello de la camisa y la garganta; otros fumaban con avidez y se apoyaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra; unos terceros, dentro de los cuales se encontraba Eusebio, se rascaban la frente o se tiraban maquinalmente de la nariz.

Se bailó hasta las diez de la noche y cuando el directorio observó que entre los circunstantes aparecían los primeros síntomas de embriaguez, se dio por finalizada la fiesta. Después de todo, como se dejó entender, aquello no era una juerga sino un

pequeño acto simbólico de júbilo y fraternidad.

—Esto es democracia —dijeron algunos empleados cuando el gerente, para cerrar con gracia la reunión, bailó la última pieza de la noche con una mecanógrafa.

Enseguida comenzaron a abandonar el local. Eusebio, que durante gran parte de la ceremonia se había contentado con merodear alrededor de su jefe, el apoderado Felipe Bueno, tratando de integrar los grupos donde aquél se encontraba pero sin atreverse a dirigirle la palabra, fue uno de los últimos en salir del club. Para sorpresa suya, en el grupo de doce personas que ingresó al ascensor, se encontraba el apoderado. La caja descendía velozmente y en su interior se hacían bromas fáciles. Todos tenían los ojos brillantes y un vago anhelo de prolongar un momento la velada.

—Señores, los invito a tomar un trago —dijo el apoderado Felipe Bueno, cuando el ascensor los dejó en el pasillo del edificio.

En el grupo de empleados se levantó un murmullo de entusiasmo. Eusebio luchó de inmediato por ponerse en primera fila, para que la invitación, por un capricho de última hora, no fuera a recortarse en perjuicio de su persona.

—¡Encantado, encantado! —repetía en coro con los demás empleados, sintiendo que su voz, al sumarse a las otras, adquiría una insólita convicción.

—Vamos al bar del hotel Ambassadeur —dijo el apoderado.

El grupo caminó unas cuadras por las calles invernales de Lima. Formaban un comité animado, que recordaba a los integrantes de una comida de ex alumnos. Cuando llegaron al bar, se acodaron en el mostrador y el apoderado Felipe Bueno pidió whisky para todos.

Bebieron tres o cuatro ruedas. La tensión se había relajado. El jefe contaba chistes. Ya los empleados no le decían «señor apoderado» ni «don Felipe Bueno» sino simplemente «oiga usted». A las once se comenzó a hablar de política. Eusebio, para impresionar a su jefe, se embarcó en una discusión sobre la reforma agraria con otro empleado, pero cuando su adversario le habló del «minifundio», quedó callado, un poco contrito por meterse en cosas que no entendía.

Por la fisura de un corto silencio, algunos empleados se retiraron, con el objeto de no perder el servicio de ómnibus que funcionaba hasta las doce, o por el temor de tener que pagar una rueda de licor. Eusebio, tres colegas más y el apoderado, continuaron bebiendo.

—Hay que tirar de vez en cuando una cana al aire —decía don Felipe Bueno—. Con prudencia, estas cosas hacen bien al espíritu.

Solamente en ese momento Eusebio se dio cuenta que podía aprovechar la coyuntura para solicitar un aumento de sueldo. Después de todo, entre copas todo está permitido. Pero la presencia de los otros empleados lo cohibía. «Esperaré la ocasión», se repetía y comenzó a concebir un odio profundo contra aquellos empleados que le impedían disfrutar con exclusividad de la confianza del jefe. «Los batiré en retirada, los emborracharé», pensaba, demorando su trago.

Pero aquello no fue necesario. Los empleados, bastante mareados ya y temiendo

cometer algún desatino, se despidieron del apoderado. Eusebio no se movió.

—Usted es de los que no abandonan el barco —observó el apoderado, mirándolo con curiosidad.

—Vivo cerca —mintió Eusebio—. Pensaba acompañarlo hasta su automóvil.

Don Felipe pagó la cuenta y ambos salieron del hotel. Era más de medianoche. Caminaron un rato silenciosos. Eusebio gozaba secretamente de esa rara confluencia de circunstancias que le permitían caminar a solas con su jefe, por las calles de Lima, a esas horas tan avanzadas. Deseaba que pasara algún conocido para detenerlo por la manga, señalar al apoderado con el pulgar y decir guiñando un ojo: «Mi jefe».

—¡Pero es una tontería! —exclamó de pronto el apoderado consultando su reloj —. Todavía no es la una. Vamos a bebernos un coñac.

Entraron al Negro-Negro. Había música. Ocuparon una mesita en la parte oscura. Eusebio ya no cabía en sí de felicidad.

Hasta las tres de la mañana estuvieron bebiendo coñac. El jefe comenzó a galantear a una mujer que había en el mostrador. Luego regresó a la mesa, rompió una copa, insultó al mozo y comenzó a divagar.

Eusebio creyó que había llegado el momento.

—Señor apoderado… —comenzó.

—¡Nada de apoderados! Yo soy Felipe Bueno… Dígame Felipe Bueno, a secas…

—Señor Felipe Bueno, quería decirle… quería decirle que en los quince años que llevo en la oficina…

—¿Asuntos de oficina? ¡No hablemos de ellos ahora, señor Zapatero! No quiero saber nada con la oficina. ¿No ve que estamos en plan de divertirnos?… Mozo, ¡traiga dos coñacs más!

Eusebio quedó callado. Se dio cuenta que, a pesar de su aturdimiento, el jefe conservaba aún suficiente tino como para defenderse de todo tipo de solicitudes. «Por lo menos esta noche —se dijo— me contentaré con ganarme su confianza».

Al poco rato el apoderado dijo:

—¡Señor Felipe Bueno para arriba, señor Felipe Bueno para abajo!… ¿Por qué me llama usted Felipe Bueno? ¡Somos dos amigos que estamos tomando unos tragos! Dígame simplemente Felipe.

A partir de ese momento las jerarquías desaparecieron. Comenzaron a tutearse mientras seguían bebiendo. Eusebio se olvidó hasta del aumento de sueldo.

—A mí me dicen Bito… —mascullaba Eusebio—. Todos mis amigos me dicen Bito… Mi nombre es muy feo… Oye, Felipe, yo soy Bito, ¿no es verdad? A ver, dime cómo me llamo.

—Pito… —respondió el apoderado.

Ambos se echaron a reír.

—¡Linda noche! —exclamó el apoderado—. Solamente nos falta una mujercita, ¿eh? ¡Éstas son las noches que alegran la vida!… ¡Ah, pero si me viera mi mujer! Me cogería de la solapa y me diría: «Pim, media vuelta y a la casa».

—¡Te dice Pim! —intervino Eusebio asombrado.

—Es verdad, en mi casa me dicen Pim.

—¡Pim! —repitió Eusebio—. ¿Me dejas que te invite un trago, Pim?

Eusebio pagó los últimos coñacs. Estaban ya completamente borrachos. Cantaron a dúo un vals criollo. Luego se cambiaron las corbatas. A las cinco de la mañana Eusebio tuvo un momento de lucidez.

—¡Pim!, mañana es día de trabajo.

—Es verdad, Bito, me había olvidado.

Cuando salieron a la plaza San Martín, el apoderado se apoyaba en su subalterno y le palmeaba cariñosamente la papada.

—Búscame un taxi, Bito —dijo—. No puedo manejar.

Eusebio introdujo a su jefe en un carro de plaza y se despidió oprimiéndole la mano.

—Hasta mañana, Pim —dijo.

—Chau, Bito.

Tres horas más tarde, Eusebio Zapatero llegó a la oficina con los ojos hinchados y un retraso de diez minutos. Contra su costumbre, saludó a la secretaria alegremente y haciendo una pirueta tiró su sombrero en la percha.

—¿Está Felipe? —preguntó.

La secretaria lo miró sorprendida.

—¿Por quién pregunta usted?

—Por nuestro patrón.

—Está en su despacho.

Eusebio se dirigió hacia la puerta.

—¿Va a entrar así, sin que lo anuncie?

Eusebio se contentó con hacerle un guiño y empujó la puerta. El apoderado estaba sentado frente a su escritorio, ocupado en leer la correspondencia de la mañana. Eusebio se fue acercando sigilosamente y cuando estuvo ante el pupitre adelantó la cabeza y murmuró: «Pim».

El apoderado levantó rápidamente la cara y quedó mirándolo con una expresión fría, desmemoriada y anónima: la mirada inapelable del jefe.

—Buenos días… señor Eusebio Zapatero —respondió.

Y continuó leyendo sus cartas.

(Lima, 1958)

Una aventura nocturna

A los cuarenta años, Arístides podía considerarse con toda razón como un hombre «excluido del festín de la vida». No tenía esposa ni querida, trabajaba en los sótanos del municipio anotando partidas del Registro Civil y vivía en un departamento minúsculo de la avenida Larco, lleno de ropa sucia, de muebles averiados y de fotografías de artistas prendidas a la pared con alfileres. Sus viejos amigos, ahora casados y prósperos, pasaban de largo en sus automóviles cuando él hacía la cola del ómnibus y si por casualidad se encontraban con él en algún lugar público, se limitaban a darle un rápido apretón de manos en el que se deslizaba cierta dosis de repugnancia. Porque Arístides no era solamente la imagen moral del fracaso sino el símbolo físico del abandono: andaba mal trajeado, se afeitaba sin cuidado y olía a comida barata, a fonda de mala muerte.

De este modo, sin relaciones y sin recuerdos, Arístides era el cliente obligado de los cines de barrio y el usuario perfecto de las bancas públicas. En las salas de los cines, al abrigo de la luz, se sentía escondido y al mismo tiempo acompañado por la legión de sombras que reían o lagrimeaban a su alrededor. En los parques podía entablar conversación con los ancianos, con los tullidos o con los pordioseros y sentirse así partícipe de esa inmensa familia de gentes que, como él, llevaban en la solapa la insignia invisible de la soledad.

Una noche, desertando de sus lugares preferidos, Arístides se echó a caminar sin rumbo por las calles de Miraflores. Recorrió toda la avenida Pardo, llegó al malecón, siguió por la costanera, contorneó el cuartel San Martín, por calles cada vez más solitarias, por barrios apenas nacidos a la vida y que no habían visto tal vez ni siquiera un solo entierro. Pasó por una iglesia, por un cine en construcción, volvió a pasar por la iglesia y finalmente se extravió. Poco después de medianoche erraba por una urbanización desconocida donde comenzaban a levantarse los primeros edificios de departamentos del balneario.

Un café, cuya enorme terraza llena de mesitas estaba desierta, llamó su atención. Sobreparándose, pegó las narices a la mampara y observó el interior. El reloj marcaba la una de la mañana. No se veía un solo parroquiano. Tan sólo detrás del mostrador, al lado de la caja, pudo distinguir a una mujer gorda, con pieles, que fumaba un cigarrillo y leía distraídamente un periódico. La mujer elevó la vista y lo miró con una expresión de moderada complacencia. Arístides, completamente turbado,

prosiguió su camino.

Cien pasos más allá se detuvo y observó a su alrededor: los inmuebles modernos dormían un sueño profundo y sin historia. Arístides tuvo la sensación de estar hollando tierra virgen, de vestirse de un paisaje nuevo que tocaba su corazón y lo retocaba de un ardor invencible. Volviendo sobre sus pasos, se aproximó cautelosamente al café. La mujer continuaba sentada y al divisarlo reprodujo su gesto delicadamente risueño. Arístides se alejó con precipitación, se detuvo a medio camino, vaciló, regresó, espió nuevamente y empujando al fin la puerta de vidrio, se introdujo hasta ocupar una mesita roja, donde quedó inmóvil, sin levantar la mirada.

Allí esperó un momento, no sabía concretamente qué, observando una mosca desalada que se arrastraba con pena hacia el abismo. Luego, sin poder contener el temblor de sus piernas, elevó tímidamente un ojo: la mujer lo estaba contemplando por encima de su periódico. Conteniendo un bostezo, dejó escuchar una voz gruesa, un poco varonil.

—Los mozos ya se han ido, caballero.

Arístides recogió la frase y la guardó dentro de sí, presa de un violento regocijo: una desconocida le había hablado en la noche. Pero de inmediato comprendió que esa frase era una invitación a la partida. Súbitamente confundido, se puso de pie.

—Pero yo lo puedo servir, ¿qué cosa quiere? —La mujer avanzaba hacia él con un andar un poco lerdo al cual no se le podía negar cierta majestad.

Arístides volvió a sentarse:

—Un café. Solamente un café.

La mujer había llegado a la mesa para apoyar en su borde una mano regordeta cargada de joyas:

—Ya está apagada la máquina. Le puedo servir un licor.

—Entonces, una cerveza.

La mujer se retiró al bar. Arístides aprovechó para observarla. No cabía duda que era la patrona. A juzgar por el establecimiento, debía tener mucho dinero. Con un rápido movimiento, acomodó su vieja corbata y alisó sus cabellos. La mujer regresaba. Además de la cerveza traía una botella de coñac y una copa.

—Lo acompañaré —dijo sentándose a su lado—. Tengo la costumbre de beber siempre algo con el último parroquiano.

Arístides agradeció con una venia. La mujer encendió un cigarrillo.

—Hermosa noche —dijo—. ¿Le gusta a usted pasear? Yo soy un poco noctámbula. Pero en este barrio la gente se acuesta temprano y a partir de medianoche me encuentro completamente sola.

—Es un poco triste —balbuceó Arístides.

—Yo vivo en los altos del bar. —Su mano señaló una puerta perdida al fondo del local—. A las dos cierro las mamparas y me voy a dormir.

Arístides se atrevió a mirarla al rostro. La mujer soplaba el humo con elegancia y lo miraba sonriente. La situación le pareció excitante. De buena gana hubiera pagado

su consumo para salir a la carrera, coger al primer transeúnte y contarle esa maravillosa historia de una mujer que en plena noche le hacía avances inquietantes. Pero ya la mujer se había puesto de pie:

—¿Tiene usted una moneda de a sol? Voy a poner un disco.

Arístides alargó presurosamente su moneda.

La mujer puso música suave y regresó. Arístides miró hacia la calle: no se veía una sombra. Alentado por este detalle, presa de un repentino coraje, la invitó a bailar.

—Encantada —dijo la mujer, dejando su cigarrillo en el borde de la mesa y despojándose de su chal de piel para descubrir unos hombros fláccidos, salpicados de pecas.

Sólo cuando la tuvo cogida del talle —tieso y fajado bajo su mano inexperta— tuvo la convicción Arístides de estar realizando uno de sus viejos sueños de solterón pobre: tener una aventura con una mujer. Que fuera vieja o gorda era lo de menos. Ya su imaginación la desplumaría de todos sus defectos. Mirando las repisas con botellas que giraban a su alrededor, Arístides se reconciliaba con la vida y, desdoblándose, se burlaba de aquel otro Arístides, lejano ya y olvidado, que temblaba de gozo una semana sólo porque un desconocido se le acercaba para preguntarle la hora.

Cuando terminaron de bailar, regresaron a la mesa. Allí conversaron un momento. La mujer le invitó una copa de coñac. Arístides aceptó hasta un cigarrillo.

—Nunca fumo —dijo—. Pero ahora lo hago, no sé por qué.

Su frase le pareció banal. La mujer se había echado a reír.

Arístides propuso otro baile.

—Cerraré antes las persianas —dijo la mujer, encaminándose hacia la terraza.

Bailaron aún. Arístides observó que el reloj de pared había marcado las dos horas. A pesar de ello la mujer no se decidía a retirarse. Esto le pareció un buen augurio e invitó a su vez un coñac. Empezó a sentirse un poco envanecido. Hizo preguntas indiscretas con el objeto de crear un clima de intimidad. Se enteró que vivía sola, que estaba separada de su marido. La había cogido de la mano.

—Bueno —dijo la dueña levantándose—. Es hora de cerrar el bar.

Conteniendo un bostezo, se dirigió hacia la puerta.

—Me quedo —dijo Arístides, con un tono imperioso, que lo sorprendió.

A medio camino, la mujer se volvió:

—Claro. Está convenido. —Y continuó su marcha.

Arístides se tiró de los puños de la camisa, los volvió a esconder porque estaban deshilachados, se sirvió otra copa, encendió un cigarrillo, lo apagó, lo encendió otra vez. Desde la mesa observaba a la mujer y la lentitud de sus movimientos lo impacientaba. Vio cómo cogía un vaso y lo llevaba hasta el mostrador. Luego hacía lo mismo con un cenicero, con una taza. Cuando todas las mesas quedaron limpias experimentó un enorme alivio. La mujer se dirigió hacia la puerta y en lugar de cerrarla, quedó apoyada en el marco inmóvil, mirando hacia la calle.

—¿Qué hay? —preguntó Arístides.

—Hay que guardar las mesas de la terraza.

Arístides se levantó, maldiciendo entre dientes. Para echarse prosa, avanzó hacia la puerta mientras decía:

—Ésa es cosa de hombres.

Cuando llegó a la terraza sufrió un sobresalto: había una treintena de mesas con su respectiva serie de sillas y ceniceros. Mentalmente calculó que en guardar aquello tardaría un cuarto de hora.

—Si las dejamos afuera se las roban —observó la patrona.

Arístides empezó su trabajo. Primero recogió todos los ceniceros. Luego empezó con las sillas.

—¡Pero no en desorden! —protestó la mujer—. Hay que apilarlas bien para que mañana el mozo haga la limpieza.

Arístides obedeció. A mitad de su labor sudaba copiosamente. Guardaba las mesas, que eran de hierro y pesaban como caballos. La dueña, siempre en el dintel, lo miraba trabajar con una expresión amorosa. A veces, cuando él pasaba resoplando a su lado, extendía la mano y le acariciaba los cabellos. Este gesto terminó de reanimar a Arístides, por darle la ilusión de ser el marido cumpliendo sus deberes conyugales para luego ejercer sus derechos.

—Ya no puedo más —se quejó al ver que la terraza seguía llena de mesas, como si éstas se multiplicaran por algún encanto.

—Creí que eras más resistente —respondió la mujer con ironía.

Arístides la miró a los ojos.

—Valor, que ya falta poco —añadió ella, haciéndole un guiño.

Al cabo de media hora, Arístides había dejado limpia la terraza. Sacando su pañuelo se enjugó el sudor. Pensaba si tamaño esfuerzo no comprometería su virilidad. Menos mal que todo el bar estaba a su disposición y que podría reponerse con un buen trago. Se disponía a ingresar al bar, cuando la mujer lo contuvo:

—¡Mi macetero! ¿Lo vas a dejar afuera?

Todavía faltaba el macetero. Arístides observó el gigantesco artefacto a la entrada de la terraza, donde un vulgar geranio se deshojaba. Armándose de coraje se acercó a él y lo levantó en peso. Encorvado por el esfuerzo, avanzó hacia la puerta y, cuando levantó la cabeza, comprobó que la mujer acababa de cerrarla. Detrás del cristal lo miraba sin abandonar su expresión risueña.

—¡Abra! —musitó Arístides.

La patrona hizo un gesto negativo y gracioso, con el dedo.

—¡Abra! ¿No ve que me estoy doblando?

La mujer volvió a negar.

—¡Por favor, abra, no estoy para bromas!

La mujer corrió el cerrojo, hizo una atenta reverencia y le volvió la espalda. Arístides, sin soltar el macetero, vio cómo se alejaba cansadamente, apagando las luces, recogiendo las copas, hasta desaparecer por la puerta del fondo. Cuando todo

quedó oscuro y en silencio, Arístides alzó el macetero por encima de su cabeza y lo estrelló contra el suelo. El ruido de la terracota haciéndose trizas lo hizo volver en sí: en cada añico reconoció un pedazo de su ilusión rota. Y tuvo la sensación de una vergüenza atroz, como si un perro lo hubiera orinado.

(Lima, 1958)

De color modesto

Lo primero que hizo Alfredo al entrar a la fiesta fue ir directamente al bar. Allí se sirvió dos vasos de ron y luego, apoyándose en el marco de una puerta, se puso a observar el baile. Casi todo el mundo estaba emparejado, a excepción de tres o cuatro tipos que, como él, rondaban por el bar o fumaban en la terraza un cigarrillo.

Al poco tiempo comenzó a aburrirse y se preguntó para qué había venido allí. Él detestaba las fiestas, en parte porque bailaba muy mal y en parte porque no sabía qué hablar con las muchachas. Por lo general, los malos bailarines retenían a su pareja con una charla ingeniosa que disimulaba los pisotones e, inversamente, los borricos que no sabían hablar aprendían a bailar tan bien que las muchachas se disputaban por estar en sus brazos. Pero Alfredo, sin las cualidades de los unos ni de los otros, pero con todos sus defectos, era un ser condenado a fracasar infaliblemente en este tipo de reuniones.

Mientras se servía el tercer vaso de ron, se observó en el espejo del bar. Sus ojos estaban un poco empañados y algo en la expresión blanda de su cara indicaba que el licor producía sus efectos. Para despabilarse, se acercó al tocadiscos donde un grupo de muchachas elegía alegremente las piezas que luego tocarían.

—Pongan un bolero —sugirió.

Las muchachas lo miraron con sorpresa. Sin duda se trataba de un rostro poco familiar. Las fiestas de Miraflores, a pesar de realizarse semanalmente en casas diferentes, congregaban a la misma pandilla de jovenzuelos en busca de enamorada. De esos bailes sabatinos en residencias burguesas salían casi todos los noviazgos y matrimonios del balneario.

—Nos gusta más el mambo —respondió la más osada de las muchachas—. El bolero está bien para los viejos.

Alfredo no insistió pero mientras regresaba al bar se preguntó si esa alusión a los viejos tendría algo que ver con su persona. Volvió a observarse en el espejo. Su cutis estaba terso aún pero era en los ojos donde una precoz madurez, pago de voraces lecturas, parecía haberse aposentado. «Ojos de viejo», pensó Alfredo desalentado, y se sirvió un cuarto vaso de ron.

Mientras tanto, la animación crecía a su alrededor. La fiesta, fría al comienzo, iba tomando punto. Las parejas se soltaban para contorsionarse. Era la influencia de la música afrocubana, suprimiendo la censura de los pacatos e hipócritas habitantes de

Lima. Alfredo caminó hasta la terraza y miró hacia la calle. En la calzada se veían ávidos ojos, cabezas estiradas, manos aferradas a la verja. Era gente del pueblo, al margen de la alegría.

Una voz sonó a sus espaldas:

—¡Alfredo!

Al voltear la cabeza se encontró con un hombrecillo de corbata plateada, que lo miraba con incredulidad.

—Pero ¿qué haces aquí, hombre? Un artista como tú…

—He venido acompañando a mi hermana.

—No es justo que estés solo. Ven, te voy a presentar unas amigas.

Alfredo se dejó remolcar por su amigo entre los bailarines, hasta una segunda sala, donde se veían algunas muchachas sentadas en un sofá. Una afinidad notoria las había reunido allí: eran feas.

—Aquí les presento a un amigo —dijo, y sin añadir nada más, lo abandonó.

Las muchachas lo miraron un momento y luego siguieron conversando. Alfredo se sintió incómodo. No supo si permanecer allí o retirarse. Optó heroicamente por lo primero pero tieso, sin abrir la boca, como si fuera un ujier encargado de vigilarlas. Ellas elevaban de cuando en cuando la vista y le echaban una rápida mirada, un poco asustadas. Alfredo encontró la idea salvadora. Sacó su paquete de cigarrillos y lo ofreció al grupo.

—¿Fuman?

La respuesta fue seca:

—No, gracias.

Por su parte, encendió uno y al echar la primera bocanada de humo, se sintió más seguro. Se dio cuenta que tendría que iniciar una batalla.

—¿Ustedes van al cine?

—No.

Aún aventuró una tercera pregunta:

—¿Por qué no abrirán esa ventana? Hace mucho calor.

Esta vez fue peor: ni siquiera obtuvo respuesta. A partir de ese momento ya no despegó los labios. Las muchachas, intimidadas por esa presencia silenciosa, se levantaron y pasaron a la otra sala. Alfredo quedó solo en la inmensa habitación, sintiendo que el sudor empapaba su camisa.

El hombrecillo de la corbata plateada reapareció.

—¿Cómo?, ¿sigues parado allí? ¡No me dirás que no has bailado!

—Una pieza —mintió Alfredo.

—Seguramente que todavía no has saludado a mi hermana. Vamos, está aquí con su enamorado.

Ambos pasaron a la sala vecina. La dueña del santo bailaba un vals criollo con un cadete de la Escuela Militar.

—Elsa, aquí Alfredo quiere saludarte.

—¡Ahora que termine la pieza! —respondió Elsa sin interrumpir sus rápidas volteretas. Alfredo quedó cerca, esperando, meditando uno de los habituales saludos de cumpleaños. Pero Elsa empalmó ese baile con el siguiente y enseguida, del brazo del cadete, se encaminó alegremente hacia el comedor, donde se veía una larga mesa repleta de bocaditos.

Alfredo, olvidado, se acercó una vez más al bar. «Tengo que bailar», se dijo. Era ya una cuestión de orden moral. Mientras bebía el quinto trago, buscó en vano a su hermana entre los concurrentes. Su mirada se cruzó con la de dos hombres maduros que observaban lujuriosamente a las niñas y de inmediato se vio asaltado por un torbellino de pensamientos lúcidos y lacerantes. ¿Qué podía hacer él, hombre de veinticinco años, en una fiesta de adolescentes? Ya había pasado la edad de cobijarse «a la sombra de las muchachas en flor». Esta reflexión trajo consigo otras, más reconfortantes, y lanzando la vista en torno suyo, trató de ubicar alguna chica mayor a quien no intimidaran sus modales ni su inteligencia.

Cerca del vestíbulo había tres o cuatro muchachas un poco marchitas, de aquellas que han dejado pasar su bella época, obsesionadas por algún amor loco y frustrado, y que llegan a la treintena sin otra esperanza que la de hacer, ya que no un matrimonio de amor, por lo menos uno de fortuna.

Alfredo se acercó. Su paso era un poco inseguro, al extremo que algunas parejas con las que tropezó lo miraron airadas. Al llegar al grupo tuvo una sorpresa: una de las muchachas era una antigua vecina de su infancia.

—No me digas que he cambiado mucho —dijo Corina—. Me vas a hacer sentir vieja. —Y lo presentó al resto del grupo.

Alfredo departió un rato con ellas. Las cinco copas de ron lo frivolizaban lo suficiente como para responder a la andanada de preguntas estúpidas. Advirtió que había un clima de interés en torno a su persona.

—¿Ya habrás terminado tu carrera? —indagó Corina.

—No. La dejé —respondió francamente Alfredo.

—¿Estás trabajando en algún sitio?

—No.

—¡Qué suerte! —intervino una de las chicas—. Para no trabajar habrá que tener muy buena renta.

Alfredo la miró: era una mujer morena, bastante provocativa y sensual. En el fondo de sus ojos verdes brillaba un punto dorado, codicioso.

—Pero, entonces, ¿a qué te dedicas? —preguntó Corina.

—Pinto.

—Pero… ¿de eso se puede vivir? —inquirió la morena, visiblemente intrigada.

—No sé a qué le llamará usted vivir —dijo Alfredo—. Yo sobrevivo, al menos.

A su alrededor se creó un silencio ligeramente decepcionado. Alfredo pensó que era el momento de sacar a bailar a alguien, pero sólo tocaban la maldita música afrocubana. Se arriesgaba ya a extender la mano hacia la morena, cuando un hombre

calvo, elegante, con dos puños blancos de camisa que sobresalían insolentemente de las mangas de su saco, irrumpió en el grupo como una centella.

—¡Ya todo está arreglado, regio! —exclamó—. Mañana iremos a Chosica con Ernesto y Jorge. Las tres hermanas Puertas vendrán con nosotros. ¿No les parece regio? Lo mismo que Carmela y Roxana.

Hubo un estallido de alegría.

—Te presento a un amigo —dijo Corina, señalando a Alfredo.

El calvo le estrechó efusivamente la mano.

—Regio, si quiere puede venir también con nosotros. Nos va a faltar sitio para Elsa y su prima. ¿Quiere usted llevarlas en su carro?

Alfredo se sintió enrojecer.

—No tengo carro.

El calvo lo miró perplejo, como si acabara de escuchar una cosa absolutamente insólita. Un hombre de veinticinco años que no tuviera carro en Lima podría pasar por un perfecto imbécil. La morena se mordió los labios y observó con más atención el terno, la camisa de Alfredo. Luego le volvió lentamente la espalda.

El vacío comenzó. El calvo había acaparado la atención del grupo, hablando de cómo se distribuirían en los carros, cómo se desarrollaría el programa del domingo.

—¡Tomaremos el aperitivo en Los Ángeles! Luego almorzaremos en Santa María, ¿no les parece regio? Más tarde haremos un poco de *footing*…

Alfredo se dio cuenta de que allí también sobraba. Poco a poco, pretextando mirar los cuadros, se fue alejando del grupo, se tropezó con un cenicero y cuando llegó al bar, escuchó aún la voz del calvo que bramaba:

—¡Almorzaremos en el río, regio!

—¡Un ron! —dijo a la chica que estaba detrás del mostrador.

La chica lo miró enojada.

—¿No ha oído? ¡Un ron!

—Sírvaselo usted. Yo no soy la sirvienta —contestó, y se retiró deprisa.

Alfredo se sirvió un vaso hasta el borde. Volvió a mirarse en el espejo. Un mechón de pelo había caído sobre su frente. Sus ojos habían envejecido aún más. «Su mirada era tan profunda que no se la podía ver», musitó. Vio sus labios apretados: signo de una naciente agresividad.

Cuando se disponía a servirse otro, divisó a su hermana que atravesaba la sala. De un salto estuvo a su lado y la cogió del brazo.

—Elena, vamos a bailar.

Elena se desprendió vivamente.

—¿Bailar entre hermanos? ¡Estás loco! Además, estás apestando a licor. ¿Cuántas copas te has tomado? ¡Anda, lávate la cara y enjuágate la boca!

A partir de ese momento, Alfredo erró de una sala a otra, exhibiendo descaradamente el espectáculo de su soledad. Estuvo en la terraza mirando el jardín, fumó cigarrillos cerca del tocadiscos, bebió más tragos en el bar, rehusó la simpatía

de otros solitarios que querían hacer observaciones irónicas sobre la vida social y por último se cobijó bajo las escaleras, cerca de la puerta que daba al oficio. El ron le quemaba las entrañas.

Al segundo golpe, la puerta del oficio se abrió y una mucama asomó la cabeza.

—Deme un vaso de agua, por favor.

La mucama dejó la puerta entreabierta y se alejó, dando unos pasos de baile. Alfredo observó que en el interior de la cocina, la servidumbre, al mismo tiempo que preparaba el arroz con pato, celebraba, a su manera, una especie de fiesta íntima. Una negra esbelta cantaba y se meneaba con una escoba en los brazos. Alfredo, sin reflexionar, empujó la puerta y penetró en la cocina.

—Vamos a bailar —dijo a la negra.

La negra rehusó, disforzándose, riéndose, rechazándolo con la mano pero incitándolo con su cuerpo. Cuando estuvo arrinconada contra la pared, dejó de menearse.

—¡No! Nos pueden ver.

La mucama se acercó, con el vaso de agua.

—Baila no más —dijo—. Cerraré la puerta. ¿Por qué no nos vamos a divertir nosotros también?

Los parlamentos continuaron, hasta que al fin la negra cedió.

—Solamente hasta que termine esta pieza —dijo.

Mientras la mucama cerraba la puerta con llave, Alfredo atenazó a la negra y comenzó a bailar. En ese momento se dio cuenta de que bailaba bien, quizá por ese sentido del ritmo que el alcohol da cuando no lo quita o simplemente por la agilidad con que su pareja lo seguía. Cuando esa pieza terminó, empezaron la siguiente. La negra aceptaba la presión de su cuerpo con una absoluta responsabilidad.

—¿Tú trabajas aquí?

—No, en la casa de al lado. Pero he venido para ayudar un poco y para mirar.

Terminaron de bailar esa pieza, entre cacerolas y tufos de comida. El resto de la servidumbre seguía trabajando y, a veces, interrumpiéndose, los miraban para reírse y hacer comentarios graciosos.

—¡Apagaremos la luz!

—¿Qué cosa hay allí? —preguntó Alfredo, señalando una mampara al fondo de la cocina.

—El jardín, creo.

—Vamos.

La negra protestó.

—Vamos —insistió Alfredo—. Allí estaremos mejor.

Al empujar la mampara se encontraron en una galería que daba sobre el jardín interior. Había una agradable penumbra. Alfredo apoyó su mejilla contra la mejilla negra y bailó despaciosamente. La música llegaba muy débil.

—Es raro estar así, ¿no es verdad? —dijo la negra—. ¡Qué pensarán los patrones!

—No es raro —dijo Alfredo—. ¿Tú no eres acaso una mujer?

Durante largo rato no hablaron. Alfredo se dejaba mecer por un extraño dulzor, donde la sensualidad apenas intervenía. Era más bien un sosiego de orden espiritual, nacido de la confianza en sí mismo readquirida, de su posibilidad de contacto con los seres humanos.

Una gritería se escuchó en el interior de la casa.

—¡La torta! ¡Van a partir la torta!

Antes de que Alfredo se percatara de lo que sucedía, se encendió la luz de la galería, se abrió la puerta del jardín y una fila de alegres parejas irrumpió, cogidas de la cintura, formando un ruidoso tren, tocando pitos, gritando a voz en cuello:

—¡Vengan todos que van a partir la torta!

Alfredo tuvo tiempo de observar algo más: no habían estado solos en la galería. En las mesitas cobijadas a la sombra de la enramada, algunas parejas se habían refugiado y ahora, sorprendidas también, se despertaban como de un sueño.

El ruidoso tren dio unas vueltas por el jardín y luego se encaminó hacia la galería. Al llegar delante de Alfredo y de la negra, la gritería cesó. Hubo un corto silencio de estupor y el tren se desbandó hacia el interior de la casa. Incluso las parejas, desde el fondo de los sillones, se levantaron y los hombres partieron, arrastrando a sus mujeres de la mano. Alfredo y la negra quedaron solos.

—¡Qué estúpidos! —dijo sonriendo—. ¿Qué les sucede?

—Me voy —dijo la negra, tratando de zafarse.

—Quédate. Vamos a seguir bailando.

Por la fuerza la retuvo de la mano. Y la hubiera abrazado nuevamente, si es que un grupo de hombres, entre los cuales se veía al dueño de la casa y al hombrecillo de la corbata plateada, no apareciera por la puerta de la cocina.

—¿Qué escándalo es éste? —decía el dueño, moviendo la cabeza.

—Alfredo —balbuceó el hombrecillo—. No te la des de original.

—¿No tiene usted respeto por las mujeres que hay acá? —intervino un tercer caballero.

—Váyase usted de mi casa —ordenó el dueño a la negra—. No quiero verla más por aquí. Mañana hablaré con sus patrones.

—No se va —respondió Alfredo.

—Y usted sale también con ella, ¡caramba!

Algunas mujeres asomaban la cabeza por la puerta de la cocina. Alfredo creyó reconocer a su hermana que, al verlo, dio media vuelta y se alejó a la carrera.

—¿No ha oído? ¡Salga de aquí!

Alfredo examinó al dueño de casa y, sin poderse contener, se echó a reír.

—Está borracho —dijo alguien.

Cuando terminó de reír, Alfredo soltó el brazo de la negra.

—Espérame en la calle Madrid. —Y abotonándose el saco con dignidad, sin despedirse de nadie, atravesó la cocina, la sala donde el baile se había interrumpido,

el jardín, y, por último, la verja de madera.

«Caballísimo de mí», pensó mientras se alejaba hacia su casa, encendiendo un cigarrillo. Al llegar a su bajo muro se detuvo: por la ventana abierta de la sala se veía su padre, de espaldas, leyendo un periódico. Desde que tenía uso de razón había visto a su padre a la misma hora, en la misma butaca, leyendo el mismo periódico. Un rato permaneció allí. Luego se mojó la cabeza en el caño del jardín y se encaminó a la calle Madrid.

La negra estaba esperándolo. Se había quitado su mandil de servicio y en el apretado traje de seda su cuerpo resaltaba con trazos simples y perentorios, como un tótem de madera. Alfredo la cogió de la mano y la arrastró hacia el malecón, lamentando no tener plata para llevarla al cine. Caminaba contento, en silencio, con la seguridad del hombre que reconduce a su hembra.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó la negra.

—¡Va! No interesa.

—Mañana no se acordará de nada.

Alfredo no respondió. Estaba otra vez al lado de su casa. Pasando su brazo sobre el hombro femenino, se apoyó en el muro y quedó mirando por la ventana, donde su padre continuaba leyendo el periódico. Alguna intuición debió tener su padre, porque fue volteando lentamente la cabeza. Al distinguir a Alfredo y a la negra, quedó un instante perplejo. Luego se levantó, dejó caer el periódico y tiró con fuerza los postigos de la ventana.

—Vamos al malecón —dijo Alfredo.

—¿Quién es ese hombre?

—No lo conozco.

Esa parte del malecón era sombría. Por allí se veían automóviles detenidos, en cuyo interior se alocaban y cedían las vírgenes de Miraflores. Se veían también parejas recostadas contra la baranda del malecón que daba al barranco. Alfredo anduvo un rato con la negra y se sentó por último en el parapeto.

—¿No quieres mirar el mar? —preguntó—. Saltamos al otro lado y estamos a un paso del barranco.

—¡Qué dirá la gente! —protestó la negra.

—¡Tú eres más burguesa que yo!… Ven, sígueme. Todo el mundo viene a mirar el mar.

Ayudándola a salvar la baranda, caminaron un poco por el desmonte hasta llegar al borde del barranco. El ruido del mar subía incansable, aterrador. Al fondo se veía la espuma blanca de las olas estrellándose contra la playa de piedras. El viento los hacía vacilar.

—¿Y si nos suicidamos? —preguntó Alfredo—. Será la mejor manera de vengarnos de toda esta inmundicia.

—Tírese usted primero y yo lo sigo —rió la negra.

—Comienzas a comprenderme —dijo Alfredo, y cogiendo a la negra de los

hombros, la besó rápidamente en la boca.

Luego emprendieron el retorno. Alfredo sentía nacer en sí una incomprensible inquietud. Estaban saltando la baranda cuando un faro poderoso los cegó. Se escuchó el ruido de las portezuelas de un carro que se abrían y se cerraban con violencia y pronto dos policías estuvieron frente a ellos.

—¿Qué hacían allá abajo?, ¡a ver, sus papeles!

Alfredo se palpó los bolsillos y terminó mostrando su Libreta Electoral.

—Han estado planeando en el barranco, ¿no?

—Fuimos a mirar el mar.

—Te están tomando el pelo —intervino el otro policía—. Vamos a llevarlos a la cana. Con una persona de color modesto no se viene a estas horas a mirar el mar.

Alfredo sintió nuevamente ganas de reír.

—A ver —dijo acercándose al guardia—. ¿Qué entiende usted por gente de color modesto? ¿Es que esta señorita no puede ser mi novia?

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque es negra.

Alfredo rió nuevamente.

—¡Ahora me explico por qué usted es policía!

Otras parejas pasaban por el malecón. Eran parejas de blancos. La policía no les prestaba atención.

—Y a ésos, ¿por qué no les pide sus papeles?

—¡No estamos aquí para discutir! Suban al patrullero.

Esas situaciones se arreglaban de una sola manera: con dinero. Pero Alfredo no tenía un céntimo en el bolsillo.

—Yo subo encantado —dijo—. Pero a la señorita la dejan partir.

Esta vez los guardias no respondieron sino que, cogiendo a ambos de los brazos, los metieron por la fuerza en el interior del vehículo.

—¡A la comisaría! —ordenaron al conductor.

Alfredo encendió un cigarrillo. Su inquietud se agudizaba. El aire de mar había refrescado su inteligencia. La situación le parecía inaceptable y se disponía a protestar, cuando sintió la mano de la negra que buscaba la suya. Él la oprimió.

—No pasará nada —dijo, para tranquilizarla.

Como era sábado, el comisario debía haberse ido de parranda, de modo que sólo se encontraba el oficial de guardia, jugando al ajedrez con un amigo. Levantándose, dio una vuelta alrededor de Alfredo y de la negra, mirándolos de pies a cabeza.

—¿No serás tú una polilla? —preguntó echando una bocanada de humo en la cara de la negra—. ¿Trabajas en algún sitio?

—La señorita es amiga mía —intervino Alfredo—. Trabaja en una casa de la calle José Gálvez. Puedo garantizar por ella.

—Y por usted, ¿quién garantiza?

—Puede llamar por teléfono para cerciorarse.

—Están prohibidos los planes en el malecón —prosiguió el oficial—. ¿Usted sabe lo que es un delito contra las buenas costumbres? Hay un libro que se llama Código Penal y que habla de eso.

—No sé si será para usted delito pasearse con una amiga.

—En la oscuridad sí y más con una negra.

—Estaban abrazados, mi teniente —terció un policía.

—¿No ve? Esto le puede costar veinticuatro horas de cárcel y la foto de ella puede salir en *Última Hora*…

—¡Todo esto me parece grotesco! —exclamó Alfredo, impaciente—. ¿Por qué no nos dejan partir? Repito, además, que esta señorita es mi novia.

—¡Su novia!

El oficial se echó a reír a mandíbula batiente y los policías, por disciplina, lo imitaron. Súbitamente dejó de reír y quedó pensativo.

—No crea que soy un imbécil —dijo aproximándose a Alfredo—. Yo también, aunque uniformado, tengo mi culturita. ¿Por qué no hacemos una cosa? Ya que esta señorita es su novia, sígase paseando con ella. Pero eso sí, no en el malecón, allí los pueden asaltar. ¿Qué les parece si van al parque Salazar? El patrullero los conducirá.

Alfredo vaciló un momento.

—Me parece muy bien —respondió.

—¡Adelante, entonces! —rió el teniente—. ¡Llévenlos al parque Salazar!

Nuevamente en el patrullero, Alfredo permaneció silencioso. Pensaba en la inclemente iluminación del parque Salazar, especie de vitrina de la belleza vecinal. La negra buscó su mano, pero esta vez Alfredo la estrechó sin convicción.

—Tengo vergüenza —le susurró al oído.

—¡Qué tontería! —contestó él.

—¡Por ti, por ti es que tengo vergüenza!

Alfredo quiso hacerle una caricia pero las luces del parque aparecieron.

—Déjennos aquí no más —pidió a los policías—. Les prometo que nos pasearemos por el parque.

El patrullero se detuvo a cien metros de distancia.

—Vigilaremos un rato —dijeron.

Alfredo y la negra descendieron. Bordeando siempre el malecón, comenzaron a aproximarse al parque. La negra lo había cogido tímidamente del brazo y caminaba a su lado, sin levantar la mirada, como si ella también estuviera expuesta a una incomprensible humillación. Alfredo, en cambio, con la boca cerrada, no desprendía la mirada de esa compacta multitud que circulaba por los jardines y de la cual brotaba un alegre y creciente murmullo. Vio las primeras caras de las lindas muchachas miraflorinas, las chompas elegantes de los apuestos muchachos, los carros de las tías, los autobuses que descargaban pandillas de juventud, todo ese mundo despreocupado, bullanguero, triunfante, irresponsable y despótico calificador. Y como si se internara

en un mar embravecido, todo su coraje se desvaneció de un golpe.

—Fíjate —dijo—. Se me han acabado los cigarros. Voy hasta la esquina y vuelvo. Espérame un minuto.

Antes de que la negra respondiera, salió de la vereda, cruzó entre dos automóviles y huyó rápido y encogido, como si desde atrás lo amenazara una lluvia de piedras. A los cien pasos se detuvo en seco y volvió la mirada. Desde allí vio que la negra, sin haberlo esperado, se alejaba cabizbaja, acariciando con su mano el borde áspero del parapeto.

(París, 1961)

Los cautivos
(1972)

Ridder y el pisapapeles

Para ver a Charles Ridder tuve que atravesar toda Bélgica en tren. Teniendo en cuenta las dimensiones del país, fue como viajar del centro de una ciudad a un suburbio más o menos lejano. Madame Ana y yo tomamos el rápido de Amberes a las once de la mañana y poco antes de mediodía, después de haber hecho una conexión, estábamos en el andén de Blanken, un pueblo perdido en una planicie sin gracia, cerca de la frontera francesa.

—Ahora a caminar —dijo madame Ana.

Y nos echamos a caminar por el campo chato, recordando la vez que en la biblioteca de madame Ana cogí al azar un libro de Ridder y no lo abandoné hasta que terminé de leerlo.

—Y después no quiso leer otra cosa que Ridder.

Eso era verdad. Durante un mes pasé leyendo sus obras. Intemporales, transcurrían en un país sin nombre ni fronteras, que podía corresponder a una kermese flamenca, pero también a una verbena española o a una fiesta bávara de cerveza. Por ellas discurrían hombres corpulentos, charlatanes y tragones, que tumbaban a las doncellas en los prados y se desafiaban a combates singulares, en los que predominaba la fuerza sobre la destreza, Carecían de toda elegancia esas obras, pero eran coloreadas, violentas, impúdicas, tenían la fuerza de un puño de labriego haciendo trizas un terrón de arcilla.

Al ver mi entusiasmo madame Ana me reveló que Ridder era su padrino, y es por ello que ahora, anunciada nuestra visita, nos acercábamos a su casa de campo cortando una pradera. No lejos distinguí un pedazo de mar plomizo y agitado que me pareció, en ese momento, una interpolación del paisaje de mi país. Cosa extraña eran quizás las dunas, la yerba ahogada por la arena y la tenacidad con que las olas barrían esa costa seca.

Al doblar un sendero avistamos la casa, banal como la de cualquier campesino del lugar, construida al fondo de un corral que circundaba un muro de piedra. Precedidos por una embajada de perros y gallinas llegamos a la puerta.

—Hace como diez años que no lo veo —dijo madame Ana—. Él vive completamente retirado.

Nos recibió una vieja que podía ser una gobernanta o un ama de llaves.

Ridder estaba sentado en un sillón de su sala-escritorio, con las piernas cubiertas

con una frazada y al vernos aparecer no hizo el menor movimiento. No obstante, por las dimensiones del sillón y el formato de sus botas, pude apreciar que era extremadamente fornido y comprendí en el acto que entre él y sus obras no había ninguna fisura, que ese viejo corpachón, rojo, canoso, con un bigote amarillo por el tabaco, era el molde ya probablemente averiado de donde habían salido en serie sus colosos.

Madame Ana le explicó que era un amigo que venía de Sudamérica y que había querido conocerlo. Ridder me invitó a sentarme con un ademán frente a él mientras su ahijada le daba cuenta de la familia, de lo que había sucedido en tantos años que no se veían. Ridder la escuchaba aburrido, sin responder una sola palabra, contemplando sus dos enormes manos curtidas y pecosas. Tan sólo de vez en cuando levantaba un ojo para observarme a través de sus cejas grises, mirada rápida, celeste, que sólo en ese momento parecía cobrar una irresistible acuidad. Luego recaía en su distracción, en su torpor.

La gobernanta había traído una botella de vino con dos vasos y una tisana para su patrón. Nuestro brindis no encontró ningún eco en Ridder, que sin tocar su tisana jugaba ahora con su dedo pulgar. Madame Ana seguía hablando y Ridder parecía, si no complacerse, al menos habituarse a esa cháchara que amoblaba el silencio y lo ponía al abrigo de toda interrogación.

Aprovechando una pausa de madame Ana pude al fin intercalar una frase.

—He leído todos sus libros, señor Ridder, y créame que los he apreciado mucho. Pienso que es usted un gran escritor. No creo exagerar: un gran escritor.

Lejos de agradecerme, Ridder se limitó una vez más a clavarme sus ojos celestes, esta vez con cierto estupor, y luego, con la mano, indicó vagamente la biblioteca de su sala, que ocupaba íntegramente un muro, desde el suelo hasta el cielo raso. En su gesto creí comprender una respuesta: «Cuánto se ha escrito».

—Pero dígame, señor Ridder —insistí—, ¿en qué mundo viven sus personajes? ¿De qué época son, de qué lugar?

—¿Época? ¿Lugar? —preguntó a su vez y volviéndose a madame Ana la interrogó sobre un perro que seguramente les era familiar.

Madame Ana le contó la historia del perro, muerto ya hacía años y Ridder pareció encontrar un placer especial en el relato, pues se animó a probar su tisana y encendió un cigarrillo.

Pero ya la gobernanta entraba con una mesita rodante anunciándonos el almuerzo, que tomaríamos allí en la sala, para que el señor no tuviera que levantarse.

El almuerzo fue penosamente aburrido. Madame Ana, agotado ya su repertorio de novedades, no sabía qué decir. Ridder sólo abría la boca para engullir su comida, con una voracidad que me chocó. Yo reflexionaba sobre la decepción, sobre la ferocidad que pone la vida en destruir las imágenes más hermosas que nos hacemos de ella. Ridder poseía la talla de sus personajes, pero no su voz, ni su aliento. Ridder era, ahora lo notaba, una estatua hueca.

Sólo cuando llegamos al postre, al beber medio vaso de vino, se animó a hablar un poco y narró una historia de caza, pero enredada, incomprensible, pues transcurría tan pronto en Castilla la Vieja como en las planicies de Flandes y el protagonista era alternativamente Felipe II y el mismo Ridder. En fin, una historia completamente idiota.

Luego vino el café y el aburrimiento se espesó. Yo miraba a madame Ana de reojo, rogándole casi que nos fuéramos ya, que encontrara una excusa para salir de allí. Ridder, además, embotado por la comida, cabeceaba en un sillón, ignorándonos.

Por hacer algo me puse de pie, encendí un cigarrillo y di unos pasos por la sala-escritorio. Fue sólo en ese momento cuando lo vi: cúbico, azul, transparente, con las aristas biseladas, estaba en la mesa de Ridder, detrás de un tintero de bronce. Era exacto al pisapapeles que me acompañó desde la infancia hasta mis veinte años, su réplica perfecta. Había sido de mi abuelo, que lo trajo de Europa a fines de siglo, lo legó a mi padre y yo lo heredé junto a libros y papeles. Nunca puede encontrar en Lima uno igual. Era pesado, pero al mismo tiempo diáfano, verdaderamente funcional. Una noche, en Miraflores, fui despertado por un concierto de gatos que celaban en la azotea. Salí al jardín, grité, los amenacé. Pero como seguían haciendo ruido, regresé a mi cuarto, busqué qué cosa arrojarles y lo primero que vi fue el pisapapeles. Cogiéndolo, salí nuevamente al jardín y lancé el artefacto contra la buganvilla donde maullaban los gatos. Éstos huyeron y pude dormir tranquilo.

Al día siguiente, lo primero que hice al levantarme fue subir al techo para recoger el pisapapeles. Inútil encontrarlo. Examiné la azotea palmo a palmo, aparté una por una las ramas de la buganvilla, pero no había rastro. Se había perdido, para siempre.

Pero ahora, lo estaba viendo otra vez, brillaba en la penumbra de ese interior belga. Acercándome lo cogí, lo sopesé en mis manos, observé sus aristas quiñadas, lo miré al trasluz contra la ventana, descubrí sus minúsculos globos de aire capturados en el cristal. Cuando me volví hacia Ridder para interrogarlo, noté que, interrumpiendo su siesta, me estaba observando, ansiosamente.

—Es curioso —dije mostrándole el pisapapeles—. ¿De dónde lo ha sacado usted?

Ridder acarició un momento su pulgar.

—Yo estaba en el corral, hace de eso unos diez años —empezó—. Era de noche, había luna, una maravillosa luna de verano. Las gallinas estaban alborotadas, pensé que era un perro vecino que merodeaba por la casa. Cuando de pronto un objeto cruzó la cerca y cayó a mis pies. Lo recogí, era el pisapapeles.

—Pero ¿cómo vino a parar aquí?

Ridder sonrió esta vez:

—Usted lo arrojó.

(París, 1971)

Los cautivos

Era lo último que podía esperar: vivir en esa pensión burguesa de las afueras de Fráncfort, en ese barrio industrial rodeado de chimeneas, de tranvías y de gente atareada, madrugadora, eficiente, que ponía al descubierto con su ajetreo mi pereza y mi inutilidad. Una pensión de gente de paso, además, vendedores hanseáticos, propagandistas circunspectos de algún turbio producto, que no asomaban nunca en pijama por los corredores, incapaces de interesarse por ese pensionista exótico que erraba resbalándose por el linóleum inmaculado, inseguro de sí, pensando disparates, triste en el fondo, como un camello extraviado en el continente polar.

La verdad es que yo no estaba ocioso. Un amigo romántico caído en el comercio me había encomendado, con la promesa de sufragar mis gastos de viaje, enterarme de los últimos procedimientos para la impresión a cuatro colores, asunto que me era completamente indiferente. Pero como mi amigo estaba al otro lado del Atlántico, yo cumplía su encargo en forma muy subjetiva, contentándome de cuando en cuando en husmear por algún establecimiento y pedir explicaciones técnicas en alemán que escuchaba con estoicismo. Alternaba este trabajo con largos paseos por la ciudad.

El centro de Fráncfort me atrajo al comienzo, pero terminé por renunciar a él. En la mayoría de sus calles, tiendas y barcitos me tropecé con soldados norteamericanos, a los que yo reconocía así estuviesen sin uniforme por su pelo rapado, sus anchos pantalones, sus extraños zapatos-zapatillas, su manía de andar en grupos, sus cadenillas en la muñeca, su caminar desgarbado y su manera altanera, cibernética, de mirar y de ordenar.

Por eso elegí mi barrio como lugar de mis andanzas, pero sus fábricas me arredraron. Nada es para mí más pavoroso que una fábrica. Yo las temo porque ellas me colman de ignorancia y de preguntas sin respuesta. A veces las observo interrogándome por qué han sido construidas así y no de otra manera, por qué hay una chimenea aquí, una grúa allá, un puente levadizo, un riel, un aglomerado de tuberías, de poleas, de palancas y de implementos que se mueven. Es claro que todos esos artefactos han sido construidos en función de algo preciso, pensados, diseñados, programados. Pero a su vez, para construir esos artefactos ha sido sin duda necesario construir otros antes, pues nada sale de la nada. Cada máquina, por simple que sea, requiere la existencia de otra máquina anterior que la fabricó. De este modo, una fábrica es para mí el resultado de una infinidad de fábricas anteriores, cada

herramienta de una herramienta precedente, quizás cada vez más pequeñas y simples, pero cuyo encadenamiento se remonta hasta los albores de la edad industrial, más allá aún, hasta el Renacimiento, y más lejos todavía, hasta la prehistoria, de modo que encontramos al final de esta pesquisa sólo una herramienta, no creada ni inventada, pero perfecta: la mano del hombre.

Pero este hallazgo de la mano humana en el origen de todo el milagro industrial podía regocijar mi inteligencia pero no aplacaba mi aburrimiento ni mi agobio. Fráncfort era en realidad una urbe demasiado organizada, capitalista y potente para mi gusto ancestral, catoniano, por la naturaleza.

La naturaleza estaba sin embargo en la pensión Hartman y una mañana la descubrí. Me desperté ese día muy temprano y decidí tomar un baño. Para ello tuve que atravesar toda la pensión rumbo a la bañera. Estaba en el lado trasero del edificio que lindaba, supuse yo, con uno de esos patios sombríos, terror de los viajeros, donde languidece algún arbusto en maceta o se sacuden las alfombras. Fue al entreabrir la alta ventana para evitar que el vapor de agua caliente empañara los espejos que descubrí la naturaleza. Llegó a mí como un concierto de instrumentos extremadamente vivos y sutiles. ¿No era del más apartado boscaje que llegaba ese canto? ¿No era el rincón ameno que venía a mí a través de un trino, de un enjambre de trinos? ¿Era la voz de todas las aves del paraíso?

Encaramándome en la bañera me asomé a la ventana y vi un espectáculo radiante: en la mañana temprana, centenares de pájaros en amplias pajareras de alambre saltaban y trinaban. La pensión Hartman tenía un enorme jardín y ese jardín estaba poblado de pajareras. Las enormes pajareras estaban distribuidas a ambos lados de un pasaje por el cual un señor en bata, corpulento y canoso, con una canasta bajo el brazo, andaba repartiendo comida a las aves. Observé el amor con que las interpelaba, las acariciaba con el dedo a través de los alambres y las alimentaba. Era en verdad una escena insólita, irreal, como la cita de un verso eglógico en el balance anual de una compañía de seguros.

Apenas terminé de bañarme me vestí y descendí a la planta baja en busca del jardín encantado. Tuve que recorrer un largo pasillo, empujar varias puertas, atravesar la amplia cocina, el oficio y la despensa para llegar a una terraza interior que comunicaba con el paraje de los trinos.

El hombre en bata me distinguió y quedó plantado en medio del pasaje, con su canasta en la mano, observándome. Bruscamente los pájaros dejaron de cantar.

—¿Qué quiere usted aquí?

—Soy un pensionista.

El hombre avanzó hacia mí colérico y quedó apenas a un palmo de mi nariz, la que examinó como un anatomista, luego mis orejas y la forma de mi cráneo, con una desconfianza que pareció irse disipando.

—¿Usted no es alemán?

—Soy sudamericano.

El hombre volvió a observar mis rasgos y su hosquedad desapareció.

—Muy bien. Soy el señor Hartman, el dueño de la pensión. Le permito entrar aquí por ser extranjero. ¿Le interesan los pájaros?

—Los oí cantar cuando estaba en la bañera. Y me tomé la libertad de bajar.

—Puede mirarlos, si quiere.

La primera pajarera a la que me acerqué era la de los canarios. Había por lo menos un centenar, con un plumaje sedalino, que iba desde el gris azulado hasta el amarillo más luminoso. Apenas distinguieron a Hartman empezaron a saltar en sus columpios y a trinar, despertando ecos en otras pajareras, inaugurando un concierto que pronto alcanzó un *crescendo* irresistible. Hartman intervino con una extraña y penetrante modulación, mitad silbido mitad grito, y el concierto cesó en el acto.

—Me conocen. Son muy disciplinados. ¿Quiere ver los pájaros exóticos?

El pasaje estaba cortado en la mitad por un corredor transversal, poblado también de pajareras. En una de ellas distinguí una paleta movediza de rojos y verdes. Era la jaula de los loros. Hartman me los nombró, me mostró la diferencia entre loros, pericos, cotorras, guacamayos, me explicó el origen y las particularidades de cada uno con una minucia y una ciencia que me pasmó.

—¿Es usted ornitólogo? —pregunté al fin.

El dueño sonrió y con un amplio ademán echó un poco de alpiste a la pajarera.

—Un simple aficionado. Siempre me han gustado los pájaros, así, reunidos en sus jaulas. Son tan obedientes, tan sumisos y al fin de cuentas tan indefensos. Su vida depende enteramente de mí.

A partir de ese día, antes de iniciar mis penosas visitas por las imprentas recogiendo datos para mi amigo, descendí dos o tres veces por semana al jardín para acompañar un rato a Hartman en su recorrido matinal. Como se avecinaba el invierno estaba preparando las pajareras para soportar el frío y la nieve. Encima de cada una de ellas había una lona encerada y plegadiza, que había comenzado a extender.

—Algunas especies son muy frágiles. Sobre todo las que vienen de los países tórridos. Los primeros fríos las quiebran como a una brizna de paja.

Me di cuenta que algunas pajareras tenían hasta un sistema de calefacción a base de radiadores de agua caliente.

—Pero sus pájaros viven como príncipes.

—¿Usted cree? Tal vez, pero como príncipes cautivos.

Como yo lo interrogué sobre un pájaro blanco, zancudo, de alas negras y largo pico que hurgaba la tierra, me dijo:

—Es una de mis joyas. Un ibis, viene de Egipto, le gustan las lombrices.

—Ya sé, de él se habla en el Libro de los Muertos. Me parece que hasta en la cerámica egipcia hay dibujos de este pájaro.

—Pero veo que usted sabe algunas cosas. Si le interesa le mostraré una de estas

tardes mis libros.

Una de esas tardes, en efecto, vino a mi cuarto. Era la hora en que los pensionistas, reunidos en la sala, esperaban la hora de la cena viendo televisión y bebiendo cerveza. Hartman traía un libro debajo del brazo. Sentándose en el borde de mi cama lo abrió y me invitó a que mirásemos juntos las láminas. Era un volumen sobre los colibríes. Hasta la hora en que la mucama tocó la puerta para que bajara al comedor estuvo explicándome las variedades de esa especie.

—Mañana le mostraré otro —dijo.

Vino entonces cotidianamente. Entre nosotros surgió una relación que, más que amistad, tenía que ver con la pedagogía. Tal vez Hartman descubrió en mí ciertas cualidades receptivas o al providencial depositario de su ciencia y de su pasión por los pájaros. Cada día traía un libro diferente y me iniciaba en los misterios de la ornitología. Más que su erudición, pues conocía la anatomía, las costumbres, los caprichos de cada especie, lo que me admiraba era su fervor. Hablar para él de los pájaros era como orar. Yo me sentía algo así como el discípulo medieval recibiendo por vía oral del maestro las llaves del arcano.

Al cabo de unos días, durante los cuales, supongo, dio por terminada mi iniciación, vino a verme sin ningún libro y me dijo que podía ir a su biblioteca. Él mismo me condujo. Quedaba en el tercer piso, al fondo del edificio y era seguramente la pieza más grande de la pensión. Dos o tres mil libros colmaban las estanterías, en las paredes había grabados de aves y en una repisa toda una colección de pájaros disecados.

—Mi vida transcurre entre el jardín y la biblioteca. Aquí no entra nadie. Pero usted puede hacerlo, cuando quiera consultar algún libro. Claro que todos son sobre el mismo tema.

Agradecí su invitación y para satisfacerlo le pedí que me diera una pista para orientarme en ese laberinto.

—Tengo un fichero.

Señalaba un mueble de metal.

Cuando me dirigía al archivador me interpeló.

—Sé que usted es de Sudamérica, pero nunca le he preguntado de qué país. Hay tantos países por allá.

—Del Perú.

—¿Perú? Raro país. No sé casi nada de él. Me intereso poco por la historia. Tendré que consultar un diccionario. Pero conozco sus pájaros. El chaucato, por ejemplo, el huanchaco. Y la tuya, que canta en los altos árboles.

Mientras yo examinaba distraídamente el fichero, Hartman extrajo de un armario un grueso volumen que hojeó con atención.

—Perú, los incas, Pizarro, los virreyes. No se habla mucho de su país aquí, mejor dicho se habla sólo de cosas muy antiguas. A mí me interesan las más recientes. ¿Qué me puede usted decir sobre eso?

—Lo que usted quiera.

Hartman me observó detenidamente. Mirada glacial. Me sentí como un pájaro en su jaula.

—Prefiero averiguarlo.

Luego me dijo que podía escoger un libro y llevármelo a mi cuarto, pues tenía que terminar un artículo para una revista.

Elegí un volumen sobre las calandrias y me fui.

A la mañana siguiente recibí una carta de mi amigo y mecenas de Lima instándome a partir rápidamente para Berlín. Como los encargos que me había dado para Fráncfort los había cumplido poco y mal, decidí remediarlo y pasé esos últimos días sin pensar en Hartman y sus pájaros, en investigaciones increíblemente aburridas.

La víspera de mi partida, antes de ir a comprar mi billete de tren, bajé al jardín para echarle una última mirada a los pájaros y despedirme de Hartman. Estaba de pie, con abrigo y sombrero, en medio del pasaje, ante la jaula de los canarios. Al verme, en lugar de avanzar hacia mí con la mano extendida como otras veces, se dio la vuelta y quedó dándome la espalda. Yo vacilé un momento. Su gesto me pareció destemplado.

—Señor Hartman, he venido a despedirme. Mañana parto a Berlín de madrugada.

—Tenga la bondad de retirarse.

Su orden era tan perentoria, que me dispuse a partir, cuando lo vi voltear la cabeza. Estaba rojo, quizá por el frío aire matinal.

—Así que del Perú, ¿no? ¿No fue el primer país de Sudamérica que le declaró la guerra a Alemania?

Yo había olvidado ese asunto. No sólo me pareció anacrónico sino poco delicado que me lo recordara. Pero como había vuelto a darme la espalda me retiré.

En la noche, al hacer mi equipaje, vi el libro sobre las calandrias que me había prestado. Yo no había tenido tiempo ni de hojearlo y desde el primer día había quedado abandonado en mi mesa de noche. Cogiéndolo me dirigí hacia la biblioteca. Toqué la puerta y como no me respondían la abrí. La pieza estaba vacía. Seguramente Hartman había bajado a comer en la cocina. Acercándome a su escritorio coloqué el libro encima. Vi entonces sobre el secante verde una Historia de la Segunda Guerra Mundial, entre cuyas páginas cerradas sobresalía la punta de un cartón satinado. Por curiosidad abrí el libro y se deslizó la fotografía de un oficial en uniforme, fornido, sonriente, que armado de un fusil montaba guardia delante de una alambrada, que muy bien podía corresponder a una pajarera gigante. Volteando la foto para mirar el reverso leí: Hans Hartman, 1942, Auschwitz.

Desde el jardín llegó el canto penetrante de un tordo. Asomándome a la ventana vi al carcelero, inclinado en el anochecer ante una jaula, dialogando amorosamente con uno de sus cautivos.

(París, 1971)

Nada que hacer, monsieur Baruch

El cartero continuaba echando por debajo de la puerta una publicidad a la que monsieur Baruch permanecía completamente insensible. En los últimos tres días había deslizado un folleto de la Sociedad de Galvanoterapia en cuya primera página se veía la fotografía de un hombre con cara de cretino bajo el rótulo «Gracias al método del doctor Klein ahora soy un hombre feliz»; había también un prospecto del detergente Ayax proponiendo un descuento de cinco centavos por el paquete familiar que se comprara en los próximos diez días; se veía por último programas ilustrados que ofrecían las memorias de sir Winston Churchill pagaderas en catorce mensualidades, un equipo completo de carpintería doméstica cuya pieza maestra era un berbiquí eléctrico y finalmente un volante de colores particularmente vivos sobre «El arte de escribir y redactar», que el cartero lanzó con tal pericia que estuvo a punto de caer en la propia mano de monsieur Baruch. Pero éste, a pesar de encontrarse muy cerca de la puerta y con los ojos puestos en ella, no podía interesarse por esos asuntos, pues desde hacía tres días estaba muerto.

Hacía tres días justamente monsieur Baruch se había despertado en la mitad de la tarde, después de una noche de insomnio total en la cual había tratado de recordar sucesivamente todas las camas en las que había dormido en los últimos veinte años y todas las canciones que estuvieron de moda en su juventud. Lo primero que hizo al levantarse fue dirigirse al lavatorio de la cocina, para comprobar que seguía obstruido y que, como en los días anteriores, le sería necesario, para lavarse, llenar el agua en una cacerola y enjuagarse sólo los dedos y la punta de la nariz.

Luego, sin darse el trabajo de quitarse el pijama, se abocó por rutina a un problema que lo había ocupado desde que Simón le cedió esa casa, hacía un año, y que nunca había logrado resolver: ¿cuál de las piezas de ese departamento sería la sala-comedor y cuál la dormitorio-escritorio? Desde su llegada a esa casa había barajado el pro y el contra de una eventual decisión y cada día surgían nuevas objeciones que le impedían ponerla en práctica. Su perplejidad venía del hecho que ambas habitaciones eran absolutamente simétricas con relación a la puerta de calle —que daba sobre un minúsculo vestíbulo donde sólo cabía una percha— ya que ambas estaban amobladas en forma similar: en ambas había un sofá-cama, una mesa, un armario, dos sillas y una chimenea condenada. La diferencia residía en que la habitación de la derecha comunicaba con la cocina y la de la izquierda con el *water-*

closet. Hacer su dormitorio a la derecha significaba poner fuera de su alcance inmediatamente el excusado, adonde un viejo desfallecimiento de su vejiga lo conducía con inusitada frecuencia; hacerlo a la izquierda implicaba alejarse de la cocina y de sus tazas de café nocturnas, que se habían convertido para él en una necesidad de orden casi espiritual.

Por todo ello es que monsieur Baruch, desde que llegó a esa casa, había dormido alternativamente en una u otra habitación y comía en una u otra mesa, según las soluciones sucesivas y siempre provisionales que le iba dando a su dilema. Y esta especie de nomadismo que ponía en práctica en su propia casa le había producido un sentimiento paradójico: por un lado le daba la impresión de vivir en una casa más grande, pues podía concluir que tenía dos salas-comedor y dos dormitorios-escritorio, pero al mismo tiempo se daba cuenta que la similitud de ambas piezas reducía en realidad su casa, ya que se trataba de una duplicación inútil del espacio, como la que podía provenir de un espejo, pues en la segunda habitación no podía encontrar nada que no hubiera en la primera y tratar de adicionarlas era una superchería, como la de quien al hacer el recuento de los títulos de su biblioteca pretende consignar en la lista dos ediciones exactas del mismo libro.

Ese día monsieur Baruch tampoco pudo resolver el problema y dejándolo en suspenso una vez más regresó a la cocina para preparar su desayuno. Con su taza de café humeante en una mano y una tostada seca en la otra se instaló en la mesa más cercana, dio cuenta meticulosamente de su frugal alimento y luego se trasladó a la mesa de la habitación contigua, donde lo esperaba una carpeta con papel de carta. Cogiendo una hoja escribió unas breves líneas, que metió en un sobre. Encima de éste anotó: Madame Renée Baruch, 17 Rue de la Joie, Lyon. Y más abajo, con un bolígrafo de tinta roja, añadió: personal y urgente.

Dejando el sobre en un lugar visible de la mesa monsieur Baruch prospectó mentalmente el resto de su jornada y aisló dos hechos que de costumbre realizaba antes de enfrentarse una vez más a la noche: comprarse un periódico y prepararse otro café con su tostada seca. Mientras esperaba que anocheciera vagó de una habitación a otra, mirando por sus respectivas ventanas. La de la derecha daba al corredor de una fábrica donde nunca supo qué fabricaban, pero que debía ser un lugar de penitencia, pues sólo la frecuentaban obreros negros, argelinos e ibéricos. La de la izquierda daba al techo de un garaje, detrás del cual, haciendo un esfuerzo, podía avistarse un pedazo de calle, por donde los automóviles pasaban interminablemente con sus faros ya encendidos. Pasó también un carro de bomberos haciendo sonar su sirena. Alguna casa ardía a la distancia.

Monsieur Baruch prolongó su paseo más de lo habitual, convenciéndose ya que debía renunciar al periódico. Aparte de las ofertas de trabajo, nunca los terminaba de leer, no entendía lo que decían: ¿qué querían los vietnamitas?, ¿quién era ese señor Lacerda?, ¿qué cosa era una ordenadora electrónica?, ¿dónde quedaba Karachi? Y en este paseo, mientras anochecía, volvió a sentir ese pequeño ruido en el interior de su

cráneo, que no provenía, como lo había descubierto, del televisor de madame Pichot ni del calentador de agua del señor Belmonte ni de la máquina en la cual el señor Ribeyro escribía en los altos: era un ruido semejante al de un vagón que se desengancha del convoy de un tren estacionado e inicia por su propia cuenta un viaje imprevisto.

En el departamento ahora oscuro se mantuvo un momento al lado del conmutador de la luz, interrogándose. ¿Y si salía a dar una vuelta? Ese barrio apenas lo conocía. Desde su llegada había estudiado el itinerario más corto para llegar a la panadería, a la estación del metro y a la tienda de comestibles y se había ceñido a él escrupulosamente. Sólo una vez osó apartarse de su ruta para caer en una plaza horrible que, según comprobó, se llamaba la plaza de la Reunión, circunferencia de tierra, con árboles sucios, bancas rotas, perros libertinos, ancianos tullidos, rondas de argelinos sin trabajo y casas, santo Dios, casas chancrosas, sin alegría ni indulgencia, que se miraban aterradas, como si de pronto fueran a dar un grito y desaparecer en una explosión de vergüenza.

Descartado también el paseo, monsieur Baruch encendió la luz de la habitación donde había dejado la carta, comprobó que seguía en su lugar y atravesando la siguiente habitación a oscuras entró en la cocina. En cinco minutos se afeitó con esmero, se puso un terno limpio y regresó ante el espejo del lavatorio para observarse el rostro. No había en él nada diferente de lo habitual. El largo régimen de café y tostadas había hundido sus carrillos, es verdad, y su nariz, que él siempre consideró con cierta conmiseración debido a su tendencia a encorvarse con los años, le pendía ahora entre las mejillas como una bandera arriada en señal de dimisión. Pero sus ojos tenían la expresión de siempre, la del pavor que le producía el tráfico, las corrientes de aire, los cinemas, las mujeres hermosas, los asilos, los animales con casco, las noches sin compañía y que lo hacía sobresaltarse y protegerse el corazón con la mano cuando un desconocido lo interpelaba en la calle para preguntarle la hora.

Debía ser el momento del film de sobremesa, pues del televisor vecino llegó una voz varonil, que podía ser muy bien la de Jean Gabin en comisario de policía hablando en argot con un cigarrillo en la boca, pero monsieur Baruch, indiferente a la emoción que seguramente embargaba a madame Pichot, se limitó a enjuagar su máquina de afeitar, extraer la hoja y apagar la luz. Vestido se introdujo en la ducha, que quedaba dentro de una caseta metálica; en un rincón de la cocina y abriendo el caño dejó que el agua fría le fuera humedeciendo la cabeza, el cuello, el terno. Aferrando bien la hoja de afeitar entre el índice y el pulgar de la mano derecha levantó la mandíbula y se efectuó una incisión corta pero profunda en la garganta. Sintió un dolor menos vivo del que había supuesto y estuvo tentado de repetir la operación. Pero finalmente optó por sentarse en la ducha con las piernas cruzadas y se puso a esperar. Su ropa ya empapada lo hizo tiritar, por lo cual levantó el brazo para cerrar el caño. Cuando las últimas gotas dejaron de caer sobre su cabeza experimentó en el pecho una sensación de tibieza y casi de bienestar, que le hizo

recordar las mañanas de sol en Marsella, cuando iba por los bares del puerto ofreciendo sin mucha fortuna corbatas a los marineros o aquellas otras mañanas genovesas, cuando ayudaba a despachar a Simón en su tienda de géneros. Y luego sus proyectos de viaje a Lituania, donde le dijeron que había nacido y a Israel, donde debía tener parientes cercanos, que él imaginaba numerosos, dibujando en sus rostros en blanco su propio rostro.

Un nuevo carro de bomberos pasó a la distancia haciendo sonar su sirena y entonces se dijo que era absurdo estar metido en esa caseta oscura y mojada, como quien purga una falta o se oculta de una mala acción (¿pero toda su vida acaso no había sido una mala acción?), y que mejor era extenderse en el sofá de cualquiera de las habitaciones y fundar con ese gesto una nueva pieza en su casa, la capilla mortuoria, pieza que desde que llegó sabía que existía potencialmente, asechándolo, en ese espacio simétrico.

No tuvo ninguna dificultad en ponerse de pie y salir de la ducha. Pero cuando estaba a punto de abandonar la cocina sintió una arcada que lo dobló y empezó a vomitar con tal violencia que perdió el equilibrio. Antes de que pudiera apoyarse en la pared se encontró tendido en el suelo bajo el dintel de la puerta, con las piernas en la cocina y el tronco en la habitación contigua. En la siguiente habitación la luz había quedado encendida y desde su posición de cúbito ventral monsieur Baruch podía ver la mesa y en su borde el lomo de la carpeta con papel de carta.

Mentalmente se exploró el cuerpo, a la caza de algún dolor, de alguna fractura, de algún deterioro grave que revelara que su máquina humana estaba definitivamente fuera de uso. Pero no sentía ningún malestar. Lo único que sabía es que le era imposible ponerse de pie y que si algo en fin había sucedido era que en adelante debía renunciar a llevar una vida vertical y contentarse con la existencia lenta de las lombrices y sus quehaceres chatos, sin relieve, su penar al ras del suelo, del polvo de donde había surgido.

Inició entonces un largo viaje a través del piso sembrado de prospectos y periódicos viejos. Los brazos le pesaban y en su intento de avanzar comenzó a utilizar la mandíbula, los hombros, a quebrar la cintura, las rodillas, a raspar el suelo con la punta de sus zapatos. Se contuvo un rato tratando de recordar dónde había dejado esa larga venda con la que en invierno se envolvía la cintura para combatir sus dolores de ciática. Si la había dejado en el armario de la primera pieza sólo tendría que avanzar cuatro metros para llegar a él. De otro modo, su viaje se volvería tan improbable como el retorno a Lituania o el periplo al reino de Sión.

Mientras memorizaba y se debatía contra la sensación de que el aire se había convertido en algo agrio e irrespirable y reproducía los actos de sus últimas semanas y recreaba los objetos que guardaba en todos los cajones de la casa, monsieur Baruch sintió una vez más la sirena de los bomberos, pero acompañada esta vez por el traqueteo del vagón que se desengancha y acelerando progresivamente se lanza desbocado por la campiña rasa, sin horario ni destino, cruzando sin ver las estaciones

de provincia, los bellos parajes marcados con una cruz en las cartas de turismo, desapegado, ebrio, sin otra conciencia que su propia celeridad y su condición de algo roto, segregado, condenado a no terminar más que en una vía perdida, donde no lo esperaba otra cosa que el enmohecimiento y el olvido.

Tal vez sus párpados cayeron o el globo de sus ojos abiertos se inundó con una sustancia opaca, porque dejó de ver su casa, sus armarios y sus mesas para ver nítidamente, esta vez sí, inesperadamente, a la luz de un proyector interior, maravillosamente, las camas en las que había dormido en los últimos veinte años, incluyendo la última doble de la tienda del Marais, donde Renée se apelotonaba a un lado y no permitía que pasara de una línea geométrica e ideal que la partía por la mitad. Camas de hoteles, pensiones, albergues, siempre estrechas, impersonales, ásperas, ingratas, que se sucedían rigurosamente en el tiempo, sin que faltara una sola, y se sumaban en el espacio formando un tren nocturno e infernal, sobre el que había reptado como ahora, durante noches sin fin, solo, buscando un refugio a su pavor. Pero lo que no pudo percibir fueron las canciones, aparte de un croar sin concierto, como de decenas de estaciones de radio cruzadas, que pugnaban por acallarse unas a otras y que sólo lograban hacer descollar palabras sueltas, tal vez títulos de aires de moda, como traición, infidelidad, perfidia, soledad, cualquiera, angustia, venganza, verano, palabras sin melodía, que caían secamente como fichas en su oído y se acumulaban proponiendo tal vez una charada o constituyendo el registro escueto, capitular, de una pasión mediocre, sin dejar por ello de ser catastrófica, como la que consignan los diarios en su página policial.

El bordoneo cesó bruscamente y monsieur Baruch se dio cuenta que veía otra vez, veía la lámpara inaccesible en la habitación contigua y bajo la lámpara la carpeta de cartas inaccesible. Y ese silencio en el que flotaban ahora los objetos familiares era peor que la ceguera. Si al menos empezara a llover sobre la calamina reseca o si madame Pichot elevara el volumen de su televisor o si al señor Belmonte se le ocurriera darse un baño tardío, algún ruido, por leve o estridente que fuere, lo rescataría de ese mundo de cosas presentes y silenciosas, que privadas del sonido parecían huecas, engañadoras, distribuidas con artificio por algún astuto escenógrafo para hacerle creer que seguía en el reino de los vivos.

Pero no oía nada y ni siquiera lograba recordar en qué rincón de la casa había podido dejar la venda de la ciática y lo más que podía era progresar en su viaje, sin mucha fe además, pues los periódicos se arrugaban ante su esfuerzo, formaban ondulaciones y accidentes que él se sentía incapaz de franquear. Aguzando la vista leyó un gran titular «Sheila acusa» y más abajo, con letras más discretas, «Lord Chalfont asegura que la libra esterlina no bajará» y al lado un recuadro que anunciaba «Un tifón barre el norte de Filipinas» y luego, con letras casi imperceptibles —y qué tenacidad ponía en descifrarlas— «Monsieur y madame Lescène se complacen en anunciar el nacimiento de su nieto Luc-Emmanuel». Y después volvió a sentir el calor, la agradable brisa en su pecho y al instante escuchó la voz de Bernard

diciéndole a Renée que si no le aumentaban de sueldo se iría de la tienda del Marais y la de Renée que decía que ese muchacho merecía un aumento y su propia voz recomendando esperar aún un tiempo y el crujido de las escaleras la primera vez que descendió en puntillas para espiar cómo conversaban y bromeaban detrás del mostrador, entre carteras, paraguas y guantes y un rasguido que no podía ser otro que el del mensaje que dejó Renée antes de su fuga, escrito en un papel de cuaderno y que él hizo añicos después de leerlo varias veces, pensando idiotamente que rompiendo la prueba destruiría lo probado.

Las voces y los ruidos se alejaron o monsieur Baruch renunció a sintonizarlos, pues al girar el globo del ojo efectuó una comprobación que lo obligó a cambiar en el acto todos sus proyectos: más cerca que los armarios de ambas habitaciones y de su venda improbable estaba la puerta de calle. Por su ranura inferior veía la luz del descanso de la escalera. Empezó entonces a girar sobre su vientre, con una dificultad extrema, pues le era necesario modificar toda la orientación de su itinerario inicial y mientras trataba de hacerlo la luz del descanso se encendió y se apagó varias veces, al par que sonaban pasos en las escaleras, pero probablemente en redondo o en los pisos más bajos o en el sótano, pues nunca, nunca terminaban de acercarse.

Con el esfuerzo que hizo por cambiar de rumbo, su cabeza dejó de apoyarse en la mandíbula y cayó pesadamente hacia un lado quedando reclinada sobre una oreja. Las paredes y el techo giraban ahora, la chimenea pasó varias veces delante de sus ojos, seguida por el armario, el sofá y los otros muebles y a la zaga una lámpara y estos objetos se perseguían unos a otros, en una ronda cada vez más desaforada. Monsieur Baruch apeló entonces a un último recurso, tenido hasta ese momento en reserva y quiso gritar, pero en ese desorden, ¿quién le garantizaba dónde estaba su boca, su lengua, su garganta? Todo estaba disperso y las relaciones que guardaba con su cuerpo se habían vuelto tan vagas que no sabía realmente qué forma tenía, cuál era su extensión, cuántas sus extremidades. Pero ya el torbellino había cesado y lo que veía ahora, fijo ante sus ojos, era un pedazo de periódico donde leyó «Monsieur y madame Lescène se complacen en anunciar el nacimiento de su nieto Luc-Emmanuel».

Entonces abandonó todo esfuerzo y se abandonó sobre los diarios polvorientos. Apenas sentía la presencia de su cuerpo flotando en un espacio acuoso o inmerso en el fondo de una cisterna. Nadaba ahora con agilidad en un mar de vinagre. No, no era un mar de vinagre, era una laguna encalmada. Trinaba un pájaro en un árbol coposo. Discurría el agua por la verde quebrada. Nacía la luna en el cielo diáfano. Pacía el ganado en la fértil pradera. Por algún extraño recodo había llegado al paisaje ameno de los clásicos, donde todo era música, orden, levedad, razón, armonía. Todo se volvía además explicable. Ahora comprendía, sin ningún raciocinio, apodícticamente, que debía haber hecho el dormitorio en el lugar donde dejó la venda o haber dejado la venda en el lugar que iba a ser el dormitorio y haber echado a Bernard de la tienda y denunciado a Renée por haber huido con la plata y haberla perseguido hasta Lyon

rogándole de rodillas que volviera y haberle dicho a Renée de partir sin que Bernard lo supiera y haberse matado la noche misma de su fuga para no sufrir un año entero y haber pagado un asesino para que acuchillara a Bernard o a Renée o a los dos o a él mismo en las gradas de una sinagoga y haberse ido a Lituania dejando a Renée en la indigencia y haberse casado en su juventud con la empleada de la pensión de Marsella a la que le faltaba un seno y haber guardado la plata en el banco en lugar de tenerla en la casa y haber hecho el dormitorio donde estaba tendido y no haber ido a la primera cita que le dio Renée, en el Café des Sports y haberse embarcado en ese mercante rumbo a Buenos Aires y haberse dejado alguna vez un espeso bigote y haber guardado la venda en el armario más cercano para poder ahora que se moría, lejos ya del rincón ameno, caído más bien en un barranco inmundo, tentar una curación *in extremis*, darse un plazo, durar, romper la carta anunciadora, escribirla la mañana siguiente o el año siguiente y seguirse paseando aún por esa casa, sesentón, cansado, sin oficio ni arte ni destreza, sin Renée ni negocio, mirando la fábrica enigmática o los techos del garaje o escuchando cómo bajaba el agua por las tuberías de los altos o madame Pichot encendía su televisor.

Y todo era además posible. Monsieur Baruch se puso de pie, pero en realidad seguía tendido. Gritó, pero sólo mostró los dientes. Levantó un brazo, pero sólo consiguió abrir la mano. Por eso es que a los tres días, cuando los guardias derribaron la puerta, lo encontramos extendido, mirándonos, y a no ser por el charco negro y las moscas hubiéramos pensado que representaba una pantomima y que nos aguardaba allí por el suelo, con el brazo estirado, anticipándose a nuestro saludo.

(París, 1967)

Los españoles

He vivido en cuartos grandes y pequeños, lujosos y miserables, pero si he buscado siempre algo en una habitación, algo más importante que una buena cama o que un sillón confortable, ha sido una ventana a la calle. El más sórdido reducto me pareció llevadero si tenía una ventana por donde mirar a la calle. La ventana, en muchísimos casos, reemplazó para mí al amigo lejano, a la novia perdida, al libro cambiado por un plato de lentejas. A través de las ventanas llegué al corazón de los hombres y pude comprender las consejas de la ciudad.

Sin embargo, estaría tan pobre en aquel verano español que acepté un cuarto que no tenía ventana a la calle: la ventana daba a un patio de vecindad. Estos patios siempre los he detestado, porque mirarlos es como ver un edificio en ropa interior. Estos patios de vecindad son un cajón helado y mustio en invierno, tórrido y bullanguero en verano, perforado de tragaluces, de forados, de postigos, de ventanas detrás de las cuales circulan viejas que cocinan u hombres en tirantes, con cordeles de ropa tendida, alféizares que sirven de repostero o de jardinera y muchos gatos al fondo que se alborotan cuando lanzamos un salivazo. No hay misterio en estos patios, todo es demasiado evidente y basta echarles una ojeada para apercibirnos de inmediato de toda la desnudez del colmenar madrileño.

Por esta razón pasé unos días deprimido en este cuarto sin cerrojo —la puerta la trancaba con una silla—, mirando la palangana donde todas las mañanas vertía el agua dormida, mirando el balde de las inmundicias y el ropero con la luna rajada donde guardaba el único traje que se libró del empeño. A veces leía o trataba de escribir. Por las noches iba en busca de algún amigo con quien jugar al ajedrez o a quien convencer que debía invitarme un bocadillo con su respectivo vaso de vino. Con los pensionistas de la casa no tenía contacto ni quería tenerlo —oh, ellos comían tan bien en la larga mesa— por el temor de que se apiadaran de mí. Tan sólo veía a la patrona regularmente para decirle, con mucha seriedad, que esperaba una carta con dinero y que, por lo tanto, podía adelantarme cinco *duros*. Verdes *duros* que se hacían humo en la boca de un empedernido fumador.

Así fue pasando el verano hasta que al fin, espoleado por el aburrimiento, decidí asomarme al patio de vecindad. Lo hacía por las noches, cuando amainaba el calor y triunfaban los aires del Guadarrama. Miraba entonces las ventanas, con un poco de lástima, viendo cómo primero aquí, luego allá, se apagaba una luz, se desvanecía una

tonada, hasta que todo quedaba oscuro y silencioso, mientras arriba, en el cielo azul, rodaban las estrellas.

No sé cuándo fue, pero lo cierto es que una noche, absorto en mi contemplación, me di cuenta que no estaba solo: por la ventana de la derecha asomaba otra persona. Asomaba solamente el extremo de un perfil convulsivo. Al mirar con insistencia, el perfil se alarmó. Era una mujer joven que al verme desapareció tirando los postigos.

Al cabo de unos días volví a verla. Mi presencia parecía incomodarla, pues cada vez que me distinguía cerraba la ventana o retiraba el torso, dejando abandonadas en el alféizar un par de manos pensativas. Yo miraba esas manos con pasión, diciéndome que para un buen observador toda la historia de una persona está contenida en su dedo meñique. Pero, a fuerza de examinarlo, sólo deduje que se trataba de una persona lánguida, esbelta, espiritual y desgraciada.

A tal punto me intrigaron estas manos que yo, especie de araña ocupada en tejer sobre el papel mi vana mantelería, me aventuré a recorrer durante el día los pasillos de la pensión. Me topé con tres mujeres de vida alegre, con un vejete en saco de pijama, con un curita estudiante, con un militar y, más de lo deseable, con la patrona de los *duros*. Pero de la muchacha del perfil convulsivo no pude ver ni las trazas.

Pronto, sin embargo, un acontecimiento social de la más alta importancia me permitió conocerla. Fue con motivo del aniversario de la patrona. Desde temprano noté gran ajetreo en la casa y poco antes del mediodía, doña Candelas vino en persona a mi cuarto:

—Está invitado a comer. Hoy es mi cumpleaños.

Cuando más tarde ingresé al comedor con mi regalo —una botella de Marqués de Riscal comprada al crédito en los bajos— estaban los pensionistas reunidos en pleno. De inmediato reconocí a mi vecina: vestía un descolorido traje color mostaza y, aparte de sus ojos celestes, tenía esa palidez que sólo producen la castidad, la pobreza y las pensiones españolas.

Después de las primeras manzanillas, la tensión se relajó. El curita le decía a una de las mujeres de vida alegre: «Para ganar las oposiciones hay que tener buenos enchufes». La mujer de vida alegre le decía al vejete en saco de pijama: «Yo me lavo todas las mañanas la cabeza con limón». El vejete en saco de pijama le decía al militar: «Sin duda el generalísimo es un hombre providencial». El militar le decía a doña Candelas: «En el Pasapoga la consumición vale cuarenta pesetas». Doña Candelas le decía al curita: «Prefiero las gambas a la gabardina».

La conversación rondaba, pero en su larga cadena había dos eslabones rotos: Angustias y yo. Nos mirábamos desde lejos y apenas abríamos la boca. Solamente durante la paella fui invitado a contar algo de mi país —de «Las Indias», como seguía llamándolo el militar— y dije tres o cuatro disparates que regocijaron al auditorio. Cuando hablé del ají, el vejete en saco de pijama me interrumpió con suficiencia:

—Ya lo sabemos, el ají no es otra cosa que una guindilla exaltada.

Eso fue todo. Pero en la noche, cuando asomé a la ventana, Angustias estaba allí, con su traje color mostaza y esta vez no se escondió. Miramos juntos el cielo y empezamos una vaga conversación acerca de las constelaciones. Me habló luego de Salamanca, de su plaza dorada, de su catedral románica, del Tormes, donde croan las ranas al anochecer, y de los estudiantes que dan serenatas en capa negra y vihuela. Cuando me fui a acostar tenía entre mis manos algunos hilos de su destino: supe que el vejete en saco de pijama era su padre, que ambos vivían en la misma habitación, que casi nunca salía a la calle y que, como lo leyera en su meñique, era esbelta, lánguida, espiritual y desgraciada.

Desde entonces la vi con cierta frecuencia, siempre en la ventana, hacia el atardecer. Ella abandonó cada vez más su reserva y terminó contándome los avatares de su pobreza. Al escucharla, yo me decía que cómo era posible que esa flor salmantina, que en otras tierras hubiera despertado la codicia y el pleito, tuviera que malograr sus veinte años de senos blancos, de vientre blanco y castaño, en una sucia pensión de Lavapiés. Pero me sentía incapaz de hacer algo por ella porque, aparte de fumar al crédito y de comer bocadillos de regalo, no me inspiraba Angustias, a causa de su extremada fragilidad, más que una pasión protectoral. Además, Dolli, la menor de las mujeres de vida alegre, había cambiado conmigo algunas miradas calinas que presagiaban una aventura prosaica pero sin complicaciones. Varias veces, durante mis insomnios, la vi al amanecer llegar de la calle y colgar en el cordel del patio, tristemente, su braga lavada, prenda de tantas batallas.

No obstante seguí conversando con Angustias en ese verano que se iba, hablándole de Madrid, de sus esplendores, pero también de las cuevas de Ventosa, por ejemplo, donde la gente, para entrar, tenía que humillarse hasta la condición del topo. Quería distraerla, al menos, darle un poco de vuelo a su imaginación encadenada al dedal, a la cacerola, a los cuatro muros de la impotencia. Deseaba convertirme para ella en un espectáculo. ¡Pero, he allí!, ¡yo no era para ella otra cosa que un espectáculo!

Por fin Angustias se enamoró, no de mí naturalmente, sino de un joven que la cortejaba cuando iba de compras a la tienda de ultramarinos. Varias veces me habló de él, de sus galanteos y sus invitaciones. Yo acogí estas confidencias con ese remanente de celos genéricos que tienen todos los hombres pero luego me di cuenta que la salud de Angustias dependía de este providencial amor. Espié con disimulo al tipo y descubrí con placer que era uno de esos españoles honestos, un poco tozudos, pero seguros de sí mismos, capaces de cualquier proeza por conquistar y proteger a su hembra. Mozo duro, de una sola mujer y que visaba, por falta de imaginación, el

matrimonio. Alenté a Angustias en sus amores y gracias a ello hubo un paseo otoñal al Parque del Retiro, con viaje en bote y llovizna y dos o tres cines donde las manos pensativas conocieron por primera vez las manos del bruto enamorado. Pero a poco de iniciado el romance se abrió el paréntesis de mi súbita fortuna y abandoné por un tiempo mi ventana y sus historias.

Una mañana recibí la carta conteniendo el esperado giro. Es necesario conocer los más humillantes límites de la privación para saber lo que significa tener, de pronto, quince mil pesetas en la mano: no hay prudencia ni providencia que valgan. Lo primero que hice fue ordenar la confección de cuatro trajes en la mejor sastrería de la Gran Vía. Luego me forré de tabaco rubio y de buena manzanilla. Después desmantelé una librería con toda la avidez de mis lecturas atrasadas. Por último, pagadas mis deudas apremiantes, me quedaron aún algunos duros sobre los cuales mi virilidad reclamó sus más legítimos derechos.

Entenderme con Dolli, la chica de vida alegre, dentro de la pensión, era imposible, pues, gracias a convenciones muy españolas, yo no podía hablar con ella en ese recinto más que de temas castos, en los cuales pudieran terciar el curita, el militar o la patrona. Pero me bastó descender a la tasca de los bajos y llamarla por teléfono para que la cita quedara concertada.

Nos encontramos en el paseo de la Castellana, en esas mesitas aireadas que aún retenían los días cálidos del otoño. Tomamos el delicioso jerez y fuimos a bailar al Casablanca. Fue una noche encantadora que terminó como debía de terminar: en un amueblado de la calle San Marcos. A la semana de salir juntos yo no tenía una *perra gorda* y cuando ella se dio cuenta que me pagaba con demasiada frecuencia los desayunos, me dijo con la mayor franqueza:

—Majo, creo que debemos terminar. Yo tengo que vivir, ¿no es verdad?

Era verdad. No me quedó más remedio que recluirme en mi cuarto, fumar las colillas de mis cigarros, las colillas de mis recuerdos, escribir, soñar, y asomarme, cuando me aburría, a la ventana.

Angustias estaba allí. Yo que esperaba encontrarme con un rostro dichoso, vi sólo la carátula de la desgracia. Su perfil, más convulsivo que nunca, me habló desdeñosamente de los placeres vanos de la vida y matizó hasta el infinito el tema de la renunciación. Todo esto me lo decía, claro está, jugando con las hilachas que pendían de las mangas relavadas de su traje color mostaza.

Me enteré, entonces, que había reñido con su galán a propósito de una invitación a bailar en la Parrilla del Rex. Dentro de los usos y costumbres de los enamorados madrileños ir a bailar a la Parrilla del Rex es la consagración solemne de una frecuentación dudosa. Un romance no puede prosperar si no se cumple ese rito. Tres veces la había invitado y tres veces ella había rehusado. Él había insistido una cuarta vez para el sábado siguiente, amenazándola con la ruptura si no acudía a la cita.

—No voy porque no sé bailar —me previno Angustias.

La razón no me pareció suficiente y no lo era pues ella misma me confesó más tarde que no iba porque no tenía vestido. Uno no se imagina todo lo que significa un vestido en la vida de una mujer. Esa tarde, al pasear por la Gran Vía, observé a las mujeres y a sus vestidos y me di cuenta cómo cada cual tenía el alma de su vestido y comprendí que, a menudo, la alegría de las mujeres depende del precio de una tela y que es posible entrar a una tienda y comprar el gozo por metros y la dicha en una caja de cartón.

Conforme llegaba el sábado vi cómo Angustias, metida en su traje color mostaza, se marchitaba vertiginosamente. Ninguna de mis palabras era capaz de consolarla. Yo comenzaba a encontrar ridículo a su padre, con su saco de pijama, su «generalísimo providencial» y su vagabundeo por Madrid vendiendo lápices y ceniceros. Me provocaba zarandearlo y decirle: «Cómprele un vestido a su hija». Pero el pobre fumaba el espantoso *caldo de gallina* y no conocía otro placer que su dominó semanal jugado con otros saldos igualmente respetables de la triste sociedad española.

Cuando llegó el sábado, yo me encontraba tan apesadumbrado como Angustias. Con el objeto de distraerme fui al cuarto de Dolli para gozar un rato de su alegre cháchara. Después de nuestra aventura, visitaba con frecuencia ese cuarto grande y oloroso que compartían las tres mujeres de vida alegre. Dolli y Encarnita, que no tenían demasiadas pretensiones, dormían en dos camas gemelas y pulcras, como dos hermanitas de caridad. Pero Paloma, que sólo recolectaba sus pesetas en los cabarets elegantes, había creado en un rincón del aposento, valiéndose de un biombo, un mundo aparte donde se veían cortinas, espejos y otros signos de una opulencia bastante discutible. Como ellas no se levantaban hasta la una, era fácil encontrarlas allí por las mañanas, laxas y palidecidas después de sus últimos amores oficiosos. Yo me tendía a los pies de la cama de Dolli y mirando el cielo raso conversaba con ella y conversaba con todas. Cuando Paloma estaba de buen humor, se levantaba cantando, me mandaba a comprar cerveza y achispada por ese desayuno recitaba versos de García Lorca.

Esa mañana Paloma estaba en bata, arreglando su guardarropa. Había tendido sobre la cama, en las sillas, sobre el biombo, sus innumerables vestidos. Los cogía, los examinaba, los olía, los volvía a dejar (como hacía yo a veces con mi veintena de libros). Al verme, quizás por ostentación, desplegó con mayor energía toda la ofensiva de su ropero. Entre tantas pieles, sedas y plumas, recordé por contraste a Angustias y me sentí deprimido por ese esplendor.

—¡Qué cara tienes! —exclamó Dolli—. ¡Parece que hubieras recibido un tortazo!

No pude contenerme y les referí las tribulaciones de Angustias.

—Es una chica pobre, pero honrada —suspiró Encarnita.

Pero Paloma lo tomó a broma:

—Si hiciera como nosotras no tendría de qué quejarse.

Me retiré desalentado. A la una pedí mi desayuno y me eché a dormir la siesta. Dormí mucho rato pues cuando desperté atardecía. Alguien tocaba la puerta. Paloma y Dolli entraron.

—¡Pobre chica! —dijo Dolli—. No ha querido comer y se ha pasado toda la tarde encerrada en su cuarto.

Al principio no supe de quién hablaba.

—Encarnita dice que le puede prestar un par de zapatos —intervino Paloma—. Yo le puedo dar un traje y algunas joyas. ¿Habías dicho que a las siete la espera su novio?

—¡Dense prisa! —exclamé, bajando de la cama—. Tienen menos de una hora para convencerla y para que se vista.

Mientras Dolli y Paloma llamaban al cuarto de Angustias, me dirigí a la cocina. En el corredor me interceptó el militar. La noticia parecía haberse infiltrado por todos los vericuetos de la pensión.

—¿Sabe la nueva? —me preguntó—. ¡Por un vestido no puede ir a la fiesta! Si yo usara faldas ya se las hubiera prestado.

El curita corría excitado por los pasillos de la casa.

—Ya entraron al cuarto de Angustias —dijo—. Las acabo de ver. Iré a escuchar qué cosa dicen.

Doña Candelas salió al paso:

—¡Y su padre jugando al dominó! Y encima me debe tres meses de pensión.

El curita reapareció:

—¡Ya la están convenciendo!

—Si no quiere, procederemos *manu militari* —aconsejó el oficial—. Daré la orden de cargar y entre todos la dejamos en bragas y le embutimos un traje de Paloma.

Al poco rato vimos pasar a Paloma y a Dolli. Ambas nos hicieron un guiño. Angustias las seguía, gimoteando sobre la manga de su traje.

Cuando a la media hora Encarnita vino a decirnos que «ya estaba lista», nosotros nos lanzamos por el pasillo, penetramos en la olorosa cámara y comprobamos que nuestra pobre pensión de Lavapiés había sido visitada por una reina. Angustias estaba delante del espejo, peinada, enjoyada, contemplándose sin reposo, incrédula aún, lagrimosa aún, pero irradiando un brutal resplandor de felicidad. Paloma le terminaba de acomodar la basta mientras Dolli le abrochaba el collar y Encarnita le alcanzaba los guantes. Cuando los arreglos terminaron, Angustias se dirigió hacia la puerta de calle, seguida por todos nosotros. Pero apenas puso la mano en la perilla se volvió bruscamente:

—¡Que no voy!

—¡Pero estás loca! —intervino doña Candelas.

—¡Que no voy! —repitió Angustias, llevándose las manos a las sienes.
Todos, hablando al mismo tiempo, tratamos de convencerla.
—¡Que no voy, que no voy, que no voy, que no voy!…
Y por orgullo, así su renuncia le costara la vida, no fue.

(Lima, 1959)

El próximo mes me nivelo
(1972)

Espumante en el sótano

Aníbal se detuvo un momento ante la fachada del Ministerio de Educación y contempló, conmovido, los veintidós pisos de ese edificio de concreto y vidrio. Los ómnibus que pasaban rugiendo por la avenida Abancay le impidieron hacer la menor invocación nostálgica y, limitándose a emitir un suspiro, penetró rápidamente por la puerta principal.

A pesar de ser las nueve y media de la mañana, el gran hall de la entrada estaba atestado de gente que hacía cola delante de los ascensores. Aníbal cruzó el tumulto, tomó un pasadizo lateral, y en lugar de coger alguna de las escaleras que daban a las luminosas oficinas de los altos, desapareció por una especie de escotilla que comunicaba al sótano.

—¡Ya llegó el hombre! —exclamó, entrando en una habitación cuadrangular, donde tres empleados se dedicaban a clasificar documentos. Pero ni Rojas ni Pinilla ni Calmet levantaron la cara.

—¿Sabes lo que es el occipucio? —preguntaba Rojas.

—¿Occipucio? Tu madre, por si acaso —respondió Calmet.

—Gentuza —dijo Aníbal—. No saben ni saludar.

Sólo en ese momento sus tres colegas se percataron que Aníbal Hernández llevaba un terno azul cruzado, un paquete en la mano derecha y dos botellas envueltas en papel celofán, apretadas contra el corazón.

—Mira, se nos vuelve a casar el viejo —dijo Pinilla.

—Yo diría que es su santo —agregó Rojas.

—Nada de eso —protestó Aníbal—. Óiganlo bien: hoy, primero de abril, cumplo veinticinco años en el Ministerio.

—¿Veinticinco años? Ya debes ir pensando en jubilarte —dijo Calmet—. Pero la jubilación completa. La del cajón con cuatro cintas.

—Más respeto —dijo Aníbal—. Mi padre me enseñó a entrar en palacio y en choza. Tengo boca para todo, gentuza.

La puerta se abrió en ese momento y por las escaleras descendió un hombre canoso, con anteojos.

—¿Están listas las copias? El secretario del Ministerio las necesita para las diez.

—Buenos días, señor Gómez —dijeron los empleados—. Allí se las hemos dejado al señor Hernández para que las empareje.

Aníbal se acercó al recién llegado, haciéndole una reverencia.

—Señor Gómez, sería para mí un honor que usted se dignase hacerse presente…

—¿Y las copias?

—Justamente, las copias, pero sucede que hoy hace exactamente veinticinco años que…

—Vea, Hernández, hágame antes esas copias y después hablaremos.

Sin decir más, se retiró. Aníbal quedó mirando la puerta mientras sus tres compañeros se echaban a reír.

—¿Es verdad entonces? —preguntó Calmet.

—Es un trabajo urgente, viejo —intervino Pinilla.

—¿Y cuándo le he corrido yo al trabajo? —se quejó Aníbal—. Si hoy me he retrasado es por ir a comprar las empanadas y el champán. Todo para invitar a los amigos. Y no sigas hablando que te pongo la pata de chalina.

Empujando una puerta con el pie, penetró en la habitación contigua, minúsculo reducto donde apenas cabía una mesa en la cual dejó sus paquetes, junto a la guillotina para cortar papel. La luz penetraba por una alta ventana que daba a la avenida Abancay. Por ella se veían durante el día, zapatos, bastas de pantalón, de vez en cuando algún perro que se detenía ante el tragaluz como para espiar el interior y terminaba por levantar una pata para mear con dignidad.

—Siempre lo he dicho —rezongó—. En palacio y en choza. Pero eso sí, el que me busca me encuentra.

Quitándose el saco, lo colgó cuidadosamente en un gancho y se puso un mandil negro. En la mesa había ya un alto de copias fotostáticas. Acercándose a la guillotina, empezó su trabajo de verdugo. Al poco rato Pinilla asomó.

—Dame las cincuenta primeras para llevárselas al jefe.

—Yo se las voy a llevar —dijo Aníbal—. Y oye bien lo que te voy a decir: cuando tú y los otros eran niños de teta, yo trabajaba ya en el Ministerio. Pero no en este edificio, era una casa vieja del centro. En esa época…

—Ya sé, ya sé, las copias.

—No sabes. Y si lo sabes, es bueno que te lo repita. En esa época yo era jefe del Servicio de Almacenamiento.

—¿Han oído? —preguntó Pinilla volviéndose hacia sus dos colegas.

—Sí —contestó Calmet—. Era jefe del Servicio de Almacenamiento. Pero cambió el gobierno y tuvo que cambiar de piso. De arriba abajo. Mira, aquí hay cien papeles más para cortar, en el orden en el que están.

—Oye tú, Calmet, hijo de la gran… bretaña. Tú tienes sólo dos años aquí. Estudiaste para abogado, ¿verdad? Para aboasno sería. Pues te voy a decir algo más: Gómez, nuestro jefe, entró junto conmigo. Claro, ahora ha trepado. Ahora es un señor, ¿no?

—Las copias y menos labia.

Aníbal cogió las copias emparejadas y se dirigió hacia la escalera.

—Y todavía hay una cosa: el Director de Educación Secundaria, don Paúl Escobedo, ¿lo conocen? Seguramente ni le han visto el peinado. Don Paúl Escobedo vendrá a tomar una copa conmigo. Ahora lo voy a invitar, lo mismo que a Gómez.

—¿Y por qué no al ministro? —preguntó Rojas pero ya Aníbal se lanzaba por las escaleras para llevar las copias a su jefe.

Gómez lo recibió serio:

—Esas copias me urgen, Aníbal. No quise decírtelo delante de tus compañeros pero tengo la impresión que hoy llegaste con bastante retraso.

—Señor Gómez, he traído unas botellitas para festejar mis veinticinco años de servicio. Espero que no me va a desairar. Allá las he dejado en el sótano. ¡Ya tenemos veinticinco años aquí!

—Es verdad —dijo Gómez.

—Irán todos los muchachos del servicio de fotografías, los miembros de la Asociación de Empleados y don Paúl Escobedo.

—¿Escobedo? —preguntó Gómez—. ¿El director?

—Hace diez años trabajamos juntos en la Mesa de Partes. Después él ascendió. Tú estabas en provincia en esa época.

—Está bien, iré. ¿A qué hora?

—A golpe de doce, para no interrumpir el servicio.

En lugar de bajar a su oficina, Aníbal aprovechó que un ascensor se detenía para colarse.

—Al veinteavo, García —dijo al ascensorista y acercándose a su oído agregó—: Vente a la oficina de copias fotostáticas a mediodía. Cumplo veinticinco años de servicio. Habrá champán.

En la puerta del despacho del director Escobedo, un ujier lo detuvo.

—¿Tiene cita?

—¿No me ve con mandil? Es por un asunto de servicio.

Pero salvado este primer escollo, tropezó con una secretaria que se limitó a señalarle la sala de espera atestada.

—Hay once personas antes que usted.

Aníbal vacilaba entre irse o esperar, cuando la puerta del director se abrió y don Paúl Escobedo asomó conversando con un señor, al que acompañó hasta el pasillo.

—Por supuesto, señor diputado —dijo, retornando a su despacho.

Aníbal lo interceptó.

—Paúl, un asuntito.

—Pero bueno, Hernández, ¿qué se te ofrece?

—Fíjate, Paúl, una cosita de nada.

—Espera, ven por acá.

El director lo condujo hasta el pasillo.

—Tú sabes. Mis obligaciones…

Aníbal le repitió el discurso que había repetido ante el señor Gómez.

—¡En los líos que me metes, caramba!

—No me dejes plantado, Paúl, acuérdate de las viejas épocas.

—Iré, pero eso sí, sólo un minuto. Tenemos una reunión de directores, luego un almuerzo.

Aníbal agradeció y salió disparado hacia su oficina. Allí sus tres colegas lo esperaban coléricos.

—¿Así que en la esquina, tomándose un cordial? ¿Sabes que han mandado tres veces por las copias?

—Toquen esta mano —dijo Aníbal—. Huélanla, denle una lamidita, zambos. Me la ha apretado el director. ¡Ah, pobres diablos! No saben ustedes con quién trabajan.

Poco antes del mediodía, después de haber emparejado quinientas copias, Aníbal se dio cuenta que no tenía copas. Cambiando su mandil por su saco cruzado, corrió a la calle. En la chingana de la esquina se tomó una leche con coñac y le explicó su problema al patrón.

—Tranquilo, don Aníbal. Un amigo es un amigo. ¿Cuántas necesita?

Con veinticuatro copas en una caja de cartón, volvió a la oficina. Allí encontró al ascensorista y a tres empleados de la Asociación. Sus colegas, después de poner un poco de orden, habían retirado de una mesa todos los implementos de trabajo para que sirviera de buffet.

Aníbal dispuso encima de ella las empanadas, las copas y las botellas de champán, mientras por las escaleras seguían llegando invitados. Pronto la habitación estuvo repleta de gente. Como no había suficientes ceniceros echaban la ceniza al suelo. Aníbal notó que los presentes miraban con insistencia las botellas.

—Hace calor —decía alguien.

Como las alusiones se hacían cada vez más clamorosas, no le quedó más remedio que descorchar su primera botella, sin esperar la llegada de sus superiores.

—Aníbal se ha rajado con su champán —decía Pinilla.

—Ojalá que todos los días cumpla bodas de plata.

Aníbal pasó las empanadas en un portapapeles, pero a mitad de su recorrido las empanadas se acabaron.

—Excusas —dijo—. Uno siempre se queda corto.

Por atrás alguien murmuró:

—Deben ser de la semana pasada. Ya me reventé el hígado.

Temiendo que su segunda botella de champán se terminara, Aníbal sirvió apenas un dedo en cada copa. Éstas no alcanzaban.

—Tomaremos por turnos —dijo Aníbal—. Democráticamente. ¿Nadie tiene miedo al contagio?

—¿Para eso me han hecho venir? —Volvió a escucharse al fondo.

Aníbal trató de identificar al bromista, pero sólo vio un centenar de rostros amables que sonreían.

—¿Qué esperamos para hacer el primer brindis? —preguntó Calmet—. Esto se

me va a evaporar.

Pero en ese momento el grupo se hendió para dejar paso al señor Gómez. Aníbal se precipitó hacia él para recibirlo y ofrecerle una copa más generosa.

—¿No ha venido el director Escobedo? —le preguntó en voz baja.

—Ya no tarda —dijo Aníbal—. De todos modos haremos el primer brindis.

Después de carraspear varias veces logró imponer un poco de silencio a su alrededor.

—Señores —dijo—. Les agradezco que hayan venido, que se hayan dignado realzar su presencia en este modesto ágape. Levanto esta copa y les digo a todos los presentes: prosperidad y salud.

Los salud que respondieron en coro ahogaron el comentario del bromista:

—¿Y con qué brindo? ¿Quieren que me chupe el dedo?

Aníbal se apresuró a llenar las copas vacías que se acumulaban en la mesa y las repartió entre sus invitados. Al hacerlo, notó que éstos se hallaban un poco cohibidos por la presencia del señor Gómez; no se atrevían a entablar una conversación general y preferían hacerlo por parejas, de modo que su reunión corría el riesgo de convertirse en una yuxtaposición de diálogos privados, sin armonía ni comunicación entre sí. Para relajar la atmósfera, empezó a relatar una historia graciosa que le había ocurrido hacía quince años, cuando el señor Gómez y él trabajaban juntos en el servicio de mensajeros. Pero para asombro suyo Gómez le interrumpió:

—Debe de ser un error, señor Hernández, en esa época yo era secretario de la biblioteca.

Algunos de los presentes rieron y otros, defraudados por la pobreza del trago, se aprestaron a retirarse con disimulo, cuando por las escaleras apareció el director Paúl Escobedo.

—¡Pero esto parece una asamblea de conspiradores! —exclamó, al encontrarse en el estrecho reducto—. Se diría que están tramando echar abajo el ministerio. ¿Qué tal, Aníbal? Vamos durando, viejo. Es increíble que haya pasado, ¿cuánto dijiste?, casi un cuarto de siglo desde que entramos a trabajar. ¿Ustedes saben que el señor Hernández y yo fuimos colegas en la Mesa de Partes?

Aníbal destapó de inmediato su segunda botella, mientras el señor Gómez, rectificando un desfallecimiento de su memoria decía:

—Ahora que me acuerdo, es cierto lo que decía enantes, Aníbal, cuando estuvimos en el servicio de mensajeros…

Aníbal llenó las copas de sus dos superiores, se sirvió para sí una hasta el borde y abandonó la botella al resto de los presentes.

—¡A servirse, muchachos! Como en su casa.

Los empleados se acercaron rápidamente a la mesa, formando un tumulto, y se repartieron el champán que quedaba entre bromas y disputas. Mientras Aníbal avanzaba hacia sus dos jefes con su copa en la mano se dio cuenta que al fin la reunión cuajaba. El director Escobedo se dirigía familiarmente a sus subalternos,

tuteándolos, dándoles palmaditas en la espalda, mientras Gómez pugnaba por entablar con su jefe una conversación elevada.

—Sin duda esto es un poco estrecho —decía—. Yo he elevado un memorándum al señor ministro en el que hablo del espacio vital.

—Lo que sucede es que faltó previsión —respondió Escobedo—. Una participación como la nuestra necesita duplicar su presupuesto. Veremos si este año podemos hacer algo.

—¡Viva el señor director! —exclamó Aníbal, sin poderse contener.

Después de un momento de vacilación, los empleados respondieron en coro:

—¡Viva!

—¡Viva nuestro ministro!

Los vivas se repitieron.

—¡Viva la Asociación de Empleados y su justa lucha por sus mejoras materiales! —gritó alguien a quien, por suerte, le había tocado tres ruedas de champán. Pero su arenga no encontró eco y las pocas respuestas que se articularon quedaron coaguladas en una mueca en la boca de sus gestores.

—¿Me permiten unas breves palabras? —dijo Aníbal, sorbiendo el corcho de su champán—. No se trata de un discurso. Yo he sido siempre un mal orador. Sólo unas palabras emocionadas de un hombre humilde.

En el silencio que se hizo, alguien decía en el fondo de la pieza:

—¿Champán? ¡Esto es un infame espumante!

Aníbal no oyó esto, pero sí al director Escobedo, que se apresuró a intervenir.

—Nos agradaría mucho, Aníbal. Pero esto no es una ceremonia oficial. Estamos reunidos entre amigos sólo para beber una copa de champán en tu honor.

—Sólo dos palabras —insistió Aníbal—. Con el permiso de ustedes, quiero decirles algo que llevo aquí en el corazón; quiero decirles que tengo el orgullo, la honra, mejor dicho, el honor imperecedero, de haber trabajado veinticinco años aquí… Mi querida esposa, en paz descanse, quiero decir la primera, pues mis colegas saben que enviudé y contraje segundas nupcias, mi querida esposa siempre me dijo: Aníbal, lo más seguro es el ministerio. De allí no te muevas. Pase lo que pase. Con terremoto, con revolución. No ganarás mucho, pero al fin de mes tendrás tu paga fija, con que, con que…

—Con que hacer un sancochado —dijo alguien.

—Eso —convino Aníbal—. Un sancochado. Yo le hice caso y me quedé, para felicidad mía. Mi trabajo lo he hecho siempre con toda voluntad, con todo cariño. Yo he servido a mi patria desde aquí. Yo no he tenido luces para ser un ingeniero, un ministro, un señorón de negocios, pero en mi oficina he tratado de dejar bien el nombre del país.

—¡Bravo! —gritó Calmet.

—Es cierto que en una época estuve mejor. Fue durante el gobierno de nuestro ilustre presidente José Luis Bustamante, cuando era jefe del Servicio del

Almacenamiento. Pero no me puedo quejar. Perdí mi rango, pero no perdí mi puesto. Además, ¿qué mayor recompensa para mí que contar ahora con la presencia del director don Paúl Escobedo y de nuestro jefe, señor Gómez?

Algunos empleados aplaudieron.

—No es para tanto —intervino Aníbal—. Aún no he terminado. Yo decía, ¿qué mayor orgullo para mí que contar con la presencia de tan notorios caballeros? Pero no quiero tampoco dejar pasar la ocasión de recordar en estos momentos de emoción a tan buenos compañeros aquí presentes, como Aquilino Calmet, Juan Rojas y Eusebio Pinilla, y a tantos otros que cambiaron de trabajo o pasaron por a mejor vida. A todos ellos va mi humilde, mi amistosa palabra.

—Fíjate, Aníbal —intervino nuevamente Escobedo mirando su reloj—. Me vas a disculpar…

—Ahora termino —prosiguió Aníbal—. A todos va mi humilde, mi amistosa palabra. Por eso es que, emocionado, levanto mi copa y digo: éste ha sido uno de los más bellos días de mi vida. Aníbal Hernández, un hombre honrado, padre de seis hijos, se lo dice con toda sinceridad. Si tuviera que trabajar veinte años más acá, lo haría con gusto. Si volviera a nacer, también. Si Cristo recibiera en el Paraíso a un pobre pecador como yo y le preguntara, ¿qué quieres hacer?, yo le diría: trabajar en el servicio de copias del Ministerio de Educación. ¡Salud, compañeros!

Aníbal levantó su copa entre los aplausos de los concurrentes. Fatalmente, a nadie le quedaba champán y todos se limitaron a hacer un brindis simbólico.

—Muy bien, Aníbal; mis felicitaciones otra vez. Pero ahora me disculpas. Como te dije, tengo una serie de cosas por hacer.

Saludando en bloque al resto de los empleados, se retiró deprisa, seguido de cerca por el señor Gómez. El resto fue desfilando ante Aníbal para estrecharle la mano y despedirse. En pocos segundos el sótano quedó vacío.

Aníbal miró su reloj, comprobó que eran las doce y media y se precipitó a su reducto para pasarse por los zapatos una franela que guardaba en su armario. Su mujer le había dicho que no se demorara, pues le iba a preparar un buen almuerzo. Sería conveniente pasar por una bodega para llevar una botella de vino.

Cuando se lanzaba por las escaleras, se detuvo en seco. En lo alto de ellas estaba el señor Gómez, inmóvil, con las manos en los bolsillos.

—Todo está muy bien, Aníbal, pero esto no puede quedar así. Estarás de acuerdo en que la oficina parece un chiquero. ¿Me haces el favor?

Sacando una mano del bolsillo, hizo un gesto circular, como quien pasa un estropajo, y dando media vuelta desapareció.

Aníbal, nuevamente solo, observó con atención su contorno: el suelo estaba lleno de colillas, de pedazos de empanada, de manchas de champán, de palitos de fósforos quemados, de fragmentos de una copa rota. Nada estaba en su sitio. No era solamente un sótano miserable y oscuro, sino —ahora lo notaba— una especie de celda, un lugar de expiación.

—¡Pero mi mujer me espera con el almuerzo! —se quejó en alta voz, mirando a lo alto de las escaleras. El señor Gómez había desaparecido. Quitándose el saco, se levantó las mangas de la camisa, se puso en cuatro pies y con una hoja de periódico comenzó a recoger la basura, gateando por debajo las mesas, sudando, diciéndose que si no fuera un caballero les pondría a todos la pata de chalina.

(París, 1967)

El próximo mes me nivelo

—Allí viene Cieza —dijo Gastón señalando el fondo de la alameda Pardo.

Alberto levantó la vista y distinguió en la penumbra de los ficus una mancha que avanzaba y que la cercanía dotó de largas extremidades, anteojos negros y un espinazo más bien encorvado.

—¡Al fin estás acá! —exclamó Cieza antes de llegar a la banca—. Te he estado llamando toda la tarde por teléfono.

—Quítate los anteojos —dijo Alberto sin levantarse.

Cieza se los quitó y dejó al descubierto sus dos cejas hinchadas y los ojos envueltos en una aureola violeta.

—Te has dejado masacrar —dijo Alberto—. ¿Tengo tiempo de ir hasta mi casa? Estos zapatos no tienen punta.

—Creo que no —dijo Gastón—. Ya debe haber empezado el programa. Ahorita llega el cholo Gálvez.

La gallada que estaba en la puerta de radio Miraflores se acercó. Todos abrazaron a Alberto, dieron la mano a Cieza y en grupo penetraron en la emisora. Se acomodaron en el auditorio, mirando el estrado donde una rubia postiza cantaba aires mexicanos con una voz deplorable.

—¿Y cómo te ha ido en todo este tiempo? —le preguntó al oído el cojo Zacarías —. Hace un año que nadie te ve.

—Trabajando —dijo Alberto—. No me iba a pasar la vida parado en las esquinas.

El animador despachó amablemente a la rubia y el segundo aficionado en subir al escenario fue Miguel de Albarracín. Era casi un enano que hacía lo imposible por parecerse a Carlos Gardel. Apenas empezó su versión de *Tus ojos se cerraron*, se escuchó un bullicio en las filas altas del auditorio.

—Allí está —dijo Gastón.

Alberto volteó la cabeza y distinguió un rostro burlón, achinado, prieto, de gruesos labios y cabello encrespado. Lo circundaban varias cabezas hirsutas, descorbatadas, sobre contexturas dudosas y visiblemente desnutridas. Se acomodaron en la última fila, poniendo los pies en el respaldar de la fila delantera.

Alberto regresó la vista al escenario, donde el cantante pigmeo terminaba su tango doblado, gimiendo, con una mano en el corazón y otra en el hígado. Cieza, que estaba delante suyo, volteó a su vez la cara y al distinguir al cholo Gálvez que

aplaudía la volvió con presteza hacia el estrado. Alberto alargó la mano y le quitó los anteojos.

—¡Cómo te han dejado la cara! Bueno, salgamos de una vez. Dejemos el teatro para otro día. Avísale a la gallada.

Poniéndose de pie, subió por las gradas del auditorio buscando con la mirada el rostro achinado. Lo encontró perdido entre los otros rostros, embelesado en la milonga que atacaba Miguel de Albarracín. Quedó mirándolo fijamente, hasta que los ojos oblicuos lo distinguieron. No tuvo necesidad de hacerle ninguna seña ni de pronunciar ningún desafío. Apenas cruzó el umbral del auditorio, Gálvez y su grupo se pusieron de pie para seguirlo y detrás de ellos salió la gallada.

Ambas pandillas se dirigieron a la acera central de la avenida Pardo, poco transitada a esa hora y umbrosa bajo la noche y la arboleda. Gálvez y su gente se acomodaron en una banca, sentados en el respaldar, con los pies en el asiento, mientras Alberto parlamentaba con Cieza.

—Él ya sabe que vas a venir —dijo Cieza—. El sábado pasado, después de la pelea, Zacarías le dijo que había cita para hoy. Le dijo: «Espera nomás el sábado, va a venir el pibe Alberto». Y el cholo dijo: «He oído hablar de ese gallo. Me lo paso por los huevos».

Alberto se separó de su grupo y se dirigió solo hacia la banca, donde la pandilla de Gálvez al verlo venir entonó un coro de uy y de ay desafinado. Cuando estaba sólo a unos pasos, Gálvez bajó de la banca y avanzó. Quedaron mirándose, midiéndose, reconociéndose, evaluándose, mientras las colleras, de acuerdo a una ley inmemorial de protección al compañero y de comodidad para presenciar el espectáculo, formaban dos semicírculos que se ajustaron hasta constituir un anillo perfecto.

—¿El cholo Gálvez? —dijo Alberto.

—El mismo, pibe. Aquí, en Surquillo y donde quieras.

Alberto empezó a desabotonarse el saco con parsimonia y, cuando estaba a punto de quitárselo, el cholo Gálvez saltó y le aplicó el primer cabezazo que, fallando la nariz, resbaló por un pómulo y le aplastó una oreja.

Alberto se vio sentado en el suelo, con los brazos trabados en las mangas de su saco, mientras Gálvez se mantenía de pie a su lado, entre los gritos de la gallada, que hacía comentarios y admoniciones, recordando que no valía pegar en el suelo.

Alberto se puso de pie tranquilamente, logró al fin despojarse de su saco y se lo aventó a Cieza. Su pantalón tenía la pretina muy alta, casi a la mitad del pecho, y estaba sujeto con tirantes. Aún se hizo esperar mientras se quitaba la corbata, los gemelos de la camisa y se levantaba las mangas.

El cholo Gálvez, bien plantado sobre sus piernas cortas y macizas, con los brazos caídos y los puños cerrados, lo esperaba. Alberto comprendió de inmediato que el estilo de su rival consistía en atraerlo a su terreno, dejarse incluso romper una ceja o aplastar un labio para poder abracarlo, quebrarlo entre sus brazos y, como decían que hizo con Cieza, enterrarlo de cabeza en un sardinel. Empezó entonces a girar de lejos

en torno al cholo, el que a su vez rotaba sobre sus talones.

Alberto tentó el momento de entrar, acometió varias veces con un pie en el aire, anunciando casi su golpe, para retroceder luego y virar rápidamente a izquierda y derecha, buscando un flanco descubierto. Gálvez se limitaba a rotar, con la guardia completamente caída, pero levantando a veces los antebrazos al mismo tiempo, acompañando su gesto de un falso quejido, femenil, obsceno.

La táctica se prolongó largo rato, pero no en el mismo sitio, pues el círculo que los rodeaba se iba desplazando hacia un extremo de la avenida Pardo, donde había una pila sin agua.

—¡Vamos, cholo, éntrale! —gritaron sus secuaces.

Gálvez balanceó los hombros, hizo algunas fintas con su ancha cintura y estirando de pronto un brazo trató de coger de una pierna a Alberto, que aprovechó el momento para levantar el otro pie y darle un puntazo en el cuello. En el instante en que Gálvez se cubría, Alberto saltó y sus dos pies martillearon la cara del cholo. Insistió una tercera vez, pero a la cuarta el cholo se agachó y Alberto pasó sobre su cabeza y cayó de cuclillas detrás de él. Cuando se enderezaba, ya Gálvez había volteado y su puño cerrado le sacudía la cabeza, mientras su pierna izquierda, elevándose, rasgaba el aire buscando su pelvis. Alberto bloqueó el golpe con la rodilla y se alejó para tomar distancia, pero ya el cholo estaba lanzado y lo atenazó de la cintura. Alberto retrocedió sobre sus talones, impidiendo que el cholo pudiera asentarse y levantarlo en vilo, rompió con la espalda el círculo de mirones, siempre con Gálvez prendido de su cintura, que se esforzaba por contenerlo, trastabillaba, hasta que al fin Alberto se detuvo en seco y levantando la rodilla golpeó al cholo en la mandíbula y cuando éste aflojaba la presión de sus brazos le dio un puñetazo en la nuca y al abandonar su tenaza lo remató de una patada en el estómago.

Gálvez cayó de culo. Parecía un poco mareado. Alberto estuvo a punto de enviarle un puntapié en la cara, pero ya la collera del cholo elevaba la voz al unísono, recordando las reglas que no se podían infringir.

Alberto retrocedió, esperando que su rival se pusiera de pie. Le sangraba la oreja. Tuvo apenas tiempo de distinguir las gafas de Cieza y la muleta de Zacarías, pues ya Gálvez se había parado y arremetía con la cabeza gacha, entregándose casi a su castigo. Alberto no quiso perder la ocasión y lo emparó con una patada en la frente. Pero el cholo pareció no sentirla y acometió otra vez agazapado. Alberto se dio cuenta que esa pelea se convertía para él en un paseo y sacudió la cabeza del cholo con ambos pies, adornándose, encontrando una especie de placer estético en castigarlo con la punta, el empeine, la suela. Se contuvo un momento para ensayar una nueva serie, en un orden distinto, cuando vio que el cholo se aventaba al suelo y en un instante se dio cuenta que se le había metido entre las piernas. Estaba ya en los hombros de su rival, que se irguió sobre sus dos piernas y antes de que pudiera prenderse de su pelo el cholo inclinó el cuerpo y Alberto se fue de cara contra el suelo. Gálvez volvió a cogerlo, esta vez de la pretina del pantalón, y nuevamente se

vio en el aire, volando sobre su cabeza.

—¡De lejos, de lejos! —gritó Cieza.

Pero Alberto no tenía tiempo de alejarse. Apenas caía al suelo, el cholo lo volvía a levantar en vilo y volvía a estrellarlo con una facilidad que la repetición iba perfeccionando. Alberto sólo atinaba a volverse elástico, gomoso, convertirse en un ovillo, en una esfera, cuidándose de no ofrecer en su caída ningún ángulo quebradizo.

Fue en ese momento cuando vio surgir un objeto en el aire, la pierna de algún compañero, tal vez Cieza que entraba en la pelea, pero era sólo la muleta de Zacarías. De plano cayó sobre la clavícula de Gálvez. Éste contuvo su nueva arremetida y buscó con la mirada al agresor, que era enviado al suelo, a pesar de su cojera, por algún amigo de Gálvez, al mismo tiempo que Cieza intervenía para auxiliar al inválido y se armaba una pelea satélite en torno a la principal. Alberto logró ponerse de pie aprovechando la distracción de Gálvez, que de un puntapié mandaba rodar la muleta y arremetía nuevamente. Alberto tomó distancia, amagando con el pie a su rival para que no se acercara, cuando ya la riña periférica había concluido por acuerdo de sus contrincantes y se rehacía el anillo en torno a la pelea principal.

La constelación siguió desplazándose, abandonó la avenida Pardo, giró hacia la derecha y empezó a remontar la avenida Espinar, rumbo al Óvalo. Pasó de la pista al jardín de la avenida Espinar, de allí a la acera central, cruzó el otro jardín, la otra pista, se estrelló contra los muros de la embajada de Brasil y rebotó hacia el centro, fraccionándose contra los ficus y las bancas de madera, para volver a la pista y allí empezar a rotar contra el muro bajo de una casa.

Alberto sentía que sus fuerzas lo abandonaban. Tenía los codos magullados, las rodillas adoloridas y de su oreja manaba tanta sangre como de los cortes que tenía Gálvez en la frente y en los pómulos. Desde hacía rato no hacía sino girar y retroceder, alejando a su rival con un rápido puntapié o de un golpe a vuelamano, pero Gálvez iba siempre adelante, no cejaba, lo embestía con la cabeza baja y la guardia abierta. Alberto volvió a martillearlo en el pecho, en los riñones, esperando que al fin tendría que caer, que no era posible aguantar tanto golpe. Seguramente que así de duro, de pura bestia, había arrebatado al Negro Mundo y al sargento Mendoza, en Surquillo, el cetro de los matones.

Pero ya no estaban en la avenida Espinar. Todo el sistema, al cual se había agregado una pléyade de mirones, había doblado nuevamente, esta vez por la calle Dos de Mayo, donde había una acequia fangosa y filas de moreras bordeando las aceras. Allí la pelea se volvió confusa. Alberto erró varios golpes, otros fueron a estrellarse contra los árboles, se resbaló en el borde de la acequia y se vio de pronto acorralado, sin escape, contra la puerta de un callejón. Gálvez lo había cogido de los tirantes y lo atrajo hacia sí aplicándole un cabezazo en la nariz, para abracarlo luego con sus bíceps, doblarle la cabeza por debajo de la axila y empezar a estrangularlo, mientras con la rodilla le sacudía el mentón. Alberto se sintió desamparado, perdido, y como tenía la boca hundida contra el pecho de su rival y no podía respirar ni gritar,

lo mordió debajo de la tetilla. Gálvez aflojó los brazos y Alberto, viéndose libre, aprovechó para alejarse lo más que pudo dentro del anillo rehecho, viendo que tenía roto un tirante y que los pantalones se le caían. Gálvez lo insultaba, persiguiéndolo. Alberto abrió una brecha entre los espectadores y corrió hacia la esquina de Dos de Mayo y Arica, pero sin prisa, amarrándose el tirante, inspirando copiosamente el aire cálido con su nariz rota. Cieza lo alcanzó y corriendo a su lado le dijo que aguantara un poco más, que el cholo estaba hecho mierda, a punto de tirar el arpa, mientras que las dos colleras confundidas le daban caza en la esquina y volvía a configurarse el circo.

Alberto reanudó la pelea. Pasado el límite de la fatiga, no se sentía peor ni mejor, sino simplemente distante, desdoblado y presenciaba su propio combate con atención pero sin fervor, como si lo protagonizara un delegado suyo al cual lo unían vagos intereses de familia. Los gritos y los insultos con que ahora Gálvez acompañaba sus amagos no lo arredraban ni lo encolerizaban. Simplemente los registraba y los interpretaba como recursos a los que echaba mano porque debía sentirse impotente, vencido.

El cholo insistía en entrar en su territorio y se exponía a sus patadas, buscando la ocasión de volver a abracarlo. Alberto daba y retrocedía, y así el circo recorrió una cuadra de la calle Arica, vaciló en la esquina de la calle Piura, fue embestido y hendido por un autobús rugiente, se engrosó con los parroquianos de una pulpería y siguió su rumbo hacia la huaca Juliana.

Alberto entró nuevamente en sí. Le pareció que hacía días que peleaba y al distinguir la rueda de mirones tuvo conciencia de que estaba cautivo, literalmente, en un círculo vicioso. Para romperlo era necesario apurar el combate, entrar al área de Gálvez, arriesgar. Estaban ya cerca de la huaca, en una calle sin pavimento, rodeada de casas nuevas, sin acera.

Como la iluminación era allí pobre, Alberto calculó mal una de sus entradas, se impulsó más de lo debido y se encontró cara a cara con el cholo, quien, renunciando esta vez a abracarlo, lo contuvo de los hombros, lo alejó de un empellón y le envió un puntazo fulminante al ombligo. Alberto se llevó la mano al hígado, mientras sentía flaquear sus rodillas y chillar a su collera. De buena gana se hubiera dejado caer, pero observó que Gálvez, arrastrado por la violencia de su golpe, había perdido el equilibrio y se esforzaba por mantenerlo, vacilando en un pie. Dio entonces un brinco y metió la pierna allí, en el lugar que desde hacía rato perseguía, los testículos, y su zapato penetró como por un boquete bajo la pelvis. El cholo gritó esta vez, dobló el torso hacia adelante, iba ya a caer de cara o tal vez estaba ya cayendo, tocando el suelo con una mano, pero Alberto quiso ignorar ese gesto y levantando la otra pierna le planchó la nariz con la suela del zapato.

Ya estaba Gálvez tendido, enrollado, revolcándose. Rodó por entre las piernas de sus secuaces, que saltaban para no pisarlo, y quedó al lado de un muro echado de cara. Probablemente aún era capaz de recuperarse, pero el anillo se agitó, se quebró,

al escucharse unos pitazos al fondo de la calle Arica. Dos policías venían corriendo.

Gálvez fue levantado por su pandilla y llevado rápidamente hacia un garaje de reparaciones que tenía su portón entreabierto. Alberto, mareado, vio que Cieza se le acercaba con un pañuelo y se lo ponía como un tampón en la nariz, mientras Gastón le palmeaba la nuca y el resto de la collera se apretujaba a su alrededor, extendiendo los brazos para tocarlo.

—Al jardín —dijo Zacarías, señalando el muro bajo de una casa.

Sus amigos lo levantaron en vilo y lo depositaron al otro lado del cerco, donde una manguera humedecía el césped. Alberto tomó agua por su pitón, se mojó la cara, la cabeza y se puso a regar tranquilamente una mata de geranios.

La policía trató vanamente de encontrar en las pandillas trazas de peleadores, heridos, contusos, ordenó que se dispersaran y se retiró hacia la huaca.

Alberto seguía en el jardín mojándose la cabeza, lavándose los codos magullados, cuando Gastón le pasó la voz:

—Ya el cholo colgó el guante. Sus amigos se lo llevan.

Alberto vio un grupo apretujado, que se retiraba penitencial, casi funerario, entre lamentaciones, hacia la pulpería de la calle Arica. Salió entonces del jardín saltando el muro y Cieza lo recibió con los brazos abiertos, mientras el cojo Zacarías le alcanzaba su saco y su corbata. El resto de la patota hablaba de festejar el triunfo con unas cervezas.

—Sí —dijo Alberto—. Ha sido una pateadura en regla.

Con su saco debajo del brazo se encaminó hacia el bar Montecarlo, rodeado de sus amigos, sin prestar mayor atención a sus comentarios que, parciales, exagerados, contradictorios, iban echando las bases de la leyenda.

—Hagamos un pozo —dijo Cieza en el bar—. Todos dan, menos Alberto.

Las botellas estaban ya en la mesa deschapadas, los vasos llenos, espumantes. Alberto se bebió uno al seco ahogando una sed inmemorial. Empezó entonces a hablar pero no de la pelea, como todos esperaban, sino de Berta.

—Ahora caigo —dijo Gastón—. Ella es la que te ha separado de la patota. Estoy seguro que has caído en la trampa, que te casas.

—El año entrante —dijo Alberto—. Estoy en todo ese lío de comprar muebles, pagar cuentas. Cuando hay que pagar letras, tienes que olvidarte de los amigos, trabajar y adiós los tragos, las malas noches. Eso es lo que he hecho en todo este año que no me han visto.

—Deja eso de lado y háblanos de la pelea —dijo Zacarías—. Ésta ha sido la más brutal de todas, mejor que cuando hiciste llorar a Calato Balbuena en la bajada de los baños.

—A Calato también le pegó el Negro Mundo —dijo Gastón.

—Pero al Negro le pegó el sargento Mendoza.

—Y a Mendoza, el cholo Gálvez.

Alberto depositó su vaso sobre la mesa. La cabeza le había comenzado a dar

vueltas. Haciendo un esfuerzo se puso de pie. Gastón lo tiró del brazo, no podía irse así nomás, estaban en la primera ronda.

—Estoy fuera de forma —dijo Alberto—. Un solo vaso me ha emborrachado. Discúlpenme.

Entre las protestas de sus amigos se dirigió hacia la puerta del bar. Cieza lo alcanzó.

—No nos vas a dejar así. Un año que no nos vemos, la patota…

—Cuídate más la próxima vez, Cieza; déjate de patotas y de niñerías. Ya no soy el mismo de antes. Si me van a buscar la próxima vez para estas cosas, palabra que no salgo.

—Te acompaño.

—No —dijo secamente Alberto, y tomó el camino de su casa, estirado, digno, haciendo sonar marcialmente sus zapatos sobre la calzada.

Apenas dobló la esquina, fuera ya de la vista de su collera, se cogió el vientre, apoyó la cabeza en un muro y empezó a vomitar. Arcadas espasmódicas recorrían su cuerpo, mientras vaciaba su estómago sobre la vereda. Respirando con vehemencia, logró enderezarse y siguió su camino tambaleándose, por calles aberrantes y veredas falaces que se escamoteaban bajo sus pies.

Penetró a tientas en su casa oscura. Ya su mamá se había acostado. Atravesó la sala, tropezándose con los muebles nuevos comprados a plazos y sin ánimo de entrar al baño o de pasar a la cocina, logró ubicar su dormitorio y se dejó caer vestido en la cama. Estaba sudando frío, temblaba, algo dentro de sí estaba roto, irremisiblemente fuera de uso. Estirando la mano hacia la mesa de noche buscó la jarra de agua, pero sólo halló la libretita donde hacía sus cuentas. Algo dijo su mamá desde la otra habitación, algo del horno, de la comida.

—Sí —murmuró Alberto sin soltar la libreta—. Sí, el próximo mes me nivelo.

Llevándose la mano al hígado, abrió la boca sedienta, hundió la cabeza en la almohada y se escupió por entero, esta vez sí, definitivamente, escupió su persona, sus proezas, su pelea, la postrera, perdida.

(París, 1969)

Silvio en El Rosedal
(1977)

El polvo del saber

Todos los días al salir de la universidad o entre dos cursos caminaba hasta la calle Washington y me detenía un momento a contemplar, por entre las verjas, los muros grises de la casona, que protegían celosa, secretamente, la clave de la sabiduría.

Desde niño sabía que en esa casa se conservaba la biblioteca de mi bisabuelo.

De ésta había oído hablar a mi padre, quien siempre atribuyó la quiebra de su salud a la vez que tuvo que mudarla de casa. Mientras mi bisabuelo vivió, los diez mil volúmenes estuvieron en la residencia familiar de la calle Espíritu Santo. Pero a la muerte del patriarca, sus hijos se repartieron sus bienes y la biblioteca le tocó al tío Ramón, que era profesor universitario.

Ramón era casado con una señora riquísima, estéril, sorda e intratable, que lo martirizó toda su vida. Para desquitarse de su fracaso matrimonial, la engañaba con cuanta mujer le pasaba por delante. Como no tenía hijos, hizo de mi padre su sobrino preferido, lo que significaba al mismo tiempo que una expectativa de herencia una fuente de obligaciones. Es así que cuando hubo que trasladar la biblioteca de Espíritu Santo a su casa de la calle Washington, mi padre fue el encargado de la mudanza.

Contaba mi padre que en trasladar los miles de volúmenes tardó un mes. Tuvo que escalar altísimas estanterías, encajonar los libros, llevarlos a la otra casa, volver a ordenarlos y clasificarlos, todo esto en un mundo de pelusas y polilla. Cuando terminó su trabajo quedó cansado para el resto de su vida. Pero toda esta fatiga tenía su recompensa. Cuando tío Ramón le preguntó qué quería que le dejara al morir, mi padre respondió sin vacilar:

—Tu biblioteca.

Mientras tío Ramón vivió, mi padre iba regularmente a leer a su casa. Ya desde entonces se familiarizaba con un bien que algún día sería suyo. Como mi bisabuelo había sido un erudito, su biblioteca era la de un humanista y constituía la suma de lo que un hombre culto debía saber a fines del siglo XIX. Más que en la universidad, mi padre se formó a la vera de esa colección. Los años más felices de su vida, repetía a menudo, fueron los que pasó sentado en un sillón de esa biblioteca, devorando cuanto libro caía en sus manos.

Pero estaba escrito que nunca entraría en posesión de ese tesoro. Tío Ramón murió súbitamente y sin testar y la biblioteca con el resto de sus bienes pasaron a propiedad de su viuda. Como tío Ramón murió además en casa de una querida, su

viuda guardó a nuestra familia, y a mi padre en particular, un odio eterno. Jamás quiso recibirnos y optó por encerrarse en la calle Washington con su soledad, su encono y su sordera. Años más tarde cerró la casa y se fue a vivir donde unos parientes a Buenos Aires. Mi padre pasaba entonces a menudo delante de esa casa, miraba su verja, sus ventanas cerradas e imaginaba las estanterías donde continuaban alineados los libros que nunca terminó de leer.

Y cuando mi padre murió, yo heredé esa codicia y esa esperanza. Me parecía un crimen que esos libros que un antepasado mío había tan amorosamente adquirido, coleccionado, ordenado, leído, acariciado, gozado, fueran ahora patrimonio de una vieja avara que no tenía interés por la cultura ni vínculos con nuestra familia. Las cosas iban a parar así a las manos menos apropiadas, pero como yo creía aún en la justicia inmanente, confiaba en que alguna vez regresarían a su fuente original.

Y la ocasión se presentó. Supe que mi tía, que había pasado varios años en Buenos Aires sin dar signo de vida, vendría unos días a Lima para liquidar un negocio de venta de tierras. Se hospedó en el Hotel Bolívar y después de insistentes llamadas telefónicas logré persuadirla que me concediera una entrevista. Quería que me autorizara a elegir aunque sea algunos volúmenes de una biblioteca que, según pensaba decirle, «había sido de mi familia».

Me recibió en su suite y me invitó una taza de té con galletas. Era una momia pintarrajeada, enjoyada, verdaderamente siniestra. No abrió prácticamente la boca, pero yo adiviné que veía en mí la imagen de su marido, de mi padre, de todo lo que aborrecía. Durante los diez minutos que estuvimos juntos, tomó nota de mi embarazoso pedido, leyendo mi discurso en el movimiento de mis labios. Su respuesta fue tajante y fría: nada de lo que «era suyo» pasaría a nuestra familia.

Al poco tiempo de regresar a Buenos Aires falleció. Su casa de la calle Washington y todo lo que contenía fue heredado por sus parientes y de este modo la biblioteca se alejó aún más de mis manos. El destino de estos libros, en verdad, era derivar cada vez más, por el mecanismo de las transmisiones hereditarias, hacia personas cada vez menos vinculadas a ellos, chacareros del sur o anónimos bonarenses que fabricaban tal vez productos en los que entraba el tocino y la rapiña.

La casa de la calle Washington continuó un tiempo cerrada. Pero quien la heredó —por algún misterio, un médico de Arequipa— resolvió sacar de ella algún provecho y como era muy grande la convirtió en pensión de estudiantes. De ello me enteré por azar, cuando terminaba mis estudios y había dejado de rondar por la vieja casona, perdida ya toda ilusión.

Un condiscípulo de provincia, de quien me hice amigo, me pidió un día que lo acompañara a su casa para preparar un examen. Y para sorpresa mía me condujo hasta la mansión de la calle Washington. Yo creí que se trataba de una broma impía, pero me explicó que hacía meses vivía allí, junto con otros cinco estudiantes de su terruño.

Yo entré a la casa devotamente, atento a todo lo que me rodeaba. En el vestíbulo

había una señora guapa, probablemente la administradora de la pensión, motivo que yo desdeñé, para observar más bien el mobiliario e ir adivinando la distribución de las piezas, en busca de la legendaria biblioteca. No me fue difícil reconocer sofás, consolas, cuadros, alfombras, que hasta entonces sólo había visto en los álbumes de fotos de familia. Pero todos aquellos objetos que en las fotografías parecían llevar una vida serena y armoniosa habían sufrido una degradación, como si los hubieran despojado de sus insignias, y no eran ahora otra cosa que un montón de muebles viejos, destituidos, vejados por usuarios que no se preocupaban de interrogarse por su origen y que ignoraban muchas veces su función.

—Aquí vivió un tío abuelo mío —dije al notar que mi amigo se impacientaba al verme contemplar absorto un enorme perchero, del que antaño pendían pellizas, capas y sombreros y que ahora servía para colgar plumeros y trapos de limpieza—. Estos muebles fueron de mi familia.

Esta revelación lo impresionó apenas y me conminó a pasar a su cuarto para preparar el curso. Yo lo obedecí, pero me fue imposible concentrarme, mi imaginación continuaba viajando por la casa en pos de los invisibles volúmenes.

—Fíjate —le dije al fin—; antes de que empecemos a estudiar, ¿puedes decirme dónde está la biblioteca?

—Aquí no hay biblioteca.

Yo intenté persuadirlo de lo contrario: diez mil volúmenes, encargados en gran parte a Europa, mi bisabuelo los había reunido, mi tío abuelo Ramón poseído y custodiado, mi padre sopesado, olido y en gran parte leído.

—Nunca he visto un libro en esta casa.

No me dejé convencer y ante mi insistencia me dijo que tal vez quedaba algo en las habitaciones de los estudiantes de medicina, donde nunca había entrado. Fuimos a ellas y no vi más que muebles arruinados, ropa sucia tirada por los rincones y tratados de patología.

—¡Pero en algún sitio tienen que estar!

Mi amigo era ambicioso y feroz, como la mayoría de los estudiantes provincianos, y mi problema le interesaba un pito, pero cuando le dije que en esa biblioteca debían haber preciosos libros de derecho utilísimos para la preparación de nuestro examen, decidió consultarle a doña Maruja.

Doña Maruja era la mujer que había visto a la entrada y que —no me había equivocado— tenía a su cargo la pensión.

—¡Ah, los libros! —dijo—. ¡Qué trabajo me dieron! Había tres cuartos llenos. Eran unas vejeces. Cuando me hice cargo de esta pensión, hace tres o cuatro años, no sabía qué hacer con ellos. No podía sacarlos a la calle porque me hubieran puesto una multa. Los hice llevar a los antiguos cuartos de sirvientes. Tuve que contratar a dos obreros.

Los cuartos de la servidumbre quedaban en el traspatio. Doña Maruja me entregó la llave, diciéndome que si quería llevármelos encantada, así le desocuparía esas

piezas, pero claro que era una broma, para ello necesitaría un camión, qué un camión, varios camiones.

Yo vacilé antes de abrir el candado. Sabía lo que me esperaba, pero por masoquismo, por la necesidad que uno siente a veces de precipitar el desastre, introduje la llave. Apenas abrí la puerta recibí en plena cara una ruma de papel mohoso. En el piso de cemento quedaron desparramados encuadernaciones y hojas apolilladas. A esa habitación no se podía entrar sino que era necesario escalarla. Los libros habían sido amontonados casi hasta llegar al cielo raso. Emprendí la ascensión, sintiendo que mis pies, mis manos se hundían en una materia porosa y polvorienta, que se deshacía apenas trataba de aferrarla. De vez en cuando algo resistía a mi presión y lograba rescatar un empaste de cuero.

—¡Sal de allí! —me dijo mi amigo—. Te va a dar un cáncer. Eso está lleno de microbios.

Pero yo persistí y seguí escalando esa sapiente colina, consternado y rabioso, hasta que tuve que renunciar. Allí no quedaba nada, sino el polvo del saber. La codiciada biblioteca no era más que un montón de basura. Cada incunable había sido roído, corroído por el abandono, el tiempo, la incuria, la ingratitud, el desuso. Los ojos que interpretaron esos signos hacía años además que estaban enterrados, nadie tomó el relevo y en consecuencia lo que fue en una época fuente de luz y de placer era ahora excremento, caducidad. A duras penas logré desenterrar un libro en francés, milagrosamente intacto, que conservé, como se conserva el hueso de un magnífico animal prediluviano. El resto naufragó, como la vida, como quienes abrigan la quimera de que nuestros objetos, los más queridos, nos sobrevivirán. Un sombrero de Napoleón, en un museo, ese sombrero guardado en una urna, está más muerto que su propio dueño.

(París, abril de 1974)

Tristes querellas en la vieja quinta

Cuando Memo García se mudó la quinta era nueva, sus muros estaban impecablemente pintados de rosa, las enredaderas eran apenas pequeñas matas que buscaban ávidamente el espacio y las palmeras de la entrada sobrepasaban con las justas la talla de un hombre corpulento. Años más tarde el césped se amarilló, las palmeras, al crecer, dominaron la avenida con su penacho de hojas polvorientas y manadas de gatos salvajes hicieron su madriguera entre la madreselva, las campanillas y la lluvia de oro. Memo entonces había ya perdido su abundante cabello oscuro, parte de sus dientes, su andar se hizo más lento y moroso, sus hábitos de solterón más reiterativos y prácticamente rituales. Las paredes del edificio se descascararon y las rejas de madera de las casas exteriores se pudrieron y despintaron. La quinta envejeció junto con Memo, presenció nacimientos, bodas y entierros y entró en una época de decadencia que, por ello mismo, la había impregnado de cierta majestad.

Todo el balneario había además cambiado. De lugar de reposo y baños de mar, se había convertido en una ciudad moderna, cruzada por anchas avenidas de asfalto. Las viejas mansiones republicanas de las avenidas Pardo, Benavides, Grau, Ricardo Palma, Leuro y de los malecones habían sido implacablemente demolidas para construir en los solares edificios de departamentos de diez y quince pisos, con balcones de vidrio y garajes subterráneos. Memo recordaba con nostalgia sus paseos de antaño por calles arboladas de casas bajas, calles perfumadas, tranquilas y silenciosas, por donde rara vez cruzaba un automóvil y donde los niños podían jugar todavía al fútbol. El balneario no era ya otra cosa que una prolongación de Lima, con todo su tráfico, su bullicio y su aparato comercial y burocrático. Quienes amaban el sosiego y las flores se mudaron a otros distritos y abandonaron Miraflores a una nueva clase media laboriosa y sin gusto, prolífica y ostentosa, que ignoraba los hábitos antiguos de cortesanía y de paz y que fundó una urbe vocinglera y sin alma, de la cual se sentían ridículamente orgullosos.

Memo ocupó desde el comienzo y para siempre un departamento al fondo de la quinta, en el pabellón transversal de dos pisos, donde se alojaba la gente más modesta. Ocupaba en la planta alta una pieza con cocina y baño, extremadamente apacible, pues limitaba por un lado con el jardín de una mansión vecina y por el otro con un departamento similar al suyo, pero utilizado como depósito por un inquilino

invisible. De este modo llevaba allí, especialmente desde que se jubiló, una vida que se podría calificar de paradisiaca. Sin parientes y sin amigos, ocupaba sus largos días en menudas tareas como coleccionar estampillas, escuchar óperas en una vieja vitrola, leer libros de viajes, evocar escenas de su infancia, lavar su ropa blanca, dormir la siesta y hacer largos paseos, no por la parte nueva de la ciudad, que lo aterraba, sino por calles como Alcanfores, La Paz, que aún conservaban si no la vieja prestancia señorial algo de placidez provinciana.

Su vida, en una palabra, estaba definitivamente trazada. No esperaba de ella ninguna sorpresa. Sabía que dentro de diez o veinte años tendría que morirse y solo además, como había vivido solo desde que desapareció su madre. Y gozaba de esos años póstumos con la conciencia tranquila: había ganado honestamente su vida —sellando documentos durante un cuarto de siglo en el Ministerio de Hacienda—, había evitado todos los problemas relativos al amor, el matrimonio, la paternidad, no conocía el odio ni la envidia ni la ambición ni la indigencia y, como a menudo pensaba, su verdadera sabiduría había consistido en haber conducido su existencia por los senderos de la modestia, la moderación y la mediocridad.

Pero, como es sabido, nada en esta vida está ganado ni adquirido. En el recodo más dulce e inocente de nuestro camino puede haber un áspid escondido. Y para Memo García los proyectos edénicos que se había forjado para su vejez se vieron alterados por la aparición de doña Francisca Morales.

Primero fue el ruido de un caño abierto, luego un canturreo, después un abrir y cerrar de cajones lo que le revelaron que había alguien en la pieza vecina, esa pieza desocupada cuyo silencio era uno de los fundamentos de su tranquilidad. Ese día había estado ausente durante muchas horas y bien podía entretanto haberse producido, sin que él lo presenciara, alguna mudanza en la quinta. Para comprobarlo salió al balcón que corría delante de los departamentos, justo en el momento en que una señora gorda, casi enana, de cutis oscuro, asomaba con un pañuelo amarrado en la cabeza y una jaula vacía en la mano. Le bastó verla para dar media vuelta y entrar nuevamente a su casa tirando la puerta, al mismo tiempo que ella lo imitaba. Apenas habían tenido tiempo para mirarse a los ojos, pero les había bastado ese fragmento de segundo para reconocerse, identificarse y odiarse.

Memo permaneció un momento indeciso, poseído por un sentimiento nuevo, acompañado de vagos y puramente teóricos deseos homicidas, pero luego resolvió que el único partido a tomar era espiar a su vecina. Por intuición sabía que la única manera de derrotar a un enemigo —y esa señora gorda lo era— consistía en conocer escrupulosamente su vida, dominar por el intelecto sus secretos más recónditos y descubrir sus aspectos más vulnerables.

Al cabo de una semana de observación descubrió que se levantaba a las seis de la mañana para ir a misa, que había puesto una tarjeta en la puerta donde se leía *Francisca Viuda de Morales*, que hacía sus compras en la pulpería de la esquina, que no recibía visitas, que algunas tardes iba a curiosear tiendas al Parque, que usaba un

sombrero de anchas alas y un traje negro muy largo para ir probablemente al cementerio y que el resto del día dormía, cosía, leía y canturreaba en su cuarto o en el balcón sentada en una vieja mecedora.

Mal que bien comenzó a sospechar que se trataba de una vecina soportable, que alteraba apenas sus hábitos y dotaba más bien a su soledad de un decorado sonoro hecho de los muros más inocuos, hasta la vez que se le ocurrió, como sucedía cada diez o quince días, escuchar una de sus óperas en su vitrola de cuerda. Apenas Caruso había atacado su aria preferida sintió en la pared un ruido seco. ¿Algún descuido de su vecina? Pero al poco rato el ruido se repitió y cuando Memo volvió a poner el disco los golpes se hicieron insistentes. «¿Va a quitar esa música de porquería?». Memo quedó helado. Nadie en la vida lo había interpelado de esa manera. No sólo era un insulto pérfido contra su persona sino una ofensa a su cantor favorito. Sin hacer caso continuó escuchando a Caruso. Pero la voz de contralto de su vecina se impuso: «Pedazo de malcriado, ¿no se da cuenta que me molesta con esos chillidos?». Memo quedó un momento callado y al fin apretando los puños y los dientes gritó: «¡Aguántelos!». A mala hora. Ya no fueron golpes esporádicos los que removieron la pared, sino un martilleo insoportable, hecho seguramente con el metal de una cacerola. Memo estuvo a punto de ceder, pero adivinando que una primera concesión lo llevaría al sometimiento absoluto, aumentó el volumen de su vitrola y prosiguió escuchando impasible su ópera. La vieja continuó golpeando y refunfuñando y al fin cansada se fue de su casa tirando la puerta.

Este primer incidente alarmó un poco a Memo, pero al mismo tiempo halagó su vanidad, no se había dejado impresionar por esas bravatas y al final había salido con su gusto. Una vecina vieja y gorda no iba a mudar su rutina ni a menguar su tranquilidad. En los días siguientes continuó escuchando óperas, sin que la vecina pudiera impedírselo. Después de algunas protestas como «¡Ya empieza usted con su fregadera! ¡Me quiere volver loca!», optaba por irse de paseo hasta el atardecer. Memo tuvo la impresión de que el enemigo cedía terreno y que esa primera batalla estaba prácticamente ganada.

Una tarde vio llegar a doña Pancha con una enorme caja de cartón, que lo intrigó. Estuvo tentado primero de salir al corredor y espiarla por la ventana, pero finalmente optó por pegar el oído a la pared. La escuchó canturrear y deambular por la pieza desplazando muebles. Al poco rato una voz de hombre llenó la habitación vecina. Era alguien que hablaba de las ventajas de fijador de cabello Glostora. Memo se desplomó en su sillón: ¡un aparato de radio! El locutor anunciaba ahora el programa «Una hora en el trópico». Y la hora en el trópico empezó con la voz aflautada de un cantante de boleros. Memo escuchó dos o tres canciones sin atinar a moverse, pero cuando se inició la siguiente avanzó hacia la vitrola y colocó su Caruso. Su vecina aumentó el volumen y Memo la imitó. Aún no se habían dado cuenta, pero había

empezado la guerra de las ondas.

Ésta duró interminables días. Doña Pancha había descubierto un arma más poderosa que la música bailable: el radioteatro. Su habitación se llenó de exclamaciones, llantos, quejidos, mallas de una historia que se prolongaba de tarde en tarde y en la cual, mal que bien, Memo había terminado por reconocer algunos personajes siempre arruinados o atacados por enfermedades incurables, pero incapaces de morir. Como le pareció indecente enfrentar a Verdi con tales adefesios, hizo una inspección por una disquería y llegó cargado de viejas marchas militares. Desde entonces cada vez que doña Pancha prendía su aparato para sintonizar un episodio de su novela, Memo hacía sonar los clarines de la marcha de Uchumayo o los redobles de tambor de la carga de Junín. Fue una lucha grandiosa. Doña Pancha hacía esfuerzos inútiles por evitar que bombos y cornetas contaminaran el monólogo dramático de la hija abandonada o los lamentos del viejo padre ofendido en su honra. La equiparidad de fuerzas hizo que esta guerra fuera insostenible. Ambos terminaron por concluir un armisticio tácito. Memo fue paulatinamente acortando sus emisiones y bajando su volumen, lo mismo que doña Pancha. Al fin optaron por escuchar sus aparatos discretamente o por encenderlos cuando el vecino había salido. En definitiva, había sido un empate.

Este conflicto fue seguido por un largo periodo de calma, en el cual cada contrincante, después de tanto esfuerzo desplegado, pareció entregarse con delicias a los placeres de la paz recobrada. Como cada cual conocía los hábitos del otro, procuraban no encontrarse jamás en las escaleras ni en la galería. Esto los obligaba sin embargo a vivir continuamente pendientes el uno del otro. Y fue así como Memo notó que su vecina había iniciado un vasto plan de embellecimiento de su habitáculo. El interior debía haberlo remozado, pues la vio pasar con latas de pintura. Pero luego —y esto era imposible no verlo— amplió sus proyectos decorativos hacia la galería. Su vieja mecedora la forró con una cretona floreada y en la baranda que corría frente a su departamento colocó una docena de macetas vacías. Éstas fueron progresivamente llenándose de plantas. Detrás de su visillo, Memo vio surgir con asombro claveles, rosas, siemprevivas, dalias y geranios. Doña Pancha no cumplía esta labor en silencio, sino repitiendo entre dientes que algunas personas no sabían lo que era «vivir decentemente», que tenían su casa como unos «verdaderos chanchos» y que cuando vivía su marido había estado acostumbrada siempre a tener un jardín.

Memo escuchaba estas palabras sin inmutarse, pero terminó por darse cuenta que eran el inicio de hostilidades muchísimo más sutiles. Doña Pancha quería imponerse a él, ya que no por la fuerza, al menos por el gusto y la ostentación. Memo no tenía ninguna pasión por las flores, de modo que renunció a emular a su vecina en este sentido, pero recordó haber visto en sus libros de viajes fotografías de arbustos exóticos. En una florería del parque descubrió un helecho sembrado en su caja de

madera y haciendo un dispendio lo adquirió. Como era imposible ponerlo sobre la baranda, no tuvo más remedio que colocarlo en la galería, al lado de su puerta. Durante horas esperó que doña Pancha llegara de la calle. Al fin la vio subir pufando las escaleras y detenerse asombrada ante el arbusto que inesperadamente adornaba el balcón. Largo rato estuvo examinando la planta con una expresión de asco y al fin soltando la carcajada se retiró a su cuarto.

Memo, que esperaba verla palidecer de envidia, se sintió decepcionado. Haciendo una nueva pesquisa por las florerías compró esta vez un pequeño ciprés que instaló también en la galería, al otro lado de la puerta, lo que tampoco pareció impresionar a doña Pancha. Finalmente completó su colección con un cactus serrano que instaló en su macetón contra la balaustrada. Fue sólo esta planta la que provocó en doña Pancha un fruncimiento de nariz, una mueca de estupor y un ademán de abatimiento, que Memo interpretó como la más inconfesable envidia. Y para redondear su ofensiva, cada vez que regaba su huerta portátil no dejaba de decir en voz alta: «Geranios, florecitas de pacotilla. Dalias que apestan a caca. Hay que ser huachafo, tener el gusto estragado. La distinción está en los arbustos de otros climas, en la gran vegetación que nos da la idea de estar en la campiña. Las plantas en maceta, para los peluqueros».

La rivalidad de las plantas se hubiera limitado a una simple escaramuza sin mayor consecuencia, si es que para llegar a su departamento doña Pancha no tuviera que pasar frente al de Memo. Y sus plantas iban creciendo. El ciprés había engrosado y tendía a dirigir sus ramas hacia el centro del pasaje, mientras el cactus serrano prolongó sus brazos en la misma dirección. De este modo, lo que antes era un corredor amplio y despejado se había convertido en una pequeña selva que era necesario atravesar con precauciones.

Una mañana que doña Pancha salió apurada a misa se enganchó el vestido con una espina. Memo fue despertado por sus gritos: «¡Esto no puede seguir así! ¡El viejo me quiere asfixiar con sus árboles! Quiere cerrarme el paso de mi casa. Ha llenado esto de cosas inmundas». Y al notar que el vuelo de su traje tenía una rasgadura voló de un carterazo una rama del cactus.

Memo esperó pacientemente que bajara las escaleras. Cuando la vio desaparecer salió a la galería, inspeccionó detenidamente las macetas y eligiendo los claveles dio un golpe con la mano y el tiesto cayó al jardín de los bajos.

Al día siguiente Memo notó que a su cactus le faltaba otro de sus brazos y esa misma noche, esperando que doña Pancha se durmiera, echó a los bajos su maceta con dalias.

Las represalias no se hicieron esperar: Memo comprobó que a su ciprés le habían cortado la guía, condenándolo en adelante a ser un ciprés enano. Presa de furor envió esa noche al jardín las dos macetas de siemprevivas. A la mañana siguiente —doña Pancha debía haber madrugado— su helecho estaba partido por la mitad. Memo vaciló entonces si valía la pena proseguir esa guerra secreta de golpes de mano

nocturnos y silenciosos: ella los conducía a la destrucción recíproca. Pero jugándose el todo por el todo esperó como de costumbre que llegara la medianoche y salió a la galería dispuesto a destruir esta vez la más preciada joya de su vecina: su maceta con rosas. Cuando se acercaba a la balaustrada, la puerta del lado se abrió y surgió doña Pancha en bata: «¡Ya lo vi, sinvergüenza, viejo marica, quiere hacer trizas mi jardín!». «Me estoy paseando, zamba grosera. Todo el mundo tiene derecho a caminar por el balcón». «Mentira, si ya estaba a punto de empujar mi maceta. Lo he visto por la ventana, pedazo de mequetrefe. Ingeniero dice la tarjeta que hay en su puerta. ¡Qué va a ser usted ingeniero! Habrá sido barrendero, flaco asqueroso». «Y usted es una zamba sin educación. Debían echarla de la quinta por bocasucia». «Soy yo la que lo voy a hacer echar. Lo voy a llevar a los tribunales por daños a la propiedad». Los insultos continuaron, subiendo cada vez más de tono. Algunas luces se encendieron en la quinta. Memo, temeroso siempre del escándalo, optó por retirarse, después de lanzar una última injuria que había tenido hasta entonces en reserva: «¡Negra!». Cuando entraba a su cuarto la vieja se deshacía en improperios, amenazándolo con un hijo que vivía en Venezuela y que estaba a punto de llegar: «¡Lo va a hacer pedazos, empleadito de mierda!».

Memo concilió tarde el sueño, temiendo que doña Pancha arrasara esa noche el resto de su boscaje. Pero a la mañana siguiente comprobó que no había pasado nada. Él tampoco tuvo ánimo para reanudar la contienda. Los intercambios de insultos parecía haberlos aliviado. Entraron a un nuevo periodo de paz.

Memo pasó unos días sosegados, observando por la ventana a su vecina ocupada en sus trajines cotidianos, regar el resto de sus flores, barrer y baldear la galería, ir de compras o a misa. Una mañana la vio salir con sombrero, llevando en la mano una pequeña maleta. En vano esperó que llegara al atardecer o en la noche. La habitación vecina estaba terriblemente silenciosa. Memo coligió que doña Pancha debía haber partido hacia alguna de esas estaciones de baños termales, uno de esos lugares donde los viejos se reúnen en pandilla con la esperanza de retardar la hora de la cita con la muerte. Entonces respiró a sus anchas, pudo poner de nuevo sus óperas a todo volumen, pasearse en pijama por la galería, fumar hasta tarde apoyado en la balaustrada y hasta darse el lujo de sentarse una tarde en la mecedora de su vecina.

La tranquilidad de Memo no duró sin embargo mucho tiempo. Doña Pancha apareció un día con su maleta, rozagante y cobriza, lo que parecía corroborar que había estado de vacaciones. Ese día Memo no salió de su casa y se dedicó a espiarla, deseando casi que lo provocara con alguna impertinencia, a fin de tener un pretexto para elevar la voz y demostrar que estaba allí, intacto y vigilante. Pero su vecina no le concedió ninguna importancia. Se dedicó a reanimar su mustio jardín, a coser nuevas cortinas para su ventana y a escuchar sus radionovelas, pero a media voz, como si su periodo de descanso la hubiera persuadido de las ventajas de la convivencia pacífica.

Como lo temía Memo —y en el fondo lo esperaba— esto era sólo apariencia. La vieja debía haber urdido durante su retiro alguna nueva estrategia. En esos días

Memo había contratado a una muchacha para que viniera una vez a la semana a lavarle la ropa. Era casi una niña, un poco retardada y dura de oído. Cada vez que venía, Memo se instalaba en su sillón, cogía un libro de viajes y mientras la fámula laboraba la vigilaba con un aire paternal y jubilado.

Doña Pancha no se percató al comienzo de esta novedad. Pero a la tercera semana, al ver entrar donde su vecino a una mujer sola y permanecer allí largo rato, concibió un montaje obsceno, se sintió vicariamente ultrajada en su virtud y puso el grito en el cielo: «¡Véanlo pues al inocentón! Tiene su barragana. A la vejez viruelas. ¡Trae mujeres a su cuarto!». «¡Silencio, boca de desagüe!». «No me callaré. Si quiere hacer cochinadas, hágalas en la calle. Pero aquí no. Éste es un lugar decente». «¡Zamba grosera, chitón!». «¡Es el baldón de la quinta!», añadió doña Pancha y no contenta con vociferar en su cuarto salió al balcón, justo cuando la muchacha se retiraba. «¡No vuelvas donde ese viejo, es un corrompido! Ya verás, te va a hundir en el fango». La muchacha, sin entender bien, se alejó haciéndole reverencias, mientras Memo, que había salido a la puerta de su casa, se enfrentó por primera vez directamente con su vecina: «¡Es mi lavandera, vieja malpensada! Tiene usted el alma tan sucia como su boca. ¡Cuídese del demonio!». Ambos levantaron la voz a tal extremo que apenas se escuchaban. Como de costumbre terminaron por darse la espalda y refugiarse en sus cuartos tirando la puerta.

Desde entonces doña Pancha no cejó. Cada vez que venía la lavandera se deshacía en insultos contra Memo. Nosotros, los habitantes de la quinta, comenzamos a darnos cuenta que esa banal enemistad entre vecinos hollaba el terreno del delirio. Probablemente doña Pancha había terminado por comprender que esa visitante era una inocente empleada, pero embarcada en su nueva ofensiva no quería dar marcha atrás. Memo se limitaba a parar los golpes, pero su arsenal de injurias parecía haberse agotado. La situación, objetivamente, lo condenaba y tenía que mantenerse a la defensiva. Hasta que se le presentó la ocasión de pasar al ataque.

Fue cuando se le atoró a doña Pancha el lavadero de la cocina. Por más esfuerzos que hizo no pudo reparar el desperfecto y se vio obligada a llamar a un gasfitero. Una tarde apareció un japonés con su maletín de trabajo. Memo supuso que era un artesano del barrio y sospechaba a qué venía, pero no quiso desperdiciar la oportunidad de vengarse. Cuando el obrero se fue, salió a la galería e imitando a sus tenores preferidos improvisó un aria completamente destemplada: «¡La vieja tiene un amante! ¡Trae un hombre a su casa! Un japonés además. ¡Y obrero! ¡Y en la iglesia se da golpes de pecho, la hipócrita! ¡Que se enteren todos aquí, doña Francisca viuda de Morales con un gasfitero!». Doña Pancha ya estaba frente a él, más cerca que nunca. Cara contra cara, sin tocarse, gruñían, babeaban, enronquecían de insultos, se fulminaban con la mirada, buscando cada cual la palabra mortal, definitiva. «¡Cobarde, pestífero, empleaducho!», logró articular doña Pancha, cuando Memo disparaba su último cartucho: «¡Vieja puta!». Doña Pancha estuvo a punto de desplomarse. «¡Eso no! ¡Ya verá cuando llegue mi hijo! Viene a vivir conmigo. Es

rico además, no un pobretón como usted. ¡Lo aplastará como a una cucaracha!».

Y el hijo que vivía en Venezuela no era una invención. En efecto, llegó. Un taxi se detuvo un día frente a la quinta y de él descendió un señor corpulento, de pies muy grandes y andar acompasado. El chofer lo ayudó a transportar hasta el departamento dos baúles claveteados, decorados con etiquetas de todos los hoteles del mundo.

Memo, impresionado por su talante, permaneció unos días recluido, tratando de no dar signos de vida. A través del visillo lo vio salir con doña Pancha, acompañándola de compras o de paseo. Usaba camisas de colores chillones y corbatas floreadas. Su corpulencia sin embargo era un poco engañosa, pues Memo advirtió que a pesar de su gordura era pálido y daba a veces la impresión de una extremada fragilidad. Era además de poco hablar, pues Memo trató en vano, pegando el oído a la pared, de sorprender lo que hablaban. Sus veladas eran más bien tristes, lánguidas y finalizaban al anochecer con un breve paseo por la galería por donde discurrían silenciosamente.

Memo comprendió que el hijo se aburría y añoraba algo. Cuando su mamá se ausentaba, salía al corredor y pasaba largo rato en la baranda junto a las macetas floridas, fumando y mirando el cielo opaco. A veces se aventuraba a pasearse por la galería. Luego descendió al jardín, para errar pensativo bajo las coposas palmeras. Más tarde, en las noches, se resolvió a caminar solo por el balneario. Debía llegar tarde, pues Memo lo escuchó varias veces desde la cama subir fatigadamente las escaleras.

En esos días Memo se cruzó por azar en la escalera con su vecina. Hizo lo posible por evitarla, pero ella lo interpeló: «Ya no se le oye chistar, corderito, ahora que hay un hombre en casa. ¿No lo decía? A ver, manifiéstese, pues».

Memo no sabía aún qué partido tomar. Esa presencia varonil lo cohibía por un lado pero por otro despertaba su curiosidad. Una noche decidió seguir a su vecino en una de sus salidas nocturnas. El gordo inició una caminata oblicua, fue en dirección del parque, pasó persignándose frente a la parroquia, observó con parsimonia una vieja residencia, tomó la alameda Ricardo Palma y, cosa que extrañó a Memo, cruzó los rieles del tranvía rumbo a Surquillo. Este barrio siempre le había inspirado a Memo desconfianza. En muchas de sus calles se afincaban indigentes, borrachines, matones y rufianes. El gordo anduvo de un lado a otro, aparentemente desprevenido, hasta que entró a una chingana de trasnochadores. Acodado en el mostrador pidió una cerveza y al beber el primer trago su fisonomía se transformó, abandonó todo lo que en ella había de inseguridad y de desarraigo, como la de un hombre que regresa a su hogar luego de una penosa aventura. Después de una segunda cerveza el gordo miró con insistencia a un mancebo que bebía a su lado y trató de buscarle conversación. Ésta se entabló y el gordo le invitó una cerveza. Memo no quiso seguir observando, pues se sintió invadido por una invencible repugnancia. El gordo ofrecía cigarrillos a

su vecino y pedía que le mostrara su mano para adivinarle las líneas de la fortuna.

Las conclusiones que Memo sacó de este incidente se las reservó y no tuvo por el momento ocasión de usarlas pues el hijo, así como vino, se fue. Una mañana se detuvo un taxi frente a la quinta, subió el chofer y ayudó al gordo a llevar sus baúles hasta el auto. Doña Pancha estaba en la vereda con un pañuelo en la mano. La despedida fue larga y, tal como la presenció Memo, extremadamente patética. Memo dedujo que el hijo regresaba a Venezuela, esta vez para siempre.

Doña Pancha pasó unos días inactiva, despatarrada en su mecedora, viendo por encima de la baranda la quinta, sus enredaderas y esas garúas matinales que un invierno mediocre enviaba por bravata antes de despedirse. En esa época una de las palmeras de la entrada se desplomó causando susto, pero no daño a los transeúntes. La casa de la familia Chocano amaneció un día con los muros agrietados y sus ocupantes tuvieron que mudarse precipitadamente. Nadie se daba el trabajo de renovar el césped del jardín central, que había terminado por convertirse en un lodazal. La quinta continuaba degradándose. Sus propietarios, un Banco, no hacían nada por repararla, esperaban que su decrepitud expulsaría a sus habitantes y que podrían así construir un edificio moderno en su solar. Memo vio por primera vez aparecer ratones en los corredores.

Doña Pancha no tardó mucho en reponerse de la partida de su hijo. Su temperamento imaginativo y hacendoso la empujó a colmar ese vacío con nuevas ocupaciones. Una mañana Memo descubrió que en la jaula vacía que doña Pancha trajera el día que se mudó y que desde entonces colgaba sobre el dintel de su puerta había un loro. Un loro enorme, verdirrojo, que lo observó inmutable con sus ojos colorados. Memo dedujo de inmediato que esa adquisición no era un mero pasatiempo sino una acción dirigida contra su persona. Pero esta vez se engañó, pues se trataba de un loro más bien reservado que sólo de cuando en cuando emitía un graznido metálico. Doña Pancha pasaba horas cambiándole el agua de su tacita y dándole de comer en el pico un choclo fresco.

Ese animal contenía sin embargo elementos de perturbación que no tardaron en manifestarse. En esos días una estación de radio había convocado a un concurso, ofreciendo un premio de mil soles a quien presentara un loro que dijera «Naranjas Huando». A partir de entonces doña Pancha se dedicó a enseñarle a su perico esas palabras. Desde la mañana se paraba en una silla bajo la jaula y repetía sin desmayar «Naranjas Huando, Naranjas Huando», sin obtener del animal el menor eco.

Memo soportó los primeros días esa cantaleta, confiado en que su vecina terminaría por desistir. Pero doña Pancha era de una tenacidad inquebrantable y la estupidez de su loro parecía redoblar su ardor. Sus lecciones se fueron haciendo más sostenidas y estruendosas. Un día no pudo más y salió a la galería: «Vieja bellaca, ¿va a cerrar el pico?». «Pico tendrá usted, cholo malcriado». «Éste no es un corral para

traer animales». «Y a usted, ¿cómo lo han dejado entrar en la quinta?». «Animal será usted, una verdadera bestia para decirlo en una palabra. Más bruta que su loro». «No me siga hablando así que voy a llamar a la policía». «Que venga pues la policía y verá como hago que le metan al loro donde no le dé el sol». «A mí hablarme de bocas. ¿No se ha visto la jeta en un espejo? Cara de poto». «Asqueroso, tísico, pestífero».

Estos altercados no impidieron que doña Pancha siguiera aleccionando a su loro. Cada día Memo preparaba una batería de agravios inéditos, pero que no hacían mella en su vecina. El loro, por otra parte, recompensando los esfuerzos de doña Pancha, salió de su mutismo y demostró tener una voz particularmente chillona, incapaz de articular la frase «Naranjas Huando», pero de bordar en torno a esas sílabas un estridente abecedario.

Memo comenzó a pensar que esta vez se había embarcado en una batalla sin salida o que tal vez era necesario replantear desde el comienzo toda su estrategia. Y al fin se le ocurrió la idea salvadora: así como durante la guerra de las flores opuso a las macetas de su vecina su pequeño jardín salvaje ahora era necesario enfrentar a su animal con otro animal. Y ya que en la quinta había ratones lo indicado era un gato.

Lo buscó afanosamente por el barrio y encontró al fin alguien que le cedió un capón negro, huraño, y un poco viejo. Los primeros días el gato anduvo refugiado bajo el sillón y apenas se atrevía a salir para comer en la cocina o hacer su caca en una caja de arena. Luego, cediendo a la curiosidad, se aventuró por la pieza oliendo cada objeto y dejándose incluso acariciar el lomo por su dueño. Cuando Memo juzgó que ya había ganado su confianza le colocó una cadenilla y salió a pasearse con él por la galería.

Doña Francisca no dijo nada, pero comenzó a evaluar qué inconvenientes podría traerle la presencia de ese felino. Ella lo veía chusco, demoniaco, con la cola demasiado larga, capaz de propagar enfermedades repugnantes. Pronto comenzó a quejarse, diciendo que apestaba, que se meaba en el muro de su casa. «Mentira —chillaba Memo—, sólo orina en su caja. No se caga fuera de la jaula como su loro y llena todo de moscas».

Las cosas no quedaron allí. Cuando el gato se familiarizó más con la casa, Memo le permitió salir al corredor y tomar el sol al lado de su ciprés. Sólo entonces el capón reparó que en la jaula vecina había algo que se movía. Se dedicó entonces durante horas a observar las evoluciones del pajarraco, intrigado por el galimatías que era todo lo que había aprendido de su dueña. Doña Pancha notó que el gato se acercaba cada día más a la jaula. «¡Se quiere comer a mi loro! ¡Usted lo ha adiestrado para que lo mate!». «A buena hora. Libraría a la quinta de una plaga». «Si lo veo acercarse un centímetro más, ese animal va a saber lo que es un escobazo». «Y usted una patada en el trasero». «¡Ya se abrió el albañal! ¡Ahora van a salir sapos y culebras!». «Sapo será usted y una culebra es lo que yo debería traer para que la estrangule».

A pesar de las protestas de doña Pancha, Memo dejó que su gato siguiera

paseándose por la galería. En buena cuenta había delegado a su felino la tarea de ocuparse de su vecina y podía pasar así largas horas leyendo tranquilamente en un sillón. Un día sintió caer en el balcón un chorro de agua y al poco rato su gato penetró despavorido por la ventana completamente mojado. En el acto salió, cuando doña Pancha entraba a su casa con un balde.

«¡Ya la vi, zamba canalla! Abusando de un animal indefenso». Doña Pancha asomó: «Se había subido a mi ventana, iba a saltar a la jaula». «No le creo. Además mi gato no quiere envenenarse mordiendo a ese pájaro inmundo». «Viejo avaro, usted lo mata de hambre seguramente cuando quiere comerse a mi loro». «Come mejor que usted, para que lo sepa, carne molida y sardinas». «Por eso es que apesta a pescado podrido».

Memo interrumpió la discusión pensando que su gato necesitaba socorro, mientras su vecina seguía refunfuñando, advirtiéndole que en adelante no toleraría amenazas contra su loro. El gato tiritaba acurrucado en un rincón de la pieza. Memo lo secó cuidadosamente con una toalla, lo envolvió en una chompa y le colocó una bolsa de agua caliente. El gato permaneció unos días encerrado, sin atreverse a salir. Pero más puede la curiosidad que el castigo y asomando primero la nariz, luego el pescuezo terminó por implantarse otra vez en la galería, vigilando al perico. Doña Pancha cumplió su palabra y el felino recibió un segundo chorro de agua fría. Esta vez Memo, que no esperaba tal ofensa se abstuvo de toda reacción, pero esa misma noche veló y cuando su vecina dormía salió, descolgó la jaula y la aventó con tal fuerza al jardín de los bajos que la jaula se despanzurró. El loro se fue volando.

Nunca Memo previó las consecuencias de este gesto y por primera vez pensó que tal vez había ido demasiado lejos. Doña Pancha estaba a la mañana siguiente aporreando la puerta de su cuarto y tan trastornada por lo ocurrido que apenas podía hablar. Gorda, oscura, envuelta en sus anchísimos vestidos, gesticulaba delante de él, movía los brazos, cerraba el puño, señalaba su puerta, la baranda, el jardín, sin lograr convertir su cólera en palabras. Memo vio en su rostro abotagado los signos de un colapso inminente. «Usted se lo ha ganado», se atrevió a decir y doña Pancha sólo pudo exclamar, pero con una carga de odio que lo aterrorizó: «¡Miserable!».

Sobrevinieron unos días de paz forzosa. Doña Pancha, olvidándose de Memo, salía muy temprano en busca de su loro, preguntando en el barrio de puerta en puerta. Puso un aviso a la entrada de la quinta ofreciendo una recompensa por su hallazgo. El viejo pájaro sin embargo no se había ido muy lejos. Su larga cautividad lo había despojado de toda veleidad libertaria y había terminado por recalar en la rama de un ficus vecino, donde un transeúnte lo ubicó. Su captura fue un ejemplo de movilización social. Doña Pancha concientizó a la mayoría de los vecinos y hasta nosotros, observadores más bien morosos, participamos en la aventura. Con escaleras, cuerdas y pértigas tratamos de echarle mano. Cuando estábamos a punto de alcanzarlo se volaba a un árbol contiguo. La persecución se prolongó durante días de árbol en árbol y de cuadra en cuadra hasta que llegamos a las inmediaciones del

parque. Al fin el loro encalló hambriento y fatigado en una florería y doña Pancha pudo recobrarlo y con él la tranquilidad y el honor perdidos. Esta vez lo instaló en una jaula de pie, metálica, roja e inexpugnable.

A partir de entonces sucedió algo extraño: entre el loro y el gato se estableció una rara complicidad. Bastaba que el loro lanzara en la mañana su primer graznido para que el gato saliera inmediatamente al corredor, empezara a hacer cabriolas, encorvar el lomo, enhiestar el rabo, dar saltos y volantines, hasta que fatigado terminaba por sentarse muy sosegado y ronroneando al lado de la jaula. El loro se pavoneaba en su columpio, improvisaba gorgoritos y cuando el gato se atrevía por juego a meter su mano peluda por las rejas, fingía el más grande temor para luego acercarse y darle un inocuo picotón en la garra. En ese juego siempre repetido parecían encontrar un deleite infinito.

El acercamiento entre lo que antes habían sido sus armas de combate no menguó la pugna entre los vecinos. Pero ésta asumió formas muchísimo más rutinarias y triviales. Sin pretextos graves para enfrentarse, recurrían al insulto maquinal. Cada vez que se cruzaban en las escaleras o la galería Memo decía entre dientes: «Zamba cochina» y obtenía como respuesta: «Cholo pulguiento». A través del muro además se había entablado un diálogo que se cumplía rigurosamente. Con los años doña Pancha sufría de trastornos gástricos y soltaba muchos gases. Memo, atento a todos los ruidos, llevaba en voz alta una escrupulosa contabilidad: «Primer pedo», «Segundo pedo» y como a fuerza de fumar él tosía y escupía a menudo, doña Pancha respondía: «Ya empieza a echar gargajos el viejo tísico», «Un pollo más». Así, ambos nada olvidaban ni perdonaban y ocupaban sus días seniles en una contienda más bien disciplinada, cada vez menos feroz, que iba tomando el aspecto de una verdadera conversación.

Un día el cielo raso de doña Francisca se agrietó y poco después en el muro de la fachada apareció una fisura. La quinta seguía cayéndose a pedazos. Doña Pancha fue al Banco y trató inútilmente de localizar al propietario. Le dijeron que era una sociedad anónima y que ésta la formaban un centenar de personas o, lo que era lo mismo, ninguna. Al fin logró hacerse escuchar por un empleado quien le dijo que las reparaciones corrían por cuenta de los inquilinos y que si no podía hacerlas se mudara. Poco después recibió una notificación judicial diciéndole que si las averías se agravaban se vería obligada a dejar la casa.

Esto la sumió en el más grande terror. Por el alquiler antiguo que ella pagaba en ese lugar sólo encontraría un cuarto de esteras en una barriada. Cada mañana pasaba revista al cielo raso y los muros temerosa de ver surgir una nueva grieta. Pero la quinta se desmoronaba caprichosamente, sin seguir ningún orden preestablecido. Otra de las palmeras de la entrada se derrumbó, en los departamentos de los altos estallaron las cañerías inundando varios departamentos y las tejas de una casa exterior se vinieron abajo.

Memo no trató esta vez de sacar ninguna ventaja de las dificultades de su vecina.

Varias veces estuvo tentado de intercalar, en uno de sus cotidianos diálogos murales, algo así como «Que se le caiga el techo encima» o «Reviente, zamba, bajo la pared», pero el temor de que el deterioro de la casa contigua se hiciera extensivo a la suya lo paralizaba. Esto no le impedía llevar el registro de los ruidos de su vecina y aparte de los gases había detectado en su respiración, en las noches, un ronquido que le dio pábulo a nuevas invectivas: «Ahora son los bronquios; las pulmonías se llevan a la tumba a las viejas gordas» o «Dentro de unos meses a Jauja, a respirar el aire de los desahuciados. Así me dejará tranquilo, arpía».

Una noche doña Pancha tosió sin interrupción, lo que redobló las pullas de Memo y el pleito que tendía a empantanarse en la moderación recobró su antiguo brío. «¡Asqueroso, insolente, no tiene respeto por una mujer de edad! A ver, ¿por qué cuando estuvo mi hijo aquí no levantó la voz? Se la pasó escondido bajo la cama, cobarde». Por la mente de Memo pasó un viejo recuerdo y antes de que pudiera reprimirse gritó: «Sépalo bien, ¡su hijo era un rosquete!». En vano esperó la respuesta. En el resto de la noche sólo escuchó toses, ronquidos y suspiros.

Al día siguiente doña Pancha no salió de su cuarto. Memo esperó en vano verla regresar de misa o ir de compras para colocarle, de pasada, una de sus habituales estocadas. El loro estuvo más locuaz que de costumbre, probablemente esperando su choclo fresco y el gato trató de entretenerlo en vano con sus monerías de viejo capón. Memo permaneció todo el tiempo al acecho, escuchando tan sólo en la pieza contigua el carraspeo y el trajín de una persona agotada. En los días siguientes el trajín se fue haciendo más lento hasta que cesó por completo. Memo se alarmó: ese silencio le parecía irreal, despojaba a su vida de todo un escenario que había sido minuciosa, arduamente montado durante años.

Saliendo al balcón observó al loro que yacía acurrucado en un rincón de su jaula encamada y, lo que nunca hacía, se atrevió a acercarse a la ventana de su vecina. Apenas vio su reflejo en los cristales dio un respingo. «Viejo idiota, ¿qué hace allí espiándome?». «No estoy espiando a nadie. Ya le he dicho que el balcón es de todos los inquilinos». «Ya que tiene usted dos patas, vaya a la botica y tráigame una aspirina». «A la última persona que le haré un favor será a usted. Reviente, zamba sucia». «No es un favor, pedazo de malcriado, es una orden. Si no me hace caso va a caer sobre usted la maldición de Dios». «Esas maldiciones me importan un comino. Búsquese una sirvienta».

Memo regresó a su cuarto y anduvo entre sus álbumes de estampillas y sus libros de viajes tratando de entretenerse en algo. Pero nada lograba retener su atención, a no ser el silencio que lo cercaba. Al fin pegó la boca al muro y gritó: «¡Le traeré la aspirina, bestia, pero lo hago sólo por humanidad! Y aun así cuídese, no vaya a ser que le ponga veneno».

Cuando regresó de la farmacia tocó la puerta de doña Francisca. «Un momento,

cholo indecente, espere que me ponga la bata». «¿Y cree que la voy a mirar? Lo último que se me ocurriría: ¡una chancha calata!». La puerta se entreabrió y asomó por ella la mano de doña Pancha. Memo depositó el sobre con las aspirinas. «Un sol cincuenta. No va a querer además que le regale las medicinas». «Ya lo sé, flaco avaro. Espere». La mano volvió a asomar y arrojó al balcón un puñado de monedas. «¿Así me paga el servicio? ¡Sépalo ya, no cuente en adelante conmigo, muérase como una rata!».

Pero esa noche cuando doña Pancha lo interpeló pidiéndole una taza de té caliente Memo, después de deshacerse en improperios, se la preparó. Esta vez la comunicación se efectuó a través de la ventana. Memo tuvo apenas tiempo de entrever el rostro de su vecina, ajado, sombrío, fláccido y violeta.

Al día siguiente fue un caldo lo que doña Pancha exigió. Memo preparaba su propia comida, a veces la encargaba a una pensión de donde se la traían en un portaviandas, muy rara vez iba a un restorán. Ese día no tenía caldo.

«¿Y por qué no un pavo al horno, vieja gorrera?». «Un caldo, he dicho». Memo cogió un poco de carne molida de su gato y preparó una sustancia. Doña Pancha lo esperaba en la ventana, apoyada en el alféizar. Memo la volvió a examinar y notó por primera vez que sus ojeras eran siniestras y que tenía dos enormes lunares de carne en la mejilla. Doña Pancha olió el caldo: «De hueso, seguramente, miserable». «De caca de gato, para que lo sepa».

Al día siguiente Memo se levantó temprano, fue a una pensión cercana y encargó para mediodía una doble ración de caldo de gallina. Cuando se lo trajeron lo puso en el fogón para que se mantuviera caliente. Sentado en su sofá esperó que doña Pancha se manifestara. Pero dieron las dos de la tarde y no escuchó ningún pedido. «¿No hay hambre, vieja pedorra?». Más tarde volvió a interpelarla: «¡Eh, aquí no estamos para aguantar caprichos! La sopa a sus horas o nada». Como doña Pancha no contestó, apagó la cocina y se echó a dormir la siesta. Despertó al atardecer en medio de un gran silencio, puntuado sólo a veces por el cacareo de un loro cada vez más famélico. Memo se entretuvo escuchando sus discos de Caruso, a un volumen intencionalmente elevado, pero a diferencia de otras épocas no llegaron del otro lado ni protestas ni represalias. Cuando ya estaba oscuro volvió a encender la cocina para calentar el caldo y salió a la galería. Otra vez se vio circundado por una calma irreal. El departamento de su vecina estaba apagado. Memo se paseó delante de él taconeando fuerte sobre el enladrillado para hacer notar su presencia e interpelando al pajarraco: «Lorito de trapo sucio, a punto de estirar la pata, ¿no?». Al fin, intrigado, se decidió a dar unos golpes en la puerta y como no obtuvo respuesta la empujó. Estaba sin picaporte y cedió. En la oscuridad avanzó unos pasos, tropezó con algo y cayó de bruces. «Vieja bruja, ¿así que poniéndome zancadillas, no?». A gatas anduvo chocando con taburetes y mesas hasta que encontró el conmutador de una lámpara y alumbró. Doña Pancha estaba tirada de vientre en medio del piso, con un frasco en la mano. El vuelo de su camisón estaba levantado, dejando al descubierto un muslo

inmensamente gordo, cruzado de venas abultadas. El primer impulso de Memo fue salir disparado, pero en la puerta se contuvo. Agachándose rozó con la mano ese cuerpo frío y rígido. En vano trató de levantarlo para llevarlo a la cama. Esos cien kilos de carne eran inamovibles.

«Ya lo decía —masculló—, tenías que reventar así. ¿Y ahora qué hago contigo? ¡Aun muerta tienes que seguir fregando! Dura como loza te has quedado, negra malcriada». Su gato había aprovechado para entrar a husmear ese lugar no hollado y olía la mano de doña Pancha. «¡Fuera de aquí, bestia carachosa!», gritó Memo y como nunca le encajó un puntapié en las costillas. Con una rápida mirada escrutó la pieza y notó el desorden que deja una persona que bruscamente se ausenta: cajones abiertos, ropa tirada en las sillas, platos sucios en la cocina. Saliendo del cuarto fue a su casa, se puso su pijama, probó un poco de caldo y se metió a la cama. Pero le fue imposible conciliar el sueño. Cerca de medianoche se vistió y se dirigió a la comisaría del parque para dar cuenta de lo sucedido.

En el resto de la noche y hasta la madrugada pasaron por el cuarto vecino policías, el médico forense, un sacerdote, algunos vecinos y dos monjitas que vistieron a la muerta. No hubo velatorio. Vino a llevarla al cementerio la carroza de los indigentes. Cuando en pleno día sacaban el ataúd de madera sin barnizar, Memo dudó si debía o no hacer acto de presencia. Estuvo a punto de ponerse el saco, pero finalmente por desidia o por terquedad renunció.

Y desde entonces lo vimos más solterón y solitario que nunca. Se aburría en su cuarto silencioso, adonde habían terminado por llegar las grietas de la pieza vecina. Pasaba largas horas en la galería fumando sus cigarrillos ordinarios, mirando la fachada de esa casa vacía, en cuya puerta los propietarios habían clavado dos maderos cruzados. Heredó el loro en su jaula colorada y terminó, como era de esperar, regando las macetas de doña Pancha, cada mañana, religiosamente, mientras entre dientes la seguía insultando, no porque lo había fastidiado durante tantos años, sino porque lo había dejado, en la vida, es decir, puesto que ahora formaba parte de sus sueños.

(París, marzo de 1974)

Alienación
(Cuento edificante seguido de breve colofón)

A pesar de ser zambo y de llamarse López, quería parecerse cada vez menos a un zaguero de Alianza Lima y cada vez más a un rubio de Filadelfia. La vida se encargó de enseñarle que si quería triunfar en una ciudad colonial más valía saltar las etapas intermediarias y ser antes que un blanquito de acá un gringo de allá. Toda su tarea en los años que lo conocí consistió en deslopizarse y deszambarse lo más pronto posible y en americanizarse antes de que le cayera el huaico y lo convirtiera para siempre, digamos, en un portero de banco o en un chofer de colectivo. Tuvo que empezar por matar al peruano que había en él y por coger algo de cada gringo que conoció. Con el botín se compuso una nueva persona, un ser hecho de retazos, que no era ni zambo ni gringo, el resultado de un cruce contranatura, algo que su vehemencia hizo derivar, para su desgracia, de sueño rosado a pesadilla infernal.

Pero no anticipemos. Precisemos que se llamaba Roberto, que años después se le conoció por Boby, pero que en los últimos documentos oficiales figura con el nombre de Bob. En su ascensión vertiginosa hacia la nada fue perdiendo en cada etapa una sílaba de su nombre.

Todo empezó la tarde en que un grupo de blanquiñosos jugábamos con una pelota en la plaza Bolognesi. Era la época de las vacaciones escolares y los muchachos que vivíamos en los chalets vecinos, hombres y mujeres, nos reuníamos allí para hacer algo con esas interminables tardes de verano. Roberto iba también a la plaza, a pesar de estudiar en un colegio fiscal y de no vivir en chalet sino en el último callejón que quedaba en el barrio. Iba a ver jugar a las muchachas y a ser saludado por algún blanquito que lo había visto crecer en esas calles y sabía que era hijo de la lavandera.

Pero en realidad, como todos nosotros, iba para ver a Queca. Todos estábamos enamorados de Queca, que ya llevaba dos años siendo elegida reina en las representaciones de fin de curso. Queca no estudiaba con las monjas alemanas del Santa Úrsula, ni con las norteamericanas del Villa María, sino con las españolas de la Reparación, pero eso nos tenía sin cuidado, así como que su padre fuera un empleadito que iba a trabajar en ómnibus o que su casa tuviera un solo piso y geranios en lugar de rosas. Lo que contaba entonces era su tez capulí, sus ojos verdes, su melena castaña, su manera de correr, de reír, de saltar y sus invencibles piernas, siempre descubiertas y doradas y que con el tiempo serían legendarias.

Roberto iba sólo a verla jugar, pues ni los mozos que venían de otros barrios de Miraflores y más tarde de San Isidro y de Barranco lograban atraer su atención. Peluca Rodríguez se lanzó una vez de la rama más alta de un ficus, Lucas de Tramontana vino en una reluciente moto que tenía ocho faros, el chancho Gómez le rompió la nariz a un heladero que se atrevió a silbarnos, Armando Wolff estrenó varios ternos de lanilla y hasta se puso corbata de mariposa. Pero no obtuvieron el menor favor de Queca. Queca no le hacía caso a nadie, le gustaba conversar con todos, correr, brincar, reír, jugar al vóleibol y dejar al anochecer a esa banda de adolescentes sumidos en profundas tristezas sexuales que sólo la mano caritativa, entre las sábanas blancas, consolaba.

Fue una fatídica bola la que alguien arrojó esa tarde y que Queca no llegó a alcanzar y que rodó hacia la banca donde Roberto, solitario, observaba. ¡Era la ocasión que esperaba desde hacía tanto tiempo! De un salto aterrizó en el césped, gateó entre los macizos de flores, saltó el seto de granadilla, metió los pies en una acequia y atrapó la pelota que estaba a punto de terminar en las ruedas de un auto. Pero cuando se la alcanzaba, Queca, que estiraba ya las manos, pareció cambiar de lente, observar algo que nunca había mirado, un ser retaco, oscuro, bembudo y de pelo ensortijado, algo que tampoco le era desconocido, que había tal vez visto como veía todos los días las bancas o los ficus, y entonces se apartó aterrorizada.

Roberto no olvidó nunca la frase que pronunció Queca al alejarse a la carrera: «Yo no juego con zambos». Estas cinco palabras decidieron su vida.

Todo hombre que sufre se vuelve observador y Roberto siguió yendo a la plaza en los años siguientes, pero su mirada había perdido toda inocencia. Ya no era el reflejo del mundo sino el órgano vigilante que cala, elige, califica.

Queca había ido creciendo, sus carreras se hicieron más moderadas, sus faldas se alargaron, sus saltos perdieron en impudicia y su trato con la pandilla se volvió más distante y selectivo. Todo eso lo notamos nosotros, pero Roberto vio algo más: que Queca tendía a descartar de su atención a los más trigueños, a través de sucesivas comparaciones, hasta que no se fijó más que en Chalo Sander, el chico de la banda que tenía el pelo más claro, el cutis sonrosado y que estudiaba además en un colegio de curas norteamericanos. Cuando sus piernas estuvieron más triunfales y torneadas que nunca ya sólo hablaba con Chalo Sander y la primera vez que se fue con él de la mano hasta el malecón comprendimos que nuestra deidad había dejado de pertenecernos y que ya no nos quedaba otro recurso que ser como el coro de la tragedia griega, presente y visible, pero alejado irremisiblemente de los dioses.

Desdeñados, despechados, nos reuníamos después de los juegos en una esquina, donde fumábamos nuestros primeros cigarrillos, nos acariciábamos con arrogancia el bozo incipiente y comentábamos lo irremediable. A veces entrábamos a la pulpería del chino Manuel y nos tomábamos una cerveza. Roberto nos seguía como una sombra, desde el umbral nos escrutaba con su mirada, sin perder nada de nuestro parloteo, le decíamos a veces hola zambo, tómate un trago y él siempre no, gracias,

será para otra ocasión, pero a pesar de estar lejos y de sonreír sabíamos que compartía a su manera nuestro abandono.

Y fue Chalo Sander naturalmente quien llevó a Queca a la fiesta de promoción cuando terminó el colegio. Desde temprano nos dimos cita en la pulpería, bebimos un poco más de la cuenta, urdimos planes insensatos, se habló de un rapto, de un cargamontón. Pero todo se fue en palabras. A las ocho de la noche estábamos frente al ranchito de los geranios, resignados a ser testigos de nuestra destitución. Chalo llegó en el carro de su papá, con un elegante *smoking* blanco y salió al poco rato acompañado de una Queca de vestido largo y peinado alto, en la que apenas reconocimos a la compañera de nuestros juegos. Queca ni nos miró, sonreía apretando en sus manos una carterita de raso. Visión fugaz, la última, pues ya nada sería como antes, moría en ese momento toda ilusión y por ello mismo no olvidaríamos nunca esa imagen, que clausuró para siempre una etapa de nuestra juventud.

Casi todos desertaron la plaza, unos porque preparaban el ingreso a la universidad, otros porque se fueron a otros barrios en busca de una imposible réplica de Queca. Sólo Roberto, que ya trabajaba como repartidor de una pastelería, recalaba al anochecer en la plaza, donde otros niños y niñas cogían el relevo de la pandilla anterior y repetían nuestros juegos con el candor de quien cree haberlos inventado. En su banca solitaria registraba distraídamente el trajín, pero de reojo, seguía mirando hacia la casa de Queca. Así pudo comprobar antes que nadie que Chalo había sido sólo un episodio en la vida de Queca, una especie de ensayo general que la preparó para la llegada del original, del cual Chalo había sido la copia: Billy Mulligan, hijo de un funcionario del consulado de Estados Unidos.

Billy era pecoso, pelirrojo, usaba camisas floreadas, tenía los pies enormes, reía con estridencia, el sol en lugar de dorarlo lo despellejaba, pero venía a ver a Queca en su carro y no en el de su papá. No se sabe dónde lo conoció Queca ni cómo vino a parar allí, pero cada vez se le fue viendo más, hasta que sólo se le vio a él, sus raquetas de tenis, sus anteojos ahumados, sus cámaras de fotos, a medida que la figura de Chalo se fue opacando, empequeñeciendo y espaciando y terminó por desaparecer. Del grupo al tipo y del tipo al individuo, Queca había al fin empuñado su carta. Sólo Mulligan sería quien la llevaría al altar, con todas las de la ley, como sucedió después y tendría derecho a acariciar esos muslos con los que tanto, durante años, tan inútilmente soñamos.

Las decepciones, en general, nadie las aguanta, se echan al saco del olvido, se tergiversan sus causas, se convierten en motivo de irrisión y hasta en tema de composición literaria. Así el chancho Gómez se fue a estudiar a Londres, Peluca

Rodríguez escribió un soneto realmente cojudo, Armando Wolff concluyó que Queca era una huachafa y Lucas de Tramontana se jactaba mentirosamente de habérsela pachamanqueado varias veces en el malecón. Fue sólo Roberto el que sacó de todo esto una enseñanza veraz y tajante: o Mulligan o nada. ¿De qué le valía ser un blanquito más si había tantos blanquitos fanfarrones, desesperados, indolentes y vencidos? Había un estado superior, habitado por seres que planeaban sin macularse sobre la ciudad gris y a quienes se cedía sin peleas los mejores frutos de la tierra. El problema estaba en cómo llegar a ser un Mulligan siendo un zambo. Pero el sufrimiento aguza también el ingenio, cuando no mata, y Roberto se había librado a un largo escrutinio y trazado un plan de acción.

Antes que nada había que deszambarse. El asunto del pelo no le fue muy difícil: se lo tiñó con agua oxigenada y se lo hizo planchar. Para el color de la piel ensayó almidón, polvo de arroz y talco de botica hasta lograr el componente ideal. Pero un zambo teñido y empolvado sigue siendo un zambo. Le faltaba saber cómo se vestían, qué decían, cómo caminaban, lo que pensaban, quiénes eran en definitiva los gringos.

Lo vimos entonces merodear, en sus horas libres, por lugares aparentemente incoherentes, pero que tenían algo en común: los frecuentaban los gringos. Unos lo vieron parado en la puerta del Country Club, otros a la salida del colegio Santa María, Lucas de Tramontana juraba haber distinguido su cara tras el seto del campo de golf, alguien le sorprendió en el aeropuerto tratando de cargarle la maleta a un turista, no faltaron quienes lo encontraron deambulando por los pasillos de la embajada norteamericana.

Esta etapa de su plan le fue preciosa. Por lo pronto confirmó que los gringos se distinguían por una manera especial de vestir que él calificó, a su manera, de deportiva, confortable y poco convencional. Fue por ello uno de los primeros en descubrir las ventajas del *blue-jeans*, el aire vaquero y varonil de las anchas correas de cuero rematadas por gruesas hebillas, la comodidad de los zapatos de lona blanca y suela de jebe, el encanto colegial que daban las gorritas de lona con visera, la frescura de las camisas de manga corta a flores o anchas rayas verticales, la variedad de casacas de nylon cerradas sobre el pecho con una cremallera o el sello pandillero, provocativo y despreocupado que se desprendía de las camisetas blancas con el emblema de una universidad norteamericana.

Todas estas prendas no se vendían en ningún almacén, había que encargarlas a Estados Unidos, lo que estaba fuera de su alcance. Pero a fuerza de indagar descubrió los remates domésticos. Había familias de gringos que debían regresar a su país y vendían todo lo que tenían, previo anuncio en los periódicos. Roberto se constituyó antes que nadie en esas casas y logró así hacerse de un guardarropa en el que invirtió todo el fruto de su trabajo y de sus privaciones.

Pelo planchado y teñido, *blue-jeans* y camisa vistosa, Roberto estaba ya a punto de convertirse en Boby.

Todo esto le trajo problemas. En el callejón, decía su madre cuando venía a casa, le habían quitado el saludo al pretencioso. Cuando más le hacían bromas o lo silbaban como a un marica. Jamás daba un centavo para la comida, se pasaba horas ante el espejo, todo se lo gastaba en trapos. Su padre, añadía la negra, podía haber sido un blanco roñoso que se esfumó como Fumanchú al año de conocerla, pero no tenía vergüenza de salir con ella ni de ser pilotín de barco.

Entre nosotros, el primero en ficharlo fue Peluca Rodríguez, quien había encargado un *blue-jeans* a un *purser* de la Braniff. Cuando le llegó se lo puso para lucirlo, salió a la plaza y se encontró de sopetón con Roberto que llevaba uno igual. Durante días no hizo sino maldecir al zambo, dijo que le había malogrado la película, que seguramente lo había estado espiando para copiarlo, ya había notado que compraba cigarrillos Lucky y que se peinaba con un mechón sobre la frente.

Pero lo peor fue en su trabajo. Cahuide Morales, el dueño de la pastelería, era un mestizo huatón, ceñudo y regionalista, que adoraba los chicharrones y los valses criollos y se había rajado el alma durante veinte años para montar ese negocio. Nada lo reventaba más que no ser lo que uno era. Cholo o blanco era lo de menos, lo importante era la *mosca*, el *agua*, el *molido*, conocía miles de palabras para designar la plata. Cuando vio que su empleado se había teñido el pelo aguantó una arruga más en la frente, al notar que se empolvaba se tragó un carajo que estuvo a punto de indigestarlo, pero cuando vino a trabajar disfrazado de gringo le salió la mezcla de papá, de policía, de machote y de curaca que había en él y lo llevó del pescuezo a la trastienda: la pastelería Morales Hermanos era una firma seria, había que aceptar las normas de la casa, ya había pasado por alto lo del maquillaje, pero si no venía con mameluco como los demás repartidores lo iba a sacar de allí de una patada en el culo.

Roberto estaba demasiado embalado para dar marcha atrás y prefirió la patada.

Fueron interminables días de tristeza, mientras buscaba otro trabajo. Su ambición era entrar a la casa de un gringo como mayordomo, jardinero, chofer o lo que fuese. Pero las puertas se le cerraban una tras otra. Algo había descuidado en su estrategia y era el aprendizaje del inglés. Como no tenía recursos para entrar a una academia de lenguas se consiguió un diccionario, que empezó a copiar aplicadamente en un cuaderno. Cuando llegó a la letra C tiró el arpa, pues ese conocimiento puramente visual del inglés no lo llevaba a ninguna parte. Pero allí estaba el cine, una escuela que además de enseñar divertía.

En la cazuela de los cines de estreno pasó tardes íntegras viendo en idioma original *westerns* y policiales. Las historias le importaban un comino, estaba sólo atento a la manera de hablar de los personajes. Las palabras que lograba entender las apuntaba y las repetía hasta grabárselas para siempre. A fuerza de rever los films aprendió frases enteras y hasta discursos. Frente al espejo de su cuarto era tan pronto el vaquero romántico haciéndole una irresistible declaración de amor a la bailarina

del bar, como el gánster feroz que pronunciaba sentencias lapidarias mientras cosía a tiros a su adversario. El cine además alimentó en él ciertos equívocos que lo colmaron de ilusión. Así creyó descubrir que tenía un ligero parecido con Alan Ladd, que en un *western* aparecía en *blue-jeans* y chaqueta a cuadros rojos y negros. En realidad sólo tenía en común la estatura y el mechón de pelo amarillo que se dejaba caer sobre la frente. Pero vestido igual que el actor se vio diez veces seguidas la película y al término de ésta se quedaba parado en la puerta, esperando que salieran los espectadores y se dijeran, pero mira, qué curioso, ese tipo se parece a Alan Ladd. Cosa que nadie dijo, naturalmente, pues la primera vez que lo vimos en esa pose nos reímos de él en sus narices.

Su madre nos contó un día que al fin Roberto había encontrado un trabajo, no en casa de un gringo como quería, pero tal vez algo mejor, en el club de Bowling de Miraflores. Servía en el bar de cinco de la tarde a doce de la noche. Las pocas veces que fuimos allí lo vimos reluciente y diligente. A los indígenas los atendía de una manera neutra y francamente impecable, pero con los gringos era untuoso y servil. Bastaba que entrara uno para que ya estuviera a su lado, tomando nota de su pedido y segundos más tarde el cliente tenía delante su hot-dog y su coca-cola. Se animaba además a lanzar palabras en inglés y como era respondido en la misma lengua fue incrementando su vocabulario. Pronto contó con un buen repertorio de expresiones, que le permitieron granjearse la simpatía de los gringos, felices de ver un criollo que los comprendiera. Como Roberto era muy difícil de pronunciar, fueron ellos quienes decidieron llamarlo Boby.

Y fue con el nombre de Boby López que pudo al fin matricularse en el Instituto Peruano-Norteamericano. Quienes entonces lo vieron dicen que fue el clásico chancón, el que nunca perdió una clase, ni dejó de hacer una tarea, ni se privó de interrogar al profesor sobre un punto oscuro de gramática. Aparte de los blancones que por razones profesionales seguían cursos allí, conoció a otros López, que desde otros horizontes y otros barrios, sin que hubiera mediado ningún acuerdo, alimentaban sus mismos sueños y llevaban vidas convergentes a la suya. Se hizo amigo especialmente de José María Cabanillas, hijo de un sastre de Surquillo. Cabanillas tenía la misma ciega admiración por los gringos y hacía años que había empezado a estrangular al zambo que había en él con resultados realmente vistosos. Tenía además la ventaja de ser más alto, menos oscuro que Boby y de parecerse no a Alan Ladd, que después de todo era un actor segundón admirado por un grupito de niñas esnobs, sino al indestructible John Wayne. Ambos formaron entonces una pareja inseparable. Aprobaron el año con las mejores notas y mister Brown los puso como ejemplo al resto de los alumnos, hablando de «un franco deseo de superación».

La pareja debía tener largas, amenísimas conversaciones. Se les veía siempre culoncitos, embutidos en sus *blue-jeans* desteñidos, yendo de aquí para allá y hablando entre ellos en inglés. Pero también es cierto que la ciudad no los tragaba, desarreglaban todas las cosas, ni parientes ni conocidos los podían pasar. Por ello alquilaron un cuarto en un edificio del jirón Mogollón y se fueron a vivir juntos. Allí edificaron un reducto inviolable, que les permitió interpolar lo extranjero en lo nativo y sentirse en un barrio californiano en esa ciudad brumosa. Cada cual contribuyó con lo que pudo, Boby con sus afiches y sus pósters y José María, que era aficionado a la música, con sus discos de Frank Sinatra, Dean Martin y Tomy Dorsey. ¡Qué gringos eran mientras recostados en el sofá-cama, fumando su Lucky, escuchaban *The strangers in the night* y miraban pegado al muro el puente sobre el río Hudson! Un esfuerzo más y ¡hop! ya estaban caminando sobre el puente.

Para nosotros incluso era difícil viajar a Estados Unidos. Había que tener una beca o parientes allá o mucho dinero. Ni López ni Cabanillas estaban en ese caso. No vieron entonces otra salida que el salto de pulga, como ya lo practicaban otros blanquiñosos, gracias al trabajo de *purser* en una compañía de aviación. Todos los años convocaban a concurso y ambos se presentaron. Sabían más inglés que nadie, les encantaba servir, eran sacrificados e infatigables, pero nadie los conocía, no tenían recomendación y era evidente, para los calificadores, que se trataba de mulatos talqueados. Fueron desaprobados.

Dicen que Boby lloró y se mesó desesperadamente el cabello y que Cabanillas tentó un suicidio por salto al vacío desde un modesto segundo piso. En su refugio de Mogollón pasaron los días más sombríos de su vida, la ciudad que los albergaba terminó por convertirse en un trapo sucio a fuerza de cubrirla de insultos y reproches. Pero el ánimo les volvió y nuevos planes surgieron. Puesto que nadie quería ver aquí con ellos, había que irse como fuese. Y no quedaba otra vía que la del inmigrante disfrazado de turista.

Fue un año de duro trabajo en el cual fue necesario privarse de todo a fin de ahorrar para el pasaje y formar una bolsa común que les permitiera defenderse en el extranjero. Así ambos pudieron al fin hacer maletas y abandonar para siempre esa ciudad odiada, en la cual tanto habían sufrido y a la que no querían regresar así no quedara piedra sobre piedra.

Todo lo que viene después es previsible y no hace falta mucha imaginación para completar esta parábola. En el barrio dispusimos de informaciones directas: cartas de Boby a su mamá, noticias de viajeros y al final relato de un testigo.

Por lo pronto Boby y José María se gastaron en un mes lo que pensaban les duraría un semestre. Se dieron cuenta además que en Nueva York se habían dado cita todos los López y Cabanillas del mundo, asiáticos, árabes, aztecas, africanos, ibéricos, mayas, chibchas, sicilianos, caribeños, musulmanes, quechuas, polinesios, esquimales, ejemplares de toda procedencia, lengua, raza y pigmentación y que tenían sólo en común el querer vivir como un yanqui, después de haberle cedido su alma y haber intentado usurpar su apariencia. La ciudad los toleraba unos meses, complacientemente, mientras absorbía sus dólares ahorrados. Luego, como por un tubo, los dirigía hacia el mecanismo de la expulsión.

A duras penas obtuvieron ambos una prórroga de sus visas, mientras trataban de encontrar un trabajo estable que les permitiera quedarse, al par que las Quecas del lugar, y eran tantas, les pasaban por las narices, sin concederles ni siquiera la atención ofuscada que nos despierta una cucaracha. La ropa se les gastó, la música de Frank Sinatra les llegaba al huevo, la sola idea de tener por todo alimento que comerse un hot-dog, que en Lima era una gloria, les daba náuseas. Del hotel barato pasaron al albergue católico y luego a la banca del parque público. Pronto conocieron esa cosa blanca que caía del cielo, que los despintaba y que los hacía patinar como idiotas en veredas heladas y que era, por el color, una perfidia racista de la naturaleza.

Sólo había una solución. A miles de kilómetros de distancia, en un país llamado Corea, rubios estadounidenses combatían contra unos horribles asiáticos. Estaba en juego la libertad de Occidente decían los diarios y lo repetían los hombres de Estado en la televisión. ¡Pero era tan penoso enviar a los *boys* a ese lugar! Morían como ratas, dejando a pálidas madres desconsoladas en pequeñas granjas donde había un cuarto en el altillo lleno de viejos juguetes. El que quisiera ir a pelear un año allí tenía todo garantizado a su regreso: nacionalidad, trabajo, seguro social, integración, medallas. Por todo sitio existían centros de reclutamiento. A cada voluntario, el país le abría su corazón.

Boby y José María se inscribieron para no ser expulsados. Y después de tres meses de entrenamiento en un cuartel partieron en un avión enorme. La vida era una aventura maravillosa, el viaje fue inolvidable. Habiendo nacido en un país mediocre, misérrimo y melancólico, haber conocido la ciudad más agitada del mundo, con miles de privaciones, es verdad, pero ya eso había quedado atrás, ahora llevaban un uniforme verde, volaban sobre planicies, mares y nevados, empuñaban armas devastadoras y se aproximaban, jóvenes aún colmados de promesas, al reino de lo ignoto.

La lavandera María tiene cantidades de tarjetas postales con templos, mercados y calles exóticas, escritas con una letra muy pequeña y aplicada. ¿Dónde quedará Seúl? Hay muchos anuncios y cabarets. Luego cartas del frente, que nos enseñó cuando le vino el primer ataque y dejó de trabajar unos días. Gracias a estos documentos

pudimos reconstruir bien que mal lo que pasó. Progresivamente, a través de sucesivos tanteos, Boby fue aproximándose a la cita que había concertado desde que vino al mundo. Había que llegar a un paralelo y hacer frente a oleadas de soldados amarillos que bajaban del polo como cancha. Para eso estaban los voluntarios, los indómitos vigías de Occidente.

José María se salvó por milagro y enseñaba con orgullo el muñón de su brazo derecho cuando regresó a Lima, meses después. Su patrulla había sido enviada a reconocer un arrozal, donde se suponía que había emboscada una avanzadilla coreana. Boby no sufrió, dijo José María, la primera ráfaga le voló el casco y su cabeza fue a caer en una acequia, con todo el pelo pintado revuelto hacia abajo. Él sólo perdió un brazo, pero estaba allí vivo, contando estas historias, bebiendo su cerveza helada, desempolvado ya y zambo como nunca, viviendo holgadamente de lo que le costó ser un mutilado.

La mamá de Roberto había sufrido entonces su segundo ataque, que la borró del mundo. No pudo leer así la carta oficial en la que le decían que Bob López había muerto en acción de armas y tenía derecho a una citación honorífica y a una prima para su familia. Nadie la pudo cobrar.

Colofón

¿Y Queca? Si Bob hubiera conocido su historia tal vez su vida habría cambiado o tal vez no, eso nadie lo sabe. Billy Mulligan la llevó a su país, como estaba convenido, a un pueblo de Kentucky donde su padre había montado un negocio de carne de cerdo enlatada. Pasaron unos meses de infinita felicidad, en esa linda casa con amplia calzada, verja, jardín y todos los aparatos eléctricos inventados por la industria humana, una casa en suma como las que había en cien mil pueblos de ese país-continente. Hasta que a Billy le fue saliendo el irlandés que disimulaba su educación puritana, al mismo tiempo que los ojos de Queca se agrandaron y adquirieron una tristeza limeña. Billy fue llegando cada vez más tarde, se aficionó a las máquinas tragamonedas y a las carreras de auto, sus pies le crecieron más y se llenaron de callos, le salió un lunar maligno en el pescuezo, los sábados se inflaba de bourbon en el club Amigos de Kentucky, se enredó con una empleada de la fábrica, chocó dos veces el carro, su mirada se volvió fija y aguachenta y terminó por darle de puñetazos a su mujer, a la linda, inolvidable Queca, en las madrugadas de los domingos, mientras sonreía estúpidamente y la llamaba chola de mierda.

(París, 1975)

La señorita Fabiola

Yo aprendí el abecedario en casa, con mamá, en una cartilla a cuadrados rojos y verdes, pero quien realmente me enseñó a leer y escribir fue la señorita Fabiola, la primera maestra que tuve cuando entré al colegio. Es por ello que la tengo tan presente y que me animo a contar algo de su vida, su triste, oscura y abnegada vida de mujercita fea y pobre, tan parecida a tantas otras vidas, de la que nada sabemos.

Cuando digo que era fea no exagero. No tenía un Dios te guarde, Fabiola. Era pequeñita, casi una enana, pero con una cara enorme, un poco caballuna, cutis marcado por el acné y un bozo muy pronunciado. La cara estaba plantada en un cuerpo informe, tetón pero sin poto ni cintura, que sostenían dos piernas flaquísimas y velludas. A esto se añadía una falta absoluta de gracia, de *sexy* como diríamos ahora y una serie de gestos y modales pasados de moda o ridículos. Por ejemplo, tenía la costumbre de hacer *huesillo* o sea empujar el carrillo con la punta de la lengua cada vez que creía haber dicho algo ingenioso o de estirar mucho el dedo meñique cuando levantaba su taza de té para llevársela a la boca.

Aparte de ser nuestra maestra en el colegio era amiga de la casa, pues vivíamos en Miraflores, en calles contiguas. Como la escuela que frecuentábamos se encontraba en Lima, mis padres le pidieron que nos acompañara en el viaje, que entonces era complicado, ya que había que tomar ómnibus y luego tranvía. Todas las mañanas venía a buscarnos y partíamos cogidos de su mano. Gracias a este servicio que nos prestaba, mis padres le tenían mucho aprecio y una o dos veces al mes la invitaban a tomar el té.

Ella nos invitó una vez y todavía recuerdo la impresión que me causó la casa un poco ruinosa en la que vivía con toda su familia. Era una casa de una sola planta pero bastante grande, como correspondía a una familia numerosa que se mantenía unida para defenderse de las dificultades de la vida. Esas familias ya no existen, ni probablemente esas casas. Empobrecidos no sé por qué razones, Fabiola y sus cinco hermanos habían resuelto seguir viviendo juntos, con sus padres ancianos y prácticamente inmortales. Eran tres hombres y tres mujeres, todos solteros, todos incapaces de casarse, porque no tenían plata, porque todos eran muy feos. De los hermanos sólo recuerdo a uno que era oficial del ejército, medio loco, que había inventado algo así como un nuevo tipo de bomba, a otro que componía aparatos eléctricos y a la hermana mayor, que Fabiola odiaba, pues era mandona, austera,

malgeniada y tenía a su cargo el gobierno de la casa. Entre todos reunían lo suficiente para seguir pagando el alquiler de esa casona miraflorina e irse extinguiendo con su aire de dignidad. Pero un día el militar fue destacado fuera de la capital, el electricista se mandó mudar, el padre se murió, la casa resultó grande, la renta disminuyó y tuvieron que dispersarse.

La señorita Fabiola se mudó a Lima con su mamá y su hermana mayor a un departamento que tenía al menos la ventaja de estar cerca del colegio. Por nuestra parte fuimos matriculados en un colegio de Miraflores. Así Fabiola dejó de ser nuestra maestra y nuestra vecina, pero nuestro contacto con ella se mantuvo.

Una noche la invitamos a cenar. Como el ómnibus se detenía a varias cuadras de la casa me encargaron que fuera a buscarla al paradero. Yo fui en mi bicicleta, con la intención de acompañarla lentamente. Pero cuando la señorita Fabiola descendió del ómnibus la vi tan chiquita que le propuse llevarla sentada en el travesaño de mi vehículo. Ella aceptó, pues las calles eran sombrías y no había testigos, se acomodó en el fierro y emprendí el viaje rumbo a casa. Antes de llegar había de dar una curva cerrada. Tal vez el piso estaba húmedo o calculé mal la velocidad, pero lo cierto es que la bicicleta patinó y los dos nos fuimos de cabeza a una acequia de agua fangosa. La tuve que rescatar a pulso del légamo, con la carterita y el sombrero embarrados. La pobre estaba tan asustada que ni siquiera podía llorar y se limitaba a repetir: «Ave María Purísima, Ave María Purísima». Cuando llegamos a casa mis padres se pusieron furiosos y me enviaron esa noche a comer a la cocina.

Este incidente grotesco no enfrió nuestras relaciones, antes bien las estrechó y nuevos contactos surgieron, haciéndose extensivos a otros miembros de su familia. Pero estaba escrito que la familia de Fabiola se encontraba en plena caída y no cabía esperar nada de ella.

Mi padre era muy aficionado al fútbol y no se perdía un solo partido internacional. Cada vez que venía un equipo argentino o uruguayo era sabido que ese domingo no almorzaría en casa, pues desde antes del mediodía partía hacia el estadio con su fiambre en una maletita y una visera para protegerse del sol. Su pasión por el fútbol no se limitaba a presenciar los partidos sino a escucharlos por radio. Se realizaba en esa época un campeonato sudamericano, el Perú jugaba contra Brasil y todos estábamos reunidos en la sala escuchando el encuentro. Los peruanos jugaban muy bien y el *scorer* iba cero a cero. De pronto el radio quedó mudo y de su parlante surgió al poco rato un ronquido. Mi padre movió todos los botones posibles, manipuló incluso detrás del aparato jalando alambres y enchufes, pero no había nada que hacer, la emisión se había perdido y sólo nos llegaban todos los ruidos del espacio. Mi padre era un hombre colérico y de decisiones intempestivas. Lo vimos

entonces hacer algo memorable, que nos dejó pasmados. Se alejó hasta la puerta de la sala y tomando impulso corrió hasta el radio y le aplicó un puntapié tan preciso que su zapato se introdujo por el parlante incrustado en el aparato. El ronquido desapareció, naturalmente, pero el radio también.

No sé cómo la señorita Fabiola se enteró de este percance y sugirió que para componer radios no había nadie mejor que su hermano Héctor. No tenía taller ni era un profesional, pero sus precios eran módicos y su trabajo impecable. Mi padre aceptó encantado su propuesta y la instó a que el técnico viniera cuanto antes.

Héctor se presentó al día siguiente. Era la versión de Fabiola, pero en masculino. La misma cabezota y cutis agrietado, casi la misma estatura. La pretina de sus pantalones le llegaba a las tetillas y usaba tirantes. Cuando vio el radio dijo que era un juego de niños, abrió su maletín de cuero y se puso a desarmarlo. Mi hermano y yo observamos durante largo rato sus manejos. Con un destornillador iba retirando una a una las piezas, que distribuyó sobre la alfombra, con una aplicación artística en la que entraba en juego colores, formas y tamaños. A mediodía había desmontado íntegramente el aparato y haciendo una pausa dijo que iba a almorzar para continuar su trabajo en la tarde.

Lo esperamos en vano. Nunca en la vida regresó. ¿Se encontró en la esquina con algún amigo? ¿Le dio un colapso mortal? ¿Se dio cuenta que el radio era incomponible? Lo cierto es que cuando en la noche llegó mi padre, agitadísimo e impaciente por seguir escuchando sus partidos, se encontró con una caja de madera vacía y cientos de tornillos, tuercas y pilas diseminados por el suelo. Una patada más y las piezas salieron volando por la ventana.

La chambonada de su hermano Héctor no nos alejó de Fabiola. Mi mamá era su más encarnizada protectora y siguió viniendo a casa a tomar el té o a cenar. Se quejaba siempre de su trabajo de maestra de primaria, no ganaba nada, se gastaba todo en trapos y pasajes, cualquier sirvienta u obrera la pasaba mejor pues no tenía que mantener su fachada de señorita de clase media. Fue así como mi padre, que era invulnerable, se dejó conmover y decidió darle un puesto en su oficina.

Aparte de enseñar a leer y escribir a niños la señorita Fabiola no sabía nada. No era taquígrafa, ni mecanógrafa, ni redactora de cartas comerciales. Fue rodando de puesto en puesto hasta que mi padre resolvió que se ocupara de la caja de su departamento, al menos conocía su aritmética y era honrada. Los frutos fueron inmediatos. Mi padre estaba encantado con la exactitud de los balances mensuales. Nunca faltaba ni sobraba un centavo. Las cuentas de fin de mes eran impecables. Pero cuando se hizo el arqueo de fin de año mi padre notó que sobraba una importante cantidad de dinero, que no lograba justificar, por más que se rompió la

cabeza durante noches cotejando facturas. Después de una larga pesquisa descubrió la verdad: la señorita Fabiola, como las cuentas no le casaban cada mes, ponía de su bolsillo la plata que faltaba y así había logrado construir una contabilidad perfecta pero viciada en su origen. Esto era inadmisible como método de trabajo, el cajero general tuvo que rehacer todas las cuentas, sus quejas llegaron a oídos del gerente y mi padre se vio en la necesidad de despedir a Fabiola. Fue todo un drama. Fabiola vino a casa a llorar, mi madre intervino una vez más en su favor y así pudo seguir en su puesto, después de jurar que pondría más atención.

Y allí duró, más que mi padre, que se murió tiempo después, y fue aprendiendo lo que tenía que aprender y acumuló años de servicios y beneficios sociales y probablemente hasta ahorró. Ya su madre inmortal había muerto y Hortensia, su hermana mayor, el mandamás de la casa, se había fugado con un libanés que vendía corbatas a domicilio, de modo que vivía sola en su diminuto departamento de Santa Beatriz. Iba todos los días a la oficina, puntual, sobre sus piernecitas velludas, era una solterona eficaz, una veterana de las cuentas, una rutera en la carretera de la vida. Unos años más y listo, jubilada, al retiro, con sueldo completo y ríete de mí.

Pero nadie está libre de las celadas ni de las chanzas de la vida. Alguien, por allí, la observó, la siguió, la estudió, la eligió, la convenció. Lo cierto es que un día, cuando ya por la fuerza de las cosas habíamos perdido su pista, llegó a casa un parte de matrimonio y quedamos asombrados: ¡se casaba la señorita Fabiola! Mi padre, de vivir, se hubiera rascado pensativo la barbilla diciendo que se trataba de un hecho que trastocaba las leyes del universo. Fuimos a su matrimonio. El novio era un jovenzuelo, quince o veinte años menor que ella, un poco gordo, desteñido, reilón, muy simpático y dicharachero, lleno de atenciones para con Fabiola, a quien no soltó de la mano ni dejó de dar besitos durante la ceremonia. Sirvieron un pésimo champán nacional. Nos llamó la atención que no asistiera uno solo de sus parientes y que su único amigo, que sirvió de testigo, era un boticario charlatán, desdentado y borracho que, al salir de la iglesia, patinó en la acera y se fue de cabeza rompiéndose la frente.

Volví a ver a Fabiola sólo una vez, muchísimos años más tarde. Tenía varios hijos, se había separado de su marido y a pesar de estar jubilada necesitaba encontrar otro trabajo para mantener a su prole. Estaba más chiquitita, viejísima y fea como nunca. Quería por el momento que la ayudara en un juicio de divorcio, pues su marido seguía viniendo a casa para sacarle plata y la última vez, según me dijo, le había dado «una patada en la boca». Yo le di una recomendación para un amigo abogado y otra para un vocal de la Corte. Antes de partir me dijo que tenía una sorpresa e hizo un *huesillo,* esperando que le preguntara cuál era. De su cartera extrajo uno de mis libros y me lo mostró diciendo que lo había leído de principio a fin —estaba en realidad subrayado en muchas partes— añadiendo que estaba feliz que uno de sus viejos alumnos fuera escritor. Me pidió, como es natural, que le pusiera una dedicatoria.

Nada me incomoda más que poner dedicatorias. Traté de inventar algo simpático u original, pero sólo se me ocurrió: «A Fabiola, mi maestra, quien me enseñó a escribir». Y tuve la impresión de que nunca había dicho nada más cierto.

(París, 1976)

El marqués y los gavilanes

La familia Santos de Molina había ido perdiendo en cada generación una hacienda, una casa, una dignidad, unas prerrogativas y al mediar el siglo veinte sólo conservaba de la opulencia colonial, aparte del apellido, su fundo sureño, la residencia de Lima y un rancho en Miraflores.

Gentes venidas de otros horizontes —del extranjero, claro, pero también de alejadas provincias y del subsuelo de la clase media— habían ido adueñándose poco a poco del país, gracias a su inteligencia, su tenacidad o su malicia. Nombres sin alcurnia ocupaban los grandes cargos y manejaban los grandes negocios. El país se había transformado y se seguía transformando y Lima, en particular, había dejado de ser el *hortus clausum* virreinal para convertirse en una urbe ruidosa, feísima e industrializada, donde lo más raro que se podía encontrar era un limeño.

Los Santos de Molina se habían adaptado a esta situación. Olvidaron sus veleidades nobiliarias, contrajeron alianzas con gentes de la burguesía, se embarcaron en especulaciones bursátiles, trataron de hacer tecnócratas de sus hijos y en la última generación surgieron incluso mozalbetes que recusaban en bloque los valores tradicionales y se iban en *blue-jeans* a fumar marihuana a la ciudad milenaria de Machu Picchu.

Pero el único que no aceptó esta mudanza fue don Diego Santos de Molina, el mayor de los tíos, un solterón corpulento, que seguía exigiendo en ciertos círculos que se le tratara de marqués, como su antecesor Cristóbal Santos de Molina, cuarto virrey del Perú. En plena juventud había sufrido un accidente que le paralizó el brazo izquierdo, lo que lo apartó de la vida activa y lo confinó al ocio, al estudio y la conversación. Para que se entretuviera en algo y gozase de una renta, la familia le encargó la administración de los bienes comunes y le cedió la casona de la calle Amargura, que de puro vieja nadie quería habitar.

Fue allí que rodeado de daguerrotipos y pergaminos, Diego Santos de Molina fundó una comarca intemporal, ocupado en investigaciones genealógicas y en la lectura de las memorias del duque de Saint-Simon, que terminó por conocer de memoria. Su contacto con la ciudad se había vuelto extremadamente selectivo: misa los domingos en San Francisco, té todas las tardes en el bar del Hotel Bolívar, algunos conciertos en el Teatro Municipal y tertulias con tres o cuatro amigos que, como él, seguían viviendo la hipótesis de un país ligado aún a la corona española, en

el que tenían curso títulos, blasones, jerarquías y protocolos, país que, como estaban todos de acuerdo, «había sido minado definitivamente por la emancipación».

Estas tertulias eran siempre las mismas y su enjundia venía de su repetición. Después de un preámbulo nostálgico y empolvado, en el que se evocaba el mundo arcádico del príncipe de Esquilache y del Paseo de Aguas, se llegaba infaliblemente a la revista de los personajes y familias que estaban en el candelero. Sobre esta materia, don Diego poseía una autoridad canónica y una facundia que había llegado a ser legendaria. Gracias a sus pesquisas, a la tradición oral y a su prodigiosa memoria, conocía los orígenes de todas las familias limeñas. Y así no había persona descollada que no descendiera de esclavos, arrieros, vendedores ambulantes, bodegueros o corsarios. Alguna tara racial, social o moral convertía a todos los habitantes del país, aparte de los de su círculo, en personas infrecuentables.

Una de las tardes en que llegó al bar del Hotel Bolívar a tomar su té se llevó una enorme sorpresa: *su* mesa, la que desde hacía años le tenían reservada en el ángulo más tranquilo, donde podía leer el *ABC* y el *Times* sin ser importunado, estaba tomada por tres señores que departían en voz baja ante sendas tazas de café. Se aprestaba a ponerse los anteojos para identificarlos cuando el viejo mozo Joaquín Camacho se le acercó y tomándolo del brazo lo condujo hacia el mostrador pidiéndole excusas, tenía que comprender, señor marqués, pero don Fernando Gavilán y Aliaga…

Don Diego empezó a toser, se ahogó y tuvo la impresión de que se llenaba de ronchas. ¡Gavilán y Aliaga! ¡Esos malandrines que habían aparecido en el país hacía apenas un siglo y habían extendido sus tentáculos a todas las actividades imaginables! Había un Gavilán y Aliaga banquero, otro general, otro rector de universidad, otro director de periódico, otro campeón de golf… Y el que estaba sentado ahora en su mesa, según creía recordar, había sido alguna vez embajador y en la actualidad presidente de una de esas agrupaciones huachafas inventadas recientemente, algo así como la Sociedad Nacional de Tiro.

Refunfuñando pidió sus periódicos favoritos y se instaló en otra mesa, frente a los ventanales que daban a la céntrica calle de La Colmena. Pero no pudo leerlos, no sólo porque de la calzada le llegaba el insoportable vaivén del populacho sino porque el nombre Gavilán y Aliaga se le había atravesado en el espíritu y le bloqueaba todo raciocinio. Sin terminar su té se retiró.

Al día siguiente volvió a encontrar ocupada su mesa. Y lo que es peor por la misma persona. Don Fernando reía a grandes voces acompañado esta vez por una señora con sombrero. Ni siquiera esperó al mozo, que se precipitaba hacia él consternado, y dándole la espalda abandonó el lugar, jurándose que no regresaría en toda su vida. ¡Ese bar, además, que llevaba el nombre de un zambo venezolano que había expulsado a balazos a sus antepasados de América!

Este nimio incidente fue motivo de innumerables tertulias en el salón de la calle Amargura. Todos lo consideraban como un acto flagrante de usurpación y una prueba

más de la vocación imperialista de la nueva clase. Durante días pusieron su ciencia y su ironía en común para burlarse de los Gavilán y Aliaga, sacando sus trapitos al aire, en los que metían sus delicadas narices para morirse de risa. La cólera de don Diego fue así apaciguándose. Sus amigos le traían a casa sus periódicos preferidos y le recomendaron tomar su té en El Patio, un lugar sin muchas pretensiones pero que tenía apartados discretos y era frecuentado por la colonia española. Era además la época de la cosecha y don Diego tuvo que viajar varias veces a la hacienda para controlar la venta del arroz y recabar los dividendos de la familia.

Un nuevo hecho, sin embargo, lo remeció y volvió a ponerlo en la onda de los Gavilán y Aliaga. Don Diego leía de los diarios limeños sólo la página social, en donde cosechaba una información preciosa para sus chismes y ficheros. Por curiosidad hojeó un día la página editorial del periódico de los Gavilán y Aliaga y encontró un artículo que le puso los escasos pelos de punta. Bajó el título anodino de «Reformas Necesarias» se censuraba el régimen del latifundio, se abogaba por mayor justicia social en el campo y se terminaba sugiriendo, muy sutilmente, la necesidad de una Reforma Agraria. ¡Sólo faltaba eso! ¡Que los Gavilán y Aliaga se volvieran ahora socialistas! Claro, ellos tenían todo, menos propiedades agrícolas. Éstas eran tradicionalmente símbolo de nobleza y estaban ligadas al nacimiento de la aristocracia. ¿Qué podían invocar los Gavilán y Aliaga en este dominio? ¡Nada! Sus blasones eran sus negocios y sería ridículo que buscaran en ellos el sustento de un título: el Conde Import & Export, por ejemplo. ¡Qué buen chiste! Decididamente lo que querían estos arribistas era privar de todo asiento a los vástagos de las reparticiones coloniales.

Sus amigos convinieron que se trataba de un hecho grave y resolvieron seguir el desenvolvimiento del asunto. En las semanas siguientes aparecieron otros artículos en el mismo diario, en los que cada vez se iban haciendo proposiciones más concretas respecto al agro. Y pronto fue un Gavilán y Aliaga, el diputado don Patricio, quien pronunció en el parlamento un discurso explosivo en el que recomendaba la expropiación de las haciendas que no eran trabajadas por sus propietarios.

Don Diego se sintió esta vez directamente aludido y consideró el discurso como *casus bellis*. Su mesa en el Bolívar, podía pasar, ¡pero su hacienda! Reunió en su casa un verdadero consejo de guerra, en el que invitó incluso a personas cuyo abolengo no le parecía muy probado y examinaron la situación. Algunos consideraron el discurso con escepticismo y hablaron de una simple maniobra política de los Gavilán y Aliaga con miras a las próximas elecciones. Otros lo tomaron en serio, pero opinaban que embarcarse en una lucha era suicida: ellos eran una minoría y frente a los Gavilán y Aliaga, sus aliados y secuaces, tenían todas las de perder. Solución: vender las tierras antes de la expropiación y reconvertirse a otras actividades.

Don Diego consideró esta actitud como una dimisión y juró que por nada del mundo permitiría que por culpa de unos *parvenus* tuviera que renunciar a una propiedad que les pertenecía hacía cuatro siglos. Sólo sus más fieles amigos lo

secundaron y acordaron batallar por su cuenta y de acuerdo a sus posibilidades.

Pronto comprobó don Diego que sus posibilidades eran mínimas. Él no disponía de un partido, ni de periódicos ni de medios de presión. Los Gavilán y Aliaga, es cierto, tenían enemigos feroces dentro de su propia clase, pero se trataba también de gente sin distinción ni linaje, con la cual concertar un pacto hubiera sido vergonzoso. La única arma de que disponía era su lengua, una lengua que, como decían las malas voces, llegaba hasta la Edad Media. Pero esta lengua culebrina hurgó en vano en los antecedentes de los Gavilán y Aliaga, buscando la mancilla, el hecho definitivo que arruinara para siempre su crédito y los cubriera de ridículo. Por más que indagó sólo llegó hasta el año 1854, cuando un abogado Belisario Gavilán abrió un bufete en Lima, se casó con una señora Aliaga y fundó una prolífica familia. Desde entonces siempre habían ocupado cargos destacados en el campo de los negocios y de la inteligencia. Los pocos hechos que ya conocía o que descubrió, como la quiebra dudosa de una de sus compañías, el matrimonio de uno de sus abuelos con una señora de moral equívoca o la deportación de uno de sus antepasados por razones políticas, no le dieron materia para un verdadero ataque y sirvieron apenas para alimentar las veladas chismográficas de la calle Amargura. Entretanto, los proyectos reformistas del diputado don Patricio Gavilán y Aliaga se habían hundido en las aguas cenagosas del Parlamento.

Descartado el peligro de la expropiación, los ánimos vindicativos de don Diego decayeron, si bien no dejaba de aplicar un puntillazo cada vez que en la conversación surgía el nombre de Gavilán y Aliaga. Algunos de sus parientes habían muerto lo que, gracias a herencias y legados, acrecentó su renta. Hizo un par de viajes a Europa para visitar museos, besarle la mano a alguna duquesa y comprarse calcetines ingleses. A cada uno de sus regresos encontró Lima más fea, sucia y plebeya. Cuando avistó los primeros indígenas con poncho caminando por el Jirón de la Unión hizo un nuevo juramento: no poner nunca más los pies en esa calle. Lo que cumplió al pie de la letra, amurallándose cada vez más en su casona, borrando de un plumazo la realidad que lo cercaba, sin enterarse nunca que un millón de provincianos habían levantado sus tiendas de esteras en las afueras de la capital y esperaban pacientemente el momento de apoderarse de la Ciudad de los Reyes. Sólo se filtraban hasta su mundo los signos de lo mundano, bodas, bautizos, matrimonios, entierros, distinciones, bailes y nombramientos.

Se enteró así que un Gavilán y Aliaga había sido designado alcalde de Lima y esto le produjo la más grande zozobra. De esta gente era posible esperar todo, tal vez la demolición de las iglesias y conventos virreinales que aún quedaban. Pero don Amaro Gavilán y Aliaga parecía ser un tradicionalista y una de las primeras medidas que tomó fue hacer un catastro de las viejas mansiones de la colonia con el propósito, según dijo, de velar por su conservación. Recibió un día la visita de unos funcionarios

que inspeccionaron su casa, tomaron medidas, trazaron croquis y se mostraron, para ser francos, de una impecable cortesía.

Pero, como lo confirmó luego, los Gavilán y Aliaga no daban puntada sin nudo. Esta política encubría una especulación perversa. El banco de los Gavilán y Aliaga había cobrado una importancia colosal, por todos los barrios y ciudades abría nuevas agencias y uno de sus planes era instalar las principales en residencias con prestancia. El famoso catastro de don Amaro sólo tenía como fin identificar las posibles sedes de sus sucursales.

Fue así como al poco tiempo recibió una carta del Banco Gavilán y Aliaga en la que le proponían la compra de su casona. A tal punto le pareció escandalosa esta propuesta que la consideró como no recibida. Otras cartas le llegaron, pero le bastaba ver el membrete para echarlas a la papelera. Al no obtener respuesta, el banco se dirigió a los familiares de don Diego. La oferta era tentadora y a éstos se les despertó la codicia. Hermanos y sobrinos vinieron a verlo para discutir el asunto.

La intransigencia de don Diego los dejó espantados y su elocuencia estuvo a punto de convencerlos. Pero los intereses en juego eran demasiado importantes. Esa casona, después de todo, era copropiedad de decenas de Santos de Molina y les cabía a ellos tomar la decisión. Se convocó un consejo de familia. Cuando se pasó al voto la venta quedó decidida.

El marqués Santos de Molina quedó anonadado. Firmadas las escrituras le dieron seis meses de plazo para mudarse. De inmediato pensó en irse del país, dejar para siempre esa tierra de cholos y Gavilanes y Aliaga, pero su renta no le permitía instalarse en el extranjero. ¿Trasladarse al rancho de Miraflores? Imposible, estaba por el momento alquilado. ¿Recluirse en su hacienda? Peor aún, el inmortal Patricio Gavilán y Aliaga, reelegido diputado, volvía a agitar en el Parlamento el espantapájaros de la Reforma Agraria. Mientras buscaba una casa u hotel donde refugiarse decidió, esta vez sí, ya que la victoria le estaba vedada, consolarse al menos con la venganza.

Tanto encarnizamiento puso en este propósito que sus propios amigos se arredraron y le aconsejaron prudencia. Un Gavilán y Aliaga acababa de ser nombrado ministro de gobierno, otro presidente del Jockey Club y se rumoreaba que un tercero sería lanzado como candidato a las próximas elecciones presidenciales. Pero don Diego no quiso escuchar nada. Amparándose en el axioma de Saint-Simon: «Nada hace temblar más al poderoso que el ridículo o la chanza», abrió una vez más el expediente Gavilán y Aliaga y empezó a examinarlo a la lupa.

Encontró las cosas que sabía, pecadillos, historietas, decires no confirmados, pero no el baldón que destruye para siempre un apellido y ya sentía caer sobre él el desaliento cuando se acordó de su tía Marcelina. No la visitaba desde hacía décadas. De joven la frecuentó mucho y pasó inolvidables veladas en su casa escuchándola contar historias de las viejas familias limeñas. Como ya era centenaria, estaba ciega y medio sorda, se habían desembarazado de ella, recluyéndola en un asilo de ancianos.

Durante horas don Diego la interrogó. La pobre vieja hacía siglos que no exploraba ciertas galerías de su memoria, a las que don Diego la forzó a descender gateando. Y al fin sus esfuerzos fueron recompensados. Claro, don Belisario Gavilán, algo le había oído decir a su madre, el abogado, se casó con una Aliaga, fue durante el gobierno del mariscal Castilla. ¿No había llegado de México? De Monterrey, así se llamaba la ciudad, de eso no le quedaba la menor duda.

Don Diego no tuvo necesidad de más. Este simple dato le abrió perspectivas infinitas. Sus amigos se inquietaron cuando les comunicó su hallazgo y tejió en torno a él hipótesis delirantes. Pero se inquietaron más cuando de la noche a la mañana se enteraron que había partido rumbo a México.

En la capital mexicana ubicó a decenas de Gavilán, que eran desde artesanos hasta importantes hombres de negocios, pero cuyos orígenes se perdían en plena revolución. Continuó entonces viaje hacia Monterrey y empezó allí a expurgar los archivos parroquiales, notariales y municipales. Al cabo de dos meses, en una memorable tarde que consideró como la más jubilosa de su vida, encontró lo que buscaba: la licencia otorgada por el ayuntamiento de Monterrey a don Carlos Gavilán, casado, padre de Belisario y Elena, para que abriera una carnicería dedicada en especial a beneficiar las reses que procedían de las corridas de toros. ¡Un carnicero! Y peor aún, ¡un matarife! ¡De allí venían los Gavilán y Aliaga! ¡Gente que descuartizaba toros y traficaba con sus vísceras! ¡Hombres de mandil, hacha y cuchillo! Que su hijo Belisario hubiera estudiado leyes y emigrado al Perú le tenía sin cuidado. Todo el clan había nacido entre los cuatro muros de una tienda sórdida llena de sangre.

Cuando regresó a Lima ya su casona de la calle Amargura había pasado a manos del Banco Gavilán y Aliaga que, renunciando a montar una agencia, la había convertido en un restaurante de lujo que llevaba como enseña *La Perricholi*. Don Diego encajó este golpe con entereza, era natural que los Gavilán y Aliaga, siguiendo un llamado ancestral, se dedicaran a traficar con tripas y alimentos. En su portafolio traía las pruebas de su vindicta y en el cuarto que alquiló en el Hotel Maury preparó minuciosamente su golpe de mano.

Una carta pública. En ella trazaría una semblanza de los Gavilán y Aliaga, empezando por sus descarríos recientes hasta remontarse a la gran revelación: el carnicero. Sus amigos lo escucharon con alarma. Los Gavilán y Aliaga habían accedido a nuevos cargos y la candidatura presidencial de don Escipión era ya un hecho. Otros problemas más urgentes habían surgido, forzando a las viejas y nuevas clases a cerrar filas: huelgas, invasiones de tierras, grupos políticos radicales que amenazaban con no dejar piedra sobre piedra. Los Gavilán y Aliaga, después de todo, representaban el partido del orden y ofrecían con sus reformas una alternativa al desastre.

Pero don Diego era inaccesible a estas argumentaciones. No habría cuartel contra esos miserables que habían hecho un mesón de su palacio. La carta que redactó en el

Hotel Maury era una obra maestra de sarcasmo y su solo título una promesa de gozo: «Del camal al sillón presidencial». La envió con seudónimo al diario de los Delmonte que, terratenientes empedernidos y adversarios de los Gavilán y Aliaga, la acogieron como un regalo del cielo.

La carta produjo el efecto de una apestosa bombilla. Durante días no se habló en los salones de la sociedad limeña más que del carnicero Gavilán, que en Monterrey descuartizaba cornúpetas con sus manos. De los toros se pasó a sus adornos y por analogía los Gavilán y Aliaga se convirtieron en unos cornudos. Su propio apellido cobró un nuevo aspecto y se prestó a procaces juegos de palabras. Don Diego gozó hasta el exceso de las repercusiones de su noticia y, lo que nunca hacía, frecuentó las casas de los pocos viejos limeños que quedaban para recoger su chisme amplificado: un Gavilán y Aliaga monosabio, otro enterrador, otro verdugo.

Los Gavilán y Aliaga abrieron un proceso por difamación contra los Delmonte, sin muchas esperanzas de contrarrestar el efecto pernicioso de esta injuria, pero secretamente emprendieron investigaciones para identificar al autor de la carta. Don Diego había tomado la precaución de elegir un nombre y una dirección que no correspondían a nada. Los propios Delmonte ignoraban quién había enviado la carta. La única vía para llegar a su autor era el análisis del texto.

La carta de don Diego estaba redactada con letras de imprenta y en un estilo administrativo que no daba pie para ninguna indagación. Pero su presuntuosidad lo perdió. Al final de la misma no pudo resistir a la tentación de citar una frase del duque de Saint-Simon: «Si quieres entrar en mi casa, deja al animal en la puerta». Y añadía de su propia cosecha: «Los Gavilán y Aliaga parecen ignorar esta lección y así traen al animal no sólo dentro de sí sino sobre su propio nombre».

Cita fatal. Los lectores de Saint-Simon eran muy pocos en Lima. Sus memorias hacía años que no se reeditaban y se sabía más o menos quienes las tenían en casa. Otras pesquisas paralelas permitieron a los Gavilán y Aliaga localizar sin equívoco al responsable de esta afrenta.

Una mañana lo llamaron de la recepción a su cuarto del Hotel Maury y le dijeron que un señor que no había querido dar su nombre lo esperaba en el bar. Don Diego pensó en alguien que había conocido en Madrid o en México y que quería darle una sorpresa y afeitándose a la carrera descendió. La sorpresa la tuvo: don Fernando Gavilán y Aliaga, ex embajador y presidente del Club Nacional de Tiro, estaba frente a él, con su capa negra forrada en seda roja, a una hora en que el bar bullía de clientes. Tal fue su asombro que estuvo a punto de desplomarse y probablemente se desplomó. No recordaba sino las palabras que esa ruda boca bajo el tupido bigote lanzó en alta voz para ser escuchado por los presentes: «Fíjate, Diego —y lo trataba de tú, además, ¿no habían estado juntos en el colegio durante unos años?—. Ya sabemos que eres el autor de esa carta infame. No voy a entrar en detalles, pero si quisiera podría demostrar que ese virrey boludo del que desciendes tuvo un abuelo que fue ahorcado en Sevilla por contrabandista. Esta guerrilla genealógica no me

interesa. Sólo quiero pedirte una cosa, pues ni siquiera puedo desafiarte a un duelo a causa de tu brazo. Que desdigas lo dicho en una nueva carta a publicarse en todos los periódicos. Y con tu firma, esta vez. De otro modo, la próxima vez que te encuentre, no voy a perder el tiempo insultándote sino que te haré apalear por uno de mis choferes».

Don Diego sufrió un colapso, perdió momentáneamente el uso de la palabra y tuvo que guardar cama. Su memoria sufrió una veladura. El mundo comenzaba para él desde que ese señor lo interpeló en el bar del Hotel Maury. ¿Quién era ese personaje bigotudo? ¿Por qué estaba envuelto en una capa negra? ¿Cómo se atrevía a amenazar al más rancio marqués del continente?

A los pocos días se recuperó por completo y pudo ponerse de pie. Parientes muy cercanos y amigos adictos lo rodeaban, recordándole que su ardid había sido descubierto y que sólo cabía proceder al desmentido. Hasta se habían dado el trabajo de redactarlo en los términos más decorosos, no lo comprometía a nada, pero aplacaría la ira de sus adversarios.

Don Diego tuvo en la mano el texto y el lapicero, pero dijo no. Eso lo condenaba, estaba seguro, a no librarse nunca del acoso de los Gavilán y Aliaga. Pero un Santos de Molina no podía ceder a las amenazas de los matarifes. Los que estaban con él podían quedarse, los otros que se fueran en el acto, ¿habían entendido? Todos se fueron.

Esta deserción lo afectó mucho y pasó solitarios días en su hotel, meditando sobre la fragilidad de los sentimientos humanos y planeando una obra magistral sobre la familia Gavilán y Aliaga, en la que relataría con pelos y señales toda su abominable historia. Había proyectado cinco volúmenes, que empezarían con el carnicero y terminarían con el embajador. Y paralelamente, obedeciendo a las leyes de la simetría y para la edificación de las generaciones futuras, redactaría la historia de su propia familia, anales minuciosos de la grandeza y hazañas de los Santos de Molina, que culminaría con su propia efigie. Estas reflexiones le devolvieron la vitalidad y cuando se sintió en forma, a pesar de haber recibido dos misivas de la Sociedad Nacional de Tiro que no abrió, se resolvió salir a la calle para escuchar su misa dominical en San Francisco.

En las torres del templo unos gallinazos plomizos parecían secretear. Desde las bancas algunos conocidos le sonrieron evasivamente. Aparte de ello no notó nada de anormal. No había pues ningún peligro. Reanudó entonces sus tés en El Patio y se abonó a archivos y bibliotecas donde comenzó a reunir la documentación para una obra cuya escritura se le hacía cada vez más imperiosa.

Una noche, después de un concierto en el Municipal, se animó a hacer un paseo hasta el río Rímac, donde el alcalde don Amaro Gavilán y Aliaga había inaugurado hacía poco un puente. Confirmó, como era natural, que el puente era horrible y que

para construirlo habían tenido que mutilar parte del convento de Santa Rosa. Cuando regresaba fue abordado por un mozo en *blue-jeans*, camisa floreada y pucho en el labio. Al comienzo lo tomó por uno de sus innumerables sobrinos y trató de entender lo que le pedía, pero de pronto lo vio alzar el puño y aplicarle un combo en plena boca que lo tendió en la vereda. Transeúntes que pasaron luego lo condujeron a la Asistencia Pública donde comprobó que le habían roto dos dientes y robado un prendedor de corbata con el blasón de la familia.

De inmediato imputó esta agresión a los Gavilán y Aliaga y así lo hizo conocer enviando cartas a los diarios que, dada la gravedad de la acusación, no fue publicada. Por precaución evitó las salidas nocturnas y se mostró vigilante en sus desplazamientos. Otros hechos turbadores se produjeron. Regresando de donde su dentista una maceta cayó desde un quinto piso a treinta pasos de él. En otra ocasión un automóvil montó sobre la vereda y estuvo a punto de arrollarlo junto con otros peatones. Una noche que no podía conciliar el sueño se asomó a la ventana y vio un hombre embozado en una capa que cruzaba la pista. Pronto descubrió algo así como una mancha de cera en la cerradura de su puerta. Notó igualmente que al Hotel Maury había entrado a trabajar un mozo que tenía un vago parecido con uno de los Gavilán y Aliaga. Una madrugada sintió un aletazo contra el vidrio de su ventana y le pareció distinguir un pájaro de enorme talla que se alejaba raudo. No necesitaba más pruebas: un complot había sido montado contra su persona, no ya para agredirlo sino para eliminarlo físicamente e impedirle la elaboración de su obra denunciadora.

En un baulillo metió las memorias del duque de Saint-Simon, sus kilos de notas y documentos y diez mil hojas de papel en blanco; en una maleta un poco de ropa; y en medio del mayor secreto se embarcó en el primer avión rumbo a París.

Se hospedó en un hotelito de Montparnasse y pasó unos días tranquilos yendo al Louvre y a la sala Pleyel y tratando de ver por qué medios podría presentarle sus saludos al conde Robert de Billy y a la princesa de Borbón-Parma. Al mismo tiempo hizo instalar una mesa en su alcoba, donde se acomodaba todas las tardes para revisar sus papeles y organizar el plan de su obra. Hasta que tuvo la impresión de haberse encontrado demasiado seguido y en barrios diferentes con un hombre de boina, impermeable y cutis rojizo. La última vez lo reconoció en el restaurante donde almorzaba, a pesar de que había reemplazado el impermeable por un abrigo. Al regresar a su hotel vio a dos extranjeros con sombrero que se inscribían en la recepción y hablaban una lengua extraña. Esto lo puso en guardia. Sin perder un minuto hizo su equipaje y partió por tren hacia Madrid.

Esta vez no fue a un hotel sino a una pensión de familia en el barrio de Argüelles. Pasaba los días en la Biblioteca Nacional leyendo libros de heráldica y tomando notas. Una que otra noche, con sombrero y gafas, se perdía en la multitud anónima de la Gran Vía. Allí volvió a tener la sensación de ser escrutado, pasteado. Personas caminaban durante cuadras a su lado, deteniéndose frente a las mismas vitrinas. Si tomaba las calles adyacentes siluetas de mujeres surgían de los pórticos y lo atraían

con señas equívocas hacia corredores sombríos. Un chofer de taxi lo condujo un día al centro por un itinerario aberrante, al punto que tuvo que aprovechar una luz roja para descender precipitadamente del vehículo. En su propia pensión notó otros indicios: la camarera que, al hacer su pieza, miraba con demasiada insistencia sus papeles o el mozo del comedor a quien sorprendió haciendo un pase mágico sobre la garrafa de vino que le traía. Decidió a partir de entonces no beber vino, pero qué importaba el vino, si en el zaguán de su pensión vio a un guardia civil con cara de peruano que hablaba con la portera y, peor aún, cuando viajando en ómnibus distinguió en la calle un enorme anuncio con el título *La Venganza del Gavilán*. A la dueña de la pensión le dijo que se iba por unos días a Granada, pero en realidad se trasladó a Roma.

Resistió sólo unos días. Los escrutadores habían cambiado de apariencia y estaban ahora disfrazados de curas. Los encontraba por todo sitio, vestidos de franciscanos, capuchinos, mercedarios, curas que parecían guardias civiles españoles con caras de peruano. El propio Papa, a quien fue a escuchar a la plaza de San Pedro, trazó sobre su cabeza una cruz y se volvió hacia uno de sus asistentes para hablarle al oído. ¿No había sido don Fernando Gavilán y Aliaga embajador ante el Vaticano? ¡Qué error haberse instalado en las grandes capitales! La solución estaba en encontrar una ciudad mediana en un país anodino.

Inició entonces una vida errabunda que lo llevó por Yugoslavia, Austria, Alemania, Holanda, pasando de hoteles a pensiones, sin desprenderse de su baulillo, descubriendo por todo sitio indicios de sus seguidores, hasta que recaló en Amberes. Allí se sintió al fin seguro. No sólo se trataba de una ciudad dinámica, en la que se hablaba una lengua endemoniada y entre cuya población era posible disolverse sin dejar rastros, sino que pertenecía a un estado monárquico gobernado por el bondadoso rey Balduino. Inscrito como arquitecto en un hotel burgués frecuentado por comerciantes y esporádicos congresistas, pudo reencontrar la paz que le permitió compulsar sus documentos y trazar el plan definitivo de sus obras. Éstas se habían ido ramificando y entrelazando hasta componer un díptico monumental en el que, al comparar su familia a la de sus adversarios, dejaría una imagen ejemplar de la gloria y de la venganza. Se enteró además que en Bruselas vivía el príncipe Leopoldo de Croi, una de las más rancias familias de la nobleza europea, a quien se propuso visitar alguna vez para pedirle acceso a sus archivos. Entre los siglos XVI y XVII había perdido a varios de sus ancestros y tenía urgencia en recuperarlos.

Regresando una tarde de un paseo por el puerto, feliz porque el príncipe de Croi había respondido a una de sus misivas, notó a la entrada de su hotel un ajetreo inhabitual. Taxis se detenían, descendían viajeros, corrían ujieres cargando maletas. El hall estaba lleno de afiches donde se veía una silueta disparando al blanco con un fusil. Grupos de personas hablaban de armas, tiros y concursos. Como se acercaba el invierno y hacía un poco de frío resolvió pasar al bar para beber algo caliente. No hizo sino cruzar el umbral cuando distinguió, sin que le quedara la menor duda,

apoyado en el mostrador, envuelto en su capa negra, escrutando el recinto con una mirada ardiente, altanera y despiadada, a don Fernando Gavilán y Aliaga quien, al verlo, le mostró todos sus dientes y dio un paso adelante con un brazo extendido.

En el instante don Diego fue conmutado a un orden diferente y empezó a flotar en un tiempo cuyas secuencias se fundían tempestuosamente. Viajaba en un taxi por una oscura autopista, subía precipitadamente las escaleras de un hotel, un tren lo conducía hacia un país desconocido, tocaba en vano una puerta con el blasón del príncipe de Croi, un hombre lo perseguía con una factura en la mano, recorría una ciudad atestada de almacenes con salchichas, se escapaba de su hotel con su baulillo por la puerta de servicio, en una comisaría sentaba una denuncia ante policías hilares, un aduanero de aspecto feroz le pedía su pasaporte, atravesaba en un tranvía una arteria nevada, escuchaba marchas militares y valses vieneses, tendido en una calzada gélida, era meado por los perros, alguien escribía su nombre en el libro de un albergue, afiches rezaban Congreso Internacional de Sociedades de Tiro, un autobús lo depositaba ante una iglesia gótica, su hermano Juan le acariciaba la cabeza diciéndole frases reconfortantes, recorría parte de la Edad Media buscando un documento, yacía en un dormitorio blanco rodeado de nobles y agonizantes guerreros, un altoparlante repetía el tren para Múnich dentro de quince minutos, un anciano benévolo le sonreía elogiando las virtudes de la jeringa que tenía en la mano, su hermano Juan insistía en que todo peligro había cesado, volaba en un aeroplano sobre mares infinitos, estaba acostado en una alcoba con ventana teatina, perfume de jazmines, rumor de resaca marina, finísima niebla penetrando por las rejas, empapelado desvaído y retrato al óleo del Marqués Cristóbal Santos de Molina.

Estaba en realidad en su rancho de Miraflores. Hacía tiempo, seguramente no podía decirlo, pero estaba allí, no cabía duda, reconocía el espacio de su infancia y a su hermano Juan que le decía cosas amables: lo habían traído de incógnito, nadie sabía de su presencia, no importaba además, sus enemigos habían dado un traspié, no había habido elecciones, un militar había tomado el poder, se entraba a una época de justicia y de orden y tenía toda la vida por delante para hacer tranquilamente lo que le diera la gana, al margen de cualquier asechanza.

Don Diego registró estas informaciones sin inmutarse, no tenía bastantes energías para reaccionar. Aceptó esa vida circular hecha de dietas, cucharadas, siestas interminables y una fatiga invencible que le impedía acercarse al baulillo y dedicarse a su tarea interrumpida. Pero de reojo observaba cautelosamente su contorno sin perder un detalle. El bigote de su hermano Juan era algo más que un bigote, los dos o tres amigos que lo visitaban hablaban con una voz de falsete, el señor que venía a tomarle el pulso e interrogarlo tenía una corbata cuyo dibujo carecía de toda inocencia, la sirvienta andaba siempre en puntas de pie y era necesario mostrarse atento al piar cada vez más estridente de las aves matinales.

Cuando estuvo mejor sus amigos y su hermano fueron espaciando sus visitas y terminaron por suspenderlas. Pudo entonces inspeccionar cuidadosamente la casa.

Notó que había dos ventanas sin rejas y de inmediato ordenó poner remedio a ello. Luego despidió a la cocinera porque tenía un ojo más grande que el otro y con el grande lo enfocaba como un faro marino cada vez que pasaba por la cocina. Hizo lo mismo con el jardinero, a quien sorprendió cerca de la ventana de su alcoba con una enorme tijera en la mano.

Estas precauciones eran necesarias y lo confirmó cuando al asomar un día al jardín exterior vio pasar tras la verja a un militar con perfil de falcónido. ¡Qué ingenuos eran todos! Ahora se daba cuenta de la jugarreta: los Gavilán y Aliaga no habían quedado excluidos del poder sino que habían revestido la chaqueta del general para continuar ejerciéndolo y poder llevar a cabo solapadamente su venganza.

A partir de entonces redobló las medidas de seguridad. Hizo cambiar las cerraduras de todas las puertas y poner candados en las ventanas. Le prohibió al señor que le tomaba el pulso que pusiera más los pies en la casa. De los muros de la biblioteca descolgó las dos viejas espadas de sus ancestros que dejó en permanencia al lado de su velador. Ordenó a la sirvienta comprar muchas provisiones y se aprestó para un largo sitio. No en vano descendía de aguerridos señores que lucharon durante siglos contra infieles, bastardos y granujas. Ya que no quedaba otra salida, si querían pelea, la habría.

Todo empezó con crujidos y rumores nocturnos. Venían del jardín o de los aposentos alejados, cada vez más frecuentes, más próximos. Mirando el retrato de don Cristóbal se decía que el cerco se iba estrechando. Cuando juzgó que el asalto era inminente ordenó caballerescamente a la sirvienta que se fuera de la casa, no quería verla envuelta en una lid que no le concernía. Se encerró en su dormitorio con bolsas de galletas y jarras con té, atento a la menor trepidación e imaginando el preludio de su obra inmortal, que empezaría cuando las circunstancias le dejaran un respiro.

Lo que aguardaba al fin se produjo: una noche se despertó bañado en sudor, sintiendo en el jardín un insistente aleteo. Encendiendo la luz de su lámpara se levantó y cogió una de sus espadas. Los ruidos del jardín cesaron pero, de pronto, los postigos de la ventana teatina se abrieron de par en par y penetró un enorme pájaro gris que raspó el cielo raso, picó sobre su cabeza, lo hostigó con su pico encorvado. Se defendió dando mandobles a diestra y siniestra, mientras repetía la divisa familiar: «Tu fuerza es tu soledad». El pájaro se transformó en una mariposa velluda que trataba de cegarlo con el polvillo infecto que despedían sus alas. Tuvo que protegerse la cabeza con su bata para proseguir el combate. Ya no era una sino decenas de mariposas las que lo atacaban, pasando acrobáticamente entre sus piernas. Y nuevamente el pájaro de rapiña, pero multiplicado, en turbulenta bandada que se estrellaba graznando contra los muros. Sin dejar de blandir su espada saltó sobre la cama, empujó butacas y consolas, patinó sobre los petates, inventó golpes y esquives hasta que, cuando perdía el aliento, se dio cuenta que los agresores habían huido y que se encontraba solo en el silencioso amanecer sobre el piso cubierto de plumas. Un pequeño insecto zumbaba en el aire tranquilo y tomando altura desapareció por la

ventana teatina.

Todo estaba en el más completo desorden. Pero ¡qué importaba! Era el desorden de la victoria. Sus almohadones despanzurrados yacían sobre la cama. Los gavilanes no habían sacado una sola gota de sangre de sus venas. Se imponía consignar este hecho como algo memorable. Y como a pesar del cansancio no tenía sueño y se sentía lúcido decidió que era el momento de empezar la obra que una vida errante y amenazada le había impedido llevar a cabo. Abriendo el baulillo sacó las diez mil páginas en blanco y las colocó sobre su mesa. Metiendo el lapicero en el pomo de tinta escribió en la primera página con una letra que la emoción hacía más gótica: «En el año de gracia de mil quinientos cuarenta y siete, el día cinco de septiembre, en la ciudad de Valladolid, vio la luz don Cristóbal Santos de Molina, cuatro siglos antes del combate que su descendiente, don Diego, sostuvo victoriosamente contra los gavilanes». Releyó la frase, sintiendo que le corría un escozor en los ojos y pasó a la segunda página. «En el año de gracia de mil quinientos cuarenta y siete, el día cinco de septiembre, en la ciudad de Valladolid, vio la luz don…». Secó la página cuidadosamente y pasó a la tercera: «En el año de gracia de mil quinientos cuarenta y siete, el día cinco de septiembre, en la ciudad…». Y así continuó, sin que nadie pudiera arrancarlo de su escritorio, durante el resto de su vida.

(París, 1977)

Silvio en El Rosedal

El Rosedal era la hacienda más codiciada del valle de Tarma, no por su extensión, pues apenas llegaba a las quinientas hectáreas, sino por su cercanía al pueblo, su feracidad y su hermosura. Los ricos ganaderos tarmeños, que poseían enormes pastizales y sembríos de papas en la alta cordillera, habían soñado siempre con poseer ese pequeño mundo donde, aparte de un lugar de reposo y esparcimiento, podrían hacer un establo modelo, capaz de surtir de leche a todo el vecindario.

Pero la fatalidad se encarnizaba en sustraerles estas tierras, pues cuando su propietario, el italiano Carlo Paternoster, decidió venderlas para instalarse en Lima prefirió elegir a un compatriota, don Salvatore Lombardi, quien por añadidura nunca había puesto los pies en la sierra. Lombardi fue además el único postor que pudo pagar en líquido y al contado el precio exigido por Paternoster. Los ganaderos serranos eran mucho más ricos y movían millones al año, pero todo lo tenían invertido en sembríos y animales y metidos como estaban en el mecanismo del crédito bancario, no veían generalmente el fruto de su fortuna más que en la forma abstracta de letras de cambio y derecho de sobregiro.

Don Salvatore, en cambio, había trabajado durante cuarenta años en una ferretería limeña, que con el tiempo llegó a ser suya y juntado billete sobre billete un capital apreciable. Su ilusión era regresar algún día a Tirole, en los Alpes italianos, comprarse una granja, demostrar a sus paisanos que había hecho plata en América y morir en su tierra natal respetado por los lugareños y sobre todo envidiado por su primo Luigi Cellini, que de niño le había roto la nariz de una trompada y quitado una novia, pero nunca salió del paisaje alpino ni tuvo más de diez vacas.

Por desgracia los tiempos no estaban como para regresar a Europa, donde acababa de estallar la Segunda Guerra Mundial. Aparte de ello don Salvatore contrajo una afección pulmonar. Su médico le aconsejó entonces que vendiera la ferretería y buscara un lugar apacible y de buen clima donde pasar el resto de sus días. Por amigos comunes se enteró que Paternoster vendía El Rosedal y renunciando al retorno a Tirole se instaló en el fundo tarmeño, dejando a su hijo en Lima encargado de liquidar sus negocios.

La verdad es que por El Rosedal pasó como una nube veraniega pues, a los tres meses de estar allí, cuando había emprendido la refacción de la casa-hacienda, comprado un centenar de vacas y traído de Lima muebles y hasta una máquina para

fabricar tallarines, murió atragantado por una pepa de durazno. Fue así como Silvio, su único heredero, quedó como propietario exclusivo de El Rosedal.

A Silvio le cayó esta propiedad como un elefante desde un quinto piso. No sólo carecía de toda disposición para administrar una hacienda lechera o administrar cualquier cosa, sino que la idea de enterrarse en una provincia le puso la carne de gallina. Todo lo que él había deseado de niño era tocar el violín como un virtuoso y pasearse por el Jirón de la Unión con sombrero y chaleco a cuadros, como había visto a algunos elegantes limeños. Pero don Salvatore lo había sacrificado por su maldita idea de regresar a Tirole y vengarse de su primo Luigi Cellini. Tiránico y avaro, lo metió a la tienda antes de que terminara el colegio, justo cuando murió su madre, y lo mantuvo tras el mostrador como cualquier empleado, pero a propinas, despachando todo el día, en mandil de tocuyo, tornillos, tenazas, plumeros y latas de pintura. No pudo así hacer amigos, tener una novia, cultivar sus gustos más secretos, ni integrarse a una ciudad para la cual no existía, pues para la rica colonia italiana, metida en la banca y en la industria, era el hijo de un oscuro ferretero y para la sociedad indígena una especie de inmigrante sin abolengo ni poder.

Sus únicos momentos de felicidad los había conocido realmente de niño, cuando vivía su madre, una mujer delicadísima que cantaba óperas acompañándose al piano y que le pagó con sus ahorros un profesor de violín durante cuatro años. Luego algunas escapadas juveniles y nocturnas por la ciudad, buscando algo que no sabía lo que era y que por ello mismo nunca encontró y que despertaron en él cierto gusto por la soledad, la indagación y el sueño. Pero luego vino la rutina de la tienda, toda su juventud enterrada traficando con objetos opacos y la abolición progresiva de sus esperanzas más íntimas, hasta hacer de él un hombre sin iniciativa ni pasión.

Por ello tener, a los cuarenta años, que responsabilizarse de una propiedad agrícola y por añadidura administrar su vida le pareció excesivo. O una u otra cosa. Lo primero que se le ocurrió fue vender la hacienda y vivir con su producto hasta que se le acabara. Pero un resto de prudencia le aconsejó conservar esas tierras, ponerlas en manos de un buen administrador y gozar de su renta haciendo lo que le viniera en gana, si alguna vez le daba ganas de hacer algo. Para ello, naturalmente, tenía que viajar a Tarma y estudiar sobre el terreno la forma de llevar a cabo su proyecto.

La hacienda la había visto muy de paso, cuando tuvo que venir precipitadamente de Lima para recoger el cadáver de don Salvatore y conducirlo al cementerio de la capital.

Pero ahora que volvió con mayor calma quedó impresionado por la belleza de su propiedad. Era una serie de conjuntos que surgían unos de otros y se iban desplegando en el espacio con el rigor y la elegancia de una composición musical.

Para empezar, la casa. La vieja mansión colonial de dos pisos, construida en forma de U en torno a un gran patio de tierra, tenía arcos de piedra en la planta baja y una galena con balcón y soportales de madera en los altos, rematada por un tejado de dos aguas. En medio del ala central se elevaba una especie de torrecilla que culminaba en un mirador cuadrangular cubierto de tejas, construcción extraña, que rompía un poco la unidad del recinto, pero le daba al mismo tiempo un aire espiritual. Cuando uno entraba al patio por el enorme portón que daba a la carretera se sentía de inmediato abrazado por las alas laterales y aspirado hacia una vida que no podía ser más que enigmática, recoleta y deleitosa.

Los bajos estaban destinados a la servidumbre e instalaciones y los altos a la residencia patronal. Y ésta la componían una sucesión de alcobas espaciosas, donde Silvio identificó tres salones, un comedor, una docena de dormitorios, una vieja capilla, cocina, baño y un saldo de piezas vacías que podrían servir de biblioteca, despensa o lo que fuese. Todas las habitaciones tenían empapelados antiguos, bastante desvaídos, pero tan complicados y distintos —escenas de caza, paisajes campestres, arreglos frutales o personajes de época— que invitaban más que a la contemplación a la lectura. Y felizmente que esos cuartos conservaban su vieja mueblería, que don Salvatore no había tenido tiempo de reemplazar por sus artefactos de serie, aún encajonados en un hangar de los bajos.

Tras la casa estaba el rosedal, que daba el nombre a la hacienda. Era un lugar encantado, donde todas las rosas de la creación, desde un tiempo seguramente inmemorial, florecían en el curso del año. Había rosas rojas y blancas y amarillas y verdes y violeta, rosas salvajes y rosas civilizadas, rosas que parecían un astro, un molusco, una tiara, la boca de una coqueta. No se sabía quién las plantó, ni con qué criterio, ni por qué motivo, pero componían un laberinto polícromo en el cual la vista se extasiaba y se perdía.

Contiguo al jardín se encontraba la huerta, pocas higueras y perales, en cambio, cinco hectáreas de durazneros. Los árboles eran bajos, pero sus ramas se vencían bajo el peso de los frutos rosados y carnosos, cubiertos de una adorable pelusilla, que eran una delicia para el tacto antes de ser un regalo para la boca. Ahora comprendía Silvio cómo su padre, movido por una impulsión estética y golosa, se había tragado uno de esos frutos con pepa y todo, pagando ese gesto con su vida.

Y cruzando el cerco de la huerta se penetraba en el campo abierto. Al comienzo los alfalfares, que crecían hasta la talla de un mozo a ambas orillas del río Acobamba, y luego las praderas de pastoreo, llanísimas, cubiertas siempre de hierba húmeda, y como límite de la propiedad el bosque de eucaliptos, que empezaba en la planicie y ascendía un trecho por los cerros, dejando el resto librado a retamas, cactus y tunares.

Silvio se felicitó de no haber obedecido a su primer impulso de vender la hacienda y, como le gustaba tal como era, dio orden de inmediato de suspender los bastos

trabajos de refacción que había emprendido don Salvatore. Sólo admitió que terminaran de enlucir la fachada de rosa claro y que repararan cañerías, goteras, entablados y cerraduras. Renunció además a buscar un administrador y dejó toda la gestión en manos del viejo capataz Eleodoro Pumari quien, gracias a su experiencia y a su treintena de descendientes, estaba mejor que nadie capacitado para sacarle provecho a esa heredad.

Estas pequeñas ocupaciones lo obligaban a postergar su retorno a Lima, pero sobre todo la idea de que en la costa estaban en pleno invierno. Nada detestaba más Silvio que los inviernos limeños, cuando empezaba la interminable garúa, jamás se veía una estrella y uno tenía la impresión de vivir en el fondo de un pozo. En la sierra en cambio era verano, lucía el sol todo el día y hacía un frío seco y estimulante. Eso lo determinó a entablar relaciones más íntimas con sus tierras y a ensayar las primeras con su nueva ciudad.

Los tarmeños lo acogieron al comienzo con mucha reticencia. No sólo no era del lugar, sino que sus padres eran italianos, es decir, doblemente extranjero. Pero al poco tiempo se dieron cuenta de que era un hombre sencillo, sano, serio y por añadidura soltero. Esta última cualidad fue el mejor argumento para que le abrieran las puertas de su clan. Un soltero era vulnerable y por definición soluble en la sociedad regional.

El clan lo formaban una decena de familias que poseían todas las tierras de la provincia, con excepción de El Rosedal, que seguía siendo una isla en el mar de su poder. A su cabeza estaba el hacendado más rico y poderoso, don Armando Santa Lucía, alcalde de Tarma y presidente del Club Social. Fue el primero en invitarlo a una de sus reuniones y todo el resto del clan siguió.

Silvio aceptó esta primera invitación por cortesía y algo de curiosidad e ingresó así paulatinamente a una ronda de comilonas, paseos y cabalgatas que se fueron encadenando unas con otras según las leyes de la emulación y la retribución. Todo el verano lo pasó de hacienda en hacienda y de convite en convite. Algunas de estas reuniones duraban días, se convertían en verdaderas fiestas ambulantes y conglomerantes, a las que iba adhiriendo de paso nuevas comparsas. Silvio recordaba haber cenado un domingo en casa de Armando Santa Lucía con cinco terratenientes y haber terminado la reunión un jueves, cerca de la provincia de Ayacucho, desayunando con una cuarentena de hacendados.

Como no era afecto a la bebida y parco en el comer, rehusó varias de estas invitaciones con el propósito de romper la cadena, pero había empezado la época de las lluvias, las reuniones asumieron un aspecto más familiar y soportable, limitándose a cenas y bailes en las residencias de Tarma. Si el verano era la época de las correrías varoniles, el invierno era el imperio de la mujer. Silvio se dio cuenta que estaba circunscrito por solteronas, primas, hijas, sobrinas o ahijadas de hacendados, feísimas todas, que le hacían descaradamente la corte. Esas familias serranas eran inagotables y en cada una de ellas había siempre un lote de mujeres en reserva, que ponían oportunamente en circulación con propósitos más bien equívocos. Silvio tenía

demasiado presente la imagen de su madre y su ideal de belleza femenina era muy refinado para ceder a la tentación y así poco a poco fue abandonando estas frecuentaciones para recluirse estoicamente en su hacienda.

Y en ésta cada día se sentía mejor, a punto que siguió postergando su retorno a Lima donde, en realidad, no tenía nada que hacer. Le encantaba pasear bajo las arcadas de piedra, comer un durazno al pie del árbol, observar como los Pumari ordeñaban las vacas, hojear viejos periódicos como si hicieran referencia a un mundo inexistente, pero sobre todo caminar por el rosedal. Rara vez arrancaba una flor, pero las aspiraba e iba identificando en cada perfume una especie diferente. Cada vez que abandonaba el jardín tenía el deseo inmediato de regresar a él, como si hubiera olvidado algo. Varias veces lo hizo, pero siempre se retiraba con la impresión de un paseo imperfecto.

Así pasaron algunos años. Silvio estaba ya plenamente instalado en la vida campestre. Había engordado un poco y tenía la tendencia a quitarse rara vez el saco de pijama. Sus andares por la hacienda se fueron limitando al claustro y el rosedal y finalmente le ocurrió no salir durante días de la galería de los altos e incluso de su dormitorio, donde se hacía servir la comida y convocaba a su capataz. A Tarma hacía expediciones mínimas, por asuntos extremadamente urgentes, al extremo que los hacendados dejaron de invitarlo y corrieron rumores acerca de su equilibrio mental o de su virilidad.

Dos o tres veces viajó a Lima, generalmente para asistir a un concierto o comprar algún útil para la hacienda y siempre retornó cumplida su tarea. Cada vez que volvía reanudaba sus paseos, reconociendo en cada lugar los clisés guardados por su memoria, pero no obtenía ello el antiguo goce. Una mañana que se afeitaba creyó notar el origen de su malestar: estaba envejeciendo en una casa baldía, solitario, sin haber hecho realmente nada, aparte de durar. La vida no podía ser esa cosa que se nos imponía y que uno asumía como un arriendo, sin protestar. Pero ¿qué podía ser? En vano miró a su alrededor, buscando un indicio. Todo seguía en su lugar. Y sin embargo debía haber una contraseña, algo que permitiera quebrar la barrera de la rutina y la indolencia y acceder al fin al conocimiento, a la verdadera realidad. ¡Efímera inquietud! Terminó de afeitarse tranquilamente y encontró su tez fresca, a pesar de los años, si bien en el fondo de sus ojos creyó notar una lucecita inquieta, implorante.

Una tarde que se aburría demasiado cogió sus prismáticos de teatro y resolvió hacer lo único que nunca había hecho: escalar los cerros de la hacienda. Éstos quedaban al final de las praderas y estaban cubiertos en la falda baja por el bosque de eucaliptos. Bordeando el río cruzó los alfalfares y pastizales, luego el bosque y emprendió la

ascensión bajo el sol abrasador. La pendiente del cerro era más empinada de lo que había previsto y estaba plagada de cactus, magueyes y tunares, plantas hoscas y guerreras, que oponían a su paso una muralla de espinas. La constitución del suelo era más bien rocosa y repelente. A la media hora estaba extenuado, tenía las manos hinchadas y los zapatos rotos y aún no llegaba a la cresta. Haciendo un esfuerzo prosiguió hasta que llegó a la cima. Se trataba naturalmente de una primera cumbre, pues el cerro, luego de un corto declive, proseguía ascendiendo hacia el cielo azul. Silvio se moría de sed, maldijo por no haber traído una cantimplora con agua y renunciando a continuar la escalada se sentó en una roca para contemplar el panorama. Estaba lo suficientemente alto como para ver a sus pies la totalidad de la hacienda y detrás, pero muy lejanos, los tejados de Tarma. Al lado opuesto se distinguían los picos de la cordillera oriental que separaban la sierra de la floresta.

Silvio aspiró profundamente el aire impoluto de la altura, comprobó que la hacienda tenía la forma de un triángulo cuyo ángulo más agudo lo formaba la casa y que se iba desplegando como un abanico hacia el interior. Con sus prismáticos observó las praderas, donde espaciadamente pastaban las vacas, la huerta, la casa y finalmente el rosedal. Los prismáticos no eran muy poderosos, pero le permitieron distinguir como una borrosa tapicería coloreada, en la cual ciertas figuras tendían a repetirse. Vio círculos, luego rectángulos, enseguida otros círculos y todo dispuesto con tal precisión que quitándose los binoculares trató de tener del jardín una visión de conjunto. Pero estaba demasiado lejos y a simple vista no veía más que una mancha polícroma. Ajustándose nuevamente los prismáticos prosiguió su observación: las figuras estaban allí, pero las veía parcialmente y por series sucesivas y desde un ángulo que no le permitía reconstituir la totalidad del dibujo. Era realmente extraño, nunca imaginó que en ese abigarrado rosedal existiera en verdad un orden. Cuando se repuso de su fatiga, guardó los prismáticos y emprendió el retorno.

En los días siguientes hizo un corto viaje a Lima para asistir a una representación de *Aída* por un conjunto de ópera italiano. Luego intentó divertirse un poco, pero en la costa se estaba en invierno, lloviznaba, la gente andaba con bufanda y tosía, la ciudad parecía haber cerrado sus puertas a los intrusos, se aburrió una vez más, añoró su vida eremítica en la hacienda y bruscamente retornó a El Rosedal.

Al entrar al patio de la hacienda se sintió turbado por la presencia de la torrecilla del ala central, tomó claramente conciencia del carácter aberrante de ese minarete, al cual además nunca había subido a causa de sus escalones apolillados. Estaba fuera de lugar, no cumplía ninguna función, al primer temblor se iba a venir abajo, tal vez alguna vez sirvió para otear el horizonte en busca del invisible enemigo. Pero tal vez tenía otro objeto, quien ordenó su construcción debía perseguir un fin preciso. Y claro, cómo no lo había pensado antes, sólo podía servir de lugar privilegiado para observar una sola cosa: el rosedal.

De inmediato ordenó a uno de los hijos de Pumari que reparara la escalera y se las ingeniara como fuese para poder llegar al observatorio. Como era ya tarde, Calixto tuvo que trabajar parte de la noche reemplazando peldaños, anudando cuerdas, clavando garfios, de modo que a la mañana siguiente la vía estaba expedita y Silvio pudo emprender la ascensión.

No tuvo ojos más que para el rosedal, todo el resto no existía para él y pudo así comprobar lo que viera desde el cerro: los macizos de rosas que, vistos del suelo, parecían crecer arbitrariamente, componían una sucesión de figuras. Silvio distinguió claramente un círculo, un rectángulo, dos círculos más, otro rectángulo, dos círculos finales. ¿Qué podía significar eso? ¿Quién había dispuesto que las rosas se plantaran así? Retuvo el dibujo en su mente y al descender los reprodujo sobre un papel. Durante largas horas estudió esta figura simple y asimétrica, sin encontrarle ningún sentido. Hasta que al fin se dio cuenta, no se trataba de un dibujo ornamental sino de una clave, de un signo que remitía a otro signo: el alfabeto Morse. Los círculos eran los puntos y los rectángulos, las rayas. En vano buscó en casa un diccionario o libro que pudiera ilustrarlo. El viejo Paternoster sólo había dejado tratados de veterinaria y fruticultura.

A la mañana siguiente tomó la carreta que llevaba la leche al pueblo y buscó inútilmente en la única librería de Tarma el texto iluminador. No le quedó más remedio que ir al correo para consultar con el telegrafista. Éste se encontraba ocupadísimo, era hora de congestión y prometió enviarle al día siguiente la clave morse con el lechero.

Nunca esperó Silvio con tanta ansiedad un mensaje. La carreta del lechero regresaba en general al mediodía, pero Silvio estuvo desde mucho antes en el portón de la hacienda, mirando la carretera. Apenas sintió en la curva el traqueteo de las ruedas se precipitó para coger el papel de manos de Esteban Pumari. Estaba en un sobre y llegando a su dormitorio lo desgarró. Cogiendo el papel y lápiz convirtió los puntos y rayas en letras y se encontró con la palabra RES.

Pequeña palabra que lo dejó confuso. ¿Qué cosa era una res? Un animal, sin duda, un vacuno, como los que abundan en la hacienda. Claro, el propietario original de ese fundo, un ganadero fanático, había querido sin duda perpetuar en el jardín el nombre de la especie animal que albergaba sus tierras y de la cual dependía su fortuna: res, fuera vaca, toro o ternera.

Silvio tiró la clave sobre la mesa, decepcionado. Y tuvo verdaderamente ganas de reír. Y se rió, pero sin alegría, descubriendo que en el empapelado de su dormitorio había aparte de naturalezas muertas arreglos florales. RES. Algo más debía expresar esa palabra. Naturalmente, en latín, según recordó, res quería decir cosa. Pero ¿qué era una cosa? Una cosa era todo. Silvio trató de indagar más, de escabullirse hasta el fondo de esta palabra, pero no vio nada y vio todo, desde una medusa hasta las torres de la catedral de Lima. Todo era una cosa, pero de nada le servía saberlo. Por donde la mirara, esta palabra lo remitía a la suma infinita de todo lo que contenía el

universo. Aún se interrogó un momento, pero fatigado de la esterilidad de su pesquisa, decidió olvidarse del asunto. Se había embarcado sin duda por un mal camino.

Pero en mitad de la noche se despertó y se dio cuenta de que había estado soñando con su ascensión a la torre, con el rosedal en dibujo. Su mente no había dejado de trabajar. En su visión interior perduraba, escrita en el jardín y en el papel, la palabra RES. ¿Y si le daba la vuelta? Invirtiendo el orden de las letras logró la palabra SER. Silvio encendió una lámpara, corrió a la mesa y escribió con grandes letras SER. Este hallazgo lo llenó de júbilo, pero al poco rato comprobó que SER era una palabra tan vaga y extensa como COSA y muchísimo más que RES. ¿Ser qué, además? SER era todo. ¿Cómo tomar esta palabra, por otra parte, como sustantivo o como verbo infinitivo? Durante un rato se rompió la cabeza. Si era un sustantivo tenía el mismo significado infinito y por lo tanto inútil que COSA. Si era un verbo infinitivo carecía de complemento, pues no indicaba lo que era necesario ser. Esta vez sí se hundió profundamente en un sueño desencantado.

En los días siguientes bajó a menudo a Tarma en las tardes sin un motivo preciso, daba una vuelta por la plaza, entraba a una tienda o se metía al cine. Los nativos, sorprendidos por esta reaparición, después de tantos meses de encierro, lo acogieron con simpatía. Lo notaron más sociable y aparentemente con ganas de divertirse. Aceptó incluso asistir a un gran baile que don Armando Santa Lucía daba en su residencia, pues había ganado el premio al mejor productor de papas de la región. Como siempre Silvio encontró en esta reunión a lo mejor de la sociedad tarmeña y a la más escogida gente de paso, así como a las solteronas de los años pasados que, más secas y arrugaditas, habían alcanzado ese grado crepuscular de madurez que presagiaba su pronto hundimiento en la desesperación. Silvio se entretuvo conversando con los hacendados, escuchando sus consejos para renovar su ganado y mejorar su servicio de distribución de leche, pero cuando empezó el baile una idea artera le pasó por la mente, una idea que surgió como un petardo del trasfondo de su ser y lo cegó: no era una palabra lo que se escondía en el jardín, era una sigla.

Sin que nadie comprendiera por qué, abandonó súbitamente la reunión y tomó la última camioneta que iba a la montaña y que podía dejarlo de paso en la puerta de su hacienda. Apenas llegó se acomodó frente a su mesa y escribió una vez más la palabra RES. Como no se le ocurría nada la invirtió y escribió SER. De inmediato se le apareció la frase Soy Excesivamente Rico. Pero se trataba evidentemente de una formulación falsa. No era un hombre rico, ni mucho menos excesivamente. La hacienda le permitía vivir porque era sólo frugal. Volvió a examinar las letras y compuso Serás Enterrado Rápido, lo que no dejó de estremecerlo, a pesar de que le pareció una profecía infundada. Pero otras frases fueron desalojando a la anterior: Sábado Entrante Reparar, ¿reparar qué? Sólo Ensayando Regresarás, ¿adónde? Sócrates Envejeciendo Rejuveneció, lo que era una fórmula estúpida y contradictoria. Sirio Engendró Rocío, frase dudosamente poética y además equívoca, pues no sabía

si se trataba de la estrella o de un habitante de Siria. Las frases que se podían componer a partir de estas letras eran infinitas. Silvio llenó varias páginas de su cuaderno, llegando a fórmulas tan enigmáticas y disparatadas como Sálvate Enfrentando Río, Sucediole Encontrar Rupia o Sóbate Encarnizadamente Rodilla, lo que a la postre significaba reemplazar una clave por otra.

Sin duda se había embarcado en un viaje sin destino. Aún por tenacidad ensayó otras frases. Todas lo remitían a la incongruencia.

Durante meses se abandonó a ese simulacro de la felicidad que es la rutina. Se levantaba tarde, tomaba varios cafés acompañados de su respectivo cigarro, daba una vuelta por las arcadas, impartía órdenes a los Pumari, bajaba de cuando en cuando a Tarma por asuntos fútiles y cuando realmente se aburría iba a Lima donde se aburría más. Como seguía sin conocer a nadie en la capital, vagaba por las calles céntricas entre miles de transeúntes atareados, compraba tonterías en las tiendas, se pagaba una buena comida, se atrevía a veces a ir a un cabaret y rara vez a fornicar con una pelandusca, de donde salía siempre insatisfecho y desplumado. Y regresaba a Tarma con el vacío en el alma, para deambular por sus tierras, aspirar una rosa, gustar un durazno, hojear viejos periódicos y aguardar ansioso que llegaran las sombras y acarrearan para siempre los escombros del día malgastado.

Una mañana que paseaba por el rosedal se encontró con Felícito Pumari, que se encargaba del jardín, y le preguntó qué modo seguía para mantenerlo floreciente, cómo regaba, dónde plantaba, qué rosales sembraba, cuándo y por qué. El muchacho le dijo simplemente que él se limitaba a reponer y resembrar las plantas que iban muriendo. Y siempre había sido así. Su padre le había enseñado y a su padre su padre.

Silvio creyó encontrar en esta respuesta un estímulo: había un orden que se respetaba, el mensaje era transmitido, nadie se atrevía a una transgresión, la tradición se perpetuaba. Por ello volvió a inclinarse sobre sus claves, comenzando por el comienzo, y se esforzó por encontrarles si no una explicación por lo menos una aplicación.

RES era una palabra clarísima y no necesitaba de ningún comentario. E impulsado por la naturaleza de su fundo y los consejos de los hacendados se dedicó a incrementar su ganado, adquirió sementales caros y vacas finas y luego de sapientes cruces mejoró notablemente el rendimiento de sus reses. La producción de leche aumentó en un cien por ciento, tuvo necesidad de nuevas carretas para el reparto y el renombre de su establo ganó toda la región. Al cabo de un tiempo, sin embargo, la hacienda llegó a su rendimiento óptimo y se estancó. Al igual que el ánimo de Silvio, que no encontraba mayor placer en haber logrado una explotación modelo. Su esfuerzo le había dado un poco más de beneficios y de prestigio, pero eso era todo. Él seguía siendo un solterón caduco, que había enterrado temprano una vocación

musical y seguía preguntándose para qué demonios había venido al mundo. Abandonó entonces sus cruces bovinos y dejó de supervigilar la marcha del establo. Por pura ociosidad se había dejado crecer una barba rojiza y descuidada. Por la misma razón volvió a interesarse por su clave, que seguía indescifrable sobre su mesa. RES = COSA.

COSA. Muy bien. Se trataba tal vez de adquirir muchas cosas. Hizo entonces una lista de las que le faltaban y se dio cuenta que le faltaba todo. Un avión, por ejemplo, un caballo de carrera, un mayordomo hindú, una corbata con puntitos rojos, una lupa y así indefinidamente. Otra vez se encontraba enfrentado al infinito. Decidió entonces que lo que debía hacer era la lista de las cosas que tenía y empezó por su dormitorio: una cama, una mesa de noche, dos sábanas, dos frazadas, tres lámparas, un ropero, pero apenas había llenado algunas hojas de su cuaderno se encontró con problemas insolubles: las figuras del empapelado, por ejemplo, ¿eran una o varias cosas? ¿Tenía que anotar y describir una por una? Y si salía a la huerta, ¿tenía que contar los árboles y más aún los duraznos y peor todavía las hojas? Era una estupidez, pero también por ese lado lo cercaba el infinito. Pensó incluso que si no poseyera sino su cuerpo hubiera pasado años contando cada poro, cada vello y catalogando estas cosas, puesto que le pertenecían. Es así que tirando su inventario al aire examinó nuevamente su fórmula e invirtiéndola se acodó frente a la palabra SER.

Y esta vez le resultó luminosa. SER era no solamente un verbo en infinitivo sino una orden. Lo que él debía hacer era justamente SER. Se interrogó entonces sobre lo que debía ser y en todo caso descubrió que lo que nunca debía haber sido era lo que en ese momento estaba siendo: un pobre idiota rodeado de vacas y eucaliptos, que se pasaba días íntegros encerrado en una casa baldía combinando letras en un cuaderno. Algunos proyectos de SER le pasaron por la cabeza. SER uno de esos dandis que se paseaban por el Jirón de la Unión diciéndoles piropos a las guapas. SER un excelente lanzador de jabalina y ganar aunque sea por unos centímetros a esa especie de caballo que había en el colegio y que arrojaba cualquier objeto, fuera redondo, chato o puntiagudo, a mayor distancia que nadie. O ser, ¿por qué no?, lo que siempre había querido ser, un violinista como Jascha Heifetz, por ejemplo, cuya foto vio muchas veces de niño en la revista *Life*, tocando su instrumento con los ojos cerrados, ante una orquesta vestida de impecable *smoking* y un auditorio arrebatado.

La idea no le pareció mala y desenterrando su instrumento lo sacó de su funda y reinició los ejercicios de su niñez. A esta tarea se aplicó con un rigor que lo sorprendió. En un par de meses, a razón de cinco o seis horas diarias, alcanzó una habilísima digitación y meses después ejecutaba ya solos y sonatas con una rara virtuosidad. Pero como había llegado a un tope tuvo necesidad de un profesor. La posibilidad de tener que viajar para ello a Lima lo desanimó. Felizmente, como a veces ocurre en la provincia, había un violinista oscuro, que tocaba en misas, entierros y matrimonios y que era músico y ejecutante genial, a quien el hecho de

medir un metro treinta de estatura y haber vivido siempre en un pueblo serrano lo habían sustraído a la admiración universal. Rómulo Cárdenas se entusiasmó con la idea de darle clases y sobre todo vio en ello la posibilidad de realizar el sueño de toda su vida, incumplido hasta entonces, pues era el único violinista de Tarma: tocar alguna vez el concierto para dos violines de Juan Sebastián Bach.

Pero allí estaba Silvio Lombardi. Durante semanas Rómulo vino todos los días a El Rosedal y ambos, encerrados en la antigua capilla, trabajaron encarnizadamente y lograron poner a punto el concierto soñado. Los Pumari no podían entender cómo este par de señores se olvidaban hasta de comer para frotar un arco contra unas cuerdas produciendo un sonido que, para ellos, no los hacía vibrar como un huayno.

Silvio pensó que ya era tiempo de pasar de la clandestinidad a la severidad y tomó una determinación: dar un concierto con Cárdenas. E invitar a El Rosedal a los notables de Tarma, para retribuirles así todas sus atenciones. Hizo imprimir las tarjetas con quince días de anticipación y las distribuyó entre hacendados, funcionarios y gente de paso. Paulo Pumari repintó la vieja capilla, colocó bancas y sillas y convirtió la vetusta habitación en un auditorio ideal.

Los hacendados tarmeños recibieron la invitación perplejos. ¡Lombardi invitaba a El Rosedal y para escucharlo tocar el violín a dúo con ese enano de Cárdenas! No se decía en la invitación si habría luego comida o baile. Muchos tiraron la tarjeta a la papelera, pensando luego decir que no la habían recibido, pero algunos se constituyeron el sábado en la hacienda de Silvio. Era una ocasión para echar una mirada a esa tierra evasiva y ver cómo vivía el italiano.

Silvio había preparado una cena para cien personas, pero sólo vinieron doce. La gran mesa que había hecho armar bajo las arcadas tuvo que ser desmontada y terminaron todos en el comedor de diario, en los altos de la casa. Después del café fueron a la capilla y se dio el concierto. Mientras ejecutaban la partitura Silvio comprobó de reojo que sólo había once personas y nunca pudo descubrir quién era el duodécimo que se escapó o que se quedó en el comedor tomándose un trago más o repitiendo el postre. Pero el concierto fue inolvidable. Sin el socorro de una orquesta, Silvio y Rómulo se sobrepasaron, curvado cada cual sobre su instrumento crearon en esos momentos una estructura sonora que el viento se llevó para siempre, perdiéndose en las galaxias infinitas. Los invitados aplaudieron al final sin ningún entusiasmo. Era evidente que les había pasado por las narices un hecho artístico de valor universal sin que se diesen cuenta. Más tarde, con los tragos, felicitaron a los músicos con frases hiperbólicas, pero no habían escuchado nada, Juan Sebastián Bach pasó por allí sin que le vieran el más pequeño de sus rizos.

Silvio siguió viendo a Cárdenas y ejecutando con él en la capilla: bajo las arcadas y aun en pleno rosedal, solitarios conciertos, verdaderos incunables del arte musical sin otros testigos que las palomas y las estrellas. Pero poco a poco fue distanciándose de su colega, terminó por no invitarlo más y refundió su violín en el fondo del armario. Lo hizo sin júbilo, pero también sin amargura, sabiendo que durante esos

días de inspirada creación había sido algo, tal vez efímeramente, una voz que se perdió en los espacios siderales y que, como la luz, acabó por hundirse en el reino de las sombras. Por entonces se le cayó un incisivo y al poco tiempo otro y por flojera, por desidia, no se los hizo reponer. Una mañana se dio cuenta de que la mitad derecha de su cabeza estaba cubierta de canas. La mayor parte de los vidrios de la galería estaban quebrados. En las arcadas descubrió durante un paseo peroles con leche podrida. ¿Por qué, Dios mío, donde pusiera la mirada, veía instaurarse la descomposición, el apolillamiento y la ruina?

Un paquete que recibió de Lima lo sacó un momento de sus cavilaciones. En su época de furioso criptógrafo había encargado una serie de libros y sólo ahora le llegaban: diccionarios, gramáticas, manuales de enseñanza de lenguas. Lo revisó someramente hasta que descubrió algo que lo dejó atónito: RES quería decir en catalán nada. Durante varios días vivió secuestrado por esta palabra. Vivía en su interior escrutándola por todos lados, sin encontrar en ella más que lo evidente: la negación del ser, la vacuidad, la ausencia. Triste cosecha para tanto esfuerzo, pues él ya sabía que nada era él, nada el rosedal, nada sus tierras, nada el mundo. A pesar de esta certeza siguió abocado a sus tareas habituales, en las que ponía un empeño heroico, comer, vestirse, dormir, lavarse, ir al pueblo, durar en suma y era como tener que leer todos los días la misma página de un libro pésimamente escrito y desprovisto de toda amenidad.

Hasta que un día leyó, literalmente, una página diferente. Era una carta que le llegó de Italia: su prima Rosa le comunicaba la muerte de su padre, don Luigi Cellini, el lejano tío que don Salvatore había detestado tanto. Rosa había quedado en la miseria, con una hija menor, pues su marido, un tal Lucas Settembrini, había fugado del hogar años antes. Le pedía a Silvio que la recibiera en la hacienda, ocuparía el menor espacio posible y se encargaría del trabajo que fuese.

Si el viejo Salvatore no estuviese ya muerto hubiera reventado de rabia al leer esta carta. Así pues se había roto el alma durante cuarenta años para que al final su propiedad albergara y mantuviera a la familia del abusivo Luigi. Pero no fueron estas consideraciones lo que movieron a Silvio a dilatar su respuesta, sino la aprensión que le producía tener parientes metidos en la casa. Adiós sus hábitos de solterón, tendría que afeitarse, quitarse el saco de pijama, comer con buenos modales, etc. Como no sabía qué buen pretexto invocar para denegar el pedido de su prima, decidió mentir y decirle que iba a vender la hacienda para emprender un largo viaje alrededor del mundo que culminaría, según le pareció un buen remate para su embuste, en un monasterio de Oriente, dedicado a la meditación.

Cuando resolvió escribir su respuesta cogió la carta de la prima para buscar la dirección y la releyó. Y sólo al final de la misiva notó algo que lo dejó vibrando, en una difusa ensoñación: su prima firmaba Rosa Eleonora Settembrini. ¿Qué había en

esta firma de particular? No tuvo necesidad de romperse la cabeza. Las iniciales de ese nombre formaban la palabra RES.

Silvio quedó indeciso, apabullado, sin saber si debía dar crédito a este descubrimiento y llevar su indagación adelante. ¿Estaría al fin en posesión del verdadero sentido de la clave? ¡Tantas búsquedas había emprendido, seguidas de tantas decepciones! Al fin decidió someterse una vez más a los designios del azar y contestó la carta afirmativamente, enviando además, como pedía su prima, el dinero para los pasajes.

Las Settembrini llegaron a Tarma al cabo de tres meses, pues por economía habían viajado en un barco caletero que se detuvo en todos los puertos del mundo. Silvio había hecho arreglar para ellas dos dormitorios en un ala apartada de los altos. Ambas aparecieron en El Rosedal sin previo aviso; en la camioneta del mecánico Lavander, que excepcionalmente hacía de taxi. Silvio aguardaba el atardecer en una perezosa de la galería y se acariciaba la barba rojiza atormentado por uno de los tantos problemas que le ofrecía su vida insípida: ¿debía o no venderle uno de sus sementales a don Armando Santa Lucía? Apenas ellas atravesaron el portón y se detuvieron en el patio de tierra, seguidas por Lavander que cargaba las maletas, Silvio se puso de pie movido por un invencible impulso y tuvo que apoyarse en la baranda de madera para no caer.

No era su prima ni por supuesto Lavander lo que lo sacudieron sino la visión de su sobrina que, apartada un poco del resto, observaba admirativa la vieja mansión, con la cabeza inclinada hacia un lado: esa tierra secreta, ese reino decrépito y desgobernado, recibía al fin la visita de su princesa. Esa figura no podía proceder más que de un orden celestial, donde toda copia y toda impostura eran imposibles.

Roxana debía tener quince años. Silvio comprobó maravillado que su italiano, que no hablaba desde que murió su madre, funcionaba a la perfección, como si desde entonces hubiera estado en reserva, destinado a convertirse, por las circunstancias, en una lengua sagrada. Su prima Rosa, contra su promesa, ocupó desde el comienzo toda la casa y toda la hacienda. Avinagrada y envejecida por la pobreza y el abandono de su marido, se dio cuenta de que El Rosedal era más grande que el pueblo de Tirole, que alguien podía tener más de cien vacas y se aplicó al gobierno del fundo con una pasión vindicativa. Una de las primeras cosas que ordenó, puesto que Silvio formaba parte de la hacienda, fue que reparara su dentadura, así como hizo reponer todos los vidrios rotos de la galería. Silvio no volvió a ver más camisas sucias tiradas por el suelo, porongos con leche podrida en los pasillos, ni cerros de duraznos comidos por los moscardones al pie de los frutales. El Rosedal comenzó a fabricar quesos y mermeladas y, saliendo de su estacionamiento, entró en una nueva era de prosperidad.

Roxana había cumplido los quince años en el barco que la trajo y parecía que los seguía cumpliendo y que nunca dejaría de cumplirlos. Silvio detestaba la noche y el

sueño, porque sabía que era tiempo sustraído a la contemplación de su sobrina. Desde que abría los ojos estaba ya de pie, rogándole a Etelvina Pumari que trajera la leche más blanca, los huevos más frescos, el pan más tibio y la miel más dulce para el desayuno de Roxana. Cuando en las mañanas hacía con ella el habitual paseo por la huerta ingresaba al dominio de lo inefable. Todo lo que ella tocaba resplandecía, su más pequeña palabra devenía memorable, sus viejos vestidos eran las joyas de la corona, por donde pasaba quedaban las huellas de un hecho insólito y el perfume de una visita de la divinidad.

El embeleso de Silvio se redobló cuando descubrió que Roxana tenía por segundo nombre Elena y que, apellidándose Settembrini, reaparecía en sus iniciales la palabra RES, pero cargada ahora de cuánto significado. Todo se volvía clarísimo, sus desvelos estaban recompensados, había al fin descifrado el enigma del jardín. De puro gozo ejecutó una noche para Roxana todo el concierto para violín de Beethoven, sin comerse una sola nota, se esmeró en montar bien a caballo, se tiñó de negro la parte derecha de su pelambre y se aprendió de memoria los poemas más largos de Rubén Darío, mientras Rosa se incrustaba cada vez más en la intendencia de la hacienda, secundada por la tribu desconcertada de los Pumari, y dejaba que su primo se deleitara en la educación de su hija.

Silvio había concebido planes grandiosos: fundar y financiar una universidad en Tarma, con una pléyade de profesores ricamente pagados, para que Roxana pudiera hacer sus estudios como alumna única; enviar sus medidas a costureros de París para que regularmente le expidieran los modelos más preciosos; contratar un cocinero de renombre ecuménico con la misión de inventar cada día un plato nuevo para su sobrina; invitar al Papa en cada efemérides religiosa para que celebrara la misa en la capilla de la hacienda. Pero naturalmente que tuvo que reajustar estos planes a la modestia de sus recursos y se limitó a ponerle una profesora de español y otra de canto, hacerle sus trajes con una solterona del lugar y obligar a Basilia Pumari a que se pusiese delantal y toca al servir, lo que arruinó su belleza nativa y la convirtió en un mamarracho colosal.

Este periodo de beatitud empezó en un momento a enmohecerse. Silvio notó que Roxana disimulaba a veces un bostezo tras su mano cuando él hablaba o que el foco de su mirada estaba situado en un punto que no coincidía con su presencia. Silvio le había narrado ya diez veces su infancia y su juventud, adornándolas con la imaginación de un cuentista persa, y le había ejecutado en interminables veladas toda la música para violín que se había escrito desde el Renacimiento. Roxana, por su parte, conocía ya de memoria toda la hacienda, no había alcoba en la cual no hubiera introducido su grácil y curiosa naturaleza, era incapaz de extraviarse en el laberinto del jardín, para cada árbol de la huerta tenía una mirada de reconocimiento, todos los meandros del río conservaban la huella de sus pisadas y los eucaliptos del bosque la

habían adoptado como su deidad.

Pero había algo que Roxana ignoraba: la palabra escondida en el rosedal. Silvio no le había hablado nunca de esto, pues era su más preciado secreto y quien quisiese descubrirlo tenía, como él, que pasar por todas las pruebas de una iniciación. Pero como Roxana tendía cada vez más a distraerse y su espíritu se escapaba a menudo de los límites de la heredad, decidió recobrar su atención poniéndola sobre la pista de este enigma. Le dijo así un día que en la hacienda había algo que ella nunca encontraría. Picada su curiosidad, Roxana reanudó sus andares por la hacienda, en busca de lo oculto. Silvio no le había dado mayores indicios y ella no sabía en consecuencia si se trataba de un tesoro, de un animal sagrado o de un árbol de la Sabiduría. En sus recorridos parecía que iba encendiendo las luces de habitaciones invisibles y Silvio tras ella, sombrío, apagándolas.

Como al cabo de un tiempo no descubría nada se irritó, exigió más detalles y como Silvio rehusó dárselos se molestó diciéndole que era malo y que ya no lo quería. Silvio quedó muy afligido, sin saber qué partido tomar. Fue entonces cuando Rosa salió de la sombra y le dio el golpe de gracia.

Rosa había puesto ya orden en la hacienda y dado por concluida la primera etapa de su misión. Esa codiciada propiedad, más floreciente que nunca, les pertenecería de pleno derecho cuando Silvio desapareciera. Pero había otras propiedades más grandes en Tarma. En sus frecuentes viajes a la ciudad había tenido ocasión de informarse e incluso de visitar fundos con miles de cabezas de ganado. Para acceder a ellos tenía un instrumento irreemplazable: Roxana.

Inversamente, los ganaderos tarmeños habían intuido que la presencia de esa niña era tal vez la ocasión soñada para entrar al fin en posesión de El Rosedal. Roxana nunca había puesto los pies en Tarma, cautiva como la había tenido el encanto de la hacienda y los cuidados de Silvio, pero se sabía de ella y de su belleza por los decires de sus profesoras.

De este modo, intereses contrarios pero convergentes se pusieron simultáneamente en marcha, con fines mezquinamente nupciales, que implicaban a la postre la sustracción de Roxana al imperio de su tío.

Todo coincidió con la feria de Santa Ana y con el aniversario de Roxana, que cumplía dieciséis años. Rosa dijo que ya era tiempo de que esa niña frecuentara un poco de mundo, al mismo tiempo que una delegación de hacendados vino a El Rosedal para rogarle a Silvio que fuera mayordomo de la feria. Esto último era más que un honor una dignidad, perseguida por todos los señores, pero que implicaba en contrapartida la organización de grandes y costosos festejos en los que participaba toda la comunidad.

Silvio se dijo por qué no, quizás la solución era que Roxana se distrajera, eso le volvería el resplandor que día a día iba perdiendo y tal vez el júbilo de vivir en El

Rosedal.

Decidió entonces reunir el aniversario de su sobrina y la feria en una gran fiesta, en cuyo preparativo se abocó durante un mes como si fuese el hecho más importante de su vida. Hizo aplanar y arreglar el patio de la hacienda, repintar nuevamente la fachada, colocar maceteros con flores en las arcadas, adornar con faroles la galería y limpiar los senderos del jardín y la huerta de pétalos y frutos caídos. Aparte de ello contrató artificieros chinos para el castillo de fuego, un elenco de bailarines de Acobamba, otro de músicos de Huancayo y un equipo de maestros de la pachamanca para que cocieran bajo tierra reses, puercos, carneros, gallinas, cuyes y palomas, aparte de todas las legumbres y hortalizas del valle. En cuanto al bar, dio carta blanca al Hotel Bolívar de Tarma para que surtiera la reunión de todas las bebidas regionales y extranjeras.

La fiesta pasó a los anales de la provincia. Desde antes del mediodía empezaron a llegar los invitados por los cuatro caminos del mundo. Algunos vinieron en automóvil, pero la mayor parte en caballos ricamente enjaezados, con arneses y estribos de plata repujada. Los hombres llevaban el traje tradicional: botas de becerro, pantalón de montar de pana, chaqueta de cuero o paño, pañuelo anudado al cuello, sombrero de fieltro y poncho terciado al hombro, esos ponchos de vicuña tan finamente tejidos que pasaban íntegros por un aro de matrimonio. Las mujeres se habían dividido entre amazonas y ciudadanas, según fueran esposas de hacendados o de funcionarios. Serían en total unas quinientas personas, pues Silvio había invitado a propietarios de lugares tan lejanos como Jauja, Junín o Chanchamayo. Y de estas quinientas personas casi la mitad eran hijos de los hacendados. No se sabía de dónde habían salido tantos. Vestidos al igual que sus padres, pero en colores más vivos, casi todos en briosas cabalgaduras, formaron de inmediato como un bullicioso corral de arrogantes gallitos, cada cual más apuesto y lucido que el otro.

Todo se desarrolló de acuerdo con lo previsto, salvo el instante en que Roxana se hizo presente, y abrió una grieta de silencio y de estupor en la farándula. Rosa había imaginado una puesta en escena teatral: alfombrar la escalera que bajaba de la galería y hacerla descender al son de un vals vienés. Silvio pensó algo mejor: hacerla aparecer desde los aires gracias a un procedimiento mecánico o extraerla de una torta descomunal. Pero finalmente renunció a estos recursos barrocos, confiado en la majestad de su sola presencia y simplemente hubo un momento en que Roxana estuvo allí y todo dejó de existir.

Un círculo enmudecido la rodeó y nadie se atrevía a avanzar ni a hablar. A Silvio mismo le costó trabajo dar el primer paso y tuvo que hacer un esfuerzo para acercarse a la dama más próxima y presentarle a su sobrina. Los saludos continuaron y el barullo se reinició. Pero otro círculo más restringido se formó, el de los jóvenes, que luego de la presentación ensayaban la galantería. Enamorados fulminantemente y al unísono, hubieran sido capaces de batirse a trompadas o fuetazos si es que la presencia de sus padres y un resto de decoro no los obligara a cierta continencia.

Después de los aperitivos y del almuerzo empezó el baile. Silvio lo inauguró en pareja con Roxana, pero sus obligaciones de anfitrión lo pusieron en brazos de señoras que lo fueron alejando cada vez más del foco de la reunión. Desde la periferia vio cómo Roxana iba siendo solicitada por una interminable hilera de bailarines, que se esforzaban por cumplir esa tarde la más brillante de sus performances. ¡Y eran tantos, además, que nunca terminaría de conocerlos! El baile prosiguió interrumpido por brindis, bromas y discursos hasta que Silvio, compartido entre atenciones a señoras y apartes con señores, se dio cuenta de que Roxana hacía rato que no cambiaba de pareja. Y su caballero era nada menos que Jorge Santa Lucía, joven agrónomo reputado por la solidez de su contextura, la grandeza de su hacienda, la amenidad de su carácter y la hermosura de sus pretendientes. En el torbellino los perdió de vista, iba oscureciendo, tuvo que dar órdenes para que iluminaran los faroles de la galería y nuevamente regresó al patio, la mirada indagadora en el ánimo inquieto. Roxana seguía bailando con su galán y nunca vio en su rostro expresión de tan arrobadora alegría.

Aún hizo otros brindis, bailó incluso con su prima Rosa que se enroscó en sus hombros como una melosa bufanda, ordenó que fueran previniendo a los artificieros y cuando oscurecía se sintió horriblemente cansado y triste. Era el alcohol tal vez, que casi nunca probaba, o el ajetreo de la fiesta o el exceso de comida, pero lo cierto es que le provocó retirarse a los altos y lo hizo sin que nadie se percatara de ello o intentara retenerlo. Apoyado en el barandal, en la penumbra, contempló la fiesta, su fiesta, que iba cobrando un ritmo frenético a medida que pasaban las horas. La orquesta tocaba a rabiar, las parejas sacaban polvo del suelo con sus zapateos, los bebedores copaban la mesa del bar, bailarines acobambinos disfrazados de diablos ensayaban saltos mortales cerca de las arcadas. Y Roxana, ¿dónde estaba? En vano trató de ubicarla. No era ésta, ni ésta, ni ésta. ¿Dónde la fontana de fuego, la concha de la caverna oscura, la doble manzana de la vida?

Desalentado entró en su dormitorio cogió su violín, ensayó algunos acordes y salió con su instrumento a la galería. La recorrió de un extremo a otro hasta que se detuvo frente a la puerta que llevaba al minarete. Hacía años que no subía. La puerta tenía un viejo cerrojo del cual sólo él conocía el secreto. Luego de abrirlo trepó trabajosamente por los peldaños apolillados y las cuerdas vencidas. Al llegar al reducido observatorio cubierto de tejas observó el rosedal y buscó el dibujo. No se veía nada, quizás porque no había bastante luz. Por algún lado lucía una mata de rosas blancas, por otro una de amarillas. ¿Dónde estaba el mensaje? ¿Qué decía el mensaje? En ese momento empezaron los fuegos de artificio y el cielo resplandeció. Luminarias rojas, azules, naranjas ascendían alumbrando como nunca el rosedal. Silvio trató otra vez de distinguir los viejos signos, pero no veía sino confusión y desorden, un caprichoso arabesco de tintes, líneas y corolas. En ese jardín no había enigma ni misiva, ni en su vida tampoco. Aún intentó una nueva fórmula que improvisó en el instante: las letras que alguna vez creyó encontrar correspondían

correlativamente a los números y sumando éstos daban su edad, cincuenta años, la edad en que tal vez debía morir. Pero esta hipótesis no le pareció ni cierta ni falsa y la acogió con la mayor indiferencia. Y al hacerlo se sintió sereno, soberano. Los fuegos artificiales habían cesado. El baile se reanudó entre vítores, aplausos y canciones. Era una noche espléndida. Levantando su violín lo encajó contra su mandíbula y empezó a tocar para nadie, en medio del estruendo. Para nadie. Y tuvo la certeza de que nunca lo había hecho mejor.

(París, 29 de agosto de 1976)

El carrusel

El primer día que llegué a Fráncfort tomé un hotel cerca de la estación del ferrocarril, dejé mi equipaje y salí a dar una vuelta, sin plano ni plan preciso. Nada es más agradable que recorrer un poco a la aventura una ciudad que no conocemos, sin saber cuáles son sus calles céntricas, sus monumentos, sus costumbres. Todo para nosotros es una sorpresa. Fue así como descubrí que Fráncfort tenía un río y un barrio viejo, atestado de soldados, prostitutas y bares donde servían vino de manzana. En uno de esos bares me encontré con un hombre maduro, que bebía una cerveza en un jarro descomunal. Apenas me vio acodarme en el mostrador me hizo una seña para que me acercara.

—Usted es extranjero —me dijo— y las leyes de la hospitalidad son sagradas. ¿Me permite que le invite una cerveza?

Sólo en ese momento me di cuenta que el hombre tenía un guante de cuero en la mano izquierda, la que parecía utilizar con cierta torpeza.

Acepté su invitación, pero elegí no una cerveza sino un vino de manzana y al poco rato charlábamos en francés, idioma que hablaba con fluidez pues, según me dijo, había estado prisionero en Francia durante la última guerra.

Como yo mirara con cierta aprensión su mano enguantada, el señor me dijo:

—Debajo de este guante llevo una mano mecánica muy fea a la vista, por eso la cubro cuando salgo. No fue durante la guerra cuando la perdí. Fue en circunstancias aún más dramáticas. En esa época yo era joven, más o menos de su edad, inquieto, indisciplinado, curioso y me aburría en mi ciudad natal. Un día le pedí a mi padre una suma de dinero con el pretexto de montar una pequeña librería, pero lo que hice en realidad fue irme de Fráncfort. Empecé por cruzar los Alpes, rumbo a Italia. Los alemanes, usted sabe, sentimos una atracción indomable por Italia y los países mediterráneos, desde la época de Goethe. Mi primera escala la hice en Génova. Allí busqué una pensión cerca del puerto y resolví instalarme en ella unos días. Me gustaba el puerto, las callecitas estrechas y sinuosas con tabernas, donde se bebe ese exquisito vino Barolo. Fue en uno de esos paseos que conocí una muchacha. Se llamaba Carla y era hija de un tendero. Carla me atrajo desde el comienzo, porque era muy frágil y parecía sufrir una enfermedad incurable. Yo iba a su tienda varias veces al día, pero como cada vez que lo hacía tenía que comprar algo, comencé a llenarme de provisiones que en realidad no necesitaba. De este modo, a la semana, no había

cruzado una palabra con ella, pero mi cuarto de la pensión estaba lleno de quesos, salchichones, pizzas, cajas de *spaghetti*. Los quesos, especialmente, comenzaron a descomponerse, al punto que la dueña de la pensión penetró un día a mi cuarto y me dijo:

—Comprendo, señor, que forme usted un *stock* de alimentos, en previsión de épocas sombrías, pues nadie sabe en este mundo lo que puede pasar mañana. Pero ¿por qué no compra más bien conservas que son, por definición, bienes que se conservan? Usted me hace recordar a mi tío Nicolás, que fue marino y naufragó en unas islas situadas en el Pacífico sur. Sólo él y un amigo lograron salvarse. Como eran buenos nadadores llegaron a una costa rocosa y descubrieron una isla desierta. El primer día vagaron por la playa buscando qué comer, pero como no encontraron nada decidieron regresar nadando hasta el barco, que había encallado en un arrecife a unas millas de la costa. Todos los días hacían este viaje, en perfecto estilo mariposa y sacaban de las bodegas latas con galletas, jamones, frutas, lo que encontraban y regresaban a comer en la playa. Un día que estaban satisfaciendo su hambre vieron aparecer un hombre en lo alto de las cimas rocosas. Llevaba barba y estaba vestido como un vagabundo. Al verlos se acercó a ellos y después de cambiar las primeras palabras se enteraron que era un francés que vivía allí desde hacía cuatro años, en la más completa soledad.

—No soy un náufrago —les dijo—, como a mi juicio parecen ustedes serlo, sino una persona que ha escogido la vida de los náufragos. Yo era un hombre que me encontraba en una buena situación en París, vivía en una casa burguesa de cinco piezas con vista imbatible y estaba casado con una mujer excelente. Los fines de semana íbamos con nuestros tres hijos fuera de París y hacíamos *camping*. En verano íbamos a la Costa Azul o a España. Mi negocio de venta de bienes inmuebles me daba una renta interesante. En realidad, no tenía por qué quejarme de nada. Una noche, sin embargo, salí a la calle después de cenar para comprar cigarrillos y como el tiempo era espléndido decidí dar una vuelta por el Sena. Caminé un rato por los malecones hasta que llegué sin darme cuenta al Pont Neuf. Recordé entonces que por allí, en el Quai des Grands Agustins, había tenido un pequeño departamento en mis tiempos de estudiante. Al mirar hacia el edificio donde antaño viví distinguí la luz prendida justo en mi vieja ventana y me entró un deseo irreprimible de ver el cuarto en el que pasé tantos años difíciles. Subí los siete pisos y toqué la puerta. Me recibió un muchacho muy pálido, en mangas de camisa, que se había levantado de una mesita donde había una máquina de escribir con un papel en el rodillo. Yo le expliqué para qué había venido y él, con una rara amabilidad, me dijo que podía pasar y sentarme un momento. Acababa yo de arrellanarme en el único y desvencijado sillón, respirando ese ambiente de estudiante pobre o de artista en agraz, cuando la puerta se abrió de par en par y penetró un hombre de color, a quien mis convicciones políticas impiden llamarlo negro y que tenía una herida en la mejilla, como si hubiera sido víctima de un navajazo.

—Bernard, tienes que ayudarme —le dijo al joven, sin tomar en consideración mi presencia—, acabo de hacer algo terrible. Es por esta maldita Monique, ¿te acuerdas?, la del restorán del *self-service*. Ayer fui a esperarla a la salida de su trabajo, a eso de las once de la noche, hora ideal para el deleite amoroso, como dice el más grande poeta vivo, Leopoldo Sedar Senghor, presidente de Senegal, país en el que me honro de haber nacido. Como de costumbre empezamos a caminar hacia su casa, pero a mitad del trayecto, cuando la iba a besar, me rechazó y me pidió que entráramos a un café, pues quería hacerme una confidencia. Como estábamos al lado del bar llamado La Romance entramos a beber un trago. En La Romance había unos músicos sudamericanos que tocaban un cha-cha-chá, un bla-bla-blá, un la-la-lá, qué sé yo. Yo le pregunté si quería bailar y ella me dijo que prefería estar sentada. Yo sospechaba que alguna grave tribulación la atormentaba, pues permanecía silenciosa. Al fin se puso a llorar. Menos mal que la música era atronadora y nadie se percató de lo pasaba. Como yo le pregunté qué sucedía, Monique me dijo:

—Es por mi hermano, tú sabes que él es medio loco o más bien medio vago. Hace un tiempo conoció a una muchacha española que se llama Socorro y es de buena familia. Ella estudia en la Alianza Francesa y vive en un lindo departamento de la rue de Seine. No sé qué cuentos le ha metido, pero la chica cree que es hijo de un riquísimo industrial. A veces él le dice que se va a Londres por un negocio y lo único que hace es irse al bar de la esquina y la llama de allí por teléfono diciéndole que está en Londres. La chica está enamorada de él. Cuando le pregunta por su carro, dice que está en el taller de reparaciones. Un día fue a la casa de Socorro muy temprano y la encontró todavía en pijama. Pierre, que es muy emprendedor, se sentó en su cama y comenzó a hacerle ese tipo de proposiciones que se llaman obscenas, que ella rechazaba con gestos mudos y elocuentes, señalándole la sala del baño. Pierre entendió al fin que alguien se hallaba en ese lugar y se precipitó furioso hacia su puerta, mientras Socorro trataba de contenerlo. Un hombre surgió en ese momento del baño con una llave inglesa en la mano.

—Perdóneme —dijo—, pero nunca he visto un desperfecto semejante. El caño no está obstruido, las empaquetaduras están en buen estado y las tuercas no se han robado, pero el agua no pasa. Yo me pregunto qué podrá ser y diría que han cortado el agua en todo el barrio si es que el caño del lavatorio no funcionara normalmente. Aunque tal vez, y esto habría que confirmarlo, se trata de un corte localizado en algún punto de las tuberías del inmueble que priva sólo de agua al caño de la bañera. Esos casos son raros, pero no imposibles, pues el mes pasado que estuve arreglando una instalación en una residencia de la avenue Foch, donde una familia vietnamita, descubrí que la tubería que lleva el agua a la ducha había sido criminalmente bloqueada mediante un torniquete. Se trataba de un trabajo bien hecho, obra seguramente de un profesional y yo me perdía en suposiciones cuando la propietaria de la casa, Madame Nguyen, al ver mi perplejidad, se acercó a mí con un aire misterioso.

—Si tiene usted una sospecha, no vacile en decírmela, pues desde hace meses en esta casa suceden cosas extrañas. Usted sabrá que nosotros somos originarios de Saigón, de donde vinimos a París, hace tres años, a causa de la guerra. Allá tenemos unas plantaciones y una fábrica de caramelos. El día que decidimos partir, después de la caída de Diem, mi marido fue a la oficina a arreglar todos sus asuntos y dejarlos en manos de un administrador. Pero cuando salió del inmueble y regresaba a casa se produjo una explosión en un bar cercano. Mi marido se precipitó hacia el lugar del accidente, pues había muchos heridos que esperaban auxilio y él había sido enfermero en su juventud. En la vereda había un sargento norteamericano que tenía una herida en el pecho y plañía reclamando auxilio. Mi marido lo tomó de ambas manos y trató de levantarlo, pero el sargento parecía encontrarse en muy mal estado, ya que no atinaba a pararse.

—Todo sucedió tan rápido —dijo—, yo había entrado al bar con Jerry y Donald, sólo para tomar un aperitivo, antes de ir a comer a la guarnición. Estábamos sentados en la mesa que da a la puerta de la terraza. Jerry quería un whisky, Donald un dry martini y yo una cerveza de lata. El mozo vietnamita no puso muy buena cara ante este pedido tan disímil, entonces Jerry pidió un oporto, Donald un jerez y yo un gin con gin. Como el mozo manifestó su descontento con un gesto oriental, Jerry y yo nos pusimos de acuerdo acerca del oporto, pero Donald insistió en pedir un jerez. El mozo, más satisfecho esta vez, se alejó, pero Jerry cambió de parecer y cuando el mozo ya hacía el pedido gritó que quería un bourbon con hielo. El mozo repitió otra vez su descontento, esta vez con un gesto occidental, entonces Donald le preguntó si nosotros no pagábamos nuestro consumo y si ése no era un lugar público y si nosotros no peleábamos para librar a su país de los comunistas y si no teníamos derecho a ser tratados con consideración. Como el mozo no respondía y Donald elevaba cada vez más la voz, vino el patrón del establecimiento para ver qué pasaba y escuchó atentamente las quejas que le expusimos.

—Vuestras quejas están perfectamente justificadas —nos dijo—, pero tal vez ha habido un error en la forma de plantearlas. Hay un principio elemental en las relaciones sociales, que consiste en formular cualquier reclamo no ante los subalternos, mediante propósitos destemplados, sino ante la autoridad máxima y ciñéndose a las leyes de la cortesía. Si ante el primer signo de que el mozo estaba descontento por el pedido disímil ustedes hubieran recurrido a mí, yo le habría ordenado servirlos en el momento, en consideración a todos los argumentos por ustedes expuestos. Pero también reconozco que ustedes son extranjeros y deben tener otras costumbres y que el mozo está aquí para servir y debe acordarse de ese otro principio según el cual los clientes tienen siempre la razón. En consecuencias estoy en un dilema y no puedo tomar una determinación precipitada. Ustedes serán servidos, sin duda, y por el mismo mozo que ha originado este incidente, pero hay que resolver antes qué cosa es lo que les servirá, si lo que ustedes pidieron en primer término, en segundo término, en tercer término o en cuarto término o en un eventual

quinto término que pueda surgir. Ya en época de la ocupación francesa se me planteó un caso semejante y yo estaba a punto de darle una solución salomónica —y noten que invoco una expresión que no tiene nada que ver con nuestra cultura— si es que el capitán Dupuis no socavara mis cavilaciones con una intervención exabrupta.

—Razonador oriental —me dijo—, no va usted a dar lecciones de lógica a un descendiente de Descartes. Mis compañeros de armas y yo sabemos lo que queremos y recusamos de antemano toda solución que no se acoja a las normas de la claridad y de la distinción. En el liceo Luis el Grande aprendimos de memoria *Fedra* de Racine desde que usábamos pantalones cortos y antes del bachillerato pensábamos como Pascal, pero más con la cabeza que con el corazón. Nuestro profesor de filosofía, René du Moulin, a pesar de que usaba levita era un hombre moderno y liberal, que nos hacía leer a los enciclopedistas y una tarde nos explicó las razones por las cuales los franceses tienen siempre la razón. Fue, me acuerdo, al reanudarse las clases en septiembre, cuando todos veníamos aún con el espíritu vacante y vacacional. El profesor René du Moulin empezó a explicarnos el mecanismo de asociaciones mentales, preparando nuestra atención con atinados ejemplos e inolvidables juegos de palabras cuando alguien, desde el fondo de la sala, le arrojó un preservativo enfundado en un trozo de chorizo español. El culpable de este incidente fue, según algunos testigos de dudosa buena fe, un estudiante marroquí, que fue conducido de inmediato hasta la oficina del director.

—Se ha comportado usted como un salvaje —le dijo el director— y merecería como sanción el ser borrado de nuestra lista de alumnos. Pero no lo haré, pues nuestro país es la patria de todos los ciudadanos del mundo, en especial de los que proceden de las naciones en vías de desarrollo y no es justo que aquí, donde nació Voltaire y vivió Carlos Marx, seamos rigurosos con un ejemplar oscuro que nos viene de las regiones de Mahoma y el fez. Pero de todos modos le vamos a aplicar una sanción que le será provechosa y de la cual se acordará toda su vida. El general Ney, durante la campaña de Italia, descubrió una vez a uno de sus subalternos robándose un pedazo de jamón en la cantina del batallón. Lejos de hacerlo pasar por la corte marcial, lo llamó a su tienda y pronunció ante él una de las más memorables requisitorias contra la indisciplina que se conocen en el mundo occidental. Yo debería leérsela a usted, pero resulta que la única copia que tenía de ella desapareció de mi escritorio en circunstancias por demás oscuras. Convoqué entonces a mi familia y la sometí a un severo interrogatorio y para sorpresa mía tomó la palabra mi hija menor para decirme:

—Tengo una pista acerca de quién puede ser el probable autor de este hurto insensato, doblemente grave, pues se ha sustraído un documento que condena la sustracción. Pero debo reconocer que se trata sólo de indicios y que ellos deben ser verificados a la luz de la teoría de la prueba estipulada por el derecho penal. Nuestro hermano Jean-Louis viene a casa a estudiar con dos amigos, François y Gustave, a los que se suma a veces un sujeto procedente de un país exótico llamado Argentina y que

es conocido con el nombre del pibe Lanusse. Los he espiado varias veces cuando se reúnen en el escritorio para preparar sus cursos de bachillerato. Jean-Louis es generalmente el que lee los textos por aprender, con una voz en la que adivino ya a un futuro profesor intratable y sus compañeros lo escuchan haciéndole de vez en cuando objeciones de forma y de fondo. Debo reconocer que el pibe Lanusse es sumamente perspicaz y es casi imposible que no advierta los sofismas que plagan nuestros textos de estudio. Es así que la última vez observó que el profesor Lévi-Strauss incurría en un error cuando decía que sólo había tres formas de cocinar: lo crudo, lo cocido y lo frito. El pibe, invocando su experiencia en culturas lejanas, declaró que en un país andino se conocía una forma inédita de cocer los alimentos, que era mediante piedras calentadas previamente al fuego. Gustave dijo entonces que se trataba de un horno rudimentario, pero el pibe Lanusse rechazó esta observación.

—Una cosa es un horno rudimentario y otra cosa es un horno industrial —dijo—. Así como una cosa es un palanquín y otra un automóvil con motor de explosión. No creo que la identidad del resultado signifique que los medios para conseguirlo sean los mismos. Así, una persona puede morir de una puñalada o de una infección a la sangre originada por la bacteria colocada en su café por un cocinero japonés. De eso no se puede colegir que el puñal y la bacteria sean la misma cosa. Aunque también cabe suponer que en el puñal puede haber alguna bacteria y que ésta sea la que origina la muerte y no la puñalada. Pero esto no pasa de ser una hipótesis inverificable. En la estancia de mi abuelo Salvatore, que queda en la provincia de Córdoba, había un mayordomo yugoslavo llamado Pilic. Este hombre perdió un pie durante la ocupación alemana, pero jamás pudo saber si la explosión que le cercenó su extremidad andante fue una granada lanzada por los resistentes contra los invasores o un obús tirado por invasores contra resistentes. Pilic no era ni resistente ni invasor y según nos contó, la escaramuza lo sorprendió cuando ordeñaba una vaca suiza. Cuando empezó el tiroteo se metió debajo de la vaca, pero ésta, a diferencia de los carneros polifémicos, no lo libró de la explosión. La vaca perdió sus cuatro extremidades y Pilic sólo una. Pilic decía que un artefacto explosivo era un artefacto explosivo y que a él le daba lo mismo que fuera un obús o granada. Pero la solución de este enigma se la dio el médico que lo atendió.

—Pilic —le dijo—, usted razona como un hombre afectado por un grave trauma, que ha ensombrecido su espíritu. Yo he atendido desde el comienzo de las hostilidades a centenares de víctimas y conozco perfectamente mi oficio. Usted no ha sido herido ni por una granada ni por un obús de cañón, sino por una ráfaga de ametralladora pesada. Lo que habría que determinar es de qué campo provino el disparo. Eso es ya un problema arduo, pues no hemos encontrado fragmentos del proyectil. De todos modos le garantizo que usted podrá caminar y vacar a sus ocupaciones cotidianas, aunque apoyándose no sobre la planta del pie, que ya no existe, sino sobre el tobillo. Es una cuestión de costumbre. He visto casos más graves. Por ejemplo, un inglés que fue atravesado de parte a parte en Normandía por una bala

de *bazooka* y perdió el bazo íntegramente, pero ningún otro órgano vital. Le quedó naturalmente un extraño orificio que fue necesario obturar con gasa durante largo tiempo hasta que los tejidos, hábiles hilanderas, segregaron su propia obstrucción. Pero conozco casos peores. Ese muchacho, por ejemplo, al que encontré tendido en el viejo barrio de Fráncfort, con las orejas y la nariz amputadas al parecer con una tenaza o mano mecánica y que al ser interrogado me dijo:

—El primer día que llegué a Fráncfort tomé un hotel cerca de la estación del ferrocarril, dejé mi equipaje y salí a dar una vuelta, sin plano ni plan preciso. Nada es más agradable que recorrer un poco a la aventura una ciudad que no conocemos, sin saber cuáles son sus calles céntricas, sus monumentos, sus costumbres. Todo para nosotros es una sorpresa…

(París, agosto de 1967)

Sólo para fumadores
(1987)

Sólo para fumadores

Sin haber sido un fumador precoz, a partir de cierto momento mi historia se confunde con la historia de mis cigarrillos. De mi periodo de aprendizaje no guardo un recuerdo muy claro, salvo del primer cigarrillo que fumé, a los catorce o quince años. Era un pitillo rubio, marca Derby, que me invitó un condiscípulo a la salida del colegio. Lo encendí muy asustado, a la sombra de una morera y después de echar unas cuantas pitadas me sentí tan mal que estuve vomitando toda la tarde y me juré no repetir la experiencia.

Juramento inútil, como otros tantos que lo siguieron, pues años más tarde, cuando ingresé a la universidad, me era indispensable entrar al Patio de Letras con un cigarrillo encendido. Metros antes de cruzar el viejo zaguán ya había chasqueado la cerilla y alumbrado el pitillo. Eran entonces los Chesterfield, cuyo aroma dulzón guardo hasta ahora en mi memoria. Un paquete me duraba dos o tres días y para poder comprarlo tenía que privarme de otros caprichos, pues en esa época vivía de propinas. Cuando no tenía cigarrillos ni plata para comprarlos se los robaba a mi hermano. Al menor descuido ya había deslizado la mano en su chaqueta colgada de una silla y sustraído un pitillo. Lo digo sin ninguna vergüenza, pues él hacía lo mismo conmigo. Se trataba de un acuerdo tácito y además de una demostración de que las acciones reprensibles, cuando son recíprocas y equivalentes, crean un *statu quo* y permiten una convivencia armoniosa.

Al subir de precio, los Chesterfield se volatilizaron de mis manos y fueron reemplazados por los Inca, negros y nacionales. Veo aún su paquete amarillo y azul con el perfil de un inca en su envoltura. No debía ser muy bueno este tabaco, pero era el más barato que se encontraba en el mercado. En algunas pulperías los vendían por medios paquetes o por cuartos de paquete, en cucuruchos de papel de seda. Era vergonzoso sacar del bolsillo uno de estos cucuruchos. Yo siempre tenía una cajetilla vacía en la que metía los cigarrillos comprados al menudeo. Aun así los Inca eran un lujo comparados con otros cigarrillos que fumé en esos tiempos, cuando mis necesidades de tabaco aumentaron sin que ocurriera lo mismo con mis recursos: un tío militar me traía del cuartel cigarrillos de tropa, amarrados en sartas como si fuesen cohetes, producto repugnante, donde se encontraban pedazos de corcho, astillas, pajas y unas cuantas hebras de tabaco. Pero no me costaban nada, y se fumaban.

No sé si el tabaco es un vicio hereditario. Papá era un fumador moderado, que dejó el cigarrillo a tiempo cuando se dio cuenta de que le hacía daño. No guardo ningún recuerdo de él fumando, salvo una noche en que no sé por qué capricho, pues hacía años que había renunciado al tabaco, cogió un pitillo de la cigarrera de la sala, lo cortó en dos con unas tijeritas y encendió una de las partes. A la primera pitada lo apagó diciendo que era horrible. Mis tíos en cambio fueron grandes fumadores y es conocida la importancia que tienen los tíos en la transmisión de hábitos familiares y modelos de conducta. Mi tío paterno George llevaba siempre un cigarrillo en los labios y encendía el siguiente con la colilla del anterior. Cuando no tenía un cigarrillo en la boca tenía una pipa. Murió de cáncer al pulmón. Mis cuatro tíos maternos vivieron esclavizados por el tabaco. El mayor murió de cáncer a la lengua, el segundo de cáncer a la boca y el tercero de un infarto. El cuarto estuvo a punto de reventar a causa de una úlcera estomacal perforada, pero se recuperó y sigue de pie y fumando.

De uno de estos tíos maternos, el mayor, guardo el primer y más impresionante recuerdo de la pasión por el tabaco. Estábamos de vacaciones en la hacienda Tulpo, a ocho horas a caballo de Santiago de Chuco, en los Andes septentrionales. A causa del mal tiempo no vino el arriero que traía semanalmente provisiones a la hacienda y los fumadores quedaron sin cigarrillos. Tío Paco pasó dos o tres días paseándose desesperado por las arcadas de la casa, subiendo a cada momento al mirador para otear el camino de Santiago. Al fin no pudo más y a pesar de la oposición de todos (para que no ensillara un caballo escondimos las llaves del cuarto de monturas), se lanzó a pie rumbo a Santiago, en plena noche y bajo un aguacero atroz. Apareció al día siguiente, cuando terminábamos de almorzar. Por fortuna se había encontrado a medio camino con el arriero. Entró al comedor empapado, embarrado, calado de frío hasta los huesos, pero sonriente, con un cigarrillo humeando entre los dedos.

Cuando ingresé a la facultad de derecho conseguí un trabajo por horas donde un abogado y pude disponer así de los medios necesarios para asegurar mi consumo de tabaco. El pobre Inca se fue al diablo, lo condené a muerte como un vil conquistador y me puse al servicio de una potencia extranjera. Era entonces la boga del Lucky. Su linda cajetilla blanca con un círculo rojo fue mi símbolo de *standing* y una promesa de placer. Miles de estos paquetes pasaron por mis manos y en las volutas de sus cigarrillos están envueltos mis últimos años de derecho y mis primeros ejercicios literarios.

Por ese círculo rojo entro forzosamente cuando evoco esas altas noches de estudio en las que me amanecía con amigos la víspera de un examen. Por suerte no faltaba nunca una botella, aparecida no se sabía cómo, y que le daba al fumar su complemento y al estudio su contrapeso. Y esos paréntesis en los que, olvidándonos de códigos y legajos, dábamos libre curso a nuestros sueños de escritores. Todo ello naturalmente en un perfume de Lucky. El fumar se había ido ya enhebrando con casi

todas las ocupaciones de mi vida. Fumaba no sólo cuando preparaba un examen sino cuando veía una película, cuando jugaba ajedrez, cuando abordaba a una guapa, cuando me paseaba solo por el malecón, cuando tenía un problema, cuando lo resolvía. Mis días estaban así recorridos por un tren de cigarrillos, que iba sucesivamente encendiendo y apagando y que tenían cada cual su propia significación y su propio valor. Todos me eran preciosos, pero algunos de ellos se distinguían de los otros por su carácter sacramental, pues su presencia era indispensable para el perfeccionamiento de un acto: el primero del día después del desayuno, el que encendía al terminar de almorzar y el que sellaba la paz y el descanso luego del combate amoroso.

¡Ay mísero de mí, ay infeliz! Yo pensaba que mi relación con el tabaco estaba definitivamente concertada y que en adelante mi vida transcurriría en la amable, fácil, fidelísima y hasta entonces inocua compañía del Lucky. No sabía que me iba a ir del Perú y que me esperaba una existencia errante en la cual el cigarrillo, su privación o su abundancia, jalonarían mis días de gratificaciones y desastres.

Mi viaje en barco a Europa fue un verdadero sueño para un tabaquista como yo, no sólo porque podía comprar en puertos libres o a marineros contrabandistas cigarrillos a precios regalados, sino porque nuevos escenarios dotaron al hecho de fumar de un marco privilegiado. Verdaderos cromos, por decirlo así: fumar apoyado en la borda del transatlántico mirando los peces voladores del Caribe o hacerlo de noche en el bar de segunda jugando una encarnizada partida de dados con una banda de pasajeros mafiosos. Era lindo, lo reconozco. Pero al llegar a España las cosas cambiaron. La beca que tenía era pobrísima y después de pagar el cuarto, la comida y el trolebús no me quedaba casi una peseta. ¡Adiós, Lucky! Tuve que adaptarme al rubio español, algo rudo y demoledor, que por algo llevaba el nombre de Bisonte. Por fortuna estábamos en tierra ibérica y la pobre España franquista se las había arreglado para hacerles la vida menos dura a los fumadores menesterosos. En cada esquina había un viejo o una vieja que vendían en canastillas cigarrillos al detalle. A la vuelta de mi pensión montaba guardia un mutilado de la guerra civil al que le compraba cada día uno o varios cigarrillos, según mis disponibilidades. La primera vez que éstas se agotaron me armé de valor y me acerqué a él para pedirle un cigarrillo fiado. «No faltaba más, vamos, los que quiera. Me los pagará cuando pueda». Estuve a punto de besar al pobre viejo. Fue el único lugar del mundo donde fumé al fiado.

Los escritores, por lo general, han sido y son grandes fumadores. Pero es curioso que no hayan escrito libros sobre el vicio del cigarrillo, como sí han escrito sobre el juego, la droga o el alcohol. ¿Dónde están el Dostoievski, el De Quincey o el Malcolm Lowry del cigarrillo? La primera referencia literaria al tabaco que conozco

data del siglo XVII y figura en el *Don Juan* de Molière. La obra arranca con esta frase: «Diga lo que diga Aristóteles y toda la filosofía, no hay nada comparable al tabaco… Quien vive sin tabaco, no merece vivir». Ignoro si Molière era fumador —si bien en esa época el tabaco se aspiraba por la nariz o se mascaba—, pero esa frase me ha parecido siempre precursora y profunda, digna de ser tomada como divisa por los fumadores. Los grandes novelistas del siglo XIX —Balzac, Dickens, Tolstói— ignoraron por completo el problema del tabaquismo y ninguno de sus cientos de personajes, por lo que recuerdo, tuvieron algo que ver con el cigarrillo. Para encontrar referencias literarias a este vicio hay que llegar al siglo XX. En *La montaña mágica*, Thomas Mann pone en labios de su héroe, Hans Castorp, estas palabras: «No comprendo cómo se puede vivir sin fumar… Cuando me despierto me alegra saber que podré fumar durante el día y cuando como tengo el mismo presentimiento. Sí, puedo decir que como para poder fumar… Un día sin tabaco sería el colmo del aburrimiento, sería para mí un día absolutamente vacío e insípido y si por la mañana tuviese que decirme hoy no puedo fumar creo que no tendría el valor para levantarme». La observación me parece muy penetrante y revela que Thomas Mann debió ser un fumador encarnizado, lo que no le impidió vivir hasta los ochenta años. Pero el único escritor que ha tratado el tema del cigarrillo extensamente, con una agudeza y un humor insuperables, es Italo Svevo, quien le dedica treinta páginas magistrales en su novela *La conciencia de Zeno*. Después de él no veo nada digno de citarse, salvo una frase en el diario de André Gide, que también murió octogenario y fumando: «Escribir es para mí un acto complementario al placer de fumar».

El mutilado español que me fiaba cigarrillos fue un santo varón y una figura celestial que no encontraré más en mi vida. Estaba ya entonces en París y allí las cosas se pusieron color de hormiga. No al comienzo, pues cuando llegué disponía de medios para mantener adecuadamente mi vicio y hasta para adornarlo. Las surtidas tabaquerías francesas me permitieron explorar los dominios inglés, alemán, holandés, en su gama rubia más refinada, con la intención de encontrar, gracias a comparaciones y correlaciones, el cigarrillo perfecto. Pero a medida que avanzaba en estas pesquisas mis recursos fueron disminuyendo a tal punto que no me quedó más remedio que contentarme con el ordinario tabaco francés. Mi vida se volvió azul, pues azules eran los paquetes de Gauloises y de Gitanes. Era tabaco negro además, de modo que mi caída fue doblemente infamante. Ya para entonces el fumar se había infiltrado en todos los actos de mi vida, al punto que ninguno —salvo el dormir— podía cumplirse sin la intervención del cigarrillo. En este aspecto llegué a extremos maniacos o demoniacos, como el no poder abrir una carta importantísima y dejarla horas de horas sobre mi mesa hasta conseguir los cigarrillos que me permitieran desgarrar el sobre y leerla. Esa carta podía incluso contener el cheque que necesitaba para resolver el problema de mi falta de tabaco. Pero el orden no podía ser invertido:

primero el cigarrillo y después la apertura del sobre y la lectura de la carta. Estaba pues instalado en plena insania y maduro ya para peores concesiones y bajezas.

Ocurrió que un día no pude ya comprar ni cigarrillos franceses —y en consecuencia leer mis cartas—, y tuve que cometer un acto vil: vender mis libros. Eran apenas doscientos o algo así, pero eran los que más quería, aquellos que arrastraba durante años por países, trenes y pensiones y que habían sobrevivido a todos los avatares de mi vida vagabunda. Yo había ido dejando por todo sitio abrigos, paraguas, zapatos y relojes, pero de estos libros nunca había querido desprenderme. Sus páginas anotadas, subrayadas o manchadas conservaban las huellas de mi aprendizaje literario y, en cierta forma, de mi itinerario espiritual. Todo consistió en comenzar. Un día me dije: «Este Valéry vale quizás un cartón de rubios americanos», en lo que me equivoqué, pues el *bouquiniste* que lo aceptó me pagó apenas con qué comprar un par de cajetillas. Luego me deshice de mis Balzac, que se convertían automáticamente en sendos paquetes de Lucky. Mis poetas surrealistas me decepcionaron, pues no daban más que para un Players británico. Un Ciro Alegría dedicado, en el que puse muchas esperanzas, fue sólo recibido porque le añadí de paso el teatro de Chéjov. A Flaubert lo fui soltando a poquitos, lo que me permitió fumar durante una semana los primitivos Gauloises. Pero mi peor humillación fue cuando me animé a vender lo último que me quedaba: diez ejemplares de mi libro *Los gallinazos sin plumas*, que un buen amigo había tenido el coraje de editar en Lima. Cuando el librero vio la tosca edición en español, y de autor desconocido, estuvo a punto de tirármela por la cabeza. «Aquí no recibimos esto. Vaya a Gilbert, donde compran libros al peso». Fue lo que hice. Volví al hotel con un paquete de Gitanes. Sentado en mi cama encendí un pitillo y quedé mirando mi estante vacío. Mis libros se habían hecho literalmente humo.

Días más tarde erraba desesperadamente por los cafés del Barrio Latino en busca de un cigarrillo. Había comenzado el verano, cruel verano. Todos mis amigos o conocidos, por pobres que fuesen, habían abandonado la ciudad en autostop, en bicicleta o como sea rumbo a la campiña o a las playas del sur. París me parecía poblado de marcianos. Al llegar la noche, con apenas un café en el estómago y sin fumar, estaba al borde de la paranoia. Una vez más recorrí el boulevard Saint-Germain, empezando por el Museo Cluny, en dirección a la Plaza de la Concordia. Pero en lugar de inspeccionar las terrazas atestadas de turistas, mis ojos tendían a barrer el suelo. ¡Quién sabe! A lo mejor podía encontrar un billete caído, una moneda. O una colilla. Vi algunas, pero estaban aplastadas o mojadas, o pasaba en ese momento gente y un resto de dignidad me impedía recogerlas. Cerca de medianoche estaba en la Plaza de la Concordia, al pie del obelisco, cuya espigada figura no tenía para mí otro simbolismo que el de un gigantesco cigarro. Dudaba entre seguir mi

ronda hacia los grandes boulevards o si regresar derrotado a mi hotelito de la rue De la Harpe. Me aventuré por la rue Royal y del Maxim's vi salir a un caballero elegante que encendía un cigarrillo en la calzada y despachaba al portero en busca de un taxi. Sin vacilar me acerqué a él y en mi francés más correcto le dije: «¿Sería usted tan amable de invitarme un cigarrillo?». El caballero dio un paso atrás horrorizado, como si algún execrable monstruo nocturno irrumpiera en el orden de su existencia y pidiendo auxilio al portero me esquivó y desapareció en el taxi que llegaba.

Un flujo de sangre me remontó a la cabeza, al punto que temí caerme desplomado. Como un sonámbulo volví sobre mis pasos, crucé la plaza, el puente, llegué a los malecones del Sena. Apoyado en la baranda miré las aguas oscuras del río y lloré copiosa, silenciosamente, de rabia, de vergüenza, como una mujer cualquiera.

Este incidente me marcó tan profundamente, que a raíz de él tomé una determinación irrevocable: no ponerme nunca más, pero nunca más, en esa situación de indigencia que me forzara a pedirle cigarrillos a un desconocido. Nunca más. En adelante debía ganar mi tabaco con el sudor de mi frente. Sabía que estaba viviendo un periodo de prueba y que vendrían mejores tiempos, pero por el momento me lancé como un lobo sobre la menor ocasión de trabajo que se me presentó, por duro o desdeñado que fuese y al día siguiente estaba haciendo cola ante la oficina de *ramassage de vieux journaux* y me convertí en un recolector de papel de periódico.

Fue el primer trabajo físico que realicé y uno de los más fatigosos, pero también uno de los más exaltantes, pues me permitió conocer no sólo los pliegues más recónditos de París, sino aquellos más secretos de la naturaleza humana. A cada cual nos daban un triciclo y una calle y uno debía partir pedaleando hasta su calle e ir de edificio en edificio, de piso en piso y de puerta en puerta pidiendo periódicos viejos para los «pobres estudiantes», hasta llenar el triciclo y regresar a la oficina, con sol o con lluvia, por calles planas o calles empinadas. Conocí barrios lujosos y barrios populares, entré a palacetes y buhardillas, me tropecé con porteras hórridas que me expulsaron como a un mendigo, viejitas que a falta de periódicos me regalaron un franco, burgueses que me tiraron las puertas en las narices, solitarios que me retuvieron para que compartiera su triste pitanza, solteronas en celo que esbozaron gestos equívocos e iluminados que me propusieron fórmulas de salvación espiritual.

Sea como fuese, en diez o más horas de trabajo lograba reunir el papel suficiente para pagar cotidianamente hotel, comida y cigarrillos. Fueron los más éticos que fumé, pues los conquisté echando el bofe, y también los más patéticos, ya que no había nada más peligroso que encender y fumar un pitillo cuando descendía una cuesta embalado con trescientos kilos de periódicos en el triciclo.

Por desgracia, este trabajo duró sólo unos meses. Quedé nuevamente al garete, pero fiel a mi propósito de no mendigar más un cigarrillo me los gané trabajando

como conserje de un hotelucho, cargador de estación ferroviaria, repartidor de volantes, pegador de afiches y finalmente cocinero ocasional en casa de amigos y conocidos.

Fue en esa época que conocí a Panchito y pude disfrutar durante un tiempo de los cigarrillos más largos que había visto en mi vida, gracias al amigo más pequeño que he tenido. Panchito era un enano y fumaba Pall Mall. Que fuera un enano me parece quizás exagerado, pues siempre tuve la impresión de que crecía conforme lo frecuentaba. Lo cierto es que lo conocí desnudo como un gusano y en circunstancias melodramáticas. Un amigo me invitó a cocinar a su estudio y cuando llegué encontré la puerta entreabierta y en la cama un bulto cubierto con las sábanas. Pensé que era mi amigo que se había quedado dormido y para hacerle una broma jalé las sábanas de un tirón gritando «*Police!*». Para mi sorpresa, quien quedó al descubierto fue un cholo calato, lampiño y minúsculo que, dando un salto agilísimo, se puso de pie y quedó mirándome aterrado con su carota de caballo. Cuando lo vi desviar la vista hacia el cortapapel toledano que había en la mesa de noche fui yo el que me asusté, pues un hombre calato, por indefenso que parezca, se vuelve peligroso si se arma de un punzón. «¡Soy amigo de Carlos!», exclamé. A buena hora. El hombrecito sonrió, se cubrió con una bata y me estiró la mano, justo cuando llegaba Carlos con la bolsa de provisiones. Carlos me lo presentó como a un viejo pata que había alojado por esa noche mientras encontraba un hotel. Panchito entretanto había sacado de bajo la cama dos voluminosas maletas. Una desbordaba de ropa muy fina y la otra de botellas de whisky y de cartones de una marca de cigarrillos desconocida entonces en Francia: Pall Mall. Cuando me estiró el primer paquete de los primeros *king size* que veía me di cuenta de que Panchito era menos pequeño de lo que suponía.

A partir de ese día Panchito, yo y los Pall Mall formamos un trío inseparable. Panchito me adoptó como su acompañante, lo que equivalía a haberme extendido un contrato de trabajo que asumí con una responsabilidad profesional. Mi función consistía en estar con él. Caminábamos por el Barrio Latino, tomábamos copetines en las terrazas de los cafés, comíamos juntos, jugábamos una que otra partida de billar, rara vez entrábamos a un cine, pero sobre todo conversábamos a lo largo del día y parte de la noche. Él corría con todos los gastos y al despedirse me dejaba algunos billetes en la mano e, invariablemente, una cajetilla de Pall Mall.

A pesar de tan estrecho contacto, yo no sabía realmente quién era Panchito y a qué se dedicaba. De mis largas conversaciones con él saqué en limpio muchas cosas pero no las suficientes como para adquirir una certeza. Sabía que su infancia en Lima fue pobrísima; que de joven dejó el Perú para recorrer casi toda América Latina; que le encantaba vestirse bien, con chaleco, sombrero, zapatos Weston de tacos muy altos (por lo cual la primera vez que salimos juntos me pareció que había dado un pequeño estirón); que el oro lo fascinaba, pues eran de oro su reloj, su lapicero, sus gemelos, su encendedor, su anillo con rubí y sus prendedores de corbata; que odiaba a las fuerzas del orden y hacía lo indecible para volverse transparente cada vez que pasaba

un policía; que el fajo de billetes que llevaba en el bolsillo de su pantalón era aparentemente inagotable; que a medianoche desaparecía en las sombras con rumbo desconocido, sin que nadie supiese dónde se albergaba.

Con el tiempo algunos de mis amigos lo conocieron y formaron en torno de él un cortejo de artistas mendicantes que habían encontrado amparo en un enigmático cholo peruano. A Panchito le encantaba estar rodeado por estos cinco o seis blanquitos miraflorinos, hijos de esa burguesía peruana que lo había menospreciado, y a los que daba de comer, de beber y de vivir, como si encontrara un placer aberrante en devolver con dádivas lo que había recibido en humillaciones. A Santiago le pagó sus cursos de violín, a Luis le consiguió un taller para que pintara, y a Pedro le financió la edición de una plaqueta de poemas invendible. Panchito era así, entre otras cosas un mecenas, pero que no aceptaba nada de vuelta, ni las gracias.

Uno de los últimos recuerdos que guardo de él, antes de su desaparición definitiva, ocurrió una noche invernal, eléctrica y viciosa. Pasada la medianoche quedábamos Panchito, Santiago y yo tomando el vino del estribo en el mostrador del Relais de l'Odéon. Cerraban el bar, éramos los últimos clientes, los mozos ponían las sillas sobre las mesas y barrían las baldosas. En el espejo del bar vimos tres siluetas inmóviles en la calzada: tres árabes cubiertos con espesos abrigos negros. Santiago nos contó entonces que días atrás, en ese mismo bar, un árabe había intentado manosear a una francesa y que él, movido por un sentimiento incauto de justiciero latino, salió en su defensa y se lió a puñetazos con el musulmán, poniéndolo en fuga luego de romperle una silla en la cabeza, dentro de la mejor tradición de los *westerns*. Puesto que de films se trata, estábamos viviendo ahora un film policial, ya que, según Santiago, uno de los tres árabes que estaban en la calzada era aquel al que derrotó y que se alejó jurando venganza. Pues ahora estaba allí, en esa noche solitaria e inclemente, acompañado por dos secuaces, esperando que saliéramos del bar para cumplir su *vendetta*. ¿Qué hacer? Santiago era alto, ágil y buen peleador, pero yo un intelectual esmirriado y Panchito un peruano bajito con sombrero y chaleco. ¿Cómo enfrentarse a esos tres hijos de Alá, armados posiblemente de corvas navajas?

«Salgamos tranquilamente», dijo Panchito. Fue lo que hicimos y nos encaminamos por el centro de la pista desierta y lóbrega hacia la rue De Buci. A los cincuenta metros volvimos la cabeza y vimos que los tres árabes, con las manos en los bolsillos de sus abrigos peludos, aceleraban el paso y se acercaban. «Sigan nomás ustedes —dijo Panchito—, yo les doy el alcance después». Santiago y yo continuamos nuestro camino y un trecho más allá nos detuvimos para ver qué pasaba. Vimos entonces que Panchito, de espaldas a nosotros, parlamentaba con los tres musulmanes que, a su lado, parecían tres sombrías montañas. En la mano de uno de ellos refulgió un cuchillo pero, lejos de amedrentarse, Panchito avanzó y sus contrincantes dieron un paso atrás y luego otro y otro, a medida que se iban empequeñeciendo y Panchito agrandando, hasta que al fin se esfumaron en la oscuridad y desaparecieron. Panchito volvió calmadamente hacia nosotros,

encendiendo en el trayecto uno de sus larguísimos Pall Mall. «Asunto arreglado», dijo echándose a reír. «Pero ¿qué has hecho?», le preguntó Santiago. «Nada», dijo Panchito y al poco rato añadió: «Toca», y se señaló el abrigo, a la altura del tórax. Santiago y yo tocamos su abrigo y sentimos bajo la tela la presencia de un objeto duro, alargado e inquietante.

Días más tarde Panchito desapareció, sin preaviso. Lo esperé durante horas en el café Mabillón, donde diariamente nos dábamos cita antes del almuerzo para tomar el primer aperitivo y emprender una de nuestras largas y erráticas jornadas. Fui a ver a mi amigo Carlos, quien me dijo ignorar dónde estaba. «Ya lo sabrás por los periódicos», agregó sibilinamente. Y lo supe, pero años después, cuando trabajaba en una agencia de prensa, encargado de seleccionar y traducir las noticias de Francia destinadas a América Latina. De Niza llegó un télex con la mención «Especial Perú. Para transmitir a los periódicos de Lima». El télex decía que un delincuente peruano, Panchito, fichado desde hacía años por la Interpol, había sido capturado en los pasillos de un gran hotel de la Costa Azul cuando se aprestaba a penetrar en una suite. Recordé que para su mamá y hermanos, a quienes enviaba regularmente dinero a Lima, Panchito era un destacado ingeniero con un importante puesto en Europa. Haciendo una bola con el télex lo arrojé a la papelera.

Los vaivenes de la vida continuaron llevándome de un país a otro, pero sobre todo de una marca a otra de cigarrillos. Ámsterdam y los Muratti ovalados con fina boquilla dorada; Amberes y los Belga de paquete rojo con un círculo amarillo; Londres, donde intenté fumar pipa, a lo que renuncié porque me pareció muy complicado y porque me di cuenta de que no era ni Sherlock Holmes, ni lobo de mar, ni inglés… Múnich, finalmente, donde a falta de sacar mi doctorado en filología románica, me gradué como experto en cigarrillos teutones que, para decirlo crudamente, me parecieron mediocres y sin estilo. Pero si menciono Múnich no es por la bondad de su tabaco sino porque cometí un error de discernimiento que me colocó en una situación de carencia desesperada, comparable a los peores momentos de mi época parisina.

Gozaba entonces de una módica beca, pero que me permitía comprar todos los días mi paquete de Rothaendhel en un kiosko callejero, antes de tomar el tranvía que me llevaba a la universidad. Se trataba de un acto que, a fuerza de repetirse, creó entre la vieja frau del kiosko y yo una relación simpática, que yo juzgaba por encima de todo protocolo comercial. Pero a los dos o tres meses de una vida rutinaria y ecónoma me gasté la totalidad de mi beca en un tocadiscos portátil, pues había empezado una novela y juzgué que me era necesario, para llevarla a buen término, contar con música de fondo o de cortina sonora que me protegiera de todo ruido exterior. La música la obtuve y la cortina también y pude avanzar mi novela, pero a los pocos días me quedé sin cigarrillos y sin plata para comprarlos y como «escribir es un acto complementario al placer de fumar», me encontré en la situación de no

poder escribir, por más música de fondo que tuviese. Lo más natural me pareció entonces pasar por el kiosko cotidiano e invocar mi condición de casero para que me dieran al crédito un paquete de cigarrillos. Fue lo que hice, alegando que había olvidado mi monedero y que pagaría al día siguiente. Tan confiado estaba en la legitimidad de mi pedido que estiré cándidamente la mano esperando la llegada del paquete. Pero al instante tuve que retirarla, pues la frau cerró de un tirón la ventanilla del kiosko y quedó mirándome tras el vidrio no sólo escandalizada sino aterrada. Sólo en ese momento me di cuenta del error que había cometido: creer que estaba en España cuando estaba en Alemania. Ese país próspero era en realidad un país atrasado y sin imaginación, incapaz de haber creado esas instituciones de socorro, basadas en la confianza y la convivialidad, como es la institución del fiado. Para la frau del kiosko, un tipo que le pedía algo pagadero mañana no podía ser más que un estafador, un delincuente o un desequilibrado dispuesto a asesinarla llegado el caso.

Me encontré pues en una situación terrible —sin poder fumar y en consecuencia escribir— y sin solución a la vista, pues en Múnich no conocía prácticamente a nadie y para colmo se desató un invierno atroz, con un metro de nieve en las calles, que me condenó a un encierro forzoso. No hacía más que mirar por la ventana el paisaje polar, tirarme en la cama como un estropajo o leer los libros más pesados del mundo, como los siete volúmenes del diario íntimo de Charles Du Bos o las novelas pedagógicas de Goethe. Fue entonces cuando vino en mi auxilio herr Trausnecker.

Yo estaba alojado en casa de este obrero metalúrgico, que me alquilaba una pieza con desayuno y una comida en el departamento que ocupaba en un suburbio proletario. Una o dos veces por semana entraba a mi cuarto en las noches para informarse sobre mis necesidades y hacerme un poco de conversación. Hombre rudo, pero perspicaz, se dio cuenta de inmediato de que algo me atormentaba. Cuando le expliqué mi problema lo comprendió en el acto, y excusándose por no poder prestarme dinero me regaló un kilo de tabaco picado, papel de arroz y una maquinita para liar cigarrillos.

Gracias a esta maquinita pude subsistir durante las dos interminables semanas que me faltaban para cobrar mi siguiente mesada. Todas las mañanas, al levantarme, liaba una treintena de cigarrillos que apilaba en mi escritorio en pequeños montoncitos. Fueron los peores y mejores cigarrillos de mi vida, los más nocivos seguramente pero los más oportunos. El tabaco estaba reseco, el papel era áspero y el acabado artesanal, tosco y execrable a la vista, pero qué importaba, ellos me permitieron capear el temporal y reanudar con brío mi novela interrumpida. Si la concluí se debe en gran parte a la maquinita del señor Trausnecker, quien lavó así la afrenta que recibí de la vieja frau y me reconcilió con el pueblo germánico.

Este servicio se lo pagué con creces, lo que me obliga a hacer una digresión, pues el asunto no tiene nada que ver con el cigarrillo, aunque sí con el fuego. Frau Trausnecker entró una tarde desolada a mi habitación: hacía más de una hora que había puesto en el horno un pastel de manzana, pero la puerta de la cocina se había

bloqueado y no podía entrar para sacar el pastel que se estaba quemando. Intenté abrir la puerta primero con una ganzúa improvisada, luego a golpes, pero era imposible y el olor a quemado aumentaba. Me acordé entonces de que el baño estaba al lado de la cocina y de que sus respectivas ventanas eran contiguas. No había más que pasar de una pieza a otra por la ventana. Le expliqué a frau Trausnecker mi plan y me dirigí al baño, pero ella se lanzó tras de mí chillando, trató de contenerme, dijo que era muy arriesgado, hubo un forcejeo, hasta que logré encerrarme en el baño con llave. Como ella seguía protestando tras la puerta, abrí el caño de la tina y le dije que no se preocupara, que lo que en realidad iba a hacer era bañarme. Lo que hice fue abrir la ventana y quedé espantado: no sólo porque el cuarto piso de ese edificio obrero daba a un hondísimo patio de cemento, sino porque la ventana de la cocina estaba más lejos de lo que había supuesto. Pero ya no podía dar marcha atrás, a riesgo de cubrirme de ridículo y quedar como un fanfarrón. Me encaramé en la ventana del baño, me colgué de su borde con ambas manos y luego de un balanceo calculado salté hasta la ventana contigua y entré a la cocina. A tiempo, pues la atmósfera estaba caldeada y el horno echaba humo y fuego por sus ranuras. Abrí la puerta de la pieza y frau Trausnecker entró, apagó la llave del horno, cortó la corriente eléctrica, sacó el pastel, que era un montículo de carbón ardiente y lo tiró sobre el lavadero bajo un chorro de agua fría. La casa se llenó de vapor y de un insoportable olor a chamuscado, al punto que tuvimos que abrir todas las ventanas para que se aireara. Al poco rato estábamos sentados en la sala aliviados, satisfechos y felices por haber evitado un incendio. Pero un ruidito nos distrajo: del baño llegaba el rumor del grifo abierto de la tina y al instante vimos aparecer una lengua de agua en el pasillo. ¡La tina se estaba desbordando! Pero ¿cómo hacer para entrar al baño? Yo le había echado llave desde el interior. No me quedó más que rehacer el camino en el sentido inverso, a pesar de las nuevas protestas de frau Trausnecker. De la ventana de la cocina pasé a la ventana del baño en suicida salto sobre el abismo. Mi temeridad salvó a los Trausnecker sucesivamente de un incendio y de una inundación.

En muchas ocasiones —es tiempo de decirlo— traté de luchar contra mi dependencia del tabaco, pues su abuso me hacía cada vez más daño: tosía, sufría de acidez, náuseas, fatiga, pérdida del apetito, palpitaciones, mareos y una úlcera estomacal que me retorcía de dolor y me forzaba a someterme regularmente a un régimen de leche y de abominables gelatinas. Empleé todo tipo de recetas y de argucias para disminuir su consumo y eventualmente suprimirlo. Escondía las cajetillas en los lugares más inverosímiles; llenaba mi escritorio de caramelos, para tener siempre a la mano algo que llevarme a la boca y succionar en vez del cigarrillo; adquirí boquillas sofisticadas con filtros que eliminaban la nicotina; tragué todo tipo de pastillas supuestamente destinadas a volvernos alérgicos al tabaco; me clavé agujas en las orejas bajo la sabia administración de un acupunturista chino.

Nada dio resultado. Llegué así a la conclusión de que la única manera de librarme de este yugo no era el empleo de trucos más o menos falaces sino un acto de voluntad irrevocable, que pusiera a prueba el temple de mi carácter. Conocía gente —poca es cierto y que siempre me inspiró desconfianza— que había resuelto de un día para otro no fumar y lo había conseguido.

Sólo una vez tomé una determinación semejante. Me encontraba en Huamanga, como profesor de su universidad, que acababa de reabrirse luego de tres siglos de clausura. Esa vieja, pequeña y olvidada ciudad andina era una delicia. El camarada Gonzalo no había hecho aún su aparición ni su filosofía señalado ningún sendero luminoso. Los estudiantes, casi todos lugareños o de provincias vecinas, eran jóvenes ignorantes, serios y estudiosos, convencidos de que les bastaría obtener un diploma para acceder al mundo de la prosperidad. Pero no se trata de evocar mi experiencia ayacuchana. Volvamos al cigarrillo. Soltero, sin obligaciones y ganando un buen sueldo, podía surtirme de la cantidad de Camel que me diera la gana, pues había adoptado esa marca, quizás por la afinidad que existía entre el camello y las llamas y vicuñas que circulaban por el pueblo. Pero una noche, conversando y fumando con mis colegas en un café de la Plaza de Armas, me sentí repentinamente mal. La cabeza me daba vueltas, tenía dificultades para respirar, sentía punzadas en el corazón. Me retiré a mi hotel y me tiré en la cama, confiado en que reposando me iba a recuperar. Pero mi estado se agravó: el techo se me venía encima, vomité bilis, me sentí realmente morir. Me di cuenta entonces de que eso se debía al cigarrillo, de que al fin estaba pagando al contado la deuda acumulada en quince años de fumador desenfrenado.

Era necesario tomar una decisión radical. Pero no sólo tomarla —no fumar más— sino consagrarla con un acto simbólico que sellara su carácter sacramental. Me levanté de la cama tambaleante, cogí mi paquete de Camel y lo arrojé al terreno baldío que quedaba al pie de mi ventana. Nunca más, me dije, nunca más. Y desahogado por ese rasgo de heroísmo, caí nuevamente en mi cama y me quedé al instante dormido.

Pasada la medianoche me desperté, recordé mi determinación de la víspera y me sentí no sólo moralmente reconfortado sino físicamente bien. Tanto, que me levanté para consignar mi renuncia al tabaco en líneas que imaginé, si no inmortales, dignas al menos de una merecida longevidad. Escribí en realidad varias páginas glorificando mi gesto y prometiéndome una nueva vida, basada en la austeridad y la disciplina. Pero a medida que escribía me iba sintiendo incómodo, mis ideas se ofuscaban, penaba para encontrar las palabras, una angustia creciente me impedía toda concentración y me di cuenta de que lo único que realmente quería en ese momento era encender un cigarrillo.

Durante una hora al menos luché contra este llamado, apagando la luz para tirarme en la cama e intentar dormir, levantándome para poner música en mi tocadiscos portátil, bebiendo vasos y vasos de agua fresca, hasta que no pude más:

cogí mi abrigo y decidí salir del hotel en busca de cigarrillos. Pero ni siquiera salí de mi cuarto. A esa hora no había nada abierto en Huamanga. Empecé entonces a revisar los bolsillos de todos mis sacos y pantalones, los cajones de todos los muebles, el contenido de maletas y maletines, en busca del hipotético cigarrillo olvidado, tirando todo por los aires y a medida que más infructuosa era mi búsqueda más tenaz era mi deseo. De pronto mi mente se iluminó: la solución estaba en el paquete que había arrojado por la ventana. Cuando me asomé a ella vi ocho o diez metros más abajo el terreno baldío vagamente iluminado por la luz de mi habitación. Ni siquiera vacilé. Salté al vacío como un suicida y caí sobre un montículo de tierra, doblándome un tobillo. A gatas exploré el desmonte alumbrado por mi encendedor. ¡Allí estaba el paquete! Sentado entre las inmundicias encendí un pitillo, levanté la cabeza y lancé la primera bocanada de humo hacia el cielo espléndido de Huamanga.

Este percance fue un anuncio que no supe escuchar ni aprovechar. Proseguí mi vida errante por diferentes ciudades, albergues y ocupaciones, dejando por todo sitio volutas de humo y colillas aplastadas, hasta que recalé nuevamente en París, en un departamento de tres piezas, donde pude reunir una colección de sesenta ceniceros. No por manía de coleccionista, sino para tener siempre a la mano algo en qué tirar puchos o cenizas. Había adoptado entonces el Marlboro, pues esta marca, que no era mejor ni peor que las tantas que había ya probado, me sugirió un juego gramatical que practicaba asiduamente. ¿Cuántas palabras podían formarse con las ocho letras de Marlboro? Mar, lobo, malo, árbol, bar, loma, olmo, amor, orar, bolo, etc. Me volví invencible en este juego, que impuse entre mis colegas de la Agencia France-Presse, donde entonces trabajaba. Dicha agencia, diré de paso, era no sólo una fábrica de noticias sino el emporio del tabaquismo. Por estadísticas sabía que la profesión más adicta al tabaco era la de periodista. Y lo verifiqué, pues las salas de redacción, a cualquier hora del día o de la noche, eran espaciosos antros donde decenas de hombres tecleaban desesperadamente en sus máquinas de escribir, chupando sin descanso puros, pipas y pitillos de todas las marcas, en medio de una espesa bruma nicotínica, al punto que me pregunté si estaban reunidos allí para redactar las noticias o más bien para fumar.

Fue precisamente durante la era del Marlboro y de mi trabajo en la agencia que reventé. No es mi propósito establecer una relación de causa a efecto entre esta marca de cigarrillos y lo que me ocurrió. Lo cierto es que una tarde caí en mi cama y comencé a morir, con gran alarma de mi mujer (pues entretanto, aparte de fumar, me había casado y tenido un hijo). Mi vieja úlcera estomacal estalló y una hemorragia incontenible me iba evacuando del mundo por la vía inferior. Una ambulancia de estridente sirena me llevó al hospital en estado comatoso y gracias a transfusiones de sangre masivas pude volver a mí. Esto es horrible y no abundo en detalles para no caer en el patetismo. El doctor Dupont me cicatrizó la úlcera en dos semanas de

tratamiento y me dio de alta con la recomendación expresa —aparte de medicinas y régimen alimenticio— de no fumar más.

¡No fumar más! Inocente doctor Dupont. Ignoraba con qué tipo de paciente se había encontrado. Dos meses más tarde, incorporado nuevamente a mi trabajo en la agencia de prensa, entre cientos de rabiosos fumadores, tiraba al canasto diariamente un par de cajetillas de Marlboro vacías. M-a-r-l-b-o-r-o. Mi juego gramatical se enriqueció: broma, robar, rabo, ola, romo, borla, etc. Esto puede tener gracia, pero así como nuevas palabras encontré, nuevas hemorragias tuve y nuevas ambulancias fueron llevándome al hospital, entre pitos y sirenas, para dejarme exánime ante los ojos horripilados del doctor Dupont. La ambulancia se convirtió en cierta forma en mi medio normal de locomoción. El doctor Dupont me devolvía siempre a casa reencauchado, después de jurarle que dejaría el cigarrillo y amenazándome que a la próxima renunciaría a paliativos y me metería cuchillo sin contemplaciones. Amenaza que me dejaba impávido, y la mejor prueba de ello es que a la cuarta o quinta entrada al hospital, me di cuenta de que para fumar no era necesario que me dieran de alta: bastaba sobornar a una enfermera menor para que me comprara un paquete. De Marlboro, naturalmente: lora, orla, ramo, ropa, paro, proa, etc. Lo tenía escondido en el guardarropa, dentro de un zapato. Dos o tres veces al día sacaba un cigarrillo, me encerraba en el baño, le daba varias pitadas frenéticas y pasaba sus restos por el *water-closet*.

Diré para mi descargo que lo que contribuyó a echar por tierra mis buenos propósitos y en consecuencia fortaleció mi vicio fue una visión fugaz pero definitiva que tuve en el hospital. El doctor Dupont, por buen especialista que fuese, ocupaba sólo un rango intermedio entre los gastroenterólogos del local. En la cúspide se encontraba el patrón doctor Bismuto, que había llegado a esa situación posiblemente gracias a su apellido profético. El doctor Bismuto sólo se ocupaba de casos extremadamente importantes. Pero como el mío estaba a punto de convertirse en uno de ellos, el buen Dupont obtuvo el privilegio de que me hiciera una visita. Me la anunció con gran solemnidad y minutos antes de la hora prevista vino una enfermera mayor para verificar que todo estuviera en orden. Poco después la puerta se entreabrió y en fracciones de segundo distinguí a un señor alto, escuálido y canoso que en un acto furtivo digno de un prestidigitador se quitaba un cigarrillo de los labios, lo apagaba en la suela de su zapato y guardaba la colilla en el bolsillo de su mandil. Creí que estaba soñando. Pero cuando el mandarín se acercó a mi cama, rodeado de su séquito de internos y enfermeras, noté en sus bigotes amarillentos y en sus larguísimos dedos marrones la marca infamante del fumador.

¿Qué tipo de recompensa obtenía del cigarrillo para haber sucumbido a su imperio y haberme convertido en un siervo rampante de sus caprichos? Se trataba sin duda de un vicio, si entendemos por vicio un acto repetitivo, progresivo y pernicioso que nos

produce placer. Pero examinando el asunto de más cerca me daba cuenta de que el placer estaba excluido del fumar. Me refiero a un placer sensorial, ligado a un sentido particular, como el placer de la gula o la lujuria. Quizás en mis primeros años de fumador sentí un agradable sabor o aroma en el tabaco, pero con el tiempo esta sensación se había mellado y podría decir incluso que fumar me era desagradable, pues me dejaba amarga la boca, ardiente la garganta y ácido el estómago. Si placer había, me dije, debía ser mental, como el que se obtiene del alcohol o de drogas como el opio, la cocaína o la morfina. Pero tampoco era el caso, pues el fumar no me producía euforia, ni lucidez, ni estados de éxtasis, ni visiones sobrenaturales, ni me suprimía el dolor o la fatiga. ¿Qué me daba el tabaco entonces, a falta de placeres, sensoriales o espirituales? Quizás placeres más difusos y sutiles, difíciles de localizar, definir y mensurar, ligados a los efectos de la nicotina en nuestro organismo: serenidad, concentración, sociabilidad, adaptación a nuestro medio. Podía decir en consecuencia que fumaba porque necesitaba de la nicotina para sentirme anímicamente bien. Pero si lo que necesitaba era la nicotina contenida en el cigarrillo, ¿por qué diablos no recurría a los puros o al tabaco de pipa que tenía a mano cuando carecía de cigarrillos? Y eso nunca lo hice, ni en mis peores momentos, pues lo que necesitaba era ese fino, largo y cilíndrico objeto cuyo envoltorio de papel contenía hebras de tabaco. Era el objeto en sí el que me subyugaba, el cigarrillo, su forma tanto como su contenido, su manipulación, su inserción en la red de mis gestos, ocupaciones y costumbres cotidianas.

Esta reflexión me llevó a considerar que el cigarrillo, aparte de una droga, era para mí un hábito y un rito. Como todo hábito se había agregado a mi naturaleza hasta formar parte de ella, de modo que quitármelo equivalía a una mutilación; y como todo rito estaba sometido a la observación de un protocolo riguroso, sancionado por la ejecución de actos precisos y el empleo de objetos de culto irreemplazables. Podía así llegar a la conclusión de que fumar era un vicio que me procuraba, a falta de placer sensorial, un sentimiento de calma y de bienestar difuso, fruto de la nicotina que contenía el tabaco y que se manifestaba en mi comportamiento social mediante actos rituales. Todo esto está muy bien, me dije, era coherente y hasta bonito, pero no me satisfacía, pues no explicaba por qué fumaba cuando estaba solo y no tenía nada que pensar, ni nada que decir, ni nada que escribir, ni nada que ocultar, ni nada que aparentar, ni nada que representar. La tiranía del cigarrillo debía tener en consecuencia causas más profundas, probablemente subconscientes. Lejos de mí, sin embargo, el ampararme en Freud, no tanto por él sino por sus exégetas fanáticos y mediocres que veían falos, anos y Edipos por todo sitio. Según algunos de sus divulgadores, la adicción al cigarrillo se explicaba por una regresión infantil en busca del pezón materno o por una sublimación cultural del deseo de succionar un pene. Leyendo estas idioteces comprendí por qué Nabokov —exagerando, sin duda— se refería a Freud como al «charlatán de Viena».

No me quedó más remedio que inventar mi propia teoría. Teoría filosófica y

absurda, que menciono aquí por simple curiosidad. Me dije que, según Empédocles, los cuatro elementos primordiales de la naturaleza eran el aire, el agua, la tierra y el fuego. Todos ellos están vinculados al origen de la vida y a la supervivencia de nuestra especie. Con el aire estamos permanentemente en contacto, pues lo respiramos, lo expelemos, lo acondicionamos. Con el agua también, pues la bebemos, nos lavamos con ella, la gozamos en ejercicios natatorios o submarinos. Con la tierra igualmente, pues caminamos sobre ella, la cultivamos, la modelamos con nuestras manos. Pero con el fuego no podemos tener relación directa. El fuego es el único de los cuatro elementos empedoclianos que nos arredra, pues su cercanía o su contacto nos hace daño. La sola manera de vincularnos con él es gracias a un mediador. Y este mediador es el cigarrillo. El cigarrillo nos permite comunicarnos con el fuego sin ser consumidos por él. El fuego está en un extremo del cigarrillo y nosotros en el opuesto. Y la prueba de que este contacto es estrecho reside en que el cigarrillo arde, pero es nuestra boca la que expele el humo. Gracias a este invento completamos nuestra necesidad ancestral de religarnos con los cuatro elementos originales de la vida. Esta relación, los pueblos primitivos la sacralizaron mediante cultos religiosos diversos, terráqueos o acuáticos y, en lo que respecta al fuego, mediante cultos solares. Se adoró al sol porque encarnaba al fuego y a sus atributos, la luz y el calor. Secularizados y descreídos, ya no podemos rendir homenaje al fuego, sino gracias al cigarrillo. El cigarrillo sería así un sucedáneo de la antigua divinidad solar y fumar una forma de perpetuar su culto. Una religión, en suma, por banal que parezca. De ahí que renunciar al cigarrillo sea un acto grave y desgarrador, como una abjuración.

El cuchillo del doctor Dupont fue mi espada de Damocles, con la diferencia de que a mí sí me cayó. Eso ocurrió años más tarde, cuando el Marlboro y su estúpido juego de palabras —bar, lar, loma, ralo, rabo, etc.— había sido reemplazado por el Dunhill en su lindo estuche burdeos con guardilla dorada. Me encontraba entonces en Cannes siguiendo un nuevo tratamiento para librarme del tabaco, luego de una última estada en el hospital. Dupont había decretado distracción, deportes y reposo, receta que mi mujer, convertida en la más celosa guardiana de mi salud y extirpadora de mi vicio, se encargó de aplicar y controlar escrupulosamente. Ocupaba mis jornadas en *jogging* matinal, baños de sol y de mar, larga siesta, remo en bote de goma y bicicleta crepuscular. Ello alternado con comidas sanas y actividades espirituales pero de bajo perfil, como hacer solitarios, leer novelas de espionaje y ver folletones de televisión. Este calendario no dejaba ninguna fisura por donde pudiese colar un cigarrillo, tanto más cuanto que mi mujer no me abandonaba ni a sol ni a sombra. Al mes estaba tostado, fornido, saludable y diría hasta hermoso. Pero en el fondo, pero en el fondo, me sentía insatisfecho, desasosegado, por momentos increíblemente triste. De nada me servía percibir mejor la pureza del aire marino, el aroma de las flores y el sabor de las comidas, si era la existencia misma la que se había vuelto para mí insípida.

Un día no pude más. Convencí a mi mujer de que en adelante iría a la playa una hora antes que ella y mi hijo, para aprovechar más los beneficios de esa vida salutífera y recreativa. En el trayecto compré un paquete de Dunhill y como era arriesgado conservarlo conmigo o esconderlo en casa encontré en la playa un rincón apartado, donde hice un hueco, lo guardé, lo cubrí con arena y dejé encima como seña una piedra ovalada. Es así que muy de mañana partía de casa a paso gimnástico, ante la mirada asombrada de mi mujer que me observaba desde el balcón orgullosa de mis disposiciones atléticas, sin sospechar que el objetivo de esa carrera no era mejorar mi forma ni batir ningún récord sino llegar cuanto antes al hueco en la arena. Desenterraba mi paquete y fumaba un par de pitillos, lenta, concentrada y hasta angustiosamente, pues sabía que serían los únicos del día. Esta estratagema, lo reconozco, pudo servir mis gustos y halagar mi ingenio, pero me rebajó ante mi propia consideración, ya que tenía conciencia de estar violando mis promesas y traicionando la confianza de mi mujer. Aparte de que mi plan no estuvo exento de imprevistos, como esa mañana que llegué a mi reducto y no encontré la piedra ovalada. El empleado que se encargaba de rastrillar y limpiar la playa había sido reemplazado por otro más diligente, que no dejó un solo pedrusco en la arena. Por más que escarbé por un lado y otro no di con mi cajetilla. Decidí entonces comprar cinco paquetes y hacer cinco huecos y poner cinco señas y dejar cinco probabilidades abiertas a mi pasión.

Si uno quisiera contar prolijamente las cosas no terminaría nunca de hacerlo. Todo debe tener un fin. Es por ello que me propongo concluir esta confesión.

Aquí entramos a la parte más dramática del asunto, con la reaparición del doctor Dupont, sus sondas y sermones y sobre todo su premonitorio cuchillo. Mal que bien, a pesar de mis dolencias y problemas ligados al abuso del tabaco, llegué a convivir con ellos y a tirar para adelante, como se dice, tirando de paso pitada sobre pitada. Hasta que fui víctima de una molestia que nunca había conocido: la comida se me quedaba atracada en la garganta y no podía pasar un bocado. Esto se volvió tan frecuente que fui a ver al doctor Dupont no en ambulancia esta vez, para variar. Dupont se alarmó muchísimo, me guardó en el hospital para someterme a nuevos y complicados exámenes y a los pocos días, sin explicaciones claras, rodaba en una camilla rumbo a la sala de operaciones. Me desperté siete horas más tarde cortado como una res y cosido como una muñeca de trapo. Tubos, sondas y agujas me salían por todos los orificios del cuerpo. Me habían sacado parte del duodeno, casi todo el estómago y buen pedazo del esófago.

Prefiero no recordar las semanas que pasé en el hospital alimentado por la vena y luego por la boca con papillas que me daban en cucharitas. Ni tampoco mi segunda operación, pues Dupont se había olvidado al parecer de cortar algo y me abrió nuevamente por la misma vía, aprovechando que el dibujo en mi piel estaba ya

trazado. Pero algo sí debo decir del establecimiento donde me enviaron a convalecer, convertido en un guiñapo humano, luego de tan rudas intervenciones.

Se llamaba «Clínica dietética y de recuperación posoperatoria» y quedaba en las afueras de París, en medio de un extenso y hermosísimo parque. Sus habitaciones eran muy amplias y disponían de baño propio, terraza, televisión y teléfono. A ella iban a parar los que habían sufrido graves operaciones de las vías digestivas para que reaprendieran a comer, digerir y asimilar, hasta recobrar la musculatura y el peso perdidos. Las dos primeras semanas las pasé sin poder levantarme de la cama. Me seguía alimentando con líquidos y mazamorras y diariamente venía un fornido terapeuta que me masajeaba las piernas, me hacía levantar con los brazos pequeñas barras y con la respiración cojines de arena cada vez más pesados que me colocaban en el tórax. Gracias a ello pude al fin ponerme de pie y dar algunos pasos por el cuarto, hasta que un día la enfermera jefa me anunció que ya estaba en condiciones de someterme al control cotidiano.

De qué control se trataba lo supe al día siguiente, cuando vinieron a buscarme antes del desayuno. Fue la primera salida de mi habitación y mi primer contacto con los demás pensionistas de la clínica. ¡Espantosa visión! Me encontré con una legión de seres extenuados, tristes y macilentos, en pijama y zapatillas como yo, que hacían cola ante una balanza romana. Una enfermera los pesaba y otra anotaba el resultado en un grueso registro. Luego se arrastraban penosamente por los pasillos y desaparecían en sus habitaciones por el resto del día.

Al horror siguió la reflexión: ¿a dónde diablos había ido a parar? ¿Qué disimulaba ese remedo de albergue campestre poblado de espectros? En las próximas sesiones creí vislumbrar la realidad. Ello no podía ser una clínica, sino la antesala de lo irreparable. A ese lugar enviaban a los desechados de la ciencia para que, entre árboles y flores, vivieran sus postrimerías en un decorado de vacaciones. La pesada era solamente el último test que permitía verificar si cabía aún la posibilidad de un milagro. Enfermo que aumentaba de peso era aquel que, entre cien, mil o más tenía la esperanza de salir viviente de allí.

Esta sospecha la comprobé cuando dos vecinos de corredor dejaron de asistir a la pesada y luego me enteré, por una conversación entre enfermeras, de que se habían «dulcemente extinguido». Ello redobló mi zozobra, lo que me impidió comer y en consecuencia aumentar de peso. Los platos que me traían, insípidos y cremosos, los pasaba por el W. C. o los envolvía en *kleenex* que echaba a la papelera. Mi mujer y algunos fieles amigos me visitaban en las tardes y hacían lo indecible, con un temple admirable, para no mostrarse alarmados. Pero algunos gestos los traicionaron. Mi mujer me trajo un finísimo pijama de seda, lo que interpreté por un razonamiento tortuoso como «Si te tienes que morir que sea al menos en un pijama Pierre Cardin». Algunos amigos insistieron en tomarme fotos, dándome cuenta entonces de que se trataba de fotos póstumas, las que no alcanzaría a ver pegadas en ningún álbum de familia.

Me estaba pues muriendo o más bien «dulcemente extinguiendo», como dirían las enfermeras. Cada día perdía unos gramos más de peso y me fatigaba más someterme a la prueba de la balanza. El jefe de la clínica vino a verme y ordenó, como última medida, que me alimentaran a la fuerza. Me metieron una sonda de caucho por la nariz y a través de la sonda, con un enorme émbolo, me disparaban alimentos molidos al estómago. La sonda tenía que conservarla en forma permanente, su extremo visible pegado en la frente con un esparadrapo. Era algo tan horrible que a los dos días la arranqué y la tiré por los suelos. El jefe de la clínica regresó para sermonearme y como me resistí a que me la volvieran a poner se retiró despechado, diciéndome antes de salir: «Me importa un bledo. Pero de aquí no sale hasta que no aumente de peso. Usted asume toda la responsabilidad».

A ese imbécil no lo volví a ver más, pero a quienes vi fue a unos seres hirsutos, sucios y descamisados que fueron surgiendo detrás de los arbustos que divisaba desde mi cama, a través de los amplios ventanales. Tras esos arbustos estaban edificando un nuevo pabellón y como ya habían levantado el primer piso, los obreros y sus trabajos eran visibles desde mi cuarto. Por su piel cetrina deduje que venían de lugares cálidos y pobres, Andalucía, sur del Portugal, África del Norte. Lo que primero me sorprendió fue la celeridad y la variedad de sus movimientos. Aparecían y desaparecían subiendo ladrillos, bolsas de cemento, cubos con agua, instrumentos de albañilería, en un ir y venir continuo, que no conocía tropiezos ni improvisaciones. Imaginé el esfuerzo que hacían y por una especie de sustitución mental me sentí terriblemente fatigado, al punto que corrí las persianas de la ventana. Pero a mediodía volví a abrirlas y comprobé que esos hombres, que yo suponía doblegados por el cansancio, estaban sentados en círculo sobre el techo, reían, se interpelaban, se comunicaban con amplios gestos. Era la pausa del almuerzo y de portaviandas y bolsas de plástico habían sacado alimentos que engullían con avidez y botellas de vino que bebían al pico. Esos hombres eran aparentemente felices. Y lo eran al menos por una razón: porque ellos encarnaban el mundo de los sanos, mientras que nosotros el mundo de los enfermos. Sentí entonces algo que rara vez había sentido, envidia, y me dije que de nada me valían quince o veinte años de lecturas y escrituras, recluido como estaba entre los moribundos, mientras que esos hombres simples e iletrados estaban sólidamente implantados en la vida, de la que recibían sus placeres más elementales. Y mi envidia redobló cuando, al término de su yantar, los vi sacar cajetillas, petaqueras, papel de liar y encender sus cigarrillos de sobremesa.

Esa visión me salvó. Fue a partir de ese momento que estalló en mí la chispa que movilizó toda mi inteligencia y mi voluntad para salir de mi postración y en consecuencia de mi encierro. No deseaba otra cosa que reintegrarme a la vida, por ordinaria que fuese, sin otro ruego ni ambición que poder, como los albañiles, comer, beber, fumar y disfrutar de las recompensas de un hombre corriente pero sano. Para

ello me era imperioso vencer la prueba de la balanza, pero como me era imposible comer en ese lugar y esa comida, recurrí a una estratagema. Cada mañana, antes de la pesada, metía en los bolsillos de mi pijama algunas monedas de un franco. Progresivamente fui añadiendo monedas de cinco francos, las más grandes y pesadas, que cambiaba al repartidor de periódicos. Logré así aumentar algunos cientos de gramos, lo que no era aún suficiente ni probatorio. Le pedí entonces a mi mujer que me trajera de casa un juego completo de cubiertos, alegando que con ellos podría tal vez alimentarme mejor que con los toscos cubiertos de la clínica. Eran los sólidos y caros cubiertos de plata que mi mujer adquirió en un momento de delirio, a pesar de mi oposición y que ahora, desviándose de su destino, se volvían realmente preciosos. Como no podía disimularlos en mis bolsillos, los fui colocando en mis calcetines, empezando por la cucharita de café hasta llegar a la cuchara de sopa. A la semana había aumentado dos kilos y más todavía cuando cosí a mis calzoncillos los cubiertos de pescado. Las enfermeras estaban asombradas por esa recuperación que no iba con mi apariencia. Un galeno me visitó, revisó mis boletines de peso, me examinó e interrogó y días más tarde la dirección me extendió la autorización de partida. Horas antes de que mi mujer viniera a buscarme en un taxi, estaba ya de pie, vestido, mirando una vez más por la ventana a los albañiles que ágiles, ingrávidos, aéreos y diría angelicales terminaban de levantar el segundo piso de ese nuevo pabellón de los desahuciados.

De más está decir que a la semana de salir de la clínica podía alimentarme moderadamente pero con apetito; al mes bebía una copa de tinto en las comidas; y poco más tarde, al celebrar mi cuadragésimo aniversario, encendí mi primer cigarrillo, con la aquiescencia de mi mujer y el indulgente aplauso de mis amigos. A ese cigarrillo siguieron otros y otros y otros, hasta el que ahora fumo, quince años después, mientras me esfuerzo por concluir esta historia, instalado en la terraza de una casita de vía Tragara, contemplando a mis pies la ensenada de Marina Picola, protegida por el escarpado monte Solaro. Hace veinte siglos el emperador Augusto estableció aquí su residencia de verano y Tiberio vivió diez años y construyó diez palacios. Es cierto que ambos no fumaban, de modo que no tienen nada que ver con el tema, pero quien sí fumó fue el Vesubio y con tanta pasión que su humo y cenizas cubrieron las viñas y viviendas de la isla y Capri entró en un largo periodo de decadencia.

Enciendo otro cigarrillo y me digo que ya es hora de poner punto final a este relato, cuya escritura me ha costado tantas horas de trabajo y tantos cigarrillos. No es mi intención sacar de él conclusión ni moraleja. Que se le tome como un elogio o una diatriba contra el tabaco, me da igual. No soy moralista ni tampoco un desmoralizador, como a Flaubert le gustaba llamarse. Y ahora que recuerdo, Flaubert fue un fumador tenaz, al punto que tenía los dientes cariados y el bigote amarillo.

Como lo fue Gorki, quien vivió además en esta isla. Y como lo fue Hemingway, que si bien no estuvo aquí residió en una isla del Caribe. Entre escritores y fumadores hay un estrecho vínculo, como lo dije al comienzo, pero ¿no habrá otro entre fumadores e islas? Renuncio a esta nueva digresión, por virgen que sea la isla a la que me lleve. Veo además con aprensión que no me queda sino un cigarrillo, de modo que les digo adiós a mis lectores y me voy al pueblo en busca de un paquete de tabaco.

Ausente por tiempo indefinido

Mario se despertó una mañana con la conciencia dolorosa de estar malogrando su vida. Hacía por lo menos dos años que se acostaba al amanecer, después de haber rodado con sus amigos por bares, fondas, fiestas y tertulias. Desde que terminara la universidad se había ido hundiendo en las arenas movedizas de la bohemia limeña, hermandad nocturna, errante y suicidaria, formada por artistas de toda condición que se complacían en aplazar eternamente el momento de la gran obra y se encarnizaban en destruir en ellos la posibilidad de realizarla como si prefirieran, antes de afrontar los riesgos del triunfo solitario, perecer unidos en el mismo naufragio.

Mario, en particular, era el más vulnerable de todos. No trabajaba, pues su madre le había hecho un anticipo sobre su herencia, lo que le permitía pagarse, aunque modestamente, ocio, placer y compañía. Era soltero, de modo que no tenía mujer ni hijos a quienes rendirles cuentas de nada. Y vivía solo en un departamento de Miraflores, muy pequeño, pero tan acogedor y accesible que hacia él convergían los noctámbulos como a un puerto de embarque donde, tomándose unos tragos, esperaban el paso de la noche.

A causa de ello, Mario no había escrito nada después de un libro de cuentos juvenil que, al ser publicado, le valió el calificativo de «promesa de la literatura». Nada, aparte de la primera página de una novela, mil veces releída y corregida, pero que seguía en el rodillo de su máquina, sin que nunca hubiera encontrado el tiempo, la paz o la voluntad de continuarla. Esa página admonitiva, acusatoria, era la prueba de su infecundidad, el testigo de su disipación, pero sobre todo la causa de su conciencia dolorosa.

El único remedio a esta situación era evadirse, pero ¿a dónde? Mario soñaba a veces con una playa lejana, desierta, gris, a la cual llevaría su máquina Olympia, unos pocos libros, su manuscrito, tal vez su tocadiscos y en la cual no haría otra cosa que tomar sol, nadar, pescar y escribir. Esa playa soñada debía existir en el inmenso litoral peruano, pero las seguras, las que lo pondrían al abrigo de todo perseguidor, se encontraban demasiado distantes y, si bien Mario adoraba los viajes, detestaba los desplazamientos. Un pueblito serrano tampoco era mala idea, había centenares diseminados en la cordillera. Pero la altura le hacía daño y como a todo hombre de costa los cerros, los altos cerros andinos que cerraban el horizonte, lo asfixiaban. En cuanto a irse al extranjero, era impensable. En esos dos años de bohemia su magro

capital estaba a punto de extinguirse.

Una mañana, cuando en el muelle de pescadores de Chorrillos comían un cebiche, al cabo de una insensata noche de tragos y correrías, tuvo una iluminación. Alguien hablaba de Poe y de su cuento *La carta robada*. En el acto comprendió que no era la playa perdida ni el país extranjero el refugio ideal, sino algo más simple, un lugar insospechado por cercano. Y pensó entonces en el hotel de la Estación, en Chosica, apenas a treinta kilómetros de Lima. Todos lo conocían y veneraban, pero a nadie se le hubiera ocurrido refugiarse allí, pues estaba prácticamente en ruina y amenazado desde hacía tiempo de demolición. Su época dorada, cuando la única vía hacia la sierra era el ferrocarril, era apenas un recuerdo. Desde que construyeron la autopista quedó fuera de toda circulación y sólo se detenían allí trenes que traían mineral de la sierra y un autovagón que venía los domingos de Lima.

Mario se guardó muy bien de hablar esto con sus amigos, pero días más tarde metió en una maleta su máquina portátil, un poco de ropa, su página inconclusa, cientos de hojas en blanco y desapareció rumbo a Chosica, dejando en la puerta de su departamento una tarjeta con este mensaje: «Ausente por tiempo indefinido».

Describir el hotel de la Estación merecería un aparte balzaciano. Todos sabemos que Balzac, en medio de la acción más galopante, hace de pronto un paréntesis y dice algo así: «Creo que ha llegado el momento de que el lector conozca el salón de la Marquesa X». Y durante cuarenta páginas nos describe sádicamente cada bibelot, mueble, cuadro, alfombra o cortinaje. Lo mejor en estos casos es tomar un pasadizo y no entrar en el salón. El lector puede, si lo quiere, tampoco entrar en el hotel. Pero Mario y yo tenemos que hacerlo.

Para llegar a él, una vez en Chosica, era necesario atravesar el río por un puente de fierro y luego los rieles del ferrocarril. La larga construcción de madera de dos pisos daba al andén y estaba pintada de un verde desvaído. En la planta baja se encontraba la recepción, el bar, el comedor y una sucesión de vastas piezas, que debieron ser antiguos salones, pues quedaban en ellos uno que otro sillón desfondado, mesas cojas, espejos empañados o maceteros con plantas secas. La luz penetraba por amplios ventanales de vidrios coloreados, que le daban a esos espacios deshabitados una dimensión metafísica. Los altos tenían un balcón con soportes a lo largo de toda la fachada y a él daban las puertas de las veinte o treinta habitaciones. Éstas eran enormes, con piso de madera encerada, anchas camas con varillas y perillas de bronce, imponentes armarios con espejos biselados y para la higiene una palangana, una jarra y un balde de loza blanca desportillados. Del balcón se veía los rieles, el río, las viejas casas chosicanas y, al fondo, los cerros pardos, baldíos, del valle.

Los primeros días que pasó en el hotel fueron de reposo y reconocimiento. Como era el único inquilino, todo el hotel y sus anexos estaban a su entera disposición, así como media docena de mozos y camareros, que pasaban la mayor parte del día

inmóviles, con una inútil servilleta o escoba en la mano y a quienes la desocupación persistente había convertido en seres casi intemporales, alegóricos, como los personajes de un cuadro que podría llamarse *Interior de un hotel campestre*. A Mario le gustaba pasearse por la galería de los altos escuchando la voz del Rímac y mirando los cerros pelados del valle. Le gustaba igualmente descender al jardín, un reducto romántico y descuidado cuyo único habitante era una gigantesca tortuga que se arrastraba penosamente en el fondo de una pileta seca. Pero lo que más lo atraía era el comedor estival, situado detrás del edificio, extenso recinto protegido del sol por una enramada de cuyas vigas pendían tiestos con plantas y flores exóticas. En él almorzaba, sentándose cada vez en una de las innumerables solitarias mesas, sin importarle la lentitud de un servicio que, por falta de uso, tenía cada día que improvisarse.

El único lugar del hotel donde había cierta animación era el bar. Durante el día estaba desierto, pero al atardecer caían algunos viejos chosicanos para tomarse un trago y en la noche un reducido grupo de adeptos que venían a jugar naipes o dados con el propietario. Éste era un italiano pequeño, pero muy distinguido y amable, que seguía regentando el local más por placer que por negocio. Él sabía perfectamente que su hotel se había ido a pique, pero se obstinaba en permanecer en él y en hacer de su bar un espacio lisonjero, gratísimo, donde pasaba deliciosamente su vejez, sin importarle deudas, contratiempos ni amenazas, como un príncipe toscano que siguiera presidiendo amenas veladas en un burgo sitiado por el enemigo. Mario apenas se atrevía a entrar a ese lugar, por el temor de encontrar a un conocido o ceder a la tentación de hacer nuevas relaciones, con su secuela de copas, charlas y compromisos.

Así como el bar en las noches, el hotel ciertos domingos recobraba su viejo esplendor. Tanto de Lima en autovagón como de Chosica a pie venían amigos o grupos familiares para tomar un aperitivo, almorzar o sencillamente visitar el lugar. Los mozos salían entonces de su letargo y se les veía con sus sacos blancos y sus corbatas de mariposa trotar torpemente entre las mesas llevando en lo alto de la mano azafates con copas o platos humeantes. Esos días Mario no abandonaba los altos y apenas osaba lanzar miradas furtivas al tumulto por el balcón o el hueco de escalera.

Un día de semana fue inhabitual. Por alguna razón desconocida se celebró en el hotel un almuerzo de bodas. A mediodía llegó una ruidosa caravana en varios automóviles y del más vistoso descendió la pareja de novios, en traje de ceremonia, seguida por los padrinos e invitados. En el bar siguieron bebiendo el champán que habían comenzado en la sacristía y luego entraron al comedor estival donde Mario acababa de pedir su menú, intrigado por la extensa mesa de mantel blanco que habían armado en un extremo. El novio era un gordito calvo, cincuentón, muy bajo y ceremonioso, con aspecto de notario de alguna comuna apartada o de director de alguna sociedad

pequeña pero con posibilidades de expansión. La novia era mucho más joven, medianamente guapa y de una reserva de vulgaridad que se le desbordaba al menor descuido. Pequeños burgueses, en suma, que habían encontrado simpático celebrar su ágape en ese lugar. Mario notó además que se trataba de un matrimonio de interés y no de pasión: esa muchacha había visto en el notario su punto, una oportunidad de poner su codiciosa patita en una escala social más confortable. Desde que se instalaron en la mesa, la novia anduvo de un lado a otro, hablando y bromeando con los invitados, menos con su marido, hasta que Mario se dio cuenta que su situación de comensal marginal la intrigaba. Durante el almuerzo, protegida por la animación y el barullo, le lanzó primero miradas solapadas, luego francas y casi insolentes, y por último se atrevió a levantar su copa para hacerle un brindis.

Al terminar la comida colocaron música en un tragamonedas y el baile se inició. Mario, que ya había tomado su café, no se retiró como otras veces a fumar su cigarrillo en el jardín, sino que permaneció en su sitio. La novia bailaba alternativamente con todos los hombres de su grupo y al girar no dejaba de sonreír hacia Mario, que terminó por encontrar incómoda la situación y se dirigió a los altos. No bien se había apoyado en la baranda del balcón para tirar sus últimas pitadas antes de la siesta que sintió pasos en las escaleras y al instante vio surgir a la novia en la galería, recogiendo con los dedos el vuelo de su traje largo. Mario dejó caer su colilla al andén. La novia recorrió un trecho de la galería, volvió sobre sus pasos y quedó al fin inmóvil. Como Mario se limitaba a observarla, se acercó resueltamente a él y le preguntó dónde estaba el baño. Mario le explicó que quedaba en los bajos, al lado del bar, pero que en los altos había uno más pequeño. La acompañó hasta la entrada y regresó a su punto de partida, frente a la puerta abierta de su dormitorio. Al poco rato la novia salió del baño y en lugar de descender apoyó una mano en la baranda y con la otra se acarició la frente.

—¡Qué cansancio! ¡Qué día! —exclamó y volviéndose hacia Mario—: Tóqueme los dedos. Vea cómo están sudando.

Mario la vio alargar hacia él las manos con las palmas vueltas hacia arriba. En su boca distinguió una sonrisa indecisa, vagamente culpable. Cuando se disponía a ceder a su invitación, escuchó voces en las escaleras: unas amigas venían a buscarla y la condujeron a los bajos entre risas y reproches. Mario entró a su dormitorio. «La novia robada», se dijo. Y archivó la escena en su reserva de relatos que nunca llegaría a escribir.

Días más tarde encontró al fin el ímpetu necesario para acometer la prosecución de su novela. Para sorpresa suya, esa primera página sobre la que tanto había penado le pareció excelente, le abrió fulgurantes perspectivas y se encontró de pronto instalado en pleno trabajo creador. En las mañanas, después del desayuno, bajaba su máquina al comedor estival y aromado por el jardín colgante de los tiestos escribía sin

descanso hasta el mediodía. En las tardes, terminada la siesta, trabajaba en su dormitorio, con las puertas abiertas de par en par, escuchando el discurrir del río y el lejanísimo trajín de los autos que iban y venían por la carretera central. Y al anochecer descendía al jardín de la tortuga y a veces hasta las márgenes del Rímac, por donde erraba entre cantos de grillos y mochuelos, antes de regresar al hotel para cenar y acostarse.

Gracias a esa disciplina su novela progresó. Estaba convencido de haber encontrado no sólo las líneas de fuerza de su relato sino el brío creador de su primera juventud. Todo fluía fácil y jubilosamente, sin escollos ni vacilaciones. El tema mismo, pletórico de personajes y de hechos históricos, le permitía el empleo de un lenguaje denso, por momentos desmesurado, en el que aplicaba todas las figuras de la retórica clásica y todas las innovaciones de su fantasía gramatical. Pronto avizoró el final, que debería ser una especie de coda sinfónica, beethoveniana, en la cual los diversos temas y ritmos se entrecruzaban y se fundían en un castillo de fuego, dejando al lector deslumbrado por tanta magnificencia.

Esta facilidad lo alarmó, y antes de atacar el desenlace decidió hacer una pausa para recobrar energías y recompensarse por la tarea cumplida. Nada le pareció mejor que renunciar por una vez a la cocina del hotel para almorzar en un restaurante del pueblo. Cruzó una mañana intrépidamente el puente en busca de un lugar atractivo. Después de titubear encontró un restaurante con una fresca terraza sobre el río.

Apenas se había instalado frente a una sopa de mariscos, cuando un joven se levantó de una mesa lejana y se acercó a él con los brazos abiertos. Era un compañero de universidad al que no veía desde hacía años. De inmediato empezaron los recuerdos de estudiantes y convinieron que era una idiotez almorzar separados. Para celebrar el reencuentro Oswaldo propuso reemplazar el agua mineral por una botella de vino. Le bastó verla descorchada sobre la mesa para que Mario se diera cuenta del error irreparable que acababa de cometer. Esa botella era el preludio de otras que lo conducirían a cualquier parte menos a la preservación de ese estado de gracia creadora que había conquistado con tanto esfuerzo. Estuvo tentado de escaparse con cualquier pretexto, pero Oswaldo era tan ingenioso, el primer vaso de vino le supo tan bien, hacía tanto tiempo que no conversaba con nadie y el lugar era tan seductor, que terminó por quedarse. Por añadidura Oswaldo había abandonado sus estudios de derecho para dedicarse a la literatura, lo que redobló el atractivo de su encuentro. Pronto se vieron embarcados en una de esas conversaciones literarias tentaculares, que abarcan la historia universal de la escritura. Homero, Virgilio, Dante, fueron las piedras angulares de un edificio de autores y libros que fueron erigiendo, a medida que iban las copas y encendían los cigarrillos, al punto que al anochecer se encontraban en la cúspide de una pirámide en la que refulgían sus propias obras y las de sus amigos, sobre las que discutían con la misma pasión que si se tratara de las de Shakespeare o Goethe. Habían entrado en realidad al campo eriazo de la embriaguez, donde todo es repetición, incoherencia y olvido. Un mozo diligente les hizo notar que

ya cerraban el local.

Oswaldo, que residía en Chosica, se creyó obligado a pagar la cuenta y a mostrarle las curiosidades del pueblo. Éstas eran sólo unas viejas casonas que a Mario en otra oportunidad hubieran embelesado, no por su magnificencia, sino por ese aire minado, caduco, que tanto lo atraía. Pero las curiosidades para Oswaldo eran más bien los arrabales, hacia los que lo fue conduciendo por huertas y descampados, hasta llegar a calles sin pavimento, bordeadas de bares y chinganas de adobe, insólitamente ruidosas y vivientes a esa hora en que el resto del pueblo dormía, rebosante de vagos, borrachines y hampones. Mario ya no recordó sino la fuente de lomo encebollado que les ponían delante y las botellas de cerveza que alguien apilaba sobre la mesa y el rostro de Oswaldo sudoroso, tenso, narrándole fanáticamente, sin omitir ningún detalle, los cincuenta capítulos de la novela que pensaba escribir.

Mario despertó tardísimo, amargado, con la moral por los suelos. No sólo por haber sucumbido a la tentación de una noche de compañía, charla y bebida, sino por el peligro que veía cernirse sobre él. Oswaldo, según creyó recordar, había prometido venir a buscarlo todos los días para seguir «conversando de literatura», frase que en sí era inocua pero que, dado el contexto en que se daba, implicaba la destrucción de la literatura. Dio por ello instrucciones a la recepción para que dijesen que no estaba para nadie y se parapetó en su dormitorio sin asomar la nariz por los bajos. En dos ocasiones distinguió por la ventana a Oswaldo que cruzaba el puente radiante y retornaba con la cabeza gacha. La segunda vez encontró en su casillero un mensaje en el que Oswaldo se despedía, pues tenía que volver a Lima por unas semanas. Esto lo tranquilizó un momento, pero una reflexión lo turbó: Oswaldo no frecuentaba a su banda, pero entre ésta y él había amigos comunes, intermediarios indiscretos, que no dejarían de revelar el lugar donde estaba recluido. Esto lo movió a redoblar las consignas a la recepción y a prolongar su encierro, pendiente de cada sombra que cruzaba el puente, de cada pisada en la galería.

Al cabo de unos días, como nada ocurría, perdió sus aprensiones y pudo reanudar su trabajo. Escribía arrastrado por una fuerza aluvional, sin que pudiera darse un momento de respiro. Había alcanzado un estado de evanescencia, de desencarnación, que le hacía mirar la realidad como si fuese un sueño y su libro como si fuese la verdadera realidad. Ya luego tendría tiempo de poner orden y simetría en el torrente que brotaba de él, lo importante era sacar de sí todo lo que su ser contenía y no desaprovechar ninguna de las proposiciones de su fogosa inspiración. Afuera podía desplegar el mundo todos sus sortilegios, pero entre los cuatro muros de su cuarto él creaba un mundo paralelo, tan cierto e intenso como el otro y quizá más hermoso y duradero. Eso era, no le cabía duda, la literatura.

El clima cambió. En las mañanas una fina niebla invadía el estrecho valle para disiparse antes del mediodía y en las noches llegaba un aire fresco de las alturas. Los mozos cambiaron su saco blanco por uno negro de solapas sedosas y empezaron a servir sopas en lugar de ensaladas. Pero Mario estaba demasiado sumergido en su trabajo para darse cuenta de estos detalles. Estaba seguro, esta vez sí, de llegar al final de su obra, al vórtice en el que motivos y acordes se enlazaban en una vistosa corona flamígera. La víspera de atacar el desenlace suspendió su labor y decidió acostarse temprano para rematar su obra descansado y lúcido.

Un ruido extraño lo despertó en plena madrugada. Algo así como un martillazo en una mesa de madera. Quedó un momento tenso, pero como el ruido no se repitió volvió a reclinarse sobre la almohada. Esta vez ya no fue el martillo sobre la mesa, sino el ruido de un cristal que se hace trizas. Saltando de la cama cruzó la pieza sintiendo en su pie descalzo el hincón de un objeto filudo y abriendo la puerta se asomó al balcón.

Todos estaban en el andén, todos. En la cristalina luz del alba, inmóviles, con la vista clavada en el balcón, parecían efigies abandonadas por un tren fantasmal. En los primeros segundos de silencio, Mario registró los detalles de esta aparición. Paqui tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la cabeza inclinada hacia un hombro, un cigarrillo humeante en sus labios irónicos. Coco, muy tieso, cruzaba los brazos sobre su pecho robusto, con la mandíbula avanzada y los pies muy juntos, como para una foto de familia, la foto que un modelo poco natural malogró para siempre. Felipe acababa seguramente de dar un giratorio paso de danza, pues se encontraba en una pose desequilibrada, como a punto de caer pero sin caer, con una mano en alto y la otra rasgando las cuerdas de una invisible guitarra. Alfredo, el único que llevaba terno, chaleco y corbata, había retirado sus anteojos para disponerse a limpiarlos con un pañuelo. Y Hernando había plegado las rodillas, adoptando una máscara hilar, y avanzaba un brazo, para señalarlo con el índice filudo, seguramente el brazo que lanzó las piedras.

Y luego estalló el unánime grito, hurras, saludos, burlas, reproches. Las figuras entraron en movimientos convulsivos, como si estuvieran improvisando una danza triunfal. Mario permaneció mudo, trémulo. Distinguió al otro lado del puente el Volkswagen de Paqui con sus dos puertas abiertas y los faros encendidos. La zarabanda se interrumpió a la espera de una respuesta y Mario pudo reconocer en los visitantes los signos familiares de una noche estirada por bares y bulines: peinados deshechos, caras pastosas, ojos incandescentes, gestos indecisos, y sólo atinó a lanzar un bramido que retumbó en toda la quebrada: «¡Fuera de aquí!». Al instante les dio la espalda y regresó a su dormitorio, tirando la puerta. Llenando agua en la palangana se lavó el pie herido y mientras se lo vendaba con un pañuelo miró por la ventana del vidrio roto. La banda seguía en el andén, desconcertada. Felipe se llevó los dedos a

los labios y lanzó un estridente silbido, mientras Hernando buscaba en el andén un nuevo guijarro y el resto levitaba llamándolo por su nombre. Mario no se movió. Los vio nuevamente concertarse, alzar hacia el balcón puños amenazadores y retirarse por el puente rumbo al automóvil, volviendo de vez en cuando la cabeza.

Ni ese día ni los siguientes pudo retomar el hilo de su relato. No sólo por el temor de que la banda tentara una nueva incursión, sino porque esa visita, aunque breve y fallida, había plagado su espíritu de imágenes viciosas. Cada vez que se sentaba frente a su máquina surgían en su mente, no los personajes de su fantasía, sino los actores de esa expedición matinal, que recomenzaba su espectáculo, enriqueciéndolo con variantes que Mario no sabía si eran recuerdos diferidos o elucubraciones de su imaginación: Hernando le hacía un gesto equívoco con el brazo, Felipe daba un grotesco paso de ballet, Alfredo sacaba de su bolsillo una botella, Coco agitaba en la mano un manojo de papeles que contenían seguramente su último poemario inmortal.

La banda no regresó, por despecho seguramente, o para testimoniarle que lo consideraban un desertor, un miserable tránsfuga, pero el eco de ese paso quedó vibrando en su espíritu. Para deshacerse de él Mario decidió cambiar de escenario y, como a su llegada, se trasladó desde temprano al comedor estival. Pero allí un nuevo peligro lo acechaba: en esa época del año, los limeños que tenían residencia en el barrio alto de Chosica venían a pasar el invierno. La única vía para llegar a ese lugar era cruzando el hotel, de modo que a lo largo de la jornada había un tránsito de gentes que entraban por la puerta principal, atravesaban la recepción y el comedor veraniego y desaparecían por la salida posterior, no sin antes detenerse para observar desconcertados a ese forastero que en la sala desierta meditaba frente a una página en blanco. Ante la imposibilidad de concentrarse y el temor de ser reconocido y abordado por alguien optó por recluirse nuevamente en su dormitorio.

Una sensación de lasitud, de desánimo, lo iba ganando, tanto más lacerante cuanto que le faltaban tan pocas páginas para concluir su obra. Algo en él se había roto o mellado, su mente erraba por un terreno desértico donde tropezaba a cada momento con las osamentas de las mismas ideas o figuras muertas. A pesar de ello se mantuvo tercamente frente a su máquina, releyendo sin descanso la frase inconclusa que era como una fisura por donde todo su libro se precipitaba al vacío, hasta que una palabra que le vino al azar, una sola palabra, le permitió enlazar lo interrumpido con lo informe, cogiéndola al vuelo se sirvió de ella como de un punto de apoyo y en unos días de encarnizado esfuerzo y de una tensión casi dolorosa, pudo anudar todos los cabos sueltos y se dio cuenta que el último acorde había sonado y que ya no cabía sino poner, así con mayúsculas, la palabra FIN.

Semejante a la de Dios después de la Creación fue la sensación de alivio, paz y

envanecimiento que lo embargó. Metiendo su manuscrito en un cartapacio, reservó para más tarde relectura y corrección y se dedicó al descanso y al plácido goce de su entorno. Como el invierno terminaba, aprovechó para pasear por las márgenes del río, entre sacuaras y peñas erráticas. En los restaurantes del pueblo se regaló con magníficas comidas. Algunas tardes anduvo por la plaza, en cuya pérgola central había los sábados retreta. Y hasta se animó a visitar los lugares aledaños, ruinas, minúsculos valles nunca habitados, caseríos suspendidos en las faldas de la quebrada. Tanto placer obtuvo de este esparcimiento que pensó seriamente radicarse en la región, tal vez se vendía o alquilaba una casita con su chacra, donde podría escribir las obras que ya planeaba y que, añadidas a la concluida, le abrirían las puertas de la gloria.

Para ello era necesario apuntalar su menguado capital y el único recurso que tenía era su libro. Un concurso que pudiera ganar, una buena editorial que lo lanzara, un productor de cine que le comprara sus derechos. El arte no tenía nada que ver con el dinero, sobre todo durante el proceso de concepción y creación (¡tantas veces lo había sostenido!), pero una vez la obra terminada entraba en el circuito del comercio, adquiría un valor de cambio y se convertía, como cualquier producto del esfuerzo humano, en un objeto de especulación.

Fue así que una mañana, venciendo una especie de indolencia que lo retenía en el ocio y le impedía darse impulso para revisar y pasar en limpio esos cientos de páginas, abrió su cartapacio e inició la relectura. La primera página lo deslumbró por la intensidad de su tono y la riqueza de su textura. Paulatinamente el carácter orquestal de su libro se le fue haciendo patente. Fue identificando los diferentes instrumentos de la polifonía, los temas recurrentes, los cambios de ritmo, los timbres dominantes. A medida que avanzaba su maravillamiento se mantuvo, hasta que llegó un momento en que un aire glacial fue enfriando su entusiasmo. Notó que el compás se perdía, temas parásitos hacían su aparición, la línea melódica se volvía confusa, voces desafinaban, un sonsonete ripioso y tedioso tendía a surgir, la masa sonora se volvía estridente o monótona y el libro, al acercarse al desenlace, se enredaba en un caótico contrapunto en el cual era imposible discernir ni cuidado, ni razón, ni brillo, ni arte, ni grandeza. Sí, era una obra sinfónica, eso ya lo sabía, pero que parecía dirigida por el tambor mayor de la banda del pueblo.

Mario quedó anonadado. Se preguntó qué había ocurrido, por qué un libro escrito con tanto brío, pasión y optimismo había resultado eso, menos el libro soñado. Su decepción era tan agobiante que no se resignaba a aceptarla. Tal vez, se dijo, se había tratado de una mala lectura. Sabía por experiencia que no hay dos lecturas iguales y que una de ellas puede estar viciada por factores que escapan a todo control. Este razonamiento lo llevó a revisar su manuscrito.

Pero esta nueva lectura fue peor que la primera, al punto que no tuvo ánimo de acabarla. Las pocas dudas que tenía se disiparon: lo que había escrito era una monstruosidad. Había partes logradas, es cierto, y de una inatacable perfección. ¡Pero

se trataba sólo de partes!

Una obra existía, ahora se daba cuenta, no por sus aciertos esporádicos sino por la persistencia de una tonalidad, es decir, por la presencia de un estilo. Y su libro carecía completamente de estilo.

Mario se abandonó esta vez a un total descorazonamiento. No hacía más que fumar tendido en su cama o apoyado en la baranda de la galería mirando los cerros pelados. A veces descendía al jardín, sin poder alejar de su mente la certeza de que si algo no tenía alternativa era el fracaso. La centenaria tortuga seguía en su poza seca, daba porfiadas vueltas estrellándose contra el brocal de piedra. A fuerza de observarla comenzó a intuir algo, algo así como que ese animal era una metáfora de su vida, el símbolo del encierro estéril, de la soledad inútil y del sacrificio sin recompensa. Quizás allí estaba la respuesta, una de las respuestas: todo su mal venía de su segregación. No era alejándose de la vida, de su vida, como le vendría el ánimo, la inspiración y a lo mejor hasta el talento, sino asumiendo plenamente esa vida, incluso si ello implicara su propia destrucción. Pero ¿cuál era esa vida?

Fue una tarde, cuando aburrido descendió al bar del hotel, que lo supo. En el mostrador pidió un agua mineral mientras observaba displicentemente a los parroquianos. Don Carlo, el dueño del local, estaba allí con sus amigos, jugando a los naipes, conversando, riendo. Al verlo servir, agasajar, con tanto calor, desinterés y elegancia le pareció comprender algo: que era posible llevar una vida creativa sin escribir jamás una línea. Don Carlo era un creador, pero de algo tan fugitivo y precioso como eso que ocurría ante su vista, el momento feliz. Ese albergue baldío, por el que nadie daba un céntimo, se convertía gracias a don Carlo en un templo resplandeciente donde los íntimos que venían todas las tardes creían durante unas horas estar en contacto con la eternidad, es decir, con el olvido.

En un instante Mario estuvo en los altos. Tirando en su valija sus enseres descendió a la recepción, pagó la cuenta y tomó un taxi en la carretera. Llegó a Miraflores al anochecer. Dejando su equipaje en un rincón encendió todas las luces de su departamento, abrió de par en par la puerta y las ventanas, colocó a todo volumen un disco en el aparato, se sirvió un trago y sentándose en su butaca se puso a esperar a sus amigos.

La solución

—Bueno, Armando, vamos a ver, ¿qué estás escribiendo ahora?

La temida pregunta terminó por llegar. Ya habían acabado de cenar y estaban ahora en el salón de la residencia barranquina, tomando el café. Por la ventana entreabierta se veían los faroles del malecón y la niebla invernal que subía de los acantilados.

—No te hagas el desentendido —insistió Óscar—. Ya sé que a los escritores no les gusta a veces hablar de lo que están haciendo. Pero nosotros somos de confianza. Danos esa primicia.

Armando carraspeó, miró a Berta como diciéndole qué pesados son nuestros amigos, pero finalmente encendió un cigarrillo y se decidió a responder.

—Estoy escribiendo un relato sobre la infidelidad. Como verán ustedes, el tema no es muy original. ¡Se ha escrito tanto sobre la infidelidad! Acuérdense de *Rojo y Negro, Madame Bovary, Ana Karenina*, para citar sólo obras maestras… Pero, precisamente, yo me siento atraído por lo que no es original, por lo ordinario, por lo trillado… Al respecto he interpretado a mi manera una frase de Claude Monet: el tema es para mí indiferente, lo importante son las relaciones entre el tema y yo… Berta, por favor, ¿por qué no cierras la ventana? ¡Se nos está metiendo la neblina!

—Como preámbulo no está mal —dijo Carlos—. Vamos ahora al grano.

—A eso voy. Se trata de un hombre que sospecha de pronto que su mujer lo engaña. Digo de pronto pues en veinte o más años de casados nunca le había pasado esta idea por la cabeza. El hombre, que para el caso llamaremos Pedro o Juan, como ustedes quieran, había tenido siempre una confianza ciega en su mujer y como además era un hombre liberal, moderno, le permitía tener lo que se llama su «propia vida», sin pedirle jamás cuentas de nada.

—El marido ideal —dijo Irma—. ¿Me escuchas, Óscar?

—En cierto sentido sí —prosiguió Armando—. El marido ideal… Bueno, como decía, Pedro, lo llamaremos así, comienza a dudar de la fidelidad de su mujer. No voy a entrar en detalles sobre las causas de esta duda. Lo cierto es que cuando esto ocurre siente que el mundo se le viene abajo. No sólo porque él le había sido siempre fiel, salvo aventurillas sin consecuencia, sino porque quería profundamente a su mujer. Sin la pasión de la juventud, claro, pero quizás en forma más perdurable, como pueden ser la comprensión, el respeto, la tolerancia; todas esas pequeñas atenciones y

concesiones que nacen de la rutina y en las que se funda la convivencia conyugal.

—Eso de la rutina no me gusta —dijo Carlos—. La rutina es la negación del amor.

—Es posible —dijo Armando—. Aunque ésa me parece una frase como cualquier otra. Pero déjame continuar. Como decía, Pedro sospecha que su mujer lo engaña. Pero como se trata sólo de una sospecha, tanto más angustiosa cuanto incierta, decide buscar pruebas. Y mientras busca las pruebas de esta infidelidad descubre una segunda infidelidad, más grave todavía, pues databa de más tiempo y era más apasionada.

—¿Qué pruebas eran? —preguntó Óscar—. Sobre este asunto de la infidelidad las pruebas son difíciles de producir.

—Digamos cartas o fotos o testimonios de personas de absoluta buena fe. Pero esto es secundario por ahora. Lo cierto es que Pedro se hunde un grado más en la desesperación, pues ya no se trata de uno sino de dos amantes: el más reciente, del cual tiene sospechas y el más antiguo, del cual cree tener pruebas. Pero el asunto no termina allí. Al seguir investigando sobre la frecuencia, la gravedad, las circunstancias de este segundo engaño, descubre la presencia de un tercer amante y al tratar de averiguar algo más sobre este tercero aparece un cuarto…

—Una Mesalina, quieres decir —intervino Carlos—. ¿Cuántos tenía al fin?

—Para los efectos del relato me bastan cuatro. Es la cifra apropiada. Aumentarla habría sido posible, pero me hubiera traído problemas de composición. Bueno, la mujer de Pedro tenía pues cuatro amantes. Y simultáneamente además, lo que no debe extrañar pues los cuatro eran muy diferentes entre sí (uno bastante menor que ella, otro mayor, uno muy culto y fino, otro más bien ignorante, etc.) de modo que satisfacían diversas apetencias de su carne y de su espíritu.

—¿Y qué hace Pedro? —preguntó Amalia.

—A eso voy. Imaginarán ustedes el horrible estado de angustia, de rabia, de celos en que esta situación lo pone. Muchas páginas del relato estarán dedicadas al análisis y descripción de su estado de ánimo. Pero esto se los ahorro. Sólo diré que, gracias a un enorme esfuerzo de voluntad y sobre todo a su sentido exacerbado del decoro, no deja traslucir sus sentimientos y se limita a buscar solo, sin confiarse a nadie, la solución de su problema.

—Eso es lo que queremos saber —dijo Óscar—. ¿Qué demonios hace?

—Para ser justo, yo tampoco lo sé. El relato no está terminado. Pienso que Pedro se plantea una serie de alternativas, pero no sé aún cuál es la que va a elegir… Por favor, Berta, ¿me sirves otro café?… Pero se dice, en todo caso, que cuando surge un obstáculo en nuestra vida hay que eliminarlo, para restablecer la situación original. ¡Pero, claro, no se trata de un obstáculo sino de cuatro! Si sólo existiera un amante no vacilaría en matarlo…

—¿Un crimen? —preguntó Irma—. ¿Pedro sería capaz de eso?

—Un crimen, sí. Pero un crimen pasional. Ustedes saben que la legislación penal

de todo el mundo contiene disposiciones que atenúan la pena en caso de crimen pasional. Sobre todo si un buen abogado demuestra que el agente del crimen lo cometió en estado de pasión violenta. Digamos que Pedro está dispuesto a correr los riesgos del asesinato, sabiendo que dadas las circunstancias la pena no sería muy grave. Pero, como comprenderán, matar a uno de los amantes no resolvería nada, pues quedarían los otros tres. Y matar a los cuatro sería ya un delito muy grave, una verdadera masacre, que le costaría la pena capital. En consecuencia, Pedro descarta la idea del crimen.

—De los crímenes —dijo Irma.

—Justo, de los crímenes. Pero, entonces, se le ocurre una idea genial: enfrentar a los amantes, de modo que sean ellos quienes se eliminen. La idea la concibe así: puesto que son cuatro (y comprenderán ahora por qué ese número me convenía) haré una especie de eliminatorias, como en un torneo deportivo. Enfrentar a dos contra dos y luego a los dos ganadores, de modo que por lo menos tres queden eliminados…

—Eso me parece ya novelesco —dijo Carlos—. ¿Cómo diablos hace? En la práctica no creo que funcione.

—Pero estamos justamente en el mundo de la literatura, es decir, de la probabilidad. Todo reside en que el lector crea lo que le cuento. Y éste es asunto mío. Bueno, Pedro divide a los amantes en el Uno y el Dos y en el Tres y el Cuatro. Mediante cartas anónimas o llamadas telefónicas u otros medios revela al Uno la existencia del Dos y al Tres la existencia del Cuatro. Todo ello mediante una estrategia gradual y una técnica de la perfidia que le permiten despertar en el agente escogido no sólo los celos más atroces sino un violento deseo de aniquilar al rival. Me olvidaba decirles que los amantes de Rosa, así llamaremos a la mujer, estaban ferozmente enamorados de ella, se creían los únicos depositarios de su amor y por lo tanto la revelación de la existencia de competidores los ofusca tanto como a Pedro mismo.

—Eso sí es posible —dijo Carlos—. Un amante debe tener más celos de otro amante que el mismo marido.

—Para resumir —prosiguió Armando—. Pedro lleva tan bien el asunto que el amante Uno mata al Dos y el Tres al Cuatro. Quedan en consecuencia sólo dos. Y con éstos procede de la misma manera, de modo que el amante Uno mata al Tres. Y al sobreviviente de esta matanza lo mata el propio Pedro, es decir, que comete directamente un solo crimen y como se trata de uno solo y de origen pasional goza de un veredicto benévolo. Y al mismo tiempo logra lo que se había propuesto o sea eliminar los obstáculos que contrariaban su amor.

—Me parece ingenioso —dijo Óscar—. Pero insisto en que en la práctica no funcionaría. Suponte que el amante Uno no logre matar al Dos, que simplemente lo hiera. O que el amante Tres, por más que esté enamorado de Rosa, sea incapaz de cometer un crimen.

—Tienes razón —dijo Armando—. Y por eso es que Pedro renuncia a esta

solución. Eso de enfrentar a los amantes con el fin de que se exterminen no es viable, ni en la realidad ni en la literatura.

—¿Qué hace entonces? —preguntó Berta.

—Bueno, yo mismo no lo sé… Ya les he dicho que el relato no está terminado. Por eso mismo se los cuento. ¿No se les ocurre nada a ustedes?

—Sí —dijo Berta—. Divorciarse. ¡Nada más simple!

—Había pensado en eso. Pero ¿qué resolvería el divorcio? Sería un escándalo inútil, pues mal que bien un divorcio es siempre escandaloso, más aún en una ciudad como ésta que, en muchos aspectos, sigue siendo provinciana. No, el divorcio dejaría intacto el problema de la existencia de los amantes y del sufrimiento de Pedro. Y ni siquiera aplacaría su deseo de venganza. El divorcio no sería la buena solución. Pienso más bien en otra: Pedro expulsa a Rosa de la casa, luego de demostrarle e increparle su traición. La pone en la calle brutalmente, con todos sus bártulos o sin ellos. Sería una solución varonil y moralmente justificada.

—Lo mismo pienso yo —dijo Óscar—. Una solución de macho. ¡Puesto que me has engañado, toma! Ahora te las arreglas como puedas.

—El asunto no es tan simple —continuó Armando—. Y creo que Pedro tampoco elegiría esta solución. La razón principal es que expulsar a su mujer le sería prácticamente insoportable, puesto que lo que él desea es retenerla. Expulsarla sería hacerla aún más dependiente de sus amantes, arrojarla a sus brazos y alejarla más de sí. No, la expulsión del hogar, si bien posible, no resuelve nada. Pedro piensa que lo más sensato sería más bien lo contrario.

—¿Qué entiendes tú por contrario? —preguntó Irma.

—Irse de la casa. Desaparecer. No dejar rastros. Dejar sólo una carta o no dejar nada. Su mujer comprendería las razones de esa desaparición. Irse y emprender en un país lejano una nueva vida, una vida diferente, otro trabajo, otros amigos, otra mujer, sin dar jamás cuenta de su persona. Y ello aún suponiendo que Pedro y Rosa tengan hijos, aunque mejor sería que no los tuvieran, pues complicaría demasiado la historia. Pero Pedro se iría, abandonando incluso a sus supuestos hijos, pues la pasión amorosa está por encima de la pasión paternal.

—Bueno, Pedro se va, ¿y qué? —preguntó Berta.

—Pedro no se va, Berta, no se va. Porque irse tampoco es la buena solución. ¿Qué ganaría con irse? Nada. Perdería más bien todo. Sería un buen recurso si Rosa dependiera económicamente de Pedro, pues tendría al menos ese motivo para sufrir su ausencia, pero había olvidado decirles que ella tenía fortuna personal (padres ricos, bienes de familia, lo que sea), de modo que podría muy bien prescindir de él. Aparte de ello, Pedro ya no es un mozo y le sería difícil emprender una nueva vida en un país nuevo. Obviamente, la fuga beneficiaría sólo a su mujer, la que se vería desembarazada de Pedro, estrecharía sus relaciones con sus amantes y podría tener todos los otros que le viniera en gana. Pero la razón principal es que Pedro, así lograra instalarse y prosperar en una ciudad lejana y como se dice «rehacer su vida»,

viviría siempre atormentado por el recuerdo de su mujer infiel y por el gozo que seguiría procurando y obteniendo del comercio con sus amantes.

—Es verdad —dijo Amalia—. Eso de desaparecer me parece un disparate.

—Pero este recurso de la fuga tiene una variante —empalmó Armando—. Una variante que me seduce. Digamos que Pedro no desaparece sin dejar rastros, sino que simplemente se muda a otra casa luego de una serena explicación con su mujer y una separación amigable. ¿Qué puede pasar entonces? Algo que me parece posible, al menos teóricamente. Pero esto requiere cierto desarrollo. ¿Me permiten? Yo pienso que los amantes son raramente superiores a los maridos, no sólo intelectual o moral o humanamente sino hasta sexualmente hablando. Lo que sucede es que las relaciones del marido con la mujer están contaminadas, viciadas y desvalorizadas por lo cotidiano. En ellas interfieren cientos de problemas que nacen de la vida conyugal y que son motivo de constantes discrepancias, desde la forma de educar a los hijos, cuando los hay, hasta las cuentas por pagar, los muebles que es necesario renovar, lo que se debe cenar en la noche…

—Las visitas que es necesario hacer o recibir —añadió Óscar.

—Exacto. Estos problemas no existen en las relaciones entre la mujer y el amante, pues sus relaciones se dan exclusivamente en el plano del erotismo. La mujer y el amante se encuentran sólo para hacer el amor, con exclusión de toda otra preocupación. El marido y la mujer, en cambio, llevan a casa y confrontan a cada momento la carga de su vida en común, lo que impide o dificulta el contacto amoroso. Por ello digo que si el marido se va de la casa, desaparecerían las barreras que se interponen entre él y su mujer, lo que dejaría el campo libre para una relación placentera. En fin, lo que quiero decir es que la separación amigable tendría para Pedro la ventaja de endosar a los amantes los problemas cotidianos, con todo lo que esto trae de perturbador y de destructor de la pasión amorosa. Pedro, al alejarse de su mujer, se acercaría en realidad a ella, pues los amantes terminarían por asumir el papel del marido y él el de amante. Al convivir más estrechamente con los amantes, gracias a la partida de Pedro, y al ver a éste sólo ocasionalmente, la situación se invertiría y en adelante irían a los amantes las espinas y al marido las rosas. Es decir, Rosa donde Pedro.

—Todo eso me parece muy elocuente y bien dicho —intervino Óscar—. Invertir los papeles, gracias a una retirada estratégica. ¡No está mal! ¿Qué les parece a ustedes? A mi juicio es el mejor recurso.

—Pero no lo es —dijo Armando—. Y créanme que me molesta que no lo sea. Un autor, por más frío y objetivo que quiera ser, tiene siempre sus preferencias. ¡Ah, sería maravilloso que las cosas pudieran ocurrir así! Preservar la condición de marido y ser al mismo tiempo el amante. Pero en esta solución hay una o varias fallas. La principal, en todo caso, es que Rosa ya está probablemente cansada de Pedro y no puede soportarlo ni de cerca ni de lejos, ni como marido ni como amante. Todo lo que se relaciona con él está impregnado de las escorias de su vida en común de modo que,

por más que no vivieran juntos, le bastaría verlo para que resurgieran en su espíritu todos los fantasmas de su experiencia doméstica. El esposo arrastra consigo la carga de su pasado marital. Lo que le impedirá siempre acercarse a su mujer como un desconocido.

—En definitiva —dijo Carlos— veo que las posibilidades de Pedro se agotan…

—No, hay todavía otra posibilidad. Simplemente no hacer nada, aceptar la situación y continuar su vida con Rosa como si nada hubiera ocurrido. Esta solución me parece inteligente y además elegante. Revelaría comprensión, realismo, sentido de las conveniencias, incluso cierta nobleza, cierta sabiduría. Es decir, Pedro aceptaría tener en la cabeza un par, o mejor dicho, cuatro pares de magníficos cachos y pasar a formar parte resignadamente de la corporación de los cornudos que, como es sabido, es una corporación infinita.

—¡Hum! —dijo Carlos—. No estoy de acuerdo con eso. Claro, revela amplitud de espíritu, ausencia de prejuicios, como dices, pero creo que sería poco digno, humillante. Yo al menos no lo aguantaría.

—Yo tampoco —dijo Óscar—. Y atención, Amalia. Llegado el caso, que sirva de advertencia.

—¡Oh, qué maridos tenemos! —dijo Amalia—. Unos verdaderos falócratas.

—Pero esta alternativa tiene sus ventajas —insistió Armando—. La principal es que, al aceptar la situación, Pedro mantendría a su mujer a su lado. Una mujer que lo engaña, es cierto, y que carnal y espiritualmente pertenece a otros, pero que al fin está allí, a su alcance y de la cual puede recibir esporádicamente un gesto errante de cariño. Conservaría no su cuerpo ni su alma, pero sí su presencia. Y esto me parece una maravillosa prueba de amor, de parte de él, una prueba digna de quitarse el sombrero.

—Sombrero que no podría calarse Pedro en su adornadísima cabeza —dijo Óscar —. No, evidentemente, no me parece bien eso de aceptar la situación. Consentir, en este caso, es disminuirse como hombre, como marido.

—Es posible —dijo Armando—. Pero sigo pensando que sería una solución ponderada y que requiere cierta grandeza de alma. Es preferible quizás ser infeliz al lado de la mujer querida que dichoso lejos de ella… Pero en fin, digamos que tampoco es el buen recurso.

—No puede matar a los amantes… —dijo Carlos—. No puede echar a la mujer de la casa, no puede tampoco desaparecer, ni divorciarse, ni acomodarse a la situación. ¿Qué le queda entonces? Hay que reconocer que tu personaje se encuentra metido en menudo lío.

—Hay todavía otro recurso —dijo Armando—. Un recurso directo, limpio: suicidarse.

Irma, Amalia y Berta protestaron al unísono.

—¡Ah, no! —dijo Irma—. ¡Nada de suicidios! ¡Pobre Pedro! La verdad es que me cae simpático. ¿Y a ti, Berta? Tú que tienes influencia sobre Armando,

convéncelo para que no lo mate.

—No creo que lo mate —dijo Berta—. El relato se convertiría en un vulgar melodrama. Y además Pedro es demasiado inteligente para suicidarse.

—No sé si será inteligente o no —dijo Óscar—. Después de todo es una suposición tuya. Pero la situación es tan enredada que lo mejor sería pegarse un tiro. ¿No crees, Armando?

—¿Un tiro? —repitió Armando—. Sí, un tiro… Pero ¿qué resolvería esto? Nada. No, no creo que el suicidio sea lo indicado. Y no porque se trate de un desenlace melodramático, como dice Berta. A mí me encanta el melodrama y pienso que nuestra vida está hecha de sucesivos melodramas. Lo que ocurre es que esta solución sería tan mala como la de desaparecer sin dejar rastros. Con el agravante de que se trataría de una desaparición sin posibilidad de regreso. Si Pedro se va de la casa le queda la esperanza del retorno y hasta de la reconciliación. ¡Pero si se suicida!

—Es verdad —dijo Carlos—. Yo prefiero tener siempre en el bolsillo mi ticket de regreso. Pero tampoco es una solución absurda. Si Pedro se suicida se borra del mundo, borra también a Rosa, a sus amantes, es decir, borra su problema. Lo que es una manera de resolverlo.

—No te falta razón —dijo Armando—. Y voy a reconsiderar esta hipótesis. Aunque entre resolver un problema y eludirlo hay una gran diferencia. Y además ¡quién sabe! ¡A lo mejor el dolor de Pedro es tan grande que lo perseguiría más allá de la muerte!

—En buena cuenta tu personaje está fregado —bostezó Óscar—. Veo que no has encontrado una solución a tu historia. Pero nuestra historia es que ya pasó la medianoche y que mañana trabajamos. Y nosotros sí tenemos una solución: irnos al tiro.

—Espera —dijo Armando—. Me había olvidado de otra posibilidad…

—¿Todavía hay otra? —preguntó Berta.

—Y una de las más importantes. En realidad debería haberla mencionado al comienzo. También es posible que Pedro llegue a la conclusión de que Rosa no le es infiel, que todas las pruebas que ha reunido son falsas. Ustedes saben bien, tratándose de un asunto como éste la única prueba plena es el flagrante delito. Todo lo demás, cartas, fotos, testimonios, son recusables. Puede haber error de interpretación, puede tratarse de documentos apócrifos o falsificados, de testimonios malévolos, en fin, de circunstancias que se prestan a una acusación sin fundamento. Y la verdad es que Pedro no tiene la prueba plena.

—¡Acabáramos! —dijo Óscar—. Debías haber empezado por allí. Nos has tenido dándole vueltas a un problema que en realidad no existía. ¿Nos vamos, Irma?

—¿No quieren un coñac, una menta? —preguntó Berta.

—Gracias —dijo Carlos—. La historia de Armando nos ha divertido, pero Óscar tiene razón, ya es tarde. De todos modos, Armando, espero que cuando nos reunamos la próxima vez hayas terminado tu relato y nos lo puedas leer.

—¡Oh! —dijo Armando—. Los relatos que más nos interesan son por lo general aquellos que nunca podemos concluir… Pero esta vez haré un esfuerzo para terminarlo. Y con la buena solución.

—¿Nos traes nuestras cosas, Berta? —dijo Amalia.

—Yo se las traigo —dijo Armando—. Pónganse de acuerdo con Berta para la próxima reunión.

Armando se retiró hacia el interior, mientras Berta y las dos parejas se despedían. ¿Dónde sería la próxima cena? ¿Donde Óscar? ¿Donde Carlos? ¿Dentro de quince días? ¿Dentro de un mes? Un ruido seco, perentorio, llegó del fondo de la casa. Quedaron paralizados.

—Se diría un tiro —dijo Óscar.

Berta fue la primera en precipitarse por el corredor, justo cuando Armando reaparecía llevando un bolso, una bufanda, un abrigo. Estaba pálido.

—¡Curioso! —dijo—. Éstas son las coincidencias que a uno lo desconciertan. Al buscar una pastilla en mi mesa de noche desplacé mi revólver y no sé cómo salió un tiro. Atravesó el cajón de la mesa y rebotó contra la pared.

—¡Buen susto nos has dado! —dijo Óscar—. Es así como ocurren los accidentes. Es por eso que yo jamás tengo armas a la mano. Pon un poco más de atención otra vez.

—¡Va! —dijo Armando—. Tampoco hay que exagerar. Después de todo no ha pasado nada. Los acompaño hasta la puerta.

El malecón seguía brumoso. Armando esperó que los autos arrancaran y entrando a la casa corrió el picaporte y regresó a la sala. Berta llevaba a la cocina los ceniceros sucios.

—Ya mañana la muchacha pondrá orden aquí. Estoy muy cansada ahora.

—Yo en cambio no tengo sueño. La conversación me ha dado nuevas ideas. Voy a trabajar un momento en mi relato. No me has dicho qué te pareció…

—Por favor, Armando, te digo que estoy cansada. Mañana hablaremos de eso.

Berta se retiró y Armando se dirigió a su escritorio. Largo rato estuvo revisando su manuscrito, tarjando, añadiendo, corrigiendo. Al fin apagó la luz y pasó al dormitorio. Berta dormida de lado, su lámpara del velador encendida. Armando observó sus rubios cabellos extendidos sobre la almohada, su perfil, su delicioso cuello, sus formas que respiraban bajo el edredón. Abriendo el cajón de su mesa de noche sacó su revólver y estirando el brazo le disparó un tiro en la nuca.

Relatos santacrucinos
(1992)

El sargento Canchuca

Desde muy niños papá nos había obligado a tomar cucharadas de emulsión Scott y de aceite de hígado de bacalao, dos celebrados y nauseabundos tónicos de la época. Pero cuando entramos a la adolescencia decidió reemplazar esos remedios bucales por fortificantes más eficaces. De allí le vino la idea que todos debíamos recibir regularmente inyecciones intravenosas de calcio. Todos éramos en este caso los cuatro hermanos y mamá, pues papá se excluía de este proyecto por considerar que su edad había ya pasado. Siempre se quejó que de niño había estado mal atendido y sobre todo mal medicinado, de allí que sufriera todas las enfermedades del mundo y llegara a los cuarenta años convertido en un hombre enclenque y achacoso.

—Lo que no da la herencia lo da el bolsillo —repetía a menudo pensando que podía pagar con remedios la fortaleza que su sangre no nos pudo transmitir.

Pero pronto se dio cuenta que su bolsillo le iba a resultar flaco si quería llevar adelante su plan de salud familiar. Hacer venir todos los días una enfermera a casa —¡y al barrio tan apartado donde vivíamos!— le iba a costar un ojo de la cara o, en otros términos, la mitad de su sueldo. La única solución era encontrar alguien que hiciera el mismo trabajo pero cobrando menos, un cachuelero o, como se diría ahora, un informal.

Por suerte ese cachuelero existía. Fue tío Milo quien nos habló de él una noche que vino a cenar a casa y escuchó quejarse a papá de las dificultades que encontraba para la ejecución de su proyecto. Tío Milo, que era teniente del ejército, nos reveló que en la enfermería de la Escuela Militar de Chorrillos había un sargento que tenía manos de seda y ponía inyecciones con la delicadeza de una bordadora. A tal punto era apreciado que sus superiores le permitían salir en las tardes del cuartel para atender a su clientela privada. Papá no dejó pasar la ocasión y se inscribió de inmediato entre su clientela privada, sobre todo al enterarse que cobraba precios bobos por un trabajo impecable. Fue así como días más tarde el sargento Canchuca hizo su aparición en nuestra casa.

Nunca olvidaremos ese día. Se nos había anunciado su llegada a las seis de la tarde y desde mucho antes andábamos inquietos por la casa, saliendo de vez en cuando al jardín para ver si no asomaba su cabeza tras el muro que daba a la calle. No vimos nada, pero a las seis en punto, ni un segundo más ni uno menos, sonó el timbre. Y con razón no habíamos visto nada, pues cuando nuestra criada Zoila abrió

el portón distinguimos un soldado pequeñísimo, en uniforme de grueso paño verde, cuya testa con gorra no pasaba la altura del cerco. El soldadito tenía en la mano un maletín de cuero gastado y sus pantorrillas estaban envueltas en bandas de lana muy ajustadas. Al cruzar el portón se quitó la gorra y avanzó por el jardín a paso marcial hasta la entrada del living. Allí se cuadró delante de mamá, hizo una venia y enderezándose dijo con voz firme:

—¡Sargento Canchuca, a sus órdenes!

Esta primera sesión de inyecciones se realizó en el comedor y fue extremadamente ceremoniosa. Todos —menos papá, que llegaba de su oficina en la noche— estábamos de pie en torno a la mesa, mirando al sargento Canchuca que abría su maletín de cuero y extraía un minúsculo pero completo equipo de enfermería: gasa, esparadrapo, algodón, tijeritas, ampolleta hipodérmica, alcohol, tripa de jebe y hornillo con su recipiente para hervir agua. Terminados estos preparativos, en medio del silencio general, absorbió con su jeringa el contenido de una ampolleta de calcio, la miró al trasluz, expulsó el aire contenido y preguntó por quién debía comenzar.

Nos miramos la cara para saber quién iba primero al matadero (estábamos aterrorizados, pues nunca nos habían puesto inyecciones en la vena), hasta que mamá adelantó resueltamente su brazo. El sargento Canchuca la hizo sentar en una silla, le anudó la tripa de jebe encima del codo, le pidió que cerrara el puño con fuerza, le pasó un algodón con alcohol por la gruesa vena que se le infló en el antebrazo, acercó cuidadosamente la punta de la aguja y la hundió con una levísima vibración de sus dedos (dedos, que como entonces notamos, eran muy delgados, pulidos, oscuros y que desentonaban con el resto de su figura tosca y maciza). Al sentir el pinchón mamá lanzó un pequeño ay, más de nervios que de dolor, pero ya el sargento Canchuca le pedía que abriera el puño, desanudó el elástico y le advirtió que iba a sentir un calor en las mejillas. En un momento dado puso un algodón con alcohol sobre la aguja y con un rapidísimo aleteo de sus dedos la extrajo y le pidió a mamá que doblara el brazo y lo mantuviera así unos instantes. En la pequeña hornilla donde ya hervía el agua desinfectó la hipodérmica y nos interrogó con la mirada sobre quién iba a ser el próximo paciente. Mi hermano y yo, en nuestra calidad de varones, pasamos primero y dejamos el turno final a nuestras hermanas. Quince minutos más tarde todos habíamos sido pinchados con pericia, Canchuca había guardado en su maletín su variado instrumental y había partido después de hacernos una venia y calarse la gorra para atravesar marcialmente el jardín guiado por Zoila.

A partir de entonces, al comenzar el invierno, el sargento Canchuca vino a casa todos los días, salvo los fines de semana. Lo hacía infaliblemente a las seis en punto de la tarde, cuando las cuculíes empezaban a cantar en los ficus y eucaliptos del barrio y se ponía el sol en los malecones de Miraflores. Que fuera tan puntual era sorprendente, pues sus pacientes estaban dispersos por toda la ciudad y para atenderlos tenía que movilizarse en ómnibus y tranvías escasos, lentos e irregulares.

Pero a las seis en punto, ni un segundo más ni uno menos, sonaba el timbre y ya lo teníamos en el living abriendo su viejo maletín y ejecutando los gestos de su oficio con tanta pericia y perfección que, a pesar de repetirse todos los días, no dejaban menos de admirarnos.

Pronto en el barrio su figurita se hizo familiar y los vecinos, intrigados al comienzo y enterados luego de la índole de sus servicios, de lo acabado de su técnica y de lo bajo de sus honorarios, asediaron a mamá para que les enviara este prodigio. La mayoría estaba sana y no tenía necesidad de inyecciones pero ya que había esta ganga a la mano había que aprovecharla, así tuviesen que pincharse vena, muslo o nalga. Canchuca tenía demasiado trabajo para atender nuevos clientes y a ruego de mamá convino en aceptar, «sólo uno más», lo que exacerbó la lucha por su captura. Al final sólo quedaron en liza doña Chabela, nuestra más cercana vecina, que invocó una real crisis reumática y tía Marisa, que vivía más lejos y no sufría de nada, pero que de puro porfiada y novelera no quiso abandonar la partida. Tía Marisa terminó por imponerse, no por razones de parentesco sino de procedimiento, pues durante días no dejó de llamar por teléfono mañana, tarde y noche para repetirle a mamá: «Canchuca para mí, Canchuca para mí».

Tía Marisa tuvo su Canchuca y doña Chabela su decepción, ¿pero nosotros? Nosotros, ay, nosotros en verdad, a los dos meses de su aparición, no aguantábamos más al sargento. Su venida al atardecer nos impedía ir a la vermouth, retardaba algún paseo por el malecón o interrumpía nuestro partido de fútbol callejero. A fuerza de observarlo, además, se nos antojó que bajo sus modales respetuosos y ceremoniosos se ocultaba un hombrecillo desdeñoso y presumido. Mis hermanas fueron en este aspecto implacables. Lo acusaban de mirarse en el espejo de la chimenea cada vez que entraba al living o de mostrar una exagerada concentración mental antes de su primer pinchazo, como un pianista inspirado que va a atacar un concierto.

De allí pasaron a lo físico:

—¿Has visto sus deditos? —decía mi hermana Meche—. ¡Parecen deditos de macaco!

—¡Y sus pantorrillas! —añadía mi hermana Josefina—. Todas gorditas, envueltas en esas bandas verdes, como un par de tamales de chancho.

—¡Y ese lunar que tiene en el cachete! ¡Qué asco! Un lunar negro y peludo como una araña… Parece que va a comenzar a caminar…

—¡Ay, no seas idiota! La próxima vez que venga se lo voy a aplastar con un matamoscas…

La única que salía en su defensa era mamá. Acusaba a mis hermanas de necias, malas y criticonas y alababa la corrección del sargento Canchuca que nunca tenía palabras ni gestos fuera de lugar.

—Y si se fijan bien, hasta tiene bonitos ojos. Grandes y bien negros. Si no fuera tan retaco, tan prieto y tan motoso, sería un cholo bien plantado.

Eso de «cholo bien plantado» dio alas a nuestra imaginación y mi hermana Meche

le inventó una dudosa aventura con nuestra criada Zoila, para desacreditarlo y empañar su buena reputación. Zoila era muy fea, como lo son (dejándose de patriotismo) los mochicas: ojos saltones, nariz ganchuda, cuello corto, ancha cintura y nalgas nulas, con el agravante de que, por una rara derogación genética, era altísima y corpulenta, lo que hacía doblemente visible su fealdad. Mi hermana Meche dijo que una tarde, al terminar la sesión de inyecciones y cuando se suponía que el sargento Canchuca se había ido, sintió unos ruiditos extraños en la cocina que estaba a oscuras y cuando entró y encendió la luz vio a Zoila sentada en una silla al lado del lavadero y al sargento Canchuca que, con gorra y todo, había logrado treparse sobre el mujerón y sentado en sus faldas la besaba con aplicación, emitiendo pequeños pujidos, sin que Zoila manifestara el menor signo de sorpresa, de reprobación o de placer.

Esta historia, por improbable que fuese, nos hizo reír y nos incitó, ya que no podíamos deshacernos de Canchuca, a valernos de él para tontas bromas familiares que amenizaran nuestras veladas caseras. Mi hermana Josefina vino con el cuento que Canchuca echaba la baba por tía Marisa y había sugerido ponerle inyecciones no en la vena sino en la nalga, pero que tío George se había opuesto diciendo: «¡Ese cholo no le va a ver el poto a mi mujer!». Surgió también el rumor extravagante que Canchuca, convertido ya en un verdadero sátiro, había visitado clandestinamente a doña Chabela para ofrecerle sus servicios a cambio de «un ósculo en la nuca». Eso de «ósculo» no sé quién lo inventó, pero quedó entendido en adelante que Canchuca no daba besos sino «ósculos» y que como su bocaza, según mi hermana Meche, era una verdadera *aspiradora,* las víctimas del ósculo corrían el riesgo de desaparecer en las entrañas del sargento.

La culminación de estas fabulaciones no se hizo esperar: mi hermano y yo decidimos que de quien estaba templado Canchuca y a quien iban sus ilusiones y sus suspiros era nuestra hermana Meche. Tratamos de acreditar el asunto con algunas alusiones, pero como no tuvieron éxito fraguamos una carta que despachamos por correo:

Señorita Mercedes:

Con el mayor respeto quisiera expresarle mi admiración por las prendas con que la ha adornado la madre naturaleza. Al verla bulle en mi corazón una dulce sensación de alegría y cuando estoy solo en casa mi alma se inunda de tristeza. ¿Aceptaría la amistad de un hombre humilde pero honrado?

Un admirador.

P. S. Deposito un ósculo a sus pies.

Mi hermana empezó a leer la carta con sorpresa, curiosidad e incluso inquietud, pero cuando llegó a la posdata descubrió la patraña. No le quedó más remedio que seguir el juego: arrojó el papel al suelo y se revolcó en el sofá pataleando y dando

gritos de indignación:

—¡Qué rabia! ¡Qué tal cuajo el de este retaco! ¡Voy a hacer una bola con su carta y se la voy a meter por la *aspiradora*!

Naturalmente que no hizo nada, ni nosotros lo esperábamos. Se trataba ya de un divertimento entre nosotros y nadie más, de una representación estrictamente familiar, que continuó aún, pues seguimos enviándole cartas a mi hermana, cartas cada vez más ardientes y huachafas o llamándola por teléfono para cantarle boleros aún más huachafos, con exagerada voz de sargento serrano y sentimental. Al final este juego dejó de hacernos gracia. Terminaba ya el invierno, además, y con él la campaña de inyecciones prevista por papá.

Faltando solamente tres días para la última sesión, un jueves exactamente, ocurrió algo imprevisible: dieron las seis y Canchuca no apareció. Tanto nos sorprendió este hecho que continuamos reunidos en el living hasta la puesta del sol, atentos al menor rumor de pasos en la calle. Pero era evidente que, por primera vez, nos había dejado plantados. ¿Se trataría de una represalia de su parte por las historias insensatas de las cuales lo habíamos hecho protagonista? Tal vez había escuchado algo o sorprendido las miraditas o risitas disimuladas que cambiábamos mientras cumplía concienzudamente su tarea de enfermero. Pero eso no podíamos saberlo. Mamá más bien dijo que en los últimos días lo había notado alicaído y tristón, como si algún problema lo preocupara. Al día siguiente tampoco vino, pero como era viernes decidimos esperar hasta el lunes para hacer las averiguaciones del caso.

Como el lunes tampoco apareció, mamá llamó por teléfono a su hermano Milo para saber qué pasaba. Después de todo era Milo quien nos lo había traído del cuartel militar de Chorrillos. Pero Milo, según nos dijo su esposa, hacía ya una semana que había viajado a Cajamarca en misión y no volvía hasta dentro de unos días.

—Apenas llegue le diré que averigüe —nos prometió.

Pasaron diez o quince días. Estábamos ya en plena primavera. En los colegios se eligieron a las reinas de la estación florida. El club Terrazas anunciaba su primera fiesta y los muchachos reanudamos nuestros paseos por los malecones y el parque Salazar detrás de los lomitos del balneario. De Canchuca nos habíamos casi olvidado. Hasta que una noche apareció tío Milo en casa con su impecable uniforme de teniente. Había llegado esa misma mañana de Cajamarca y se había enterado de la mala nueva: la muerte de Canchuca.

En pocas palabras nos explicó lo sucedido: se había suicidado sobre su cama, en la cuadra del cuartel donde dormía la tropa. Se había disparado un tiro de fusil en la boca. Como la distancia entre el caño del mosquetón y el gatillo era más larga que su brazo, había apretado el gatillo con el dedo gordo de su pie descalzo. El cráneo le había estallado y sus sesos quedaron estampados en la pared.

La descripción nos dejó helados.

—¿Se sabe por qué se mató? —preguntó mamá, que era la más afligida.

—Bueno, sí. Dejó una carta a su mamá, pidiéndole disculpas por darse la muerte.

¿Saben? Su mamá era su único familiar. Vivía con ella. Una vez fui a su casa, un ranchito en La Victoria minúsculo pero muy bien tenido, todo lo que ganaba lo metía en la casa, tenía a su mamá como una reina… Pero en fin, eso es otro asunto. Lo cierto es que se suicidó por cuestiones sentimentales. En el catre de la cuadra encontraron otra carta, una nota más bien que explica su gesto. Aquí tengo una copia.

Sacando un papel de su bolsillo lo leyó:

—*Para la ingrata: Me mato porque me desprecias*.

—¿Y quién era la ingrata? —preguntó mamá, encuadrada por mis hermanas Meche y Josefina, que parecían muy impresionadas. Detrás, en el umbral del living, Zoila asomaba su ejemplar rostro mochica, esta vez ligeramente intranquilo.

—¿Cómo se puede saber? —preguntó a su vez tío Milo—. Cuando uno de estos tipos se mata se lleva su secreto a la tumba.

Los otros

Ese hombre gordo y medio calvo que toma una cerveza en la terraza del café Haití mientras lee un periódico y se hace lustrar los zapatos fue el invencible atleta de la clase que nos dejó siempre botados en la carrera de cien metros planos y esa señora ajada y tristona que sale de una tienda cargada de paquetes la guapa del colegio a quien todos nos declaramos alguna vez en vano. Ahora que, como otras veces, paseo por Miraflores luego de tantos años de ausencia, veo y reconozco a ambos, como a otros tantos amigos de escuela o de barrio y me siento afligido pues nada queda de sus galas y ornamentos de juventud, sino los escombros de su antiguo esplendor. Pero en fin, me digo, envejecidos o achacosos, ellos siguen habitando el espacio de su infancia y marcándolo con sus pisadas, sus victorias, sus penas y sus sueños. Pero los otros, me pregunto, ¿dónde están los otros? ¿Dónde están los que se fueron tan temprano y ya no pueden, aunque fuese minados por la vida, y ya no pueden seguir hollando los caminos de su niñez y respirando el aire de su balneario?

I

Martha vivía en un chalecito de la calle Grau, a media cuadra de la alameda Pardo. La veo aún con su uniforme azul y sus trenzas doradas caminando rauda rumbo a su colegio, bajo los ficus frondosos que ornaban la alameda. Su familia había llegado de Polonia poco antes de la Segunda Guerra Mundial, como otras tantas familias de origen judío que emigraron a tiempo presintiendo el holocausto que les esperaba. No sé por qué eligieron el Perú, pero lo cierto es que los Lerdau se instalaron en Miraflores y se fueron incorporando poco a poco a la vida del distrito. David ingresó al colegio Champagnat y Martha al Villa María.

David era un gordito tímido, fofo y paliducho, del que me hice pronto amigo, con la atracción que siempre me han inspirado los marginales. Lo protegí de las chanzas de los compañeros de clase y le enseñé las cláusulas del contrato que permite ser aceptado por los nativos sin pasar por un forastero pelotudo. Se tuvo que mechar a la salida del colegio con dos o tres impertinentes, aprenderse los giros y palabrotas que usábamos los cundas y reemplazar sus pantalones cortos varsovianos por los de golf entonces de moda, a condición de no abotonárselos en las pantorrillas y dejar su basta

pender hasta los zapatos. Gracias a ello logró algo tan difícil de conquistar como la notoriedad y que consiste en pasar desapercibido.

Martha, en cambio, se hizo rápidamente popular. A los tres o cuatro meses de llegar hablaba el español de corrido, jugaba básquet por el equipo de su colegio, no se perdía una fiesta en el club Terrazas y formaba parte de las colegialas que se paseaban al atardecer por el parque Salazar, seguidas por una banda de mocosos disforzados. Las chicas admiraban su dinamismo, su audacia y su falta de prejuicios, y presentían en ella el modelo de un nuevo tipo de muchacha, aún no realizado en Lima y que sólo aparecería una o dos generaciones más tarde. Y a nosotros nos atraía su manera natural de tratarnos, sin malicia ni coquetería, como si fuésemos de su mismo sexo, al punto que no tenía empacho en desafiarnos a sesiones de lucha libre o a escalar la huaca Juliana, a cuya cumbre trepaba con la celeridad de una gacela.

Su esbelta figurita rubia se convirtió así en uno de los atributos del balneario, como podían serlo el jardín Tanaka o el palacio municipal. Pero su apoteosis —pues reveló en ella cualidades más preciosas y secretas— se produjo durante una velada que se celebró en el teatro Marsano en beneficio de una obra de caridad. En ella participaron los colegios del distrito con espectáculos preparados por los escolares. Nos aburrimos con la pieza de Shakespeare que puso el colegio San Silvestre, aplaudimos las sevillanas bailadas por las alumnas de La Reparación, pifiamos la pantomima que presentó nuestro colegio —pues reconocimos a los grandotes de secundaria a pesar de sus pelucas y barbas postizas—, pero nos quedamos lelos, deslumbrados cuando Martha, por el Villa María, apareció en el tablado para interpretar un extracto de *El lago de los cisnes*. Sola en el enorme escenario, con su tutú, su malla y su cola de caballo, transformada en un ser etéreo, irreal, trazó con su cuerpo sobre el telón gris el más hermoso dibujo que era dable imaginar. Para muchos de nosotros, que nunca habíamos visto ballet, fue la primera prueba de la existencia del arte. Luego supimos que Martha, en Varsovia, había seguido cursos de danza clásica y que su verdadera vocación era llegar a ser bailarina.

Fue poco después de esta velada que la clase de Martha realizó su paseo anual a las afueras de Lima. Se trataba de un evento tradicional en los colegios privados. Toda la clase se metía en un ómnibus y se iba de mañana a un lugar pintoresco y campestre, con cesta de provisiones y ropa deportiva, para regresar al atardecer. Según las épocas del año se podía ir a las Lomas de Lachay, al valle de Canta o a las ruinas de Pachacámac. Esta vez la clase de Martha fue al valle de Chosica y acampó a las orillas del Rímac, entre sacuaras y pedrones. Después de merendar, las treinta o cuarenta alumnas se dispersaron por el campo y la ribera, en parejas o grupos, para gozar del sol chosicano. A mitad de la tarde, luego de haber escalado un cerro, Martha decidió refrescarse en las aguas del río. Aún no era época de crecida, pero el caudal del Rímac tendía a engrosar y era ya difícil vadearlo caminando sobre las piedras que emergían del lecho. Martha se quitó los zapatos, la falda y la blusa y se aventuró en la corriente hasta que el agua le llegó a la cintura. Desde allí bromeó e

interpeló a sus amigas, instándolas a que la imitaran y como éstas no se resolvían avanzó un trecho más, a pesar de las protestas de miss Evans. Cuando estaba a punto de hacer escala en una roca desapareció. Tal vez pisó una piedra resbaladiza o una oculta turbulencia la aspiró, pero lo cierto es que no se vio sino surgir su brazo que se alejaba arrastrado por la corriente y al final su mano que buscaba algo a lo cual asirse.

Pasado el primer momento de confusión, miss Evans se lanzó vestida al agua, intrépidamente, y se dejó llevar por la correntada que serpenteaba entre las piedras, pero de nada le sirvió, pues salió centenares de metros en aval, exhausta y rasguñada, sin haber visto rastros de su alumna. Sólo al día siguiente descubrieron el cuerpo de Martha atascado en las cañas de la orilla, algunos kilómetros más abajo. Salvo una herida en la frente, según dijeron, su rostro estaba sereno, intacto, pero su cuerpo desnudo horriblemente marcado por golpes y picaduras de insectos y camarones. Del posible crematorio nazi en Polonia, Martha se libró para morir ahogada a los trece años en las miserables aguas de un río miserable de un país miserable.

II

Paco era el único cholo de la clase en ese colegio de blanquiñosos. Los curas lo habían aceptado seguramente porque su padre era un rico comerciante serrano con tierras en Huancayo y una enorme residencia en la alameda Pardo. Llevaba siempre una honda en el bolsillo con la cual, a la salida del colegio, se entretenía en abatir a las cuculíes que anidaban en los ficus. Si no había cuculíes se iba hasta el malecón para diezmar a los gallinazos que husmeaban en los basurales. Y si no había gallinazos se bajaba por los acantilados hasta la playa y tiraba sobre patillos y pelícanos. Como todo cazador era hosco y solitario, pero nosotros lo respetábamos, pues era fortísimo para sus doce años, un nudo de músculos cobrizos coronado por un penacho de pelos tiesos, y aparte de eso el mejor futbolista de la clase.

Sus cualidades futbolísticas las descubrimos en el curso de esos breves e inverosímiles partidos que se jugaban durante los recreos. Las diferentes clases de primaria se dividían imaginariamente la cancha en varias canchas contiguas a lo ancho del terreno, de modo que simultáneamente se efectuaban cuatro o cinco partidos. Pero ocurría que en el ardor del combate y como no había límites precisos los jugadores de un encuentro se pasaban al campo vecino y se confundían con los jugadores de otro encuentro, y al final no se sabía quién estaba jugando contra quién y quién había ganado. Lo importante era rechazar cuanta bola le cayera a uno en los pies, arremeter hacia adelante y no dejar pasar a ningún jugador que viniera del lado opuesto. Y en esto último Paco demostró tal energía y fogosidad que nadie entraba invicto a su terreno: o pasaba el jugador o pasaba la pelota, pero nunca los dos juntos.

Fue por ello que se convirtió en el *back* titular del equipo de la clase, en el torneo interno que se jugaba todos los años en el colegio. Con el gordo Battifora formó una

pareja infranqueable, temida incluso por los equipos de los últimos años de media, donde había mozos recios y peludos que ensayaban sus primeros bigotes y fumaban a escondidas en los baños. Gracias a esta defensa llegamos a las finales del torneo, lo que causó sensación pues era la primera vez que un equipo que empezaba sus estudios de secundaria tenía que disputar la copa contra los alumnos de terminal.

Fue un partido memorable que se disputó un domingo, luego de la misa matinal. Apenas sonó el pitazo los grandes arremetieron con la intención de aniquilarnos desde el arranque. Sus aleros lanzaban centros aéreos o rasantes que sembraban el pánico ante nuestra valla; su centro delantero, el gran Aicardi, irrumpía como un ariete en el área chica, repartiendo patadas y codazos; sus mediocampistas disparaban de lejos buscando los ángulos. Pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra el gordo Battifora y sobre todo contra Paco, quien por alto y por bajo, a lo fino y a lo macho, se batió como un león, sacando cardenales en las canillas y champas de la grama. Fue así como el primer tiempo terminó empatado a cero goles.

Al empezar el segundo tiempo los peludos redoblaron su ofensiva con mayor temeridad. Su defensa se adelantaba cada vez más y se confundía con sus delanteros, buscando desesperadamente el gol. Ello nos permitió ensayar algunos contraataques. En uno de ellos Perucho se infiltró solo desde el medio campo y cuando el arquero salía para interceptarlo le bombeó la pelota por encima de la cabeza y nos puso en ventaja. Minutos más tarde, en otro contraataque, vi llegar una bola por alto, la peiné con el cráneo y la envié al fondo de la red. ¡Íbamos ganando dos a cero! Nuestra barra entró en delirio y el público de familiares y amigos de los jugadores y de vecinos del distrito se volcó a nuestro favor alentándonos con sus gritos. Ya no se trataba sino de resistir, pues faltaban quince minutos para que terminara el encuentro. Los grandotes apelaron al juego sucio y a todo tipo de mañas para intimidarnos, pero no había nada que hacer, allí estaban Paco y el gordo Battifora, olímpicos, inexorables.

Y de pronto algo ocurrió: Paco se dejó desbordar por un alero que no tuvo la menor dificultad en fusilar a nuestro guardameta. Poco después el gran Aicardi le ganó una bola por alto y de un mitrazo decretó el gol de empate. Paco en realidad erraba en nuestra área como un zombi, sin poder correr ni saltar, a pesar de los gritos de aliento de nuestra barra. Se había convertido en un colador por donde pasaban pelotas y adversarios. Pronto comenzaron a lloverle las invectivas y por último los insultos cuando, ante una nueva falla de su parte, un peludo nos encajó el tercer gol. En los últimos minutos Perucho y yo tejimos una red de espirituales combinaciones, pero la fatiga y nuestro gusto por la perfección nos llevó a fallar el remate final. Cuando el árbitro se aprestaba a dar por terminado el encuentro, Paco se dejó burlar una vez más y el gran Aicardi marcó el cuarto gol, que selló la victoria de los peludos y barrió nuestras ilusiones. El partido terminó en medio de la consternación general y de las pifias a Paco, que cabizbajo trotaba fatigosamente hacia los vestuarios.

Fue sólo allí y cuando nos aprestábamos a recriminarlo que nos dimos cuenta que

para Paco ya el partido de fútbol había perdido todo interés, quizás mucho antes de que terminara, y que era sólo ahora que estaba librando el verdadero *match* de su vida. Sentado en las losetas del baño, con la espalda recostada en la pared, tenía la cara verdosa, los pelos más parados que nunca, los ojos empañados y se esforzaba en respirar por la boca abierta pidiéndonos por señas un vaso de agua. Cuando se lo trajimos lo rechazó para arrastrarse hacia el excusado tratando de vomitar, pero antes de llegar quedó tendido de bruces, con los brazos en cruz. Estaba sin conocimiento. Intentamos reanimarlo echándole agua a la cara y dándole palmadas en los cachetes, inútilmente. Alguien había ido a buscar al hermano director, quien no hizo sino entrar, verlo y salir disparado a llamar una ambulancia.

Esa misma tarde lo operaron, pero en vano, pues no sobrevivió a la intervención. Según el gordo Battifora, en el segundo tiempo del encuentro Paco le dio a entender que tenía dolor de estómago. Su familia confirmó que días antes se había quejado de punzadas en el apéndice. El médico dictaminó peritonitis y hemorragia irreversible, a causa seguramente del esfuerzo desplegado durante el partido. Partido que, viéndolo bien, tenía una importancia minúscula, nada iba a cambiar en el mundo, pero en el cual el cholo Paco puso todo su pundonor y dejó su vida.

III

María y sus amigas salían de la Reparación a las cinco de la tarde, tomaban la alameda Pardo y formando un alegre y bullicioso ramillete de colegialas caminaban a la sombra de los ficus hacia los acantilados y se iban dispersando por las calles laterales, hasta que no quedaba sino María, rumbo a su casa cerca del malecón. Nosotros, los cundas, que salíamos de clases media hora antes, nos dábamos maña para demorarnos en la alameda jugando lingo o mirando a Paco tirar hondazos a las cuculíes, de modo que cuando María quedaba sola la perseguíamos en grupo diciéndole idioteces o intentábamos retenerla por la blusa, con la esperanza de que nos mirara, nos reconociera y nos confiriera el derecho a la existencia, aunque fuese mediante un insulto. Pero María nunca nos miró ni nos dirigió la palabra, era demasiado lote para nosotros y no podía arriesgarse a condescender con unos pobres mocosos, ella que, además de sus ojos verdes y su pelo castaño, tenía el cuerpo más lindo de todo el balneario.

Ese cuerpo lo descubrimos temprano, lo vimos ir formándose y florecer durante los veranos, en los baños de Miraflores. Llegábamos sudorosos al mar, luego de bajar a paso ligero por la estrecha quebrada, con nuestra trusa envuelta en una toalla. En la playa de piedras, luego de zambullirnos, nadar mar afuera y correr olas sin tabla, a puro pecho, caminábamos por la orilla buscando a las chicas más guapas para echarnos a su lado y tratar de meterles letra. Fue entonces que reparamos en María que, al igual que sus amigas, llevaba una ropa de felpa con faldellín, color fresa, pero

que le sentaba mejor que a ninguna, sin que supiésemos claramente por qué. Cuando al año siguiente se pusieron de moda las ropas de baño encarrujadas y alveoladas, que engordaban a las gruesas y les chorreaban a las flacas, nos dimos cuenta que nada podía irle mal a María, debido a sus largas piernas, sus nalgas turgentes y su cintura estrechísima. Pero fue sólo el próximo verano que el cuerpo de María reveló todo su esplendor, pues fue la primera en usar las ropas de baño Lástex, elásticas, tenues y brillantes, con un pescadito bordado en el vientre y que eran como una segunda piel que se amoldaba a sus formas perfectas. A partir de entonces los baños de Miraflores se convirtieron en el reino de María y tanto los mocosos como los peludos bajábamos a la playa ansiosos, sólo para admirar ese regalo de la natura que enriquecía nuestra inteligencia de la belleza, ponía en ebullición nuestros sentidos y alimentaba nuestros turbios sueños de adolescentes.

Y ese cuerpo, quizás fui yo el único que lo pudo contemplar en su más límpida desnudez y en circunstancias completamente azarosas. Mi hermano y yo éramos malos en matemáticas, en casa decidieron que tomáramos cursos particulares y quien los daba en nuestro barrio era el hermano mayor de María, que acababa de recibirse de ingeniero. Para ello, dos veces por semana, íbamos al atardecer a casa de María y cruzábamos temblorosos la verja, con la esperanza de verla. Pero esa posibilidad estaba descartada, pues el ingeniero nos recibía en una habitación construida en un ángulo del jardín, apartada del cuerpo del chalet, que le servía de escritorio y sala de clases. Pero una noche, en medio del curso de geometría, sentí la necesidad de ir al baño y el hermano de María, que cavilaba frente al pizarrón ante un difícil teorema, me dijo que entrara a la casa y tomara la tercera puerta de la izquierda. Atravesé el jardín y entré a la casa penumbrosa por un ancho corredor de losetas donde alternaban sillones de mimbre y maceteros con plantas. La puerta que me indicó estaba ligeramente entrabierta y en su interior había luz. La empujé apenas para cerciorarme si era el lugar que buscaba y quedé petrificado: María, desnuda, ligeramente de espaldas con un paño amarrado en la cabeza, tenía un pie apoyado en el borde de la bañera y se cortaba las uñas con unas tijeritas. Visión fulgurante pues María, presintiendo algo, esbozó un movimiento mientras interpelaba por su nombre a una criada. Al instante, en puntas de pie, me deslicé aceleradamente fuera de la casa y me reintegré al escritorio donde el ingeniero, tiza en mano, me aguardaba para la explicación de su teorema. Pero por más atención que puse no comprendí nada ni podía ver otra cosa que el cuerpo de María, que seguía vibrando blanquísimo, incólume y glorioso en mi memoria.

De ello no le hablé a nadie, pues nadie lo hubiera creído y me hubieran tomado por un fanfarrón. Entrábamos además en el mes de diciembre, época de los exámenes de fin de año y entonces los colegiales dejábamos de lado nuestros juegos, paseos y pasiones, preocupados como estábamos de llegar cuanto antes a casa para repasar nuestros cursos. Eran dos o tres semanas de encierro y de sacrificio, pero al final de las cuales espejeaban ya las navidades, las vacaciones de verano y la playa de

Miraflores con sus ya conocidas o nuevas, imprevisibles deidades.

Fue una de esas tardes, muy calurosas ya, que María y sus amigas salieron del colegio, un poco más tarde que de costumbre, pues acababan de rendir un examen. En grupo fueron recorriendo los doscientos metros que separaban el colegio de la alameda Pardo. María se retrasó un poco para agacharse y ajustarse las hebillas de sus zapatos. Un enorme Buick negro, negrísimo en esa tarde espléndida, surgió en la calle a mediana velocidad, aceleró bruscamente, empezó a zigzaguear, se salió de la pista y pasando entre dos moreras trepó a la vereda y se estrelló ruidosamente contra el muro de una casa. Todo ocurrió tan rápido que nadie tuvo tiempo ni de gritar, mucho menos María, que estaba aún de rodillas. El auto, conducido por un anciano que habría sufrido un vahído, la cogió de pleno con el parachoque y le destrozó el cráneo contra la pared.

IV

Ramiro bajaba con nosotros por la alameda Pardo, a la salida del colegio, pero se mantenía siempre un poco a la zaga, como si quisiera estar en nuestra compañía y al mismo tiempo separado. Teníamos muchas veces que esperarlo, pues se quedaba mirando los jardines y fachadas de las viejas casonas o recogiendo uno de esos gusanos peludos que caían de los ficus y que depositaba delicadamente en los geranios de la alameda antes que los reventásemos de un pisotón. Como vivía en pleno malecón, más lejos incluso que María, era el último en proseguir caminando bajo el arbolado túnel que conducía directamente al poniente. Veíamos así su frágil figura irse alejando y empequeñeciendo hasta convertirse en un puntito que desaparecía en el crepúsculo.

Ese puntito siempre nos intrigó, pues nadie podía jactarse de ser amigo de Ramiro, a causa de su reserva y su desinterés por todas las actividades de nuestra vida gregaria. En clase andaba siempre distraído, haciendo dibujos en papelitos, lo que no le impedía sacar excelentes notas. En los recreos prefería pasearse alrededor de la cancha sin intervenir en nuestros enredados partidos de fútbol y era un atleta flojo que obtuvo un permiso para que lo eximieran del curso de ejercicios físicos. No se le vio nunca además en el parque Salazar ni en las fiestas del club Terrazas y en los baños de Miraflores sólo tres o cuatro veces, pero vestido, en la terraza del establecimiento, observando un rato a las bañistas tras sus anteojos ahumados.

A pesar de ello le teníamos estima y hasta admiración pues intuíamos que su diferencia provenía, más que de defectos, de cualidades que nos estaban vedadas. En su mirada, por ejemplo, sorprendíamos a menudo un fulgor que confundía, pues parecía la mirada de un hombre maduro, la de alguien *que sabía*. Y en sus palabras, pocas pero justas, había siempre algo de inesperado, que dejaba sin respuesta a los más listos, al punto que el gordo Battifora, que se complacía en batir a los buenos

alumnos y a los malos atletas, le tenía respeto y cuando Ramiro le contestaba algo se limitaba a tocarse la frente diciendo: «Tiene materia gris».

Fue en el malecón de nuestro barrio donde tuve ocasión de frecuentar un poco a Ramiro. En las tardes, después de hacer mis tareas, me iba a veces hasta ese paseo para mirar la puesta de sol. Me encantaba ese lugar donde había jugado tanto de chico, sus acantilados pedregosos, el monótono fragor de las olas reventando en la playa de piedras y la calma sobrenatural del paseo interrumpida sólo por el vuelo de tardíos gallinazos. Y a menudo encontré a Ramiro, que habitaba una casa solariega construida al borde de los barrancos y el poniente. Lo encontraba caminando pensativo por el malecón desierto o sentado en el parapeto mirando el atardecer. Conversábamos entonces un momento, pero de cosas sin importancia, del colegio, de la brisa marina, de las lucecitas que se encendían en la isla de San Lorenzo. Algunas veces tuve la impresión de que estaba tenso, inquieto, como si quisiese hablar de otra cosa, pues noté que me escrutaba disimuladamente, como para cerciorarse si era alguien en quien se podía fiar. Pero terminaba por quedarse callado y al poco rato desmontaba la baranda, sin despedirse, y enfilaba hacia su casona, con las manos enfundadas en los bolsillos de su pantalón.

Algo de su personalidad se nos reveló cuando, al entrar a tercero de media, nos tocó el curso de literatura y el hermano José nos puso como tarea un día escribir un poema. Pocos en su vida habían leído un poema y eran menos aún los que sabían cómo escribirlos. Durante media hora pujamos y nos arrancamos los pelos para tratar de salir del apuro. El gordo Battifora me pasó un papelito con lo que había y pude leer:

mucho a mi papá
ién a mi mamá
a.

Encontré estúpida su composición, pero me inspiró, pues me di cuenta que un poema tenía que rimar y escribí:

ıtalón color tierra
e don Pepe Guerra
ɔ se va a la sierra.

Me sentí orondo de mi hallazgo de rimas en erre, pero ya el hermano José pedía las tareas y después de revisarlas las fue tirando a la papelera, hasta que se quedó con una. Después de anunciarnos que la había elegido no sólo por su calidad sino porque era un homenaje a la santa Virgen la leyó:

ıaban la dulce María
era suave, su gesto un cantar
u pelo el color de las mieles
ɔs poetas sus ojos tendrían verdor de laureles

de las fuentes que rezan humildes
le las rocas: sus Dioses.

Quedamos boquiabiertos, pues nos dimos cuenta que ese poema más que con la Virgen María tenía que ver con la María que seguíamos tan vanamente por la alameda y porque no podíamos imaginar quién en la clase era capaz de escribir algo tan superior a nuestras baboserías. Como las pruebas eran anónimas, el hermano José pidió que su autor se identificara y entonces se levantó Ramiro.

Es uno de los últimos recuerdos que guardo de él: de pie al lado de su pupitre, avergonzado y casi arrepentido de habernos revelado que era un poeta y con un poema a María, como si se tratara de una doble infidencia que lo volvía en adelante vulnerable. Al poco tiempo se ausentó de clase por varias semanas. Reapareció más perfilado y evasivo que nunca, diciendo que había estado de viaje, pero hacia medio año volvió a ausentarse y ya no regresó más. Decían algunos que su familia —que se reducía a él y a su padre— se había trasladado al extranjero y otros más inclinados a la fabulación, que se había fugado en un barco mercante.

Nada de eso era cierto, pues Ramiro seguía en su caserón solariego, recluido, llevando una vida crepuscular. En una de mis excursiones al malecón pasé ante su casa y al observar su fachada lo distinguí apoyado en el alféizar de una alta ventana mirando el poniente. Al instante desapareció, al punto que me pregunté si no había sufrido una alucinación. Pero en otros paseos lo volví a ver tras los cristales cerrados, apenas una sombra difusa en el atardecer.

Hacia fin de año tuve que ir varias veces al hospital del Niño para hacerme tratar de una erupción en la piel. Entrando un día al edificio vi en el hall a un señor que salía llevando cuidadosamente del brazo a alguien que me llamó la atención pues por la estatura parecía un niño y por su cabeza sin pelos, su terno y su corbata, un adulto. A pesar de ello lo reconocí. Era Ramiro, empequeñecido, avejentado, convertido en un siniestro pelele. El director del hospital, que era amigo de la familia, nos dijo que ese chico hacía tiempo que se trataba de una anemia tenaz, una enfermedad rara a la sangre que no tenía curación.

Se extinguió seguramente al empezar el verano, pues cuando en esos días tórridos pasé una tarde frente a su casa vi su fachada más sombría que nunca, sus ventanas cerradas, su jardín mudo y sin vida, como el escenario abandonado de un teatro al término de la función.

Llego al malecón desierto al cabo de mi largo paseo, agobiado aún por el aleteo de invisibles presencias y reconozco en el poniente los mismos tonos naranja, rosa, malva que vi en mi infancia y escucho venir del fondo de los barrancos el mismo viejo fragor del mar reventando sobre el canto rodado. Me pregunto por un momento en qué tiempo vivo, si en esta tarde veraniega de mil novecientos ochenta o si

cuarenta años atrás, cuando por esa vereda caminaban Martha, Paco, María, Ramiro. Presente y pasado parecen fundirse en mí, al punto que miro a mi alrededor turbado, como si de pronto fuesen a surgir de la sombra las sombras de los otros. Pero es sólo una ilusión. Los otros ya no están. Los otros se fueron definitivamente de aquí y de la memoria de todos salvo quizás de mi memoria y de las páginas de este relato, donde emprenderán tal vez una nueva vida, pero tan precaria como la primera, pues los libros y lo que ellos contienen, se irán también de aquí, como los *otros*.

JULIO RAMÓN RIBEYRO ZÚÑIGA (Lima, 1929-1994). Escritor peruano, considerado uno de los mejores cuentistas de la literatura hispanoamericana. Fue una figura destacada de la llamada Generación del 50, a la que también pertenecen narradores como Mario Vargas Llosa, Eleodoro Vargas Vicuña y Carlos Eduardo Zavaleta. En su país fue distinguido con los premios Nacional de Teatro (1959), Nacional de Novela (1960), Novela del diario *Expreso* (1963), Nacional de Literatura (1983) y Nacional de Cultura (1993); a nivel internacional le fue otorgado el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1994, ahora FIL de Literatura en Lenguas Romances).

Aunque el grueso de su obra lo constituye su cuentística (reunida bajo el título general de *La palabra del mudo*), también destacó en otros géneros como novela, *Crónica de San Gabriel* (1960), *Los geniecillos dominicales* (1965) y *Cambio de guardia* (1976); ensayo, *La caza sutil* (1975); teatro, *Santiago, el pajarero* (1966) y *Atusparia* (1981); diario, *La tentación del fracaso* (1992-95); y aforismo, *Prosas apátridas* (1975) y *Dichos de Luder* (1989).

Notas

[1] Presentación a la antología *Cuentos populares*, Lima, 1986. <<

[2] Distrito limeño donde el autor vivió su infancia y adolescencia. En el pasado fue el asiento de la alta burguesía de la ciudad, y en el imaginario popular aún lo representa. <<

[3] Prólogo a la edición *La palabra del mudo, Cuentos 1952/1993*, cuatro tomos, Lima, 1994. <<